

**UNA APROXIMACIÓN A LOS DETERMINANTES SOCIODEMOGRÁFICOS
EN LA MIGRACIÓN INTERNA DE LA POBLACIÓN INDÍGENA
Y EXTRANJERA EN CHILE**

CRISTIAN ANDRADE CÁRDENAS

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=ca>

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=es>

WARNING. The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>

TESIS DOCTORAL

PROGRAMA DE DOCTORADO EN DEMOGRAFIA

**UNA APROXIMACIÓN A LOS DETERMINANTES
SOCIODEMOGRÁFICOS EN LA MIGRACIÓN INTERNA DE LA
POBLACIÓN INDÍGENA Y EXTRANJERA EN CHILE**

Autor:

CRISTIAN ANDRADE CÁRDENAS

Directores:

JOAQUÍN RECAÑO VALVERDE

VERÓNICA DE MIGUEL LUKEN

UNIVERSITAT AUTONOMA DE BARCELONA
CENTRE D'ESTUDIS DEMOGRÀFICS

RESUMEN

Esta tesis analiza los determinantes sociodemográficos de la migración interna en Chile entre 2002 y 2017, poniendo especial énfasis en la población indígena y extranjera residente. A partir de los censos de población 2002, 2012 y 2017, se estimaron modelos de regresión logística binaria que distinguen dos dimensiones de la movilidad: la propensión a migrar y el alcance territorial de los desplazamientos (intrarregional e interregional). La población total se utilizó como referencia comparativa para contextualizar los resultados. Los hallazgos muestran que los pueblos indígenas presentan patrones de movilidad ligados a trayectorias históricas de despojo y reconfiguración territorial. La educación mantiene un efecto positivo aunque moderado, lo que refleja un drenaje de capital humano hacia las ciudades, mientras que los hogares no nucleares se consolidan como facilitadores de la migración. La edad, en cambio, opera como freno estructural, aunque con repuntes asociados a dinámicas de circularidad intergeneracional y arraigo comunitario. En la población extranjera, los resultados revelan un proceso de atenuación en la selectividad. La ventaja educativa pierde fuerza en los flujos recientes, mientras que la ocupación emerge como el principal eje explicativo: la no inserción laboral impulsa la movilidad, especialmente la interregional. El tipo de hogar también adquiere centralidad, configurando trayectorias diversas entre arreglos unipersonales, completos y sin núcleo. Estos resultados reflejan tanto la masificación de la migración internacional como la adaptación a mercados laborales segmentados y entornos residenciales precarios. La investigación aporta evidencia inédita sobre cómo la migración interna reproduce desigualdades y, al mismo tiempo, abre estrategias adaptativas diferenciadas en pueblos indígenas y población extranjera, contribuyendo al debate académico y a la formulación de políticas de inclusión y planificación territorial.

ABSTRACT

This dissertation analyzes the sociodemographic determinants of internal migration in Chile between 2002 and 2017, with special emphasis on the indigenous and foreign resident populations. Based on the 2002, 2012, and 2017 population censuses, binary logistic regression models were estimated to distinguish two dimensions of mobility: the propensity to migrate and the territorial scope of movements (intra-regional and inter-regional). The total population was used as a comparative reference to contextualize the results. Findings show that indigenous peoples exhibit mobility patterns linked to historical trajectories of dispossession and territorial reconfiguration. Education maintains a positive though moderate effect, reflecting a brain drain towards cities, while non-nuclear households emerge as facilitators of migration. Age, on the other hand, acts as a structural brake, although with peaks associated with intergenerational circularity and community rootedness. Among the foreign population, results reveal a weakening of selectivity processes. Educational advantage has lost strength in recent flows, while occupation emerges as the main explanatory axis: lack of labor insertion drives mobility, particularly interregional. Household type also gains centrality, shaping diverse trajectories among single-person, complete, and non-nuclear arrangements. These results reflect both the massification of international migration and the adaptation to segmented labor markets and precarious residential environments. The research provides unprecedented evidence on how internal migration reproduces inequalities while opening differentiated adaptive strategies among indigenous peoples and the foreign population, contributing to academic debate and the formulation of inclusion and territorial planning policies.

RESUM

Aquesta tesi analitza els determinants sociodemogràfics de la migració interna a Xile entre 2002 i 2017, amb especial èmfasi en la població indígena i estrangera resident. A partir dels censos de població de 2002, 2012 i 2017, es van estimar models de regressió logística binària que distingeixen dues dimensions de la mobilitat: la propensió a migrar i l'abast territorial dels desplaçaments (intraregional i interregional). La població total es va utilitzar com a referència comparativa per contextualitzar els resultats. Els resultats mostren que els pobles indígenes presenten patrons de mobilitat vinculats a trajectòries històriques d'espoli i reconfiguració territorial. L'educació manté un efecte positiu encara que moderat, fet que reflecteix un drenatge de capital humà cap a les ciutats, mentre que les llars no nuclears es consoliden com a facilitadores de la migració. L'edat, en canvi, opera com a fre estructural, encara que amb repunts associats a dinàmiques de circularitat intergeneracional i arrelament comunitari. En la població estrangera, els resultats revelen un procés d'atenuació en la selectivitat. L'avantatge educatiu perd força en els fluxos recents, mentre que l'ocupació emergeix com el principal eix explicatiu: la no inserció laboral impulsa la mobilitat, especialment la interregional. El tipus de llar també adquireix centralitat, configurant trajectòries diverses entre disposicions unipersonals, completes i sense nucli. Aquests resultats reflecteixen tant la massificació de la migració internacional com l'adaptació a mercats laborals segmentats i entorns residencials precaris. La investigació aporta evidència inèdita sobre com la migració interna reproduceix desigualtats i, alhora, obre estratègies adaptatives diferenciades en pobles indígenes i població estrangera, contribuint al debat acadèmic i a la formulació de polítiques d'inclusió i planificació territorial.

CAPITULO 1. INTRODUCCION	10
1.1. Planteamiento del problema	11
1.2. Objetivos	12
1.3. Contextualización	13
1.4. Migración indígena: despojo y éxodo	23
1.5. Chile. De país emisor a receptor de migración extranjera	30
CAPITULO 2. MARCO TEÓRICO	39
2.1. Enfoques teóricos sobre la migración	40
2.2. Selectividades en la migración interna	54
2.3. Migración indígena: perspectivas teóricas	62
2.4. Población extranjera y migración interna: teorías y conceptos	65
CAPITULO 3. METODOLOGÍA	77
CAPITULO 4. PATRONES TERRITORIALES DE LA MIGRACIÓN INTERNA EN CHILE (2002–2017)	91
4.1. Distribución territorial de la población en Chile	94
4.2. Dinámicas regionales de la migración interna en Chile	99
4.3. Pueblos indígenas y redistribución territorial	104
4.4. Población extranjera y expansión reciente de la movilidad interna	111
4.5. Intensidad, redistribución y concentración de la migración interregional por grupo poblacional (2002–2017)	116
CAPITULO 5. COMPOSICIÓN SOCIODEMOGRÁFICA DE LA POBLACIÓN TOTAL, INDÍGENA Y EXTRANJERA EN CHILE (2002–2017)	121
5.1. Características de edad de la población	123
5.2. Características educativas	127
5.3. Ocupación.	131
5.4. Tipo de hogares	136
CAPITULO 6. DETERMINANTES Y ALCANCE DE LA MIGRACIÓN INTERNA EN CHILE	137
6.1. Propensión migratoria del conjunto de población	139
6.2. Migración interregional del conjunto de población nacional	146
CAPITULO 7. TENDENCIAS MIGRATORIAS RECIENTES DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS	153
7.1. Propensión migratoria del conjunto de población indígena	156

7.2.	Migración interregional del conjunto de población indígena	163
7.3.	Propensión migratoria de la población Mapuche	170
7.4.	Propensión migratoria de la población Aymara	175
7.5.	Migración interregional de la población Mapuche	181
7.6.	Migración interregional de la población Aymara	187
CAPITULO 8.		194
8.1.	Propensión migratoria del conjunto de población extranjera	196
8.2.	Migración interregional del conjunto de población extranjera	202
8.3.	Propensión migratoria de migrantes fronterizos	209
8.4.	Propensión migratoria de migrantes regionales	215
8.5.	Propensión migratoria de países OCDE	222
8.6.	. Migración interregional de migrantes fronterizos	228
8.7.	Migración interregional de migrantes regionales	234
8.8.	Migración interregional de países OCDE	240
CAPITULO 9. SINTESIS DE RESULTADOS Y CONCLUSIONES		246
9.1.	Síntesis de resultados	247
9.2.	Enfoque teórico–interpretativo	255
9.3.	Contribuciones teóricas al análisis de la migración interna	258
9.4.	Aportes metodológicos para el análisis	260
9.5.	Limitaciones, alcances y desafíos para el estudio de la migración interna	262
9.6.	Proyecciones y líneas futuras de investigación	263
9.7.	Implicaciones para políticas públicas	264
CAPITULO 10. BIBLIOGRAFÍA		268

Tabla 3.1	<i>Comparación de preguntas censales sobre residencia (2002, 2012 y 2017)</i>	81
Tabla 3.2.	<i>Variables y categorías empleadas en los modelos de regresión logística</i>	85
Tabla 3.3	<i>Resumen de especificaciones de modelos (M1–M16)</i>	87
Tabla 4.1	<i>Distribución de la población total, urbana y rural en Chile (2002–2017)</i>	94
Tabla 4.2	<i>Población total por zona y región de Chile (2002–2017)</i>	96
Tabla 4.3	<i>Distribución de la población según tamaño de asentamiento en Chile (2002–2017)</i> .	97
Tabla 4.4	<i>Evolución regional de la migración interna interregional en Chile según indicadores MN, TMN e IEM (2002–2017)</i>	100
Tabla 4.5.	<i>Distribución de los pueblos indígenas por área residencial rural y urbana (2002–2017)</i>	101
Tabla 4.6	<i>Población indígena según pueblo y año censal en Chile (2002–2017)</i>	104
Tabla 4.7.	<i>Distribución de los pueblos indígenas por área residencial rural y urbana (2002–2017)</i>	106
Tabla 4.4.8.	<i>Evolución regional de la migración interna interregional de la población indígena en Chile según indicadores MN, TMN e IEM (2002–2017)</i>	109
Tabla 4.9	<i>Población extranjera residente en Chile y tasa media anual de crecimiento por grupo migratorio (2002–2017)</i>	112
Tabla 4.10	<i>Distribución de la población extranjera por región en Chile (2002–2017)</i>	113
Tabla 4.11	<i>Evolución regional de la migración interna interregional de la población extranjera en Chile según indicadores MN, TMN e IEM (2002–2017)</i>	115
Tabla 4.12	<i>Indicadores sistémicos nacionales del sistema migratorio interregional en Chile por grupo poblacional (2002–2017)</i>	117
Tabla 4.13	<i>Concentración y centralidad del sistema migratorio según grupo poblacional (2002–2017)</i>	118
Tabla 5.1	<i>Distribución del nivel educativo en la población mayor de 30 años según grupo poblacional, Chile (2002–2017)</i>	128
Tabla 5.2	<i>Variaciones en el nivel educativo en la población mayor de 30 años según grupo poblacional, Chile (2002–2017)</i>	131
Tabla 5.3.	<i>Condición de actividad según grupo poblacional en Chile (2002–2017)</i>	133
Tabla 5.4	<i>Variación en condición de actividad según grupo poblacional en Chile (2002–2017)</i>	135
Tabla 5.5	<i>Distribución del tipo de hogar según grupo poblacional (2002–2017)</i>	136
Tabla 6.1.	<i>Indicadores de ajuste del Modelo 1 según censo (AIC y pseudo-R)</i>	140
Tabla 6.2.	<i>Efectos marginales sobre la propensión a migrar en la población general (2002–2017)</i>	144
Tabla 6.3	<i>Indicadores de ajuste del Modelo 2 según censo (AIC y pseudo-R)</i>	146
Tabla 6.4	<i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional de la población general (2002–2017)</i>	148
Tabla 7.1	<i>Indicadores de ajuste del Modelo 3 según censo (AIC y pseudo-R)</i>	156
Tabla 7.2	<i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población indígena (2002–2017)</i>	159
Tabla 7.3	<i>Indicadores de ajuste del Modelo 4 según censo (AIC y pseudo-R)</i>	163
Tabla 7.4	<i>Efectos marginales promedio (AME) en la migración interregional población indígena (2002–2017)</i>	165

Tabla 7.5 <i>Indicadores de ajuste del Modelo 7 según censo (AIC y pseudo-R)</i>	170
Tabla 7.6 <i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población mapuche (2002-2017)</i>	173
Tabla 7.7 <i>Indicadores de ajuste del Modelo 8 según censo (AIC y pseudo-R)</i>	175
Tabla 7.8 <i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población Aymara (2002-2017)</i>	177
Tabla 7.9 <i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional de la población Mapuche (2002-2017)</i>	183
Tabla 7.10	187
Tabla 8.1. <i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población extranjera (2002-2017)</i>	198
Tabla 8.2. <i>Efectos marginales promedio (AME) de la propensión migratoria de la población (2002-2017)</i>	199
Tabla 8.3 <i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional de la población extranjera (2002-2017)</i>	204
Tabla 8.4 <i>Efectos marginales promedio (AME) de la propensión migratoria de migrantes fronterizos (2002-2017)</i>	211
Tabla 8.5 <i>Efectos marginales promedio (AME) de la propensión migratoria de la población migrante regional (2002-2017)</i>	218
Tabla 8.6 <i>Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la países OCDE (2002-2017)</i>	223
Tabla 8.7 <i>Efectos marginales promedio (AME) de la migración interregional de la población (2002-2017)</i>	229
Tabla 8.8 <i>Efectos marginales promedio (AME) de la migración interregional de la población (2002-2017)</i>	236
Tabla 8.9	241

CAPITULO 1. INTRODUCCION

1.1. Planteamiento del problema

La migración constituye uno de los procesos más característicos y relevantes de la dinámica poblacional. Lejos de ser un fenómeno aleatorio, es un proceso profundamente selectivo, en el que ciertos individuos y hogares poseen mayor propensión a desplazarse que otros. De este modo, la migración opera como un mecanismo de reorganización de la estructura sociodemográfica, cuya comprensión requiere atender a los atributos diferenciales de quienes migran frente a quienes permanecen. La investigación demográfica ha mostrado de manera consistente que estas regularidades no constituyen un fenómeno aislado, sino una constante observable en distintos contextos y periodos, lo que permite comprender la naturaleza sistemática de la selectividad en la migración interna.

En Chile, estas dinámicas adquieren particular relevancia en dos colectivos: los pueblos indígenas y la población extranjera. En el caso indígena, la movilidad ha estado marcada por el despojo territorial, la radicación forzosa y los procesos de urbanización, que configuraron un éxodo persistente hacia ciudades bajo condiciones de exclusión y desigualdad. En el caso de los extranjeros, la migración interna se inserta en ciclos más amplios de movilidad internacional, donde la llegada inicial al país no constituye un punto final, sino el inicio de trayectorias que dependen de oportunidades de inserción y redes comunitarias. Ambos procesos muestran que la migración interna no responde únicamente a factores individuales, sino también a condicionantes históricos y estructurales que inciden en la manera en que se configuran los patrones de movilidad.

A partir de ello, surge la pregunta central de investigación:

¿En qué medida los patrones clásicos de selectividad migratoria se replican en los pueblos indígenas y en la población extranjera residente en Chile, y cómo se diferencian respecto de la población chilena total en el período 2002–2017?

1.2. Objetivos

1.2.1. Objetivo general

- Analizar comparativamente la migración interna de la población indígena, extranjera y chilena total entre 2002 y 2017, con el fin de identificar cómo operan los patrones de selectividad en estos grupos y en qué medida presentan dinámicas diferenciadas.

1.2.2. Objetivos específicos

- Caracterizar los perfiles sociodemográficos de la población total, indígena y extranjera en Chile en los censos de 2002, 2012 y 2017, con énfasis en edad, género, educación, ocupación y tipo de hogar.
- Estimar la propensión a migrar internamente en estos grupos, considerando tanto la migración intrarregional como interregional, y comparar sus tendencias en perspectiva general.
- Evaluar la influencia de factores individuales y familiares en la movilidad de indígenas, extranjeros y población total, identificando similitudes y diferencias entre ellos.
- Sugerir los efectos de contextos históricos y estructurales en la configuración de trayectorias migratorias.

1.3. Contextualización

1.3.1. Características de la migración interna en Chile

Entre 1830 y 1930, Chile promovió el libre comercio, consolidándose el comercio exterior como el eje de su economía, con una exportación centrada en cobre, plata, harina y trigo como principales productos. A finales del siglo XIX y principios del XX, el salitre se convirtió en el pilar económico del país, representando la principal fuente de ingresos fiscales. Sin embargo, su crisis, agravada por la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de 1929, provocó el colapso del comercio exterior, la caída de los ingresos fiscales y un desempleo masivo, obligando a una profunda reestructuración del aparato productivo. Ante la incapacidad de la elite oligárquica para liderar el cambio, la nueva burguesía y los sectores medios emergieron en busca de mayor control del excedente exportador promoviendo una mayor intervención del Estado en la economía (Molina Otárola & Campos Muñoz, 2017).

La industrialización en Chile se consolidó como un proyecto político entre 1938 y 1952, durante los gobiernos radicales, con el Estado asumiendo un rol central en el desarrollo productivo, caracterizado por una creciente nacionalización económica y atención a los problemas sociales en lo que se ha conocido como modelo de Industrialización Sustitutiva de Importaciones (Modelo ISI). En concordancia con dicho modelo se levantaron una serie de políticas públicas. En 1939, se creó la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), institución clave en la modernización y la política de sustitución de importaciones. A través de ella, el Estado impulsó la creación de empresas estatales en sectores estratégicos como energía, siderurgia, pesca y forestal, fortaleciendo la industria nacional, promoviendo la autosuficiencia, la generación de empleo y el crecimiento económico. Además, en este período se desarrollaron proyectos de infraestructura tecnológica y comunicaciones, facilitando la integración del país y su acceso a nuevos mercados (Mendez et al., 2023)

Si bien la industrialización y la intervención estatal promovieron el crecimiento económico y la modernización productiva, sus efectos no fueron uniformes en la estructura laboral. Durante el periodo de industrialización, los salarios reales no crecieron en proporción a la productividad y permanecieron estancados, con devaluaciones salariales provocadas por crisis económicas como la Gran Depresión de 1929 y la inflación de las décadas de 1950 y 1970. La inversión estatal terminó por beneficiar principalmente a sectores estratégicos como la manufactura, la minería, la

metalurgia y la energía, así como a los empleados públicos, ampliando así la brecha entre el sector formal e informal, como también entre la industria y la agricultura. Mientras el sector industrial, con mayor productividad, ofrecía salarios más altos y condiciones laborales más estables, el sector agrícola, dependiente del latifundio, mantenía bajos salarios e inestabilidad laboral (Reyes, 2014)

En este periodo, Chile experimentó un crecimiento demográfico acelerado impulsado por la migración interna, lo que reconfiguró el territorio y consolidó el proceso de urbanización. Este proceso se caracterizó por los siguientes aspectos: a) Urbanización acelerada con cambios en la estructura industrial, el empleo y los servicios públicos (Mendez et al., 2023); b) Concentración territorial de la población en Santiago y predominio de este flujo migratorio metropolitano (Rodríguez Vignoli & Espinoza, 2012); c) Migración metropolitana con flujos interurbanos que favorecieron el crecimiento de grandes aglomeraciones y capitales regionales (Canales & Canales Cerón, 2013; Rodríguez Vignoli, 2004); d) Desigualdad territorial con brechas entre zonas urbanas y rurales en ingreso, acceso a bienes públicos y niveles de pobreza (Aroca & Atienza, 2016); y e) Zonas expulsoras en la zona centro-sur, desde O'Higgins hasta Los Ríos, con patrones selectivos de movilidad (Soto-Alvarado & Gil-Alonso, 2018).

El crecimiento urbano en Chile se tradujo en una mayor concentración demográfica que consolidaron las áreas metropolitanas, reforzando la relación entre urbanización y metropolización. A mayor urbanización, se intensificó la primacía del núcleo urbano principal, impulsada por la migración rural-urbana. Las ciudades con mayor expansión previa, vinculadas al comercio internacional y a la concentración de actividades económicas y administrativas, fueron las principales receptoras del crecimiento, aunque sin una planificación adecuada para absorber el aumento poblacional (Schiappacasse et al., 2001)

(Villa, 1970). Santiago fue la ciudad que experimentó un crecimiento más acelerado, pasando de 967.603 habitantes en 1930 a 3.230.790 en 1970, incrementando su participación en la población nacional del 22,57% al 36,36%. Aunque ciudades como Valparaíso y Concepción también crecieron, no alcanzaron el ritmo de expansión de la capital (Instituto Nacional de Estadísticas, 1930; 1970). La migración interna desempeñó un papel central en esta transformación, ya que los diferenciales de mortalidad y fecundidad entre el campo y la ciudad no explicaban por sí solos el

crecimiento desproporcionado de las áreas urbanas (Molina Otárola & Campos Muñoz, 2017).

La expansión demográfica de las principales ciudades chilenas en la segunda mitad del siglo XX mostró una dinámica heterogénea. Santiago y las ciudades intermedias –superiores a 100 mil habitantes– crecieron a ritmos similares, un rasgo distintivo en comparación con otros países latinoamericanos. Mientras que Santiago compensó sus menores tasas de crecimiento natural con una mayor intensidad migratoria, las ciudades intermedias se vieron favorecidas por los intercambios con Santiago, destacándose como centros alternativos a la metrópoli. Durante las décadas de 1950 y 1960, la migración contribuyó significativamente al crecimiento de Santiago (49% en los años 50 y 25% en los 60), y de manera excepcional en Arica y Antofagasta (zona norte), superando el 70% y 50% respectivamente. Desde 1970, las tasas de crecimiento poblacional entre ciudades mostraron menor variabilidad, atribuida a la homogeneización del crecimiento natural (Martínez Pizarro, 2003)

La metropolización estuvo acompañada de un proceso de suburbanización, resultado de la sobreurbanización, caracterizado por una expansión territorial desordenada y una estructura social marcadamente polarizada y segregada. Las áreas metropolitanas concentraron altos niveles de pobreza, desempleo y asentamientos precarios, convirtiendo la metropolización en una expresión crítica de la "crisis urbana". Esta crisis, asociada al crecimiento descontrolado de las grandes ciudades, evidencia problemáticas estructurales derivadas de los estilos de desarrollo predominantes (De Mattos et al., 2014).

1.3.2. Migración interna en el modelo económico neoliberal (1970 hasta la actualidad).

A partir de la década de 1970, la migración interna en Chile experimentó importantes transformaciones, en parte debido al agotamiento del modelo ISI y la implementación de reformas neoliberales que modificaron la estructura económica del país. A nivel latinoamericano, el modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones experimentó una crisis profunda durante la década del 60 y 70, debido principalmente al tamaño limitado de los mercados internos, la dependencia tecnológica y la falta de competitividad (Prebisch, 1981).

A partir de los años 80, las reformas estructurales neoliberales aplicadas en

Latinoamérica significaron un abandono de la industrialización autónoma, adoptando políticas de economía abierta y retornando a un modelo de exportación de bienes primarios e importación de manufacturas (Portes & Hoffman, 2003).

En Chile, durante la dictadura de Augusto Pinochet se implementaron una serie de medidas que se hicieron sentir con fuerza en la década de 1980, provocando una transformación profunda en la estructura económica del país. La implementación de dichas políticas neoliberales tuvo como centro principal la privatización de los servicios públicos, el desmantelamiento de la industria nacional, la liberalización de la economía. En esencia, se impulsó e implementó un modelo basado en las exportaciones como eje fundamental del desarrollo (Meller, 1996) y la consolidación de una economía de agroexportación. Estas políticas significaron el retroceso de las políticas de corte estatal en favor de una apertura amplia al mercado internacional, con un papel protagónico del capital privado en la acumulación y el crecimiento, aspectos que solo han tendido a aumentar las desigualdades sociales existentes en Chile (Canales & Canales Cerón, 2013).

Con el retorno de la democracia, Chile logró avances económicos significativos como el crecimiento del PIB, la inversión productiva y la reducción de la pobreza. Sin embargo, estos logros se dieron en el marco de la continuidad del modelo económico basado en la apertura comercial y la estabilidad macroeconómica, sin una estrategia de desarrollo productivo que impulsara la diversificación económica. Aunque hubo mejoras en el gasto social que repercutió en la reducción de la desigualdad, la disciplina fiscal y los bajos salarios terminaron por limitar reformas sociales más profundas. Así, Chile terminó por combinar un crecimiento sostenido y una disminución de la pobreza que fueron de la mano de altos niveles de desigualdad y concentración de la riqueza (Schiappacasse et al., 2001).

En este contexto, las ciudades se tendieron a establecer como núcleos estratégicos donde se articula la dinámica de acumulación, crecimiento y modernización, desempeñando funciones globales basadas en actividades avanzadas de gestión, servicios, innovación y mercado (De Mattos, 2001). De esa manera, siguiendo la línea abierta por Solimano (2017) y Larrañaga (2017), podemos plantear que coexisten realidades económicas, sociales, territoriales con marcadas diferencias. Dichos desajustes no solo se observan a nivel individual, de hogares o colectivos de población, sino que también entre las distintas unidades administrativas (regiones, provincias,

municipios y localidades) y al interior de ellas. La falta de regulación estatal asociada a las políticas neoliberales terminó por consolidar la concentración del crecimiento económico en Santiago de Chile y en otras ciudades, marginando a las pequeñas urbes y zonas rurales del país (Moulian, 1997).

Con la consolidación del modelo exportador, la urbanización acelerada perdió fuerza y la migración campo-ciudad dejó de ser el principal motor de redistribución de la población (Schiappacasse et al., 2001). Como consecuencia, la migración ciudad-ciudad adquirió preeminencia, reflejando un patrón de movilidad más complejo y diversificado. En este contexto, se ha mantenido una alta intensidad migratoria interna en comparación con las tendencias regionales, aunque con un carácter más difuso y menos concentrado (Rodríguez et al., 2009)

1.3.3. Persistencia y cambio de los patrones de migración interna

En torno a la migración interna en Chile, las reflexiones han apuntado a la tensión existente entre la continuidad de la concentración demográfica y la posibilidad de una redistribución territorial en un contexto de urbanización avanzada. Esta discusión ha sido influenciada por la literatura internacional y sus análisis sobre las etapas de reconfiguración territorial, que pone atención en la experiencia de los países desarrollados. A nivel nacional, se generaron expectativas de descentralización poblacional debido a diversos factores, entre ellos: a) la transformación del modelo económico hacia uno orientado a las exportaciones; b) el crecimiento de la demanda en mercados locales y la diversificación productiva; c) el crecimiento económico sostenido, la reducción de la pobreza y la integración a la economía global; y d) la consolidación de la democracia (Atienza & Aroca, 2012). A pesar de las políticas de descentralización, continúa siendo un tema complejo dado que no han tenido un efecto considerable.

Las dinámicas migratorias en Chile han experimentado transformaciones profundas que se analizan desde los enfoques de efecto crecimiento y efecto composición (Rodríguez-Vignoli, 2019). El primero permite evaluar el impacto de la migración interna en el aumento de la población urbana, a partir de los flujos de emigración desde Santiago y la reconfiguración del sistema urbano y regional. El segundo analiza cómo la migración modifica la estructura demográfica según edad, género y nivel educativo, y con ello la selectividad y la redistribución territorial. El estudio de matrices origen destino basadas

en los censos de 2002 y 2017 muestra saldos migratorios negativos en la Región Metropolitana, lo que plantea la interrogante de si estos desplazamientos reflejan un proceso de expansión metropolitana o una redistribución espacial más amplia hacia regiones periféricas.

Si consideramos el censo del año 2002, podemos indicar que la pérdida neta de población del Área Metropolitana de Santiago se explicaba mayormente por intercambios con regiones cercanas, lo que sustentó la idea de una "desconcentración concentrada", en la que la expansión de la ciudad implicaba una redistribución de su población hacia su periferia inmediata sin perder su primacía. Bajo esta lógica, algunos autores postularon la configuración de una "ciudad-región" o "metrópolis difusa", en la que Santiago ampliaba su influencia mediante la articulación con ciudades vecinas, más que por una pérdida de atractivo urbano (De Mattos et al., 2014).

Sin embargo, los resultados del Censo del año 2017, evidenciaron un cambio en dicha tendencia, con un saldo migratorio negativo tanto en las áreas cercanas como lejanas, debilitando por tanto la idea de una desconcentración meramente metropolitana y sugiriendo por ende un proceso más amplio de redistribución territorial (Rodríguez, 2019; 2022). No obstante, es relevante indicar que esta pérdida de población no ha significado una reducción de la primacía urbana, pues Santiago sigue concentrando la mayor parte de la población urbana del país, fenómeno similar al observado en otras grandes ciudades latinoamericanas, donde la conectividad y la concentración de actividades intensivas en conocimiento refuerzan su centralidad (Aroca & Atienza, 2016).

Respecto a la persistencia de la concentración demográfica en la Región Metropolitana, en línea con Atienza y Aroca (2012), que esta persistencia está influenciada por factores institucionales y políticos que han favorecido el centralismo, promoviendo de esa manera la atracción de recursos y trabajadores calificados hacia la capital, a pesar de los procesos de desconcentración observados en las últimas décadas.

En este contexto, el modelo de desarrollo chileno, caracterizado por un alto nivel de centralización administrativa y una escasa regulación del crecimiento urbano en las regiones, ha perpetuado la primacía de Santiago dentro del sistema de asentamientos humanos del país (Soto-Alvarado & Gil-Alonso, 2018). A pesar del aumento de la emigración desde Santiago, no se observan tendencias claras de desconcentración poblacional. La migración hacia otras regiones no ha sido suficiente para reducir

significativamente la primacía urbana de la capital, y el proceso de redistribución territorial se ha mantenido limitado.

A nivel regional, desde una perspectiva económica, el modelo exportador ha profundizado la especialización productiva territorial, con sectores como la minería concentrados en Tarapacá, Antofagasta y Atacama, el sector silvoagropecuario en O'Higgins y Maule, y la pesca y acuicultura, particularmente en Los Lagos, Aysén y Magallanes (Riffo, 2007). En este sentido, los desequilibrios territoriales en Chile han sido analizados desde las perspectivas de divergencia y convergencia regional, entendiéndose la primera como evolución desigual de las regiones generando brechas en el desarrollo, mientras que por otro lado la convergencia sugiere una reducción progresiva de estas desigualdades.

En relación con aquello, algunos autores sostienen que el país ha experimentado un proceso de desconcentración y ajuste territorial, donde las inversiones han favorecido el crecimiento de regiones vinculadas al sector transable, como la minería y la agroexportación, mientras que el sector no transable sigue concentrado en las áreas metropolitanas, reforzando una especialización productiva regional (Daher, 1994). Sin embargo, esta interpretación es cuestionada por quienes argumentan que la concentración del capital en Santiago ha consolidado su rol como nodo central de inversiones, sin generar un proceso real de redistribución territorial.

En este contexto, la inversión privada, más que el Estado, ha determinado la localización del capital, orientándolo hacia los espacios con mayor rentabilidad, lo que ha reforzado la centralización económica y administrativa del país. En esta misma línea, otros autores sostienen que la concentración de inversiones en la Región Metropolitana ha aumentado de manera sostenida, fortaleciendo la primacía de Santiago y limitando las posibilidades de un crecimiento equilibrado en el resto del país (Aroca & Atienza, 2016)

Sobre los flujos regionales de distribución de la población se observan algunos cambios en el periodo 2002 y 2017. Algunas regiones históricamente expulsoras han revertido su tendencia, como la zona centro-sur, mientras que otras, como la región Metropolitana y las regiones extremas, han comenzado a perder población. Este fenómeno sugiere que, aunque la especialización productiva no ha generado un proceso desconcentrador generalizado, sí ha fortalecido la capacidad de atracción migratoria de ciertas áreas. En particular, la región Metropolitana ha perdido atractivo, lo que se asocia no solo a un

ajuste económico, sino también a factores como el costo de vida y problemas estructurales urbanos que han generado expulsión poblacional sin que ello implique una descentralización económica real (Rodríguez-Vignoli, 2021a).

1.3.4. Selectividad migratoria.

La migración interna ha estado históricamente marcada por factores de selectividad sociodemográfica, particularmente en términos de edad y sexo. Cuando predominaba la migración rural–urbana, los migrantes solían ser jóvenes y mujeres, más educados que el promedio rural pero con menor escolaridad que la media urbana. Este fenómeno contribuyó a la masculinización y envejecimiento del campo, así como a una reducción de su escolaridad media (Rodríguez et al., 2009). Sin embargo, en la actualidad, con la transición hacia un modelo de migración predominantemente interurbana, el criterio de sexo ha perdido relevancia, manteniéndose la selectividad etaria como un rasgo central en los flujos migratorios.

Las grandes ciudades continúan atrayendo población joven, especialmente en el rango de 15 a 29 años, debido a la concentración de oportunidades educativas, laborales y culturales. Este patrón contrasta con la creciente emigración de adultos y niños, lo que sugiere una diferenciación etaria más acentuada en los procesos migratorios recientes. En particular, las familias en fase de crianza tienden a abandonar las áreas metropolitanas, enfrentando restricciones derivadas del costo de la vivienda, los tiempos de desplazamiento y la dinámica metropolitana, lo que refuerza la idea de una migración selectiva por edad más que por sexo (Rodríguez, 2022).

La diferenciación migratoria también se observa en términos de nivel educativo, lo que impacta en la composición de las poblaciones en origen y destino. En general, los migrantes internos presentan mayor escolaridad que los no migrantes, lo que provoca una reducción en la escolaridad media de las regiones emisoras, dado que quienes emigran suelen ser una muestra con mayor calificación que quienes permanecen en el lugar de origen. Este efecto es particularmente visible en el Área Metropolitana de Santiago (AMS), donde la tasa neta de emigración de grupos con alta educación es inferior a la tasa total, lo que indica un fenómeno de selectividad migratoria. Además, los datos del período 2012–2017 muestran que la mayoría de los inmigrantes en el AMS poseía 13 o más años de escolaridad, mientras que la llegada de población con menor educación fue marginal. A diferencia de las migraciones rural–urbanas del pasado,

donde los migrantes tenían un nivel educativo intermedio entre el campo y la ciudad, en la actualidad la migración interurbana tiende a reforzar las diferencias de capital humano entre regiones (Rodríguez Vignoli & Rowe, 2019).

El impacto de la migración en la segregación socioeconómica ha variado en las últimas décadas. En los años 70 y 80, la migración tuvo un efecto reductor sobre la segregación para los grupos de menor nivel educativo, pero en la década de 1990 la tendencia se revirtió, intensificando la segregación en todos los grupos educativos. A lo largo de los tres quinquenios analizados, la migración no ha contribuido a disminuir la segregación residencial (Rodríguez & Rowe, 2019).

Si bien el análisis de la migración interna ha permitido identificar patrones de selectividad por edad, nivel educativo y condición socioeconómica, es importante señalar que aún existen pocos estudios sobre la migración en grupos específicos de población, como adultos mayores, migrantes con discapacidad o población indígena. La escasez de investigaciones en estos sectores limita la comprensión de las dinámicas migratorias en ciertos segmentos de la sociedad y su impacto en la estructura territorial y social del país.

Desde mediados de los años setenta, la crisis del modelo ISI y la apertura económica marcaron un giro en la migración interna chilena, debilitando los flujos rurales-urbanos y consolidando una movilidad mayoritariamente urbana, articulada entre ciudades con diferentes tamaños y especializaciones. Aunque las expectativas teóricas apuntaban a procesos de desconcentración similares a los observados en países desarrollados, en la práctica la redistribución ha sido limitada: Santiago y la Región Metropolitana han reducido su capacidad de atracción relativa, pero mantienen su primacía por su centralidad económica y de servicios. Pese al crecimiento sostenido y a políticas de descentralización desde los noventa, las dinámicas migratorias siguen siendo fragmentadas y no han revertido patrones estructurales de concentración ni las desigualdades territoriales. Si bien algunas regiones han comenzado a retener población y otras ciudades han perdido atractivo, los indicios de desconcentración no han logrado alterar la jerarquía urbana ni modificar sustantivamente la distribución territorial de la población (De Mattos et al., 2014; Rodríguez-Vignoli, 2021b).

El impacto de estos procesos no ha sido homogéneo para toda la población. Mientras que la migración interna en la primera mitad del siglo XX se caracterizó por el predominio de migrantes jóvenes y con menor capital humano en comparación con los

residentes urbanos, en la actualidad se observa una mayor segmentación sociodemográfica. La migración interurbana ha estado marcada por la selectividad etaria y educativa, con una alta movilidad de población joven altamente calificada hacia las principales ciudades del país, lo que refuerza las desigualdades en la distribución del capital humano. En contraste, los segmentos más vulnerables han experimentado restricciones en su movilidad, con menor acceso a oportunidades en ciudades con mayor dinamismo económico (Rodríguez Vignoli, 2004).

En síntesis, si bien las dinámicas migratorias han experimentado transformaciones en el tiempo, persisten tendencias estructurales de concentración territorial y desigualdades espaciales. La migración interna sigue desempeñando un papel central en la configuración del territorio, aunque sin una tendencia clara hacia la convergencia o una distribución más equitativa de la población. El análisis futuro de estos procesos debe considerar no solo la redistribución espacial de la población, sino también los cambios en su composición y las implicancias socioeconómicas de la movilidad en un contexto de transformaciones económicas y urbanas en Chile.

Si bien el análisis de la migración interna ha permitido identificar patrones de selectividad por edad, nivel educativo y condición socioeconómica, es importante señalar que aún existen pocos estudios sobre la migración en grupos específicos de población, como adultos mayores, migrantes con discapacidad o población indígena. La escasez de investigaciones en estos sectores limita la comprensión de las dinámicas migratorias en ciertos segmentos de la sociedad y su impacto en la estructura territorial y social del país.

1.4. Migración indígena: despojo y éxodo

1.4.1. Pautas migratorias de la población indígena

El estudio de la migración indígena en América Latina exige, ante todo, situarla en su magnitud y en sus condiciones estructurales. El peso relativo de los pueblos originarios varía de forma marcada entre países, y esa heterogeneidad moldea la incidencia y el tipo de movilidad observado. Los ejercicios comparativos muestran que mientras que en Bolivia y Guatemala la población indígena supera el 40% del total, en Chile y Argentina esta no alcanza el 15% (Del Popolo & Oyarce, 2005; Rodríguez, 2008). A ello se agregan brechas demográficas y socioeconómicas ampliamente documentadas donde los pueblos originarios presentan mayores niveles de fecundidad, estructuras etarias más jóvenes y menores logros educativos, junto con desigualdades persistentes en mortalidad infantil y acceso a servicios básicos (Del Popolo & Oyarce, 2005; Valdés, 2008). Este conjunto de desventajas acumuladas tiene consecuencias en la propensión y las estrategias de movilidad de la población indígena.

En el plano del conocimiento, el abordaje académico de la migración indígena ha estado dominando por la antropología y la sociología, con un énfasis etnográfico y cualitativo en la experiencia cultural y social de los desplazamientos; por su parte, la historia social y la etnohistoria han documentado movimientos forzados desde el periodo colonial hasta la estatalización republicana. La incorporación tardía de la autoidentificación indígena en los censos y la ausencia de encuestas longitudinales han limitado la construcción de series comparativas y el seguimiento de trayectorias vitales (Del Popolo & Oyarce, 2005; Rodríguez, 2008). Estas restricciones de información ayudan a explicar por qué los estudios demográficos y cuantitativos avanzaron más lentamente que las aproximaciones cualitativas.

En términos explicativos, la literatura ha privilegiado una perspectiva estructural que inscribe la movilidad indígena en procesos de larga duración: colonialismo interno, despojo territorial e inserción subordinada en la economía capitalista. Bajo esta lectura, la migración no se reduce a un episodio individual o coyuntural: sino que forma parte de un éxodo histórico asociado a la radicación forzosa, la proletarización y el deterioro de las economías campesinas. Complementariamente, algunos trabajos subrayan la dimensión familiar y comunitaria como sujetos colectivos de decisión: por ende, la migración indígena formaría parte de estrategias domésticas orientadas a diversificar ingresos, reducir riesgos y sostener la reproducción social y territorial. Estos aportes

muestran decisiones activas de los hogares en contextos de fuertes restricciones, y coexisten con el plano estructural. Ambas miradas conviven entre decisiones activas de los hogares que se despliegan dentro de fuertes restricciones estructurales, y la frontera entre lo “forzoso” y lo “voluntario” aparece, en la práctica, difusa (Bengoa, 2013).

Los casos empíricos refuerzan este encuadre. En México, comunidades nahuas y zapotecas se desplazaron hacia áreas urbanas y enclaves de agroexportación ante la erosión de la agricultura comunitaria y la presión sobre la tierra (Pérez–Campuzano & Santos–Cerquera, 2013). En Perú y Bolivia, quechuas y aymaras migraron a ciudades en un contexto de crisis agrarias y expansión minera, con reconfiguración de mercados laborales y expulsión de mano de obra rural (Rodríguez, 2008). En Guatemala, los flujos mayas hacia la capital y a enclaves agrícolas reflejan reducción de tierras y precarización campesina (Del Popolo & Oyarce, 2005). En todos estos escenarios, las familias combinan coacción estructural con cálculo estratégico para organizar salidas escalonadas o circulares. Territorialmente, estas dinámicas, indicadas previamente, tuvieron en la ciudad su expresión más visible durante el siglo XX. La urbanización latinoamericana, íntimamente ligada a la industrialización, absorbió grandes contingentes indígenas que se integraron a la fuerza de trabajo urbana en condiciones desiguales (Bengoa, 2011). En metrópolis como La Paz, Lima, Ciudad de México o Quito, la inserción se dio de modo segmentado, con fuerte presencia en ocupaciones de baja calificación y alta precariedad (Piore, 1979; Wittig, 2009; Aravena, 2014), y con patrones residenciales periféricos y restricciones de acceso a vivienda y servicios (Wittig, 2009). En suma, la incorporación urbana ha sido, con frecuencia, desventajosa.

Ahora bien, las pautas migratorias indígenas son marcadamente heterogéneas. No obedecen solo a incentivos económicos. Los regímenes de territorialidad, vínculos culturales con la tierra y presiones extractivas (minería, forestales, agroindustria) pueden anclar o activar la movilidad según el contexto (Canales Tapia & Urrutia Leiva, 2022). Esta diversidad se aprecia, primero, en las modalidades: coexisten desplazamientos familiares y permanentes hacia grandes ciudades con movilidades estacionales o circulares de corta distancia, asociadas a ciclos agrícolas, mineros o pastoriles, como en las circulaciones aymaras del altiplano o entre pueblos amazónicos (Carrasco et al., 2013). Y, segundo, en la intensidad: la idea extendida de una “menor propensión indígena” a migrar requiere matices. En movimientos intrarregionales (entre ciudades de una misma región) los pueblos indígenas suelen aparecer menos móviles,

consistente con un arraigo local más fuerte; pero en desplazamientos interregionales, algunos países registran tasas iguales o superiores a las de la población no indígena. Destacan Chile y Panamá, mientras que en Bolivia y Costa Rica las brechas son pequeñas. No hay, por tanto, una “baja movilidad” uniforme, sino un patrón selectivo por escala y temporalidad (Rodríguez-Vignoli, 2008)..

La llegada a la ciudad, lejos de traducirse en integración plena, ocurre bajo informalidad laboral, segregación residencial y brechas de acceso a servicios (Aravena et al., 2005; Wittig, 2009). En el mercado de trabajo, la sobre representación en nichos secundarios confirma la segmentación estructural (Cárdenas Gómez, 2014), mientras que en el plano residencial la concentración en periferias responde tanto a restricciones de ingresos como a mecanismos de discriminación. Incluso con mayores niveles educativos, operan barreras étnicas y procesos de racialización que contienen la movilidad social (Feldman–Bianco et al., 2020). Aun así, la literatura reciente muestra que la ciudad no implica disolución cultural: emergen prácticas translocales y de doble territorialidad que enlazan comunidad de origen, barrios urbanos y, a veces, circuitos transfronterizos (Gundermann et al., 2009; Velasco Ortiz, 2024).

En cuanto a perfiles migratorios de la población indígena, los flujos se caracterizan por la sobrerrepresentación juvenil, reflejo de la búsqueda de empleo y oportunidades educativas. Desde mediados del siglo XX, se observa el tránsito de migraciones masculinas e individuales hacia desplazamientos familiares y colectivos, coherentes con estrategias de reproducción social (Rodríguez, 2008). En décadas recientes se consolida la feminización de la movilidad, asociada a la inserción de mujeres en el servicio doméstico, los cuidados y el comercio informal, especialmente en países andinos. Asimismo, se documenta una mayor selectividad educativa, observándose que los migrantes suelen tener más escolaridad que quienes permanecen, lo que sugiere un drenaje de capital humano desde áreas rurales. Algunos estudios agregan un enfoque generacional: jóvenes migran a ciudades mientras adultos mayores retornan a comunidades, configurando una circularidad intergeneracional que mantiene vivos los vínculos territoriales (Cárdenas Gómez, 2014; Pereira Covarrubias, 2018)

En síntesis, la migración indígena en América Latina es un proceso estructural y persistente atravesado por despojo, urbanización e incorporación urbana en desventaja, con modalidades diversas (rural–urbano, circulares, interregionales y transfronterizas) y perfiles selectivos por edad, género y educación. En ese panorama, Chile comparte los

motores estructurales de expulsión y urbanización, pero se distingue por el menor peso relativo de su población indígena y por la concentración de los flujos en pueblos específicos, rasgos que matizan la comparación regional.

1.4.2. Reducción de tierras y migración forzada

En Chile, los estudios sobre migración indígena han oscilado entre interpretaciones que, en sus inicios, se enmarcaron bajo la teoría de la modernización, leyéndose estos desplazamientos como parte del tránsito del campesinado rural hacia la ciudad, invisibilizando la especificidad étnica, y enfoques más recientes que destacan la continuidad del colonialismo interno y el despojo territorial como motores de largo plazo de la movilidad (Gundermann, 2003). Esta transición refleja que la migración indígena no puede reducirse a una decisión voluntaria de integración urbana, sino que constituye una consecuencia estructural de la formación del Estado-nación y de la inserción subordinada de los pueblos originarios en la economía chilena.

A fines del siglo XIX, la expansión estatal se tradujo en procesos de anexión y ocupación que transformaron radicalmente los territorios indígenas. La llamada “Pacificación de la Araucanía” implicó la ocupación militar y la radicación forzosa de los mapuches en reducciones amparadas en títulos de merced, que apenas alcanzaban una fracción mínima de su territorio ancestral, generando sobrepoblación y pérdida de las bases de subsistencia agrícola. En el norte, la incorporación de Tarapacá, Arica y Antofagasta tras la Guerra del Pacífico integró aymaras y quechuas a la soberanía chilena, restringiendo su control sobre pastizales y aguas de altura, esenciales para la economía pastoril (Lorca, 2007). Más hacia el norte chico, los diaguitas y collas fueron absorbidos en circuitos de minería y agro exportación, también bajo condiciones de subordinación territorial y social. Estas transformaciones políticas y territoriales no solo redefinieron la relación de los pueblos con el Estado, sino que desestructuraron sus economías tradicionales, estableciendo las bases de un ciclo de migraciones estacionales y laborales en el que lo forzado y lo voluntario se superponían.

Entre 1935 y 1975, el ciclo abierto por el modelo ISI y la urbanización acelerada intensificaron estos procesos. El pueblo mapuche protagonizó un éxodo masivo hacia Santiago, Concepción, Temuco y Valdivia, desplazamientos interpretados en su momento como migración campesina, pero que respondían a la presión de las

reducciones y a la falta de alternativas productivas en la Araucanía (Foerster, 2002). Los flujos fueron selectivos: jóvenes y familias se asentaron en barrios periféricos, insertándose en empleos precarios de la construcción, la industria ligera y los servicios domésticos, en condiciones de marginalidad que reflejaban la segmentación estructural del mercado laboral. En el norte, aymaras y quechuas articularon trayectorias rurales–urbanas hacia Arica e Iquique con modalidades circulares hacia enclaves mineros de Calama y Antofagasta, mientras los *likan antai* reforzaban su vínculo con la minería del cobre. La urbanización indígena se produjo, así, bajo segregación residencial y discriminación social, pero también con la emergencia de redes comunitarias que mantuvieron vivos los vínculos con los territorios de origen y dieron forma a procesos de etnogénesis urbana (Wittig G, 2009).

El giro neoliberal posterior a 1975 profundizó las dinámicas de expulsión. La contrarreforma agraria, la privatización de tierras y la expansión del modelo forestal en el sur agravaron las presiones sobre las comunidades mapuche, mientras que en el norte la reconversión productiva reforzó la migración circular hacia la minería. En este escenario, la frontera entre lo voluntario y lo forzado se volvió especialmente difusa: las familias indígenas combinaron residencia en comunidades y en ciudades, adoptando esquemas de pluriactividad y movilidad pendular que sostenían simultáneamente economías comunitarias y urbanas (Canales Tapia & Urrutia Leiva, 2022). Los *likan antai*, directamente insertos en la minería del cobre, experimentaron la consolidación de un patrón pendular basado en turnos laborales, mientras aymaras y quechuas reforzaron la movilidad transfronteriza hacia Perú y Bolivia, manteniendo abiertas redes históricas de parentesco, comercio y trabajo.

Tras 1990, la transición democrática y la Ley Indígena inauguraron un ciclo de reconocimiento institucional y multiculturalismo formal, pero las condiciones estructurales de exclusión permanecieron. En el sur, la expansión forestal continuó presionando sobre los territorios mapuches; en el norte, la minería y la agroindustria afectaron aymaras, quechuas y diaguitas, generando nuevos conflictos socioambientales. En términos migratorios, los flujos se volvieron más estratégicos y multiescalares: persisten los movimientos rural–urbanos, pero cobran fuerza los traslados urbano–urbanos, los desplazamientos interregionales hacia capitales metropolitanas y los retornos selectivos que expresan una circularidad intergeneracional (Pereira Covarrubias, 2018). En paralelo, se consolidaron prácticas de doble

territorialidad y translocalidad, que vinculan comunidades de origen, barrios urbanos y redes transfronterizas (Gundermann et al., 2009). La migración indígena contemporánea, lejos de significar disolución cultural, constituye un proceso de reorganización identitaria y política que convive con desigualdades persistentes y dinámicas de racialización.

En conjunto, la literatura muestra que la trayectoria de la migración indígena en Chile ha estado marcada por la interacción entre transformaciones estatales y económicas, pérdida territorial y estrategias comunitarias de adaptación. Desde la radicación forzosa y la urbanización del siglo XX hasta la translocalidad contemporánea, la movilidad indígena ha sido a la vez producto de exclusiones estructurales y vía de reproducción social y cultural en escenarios urbanos y multiescalares.

Dentro de este panorama general, cada pueblo indígena ha seguido trayectorias específicas. El pueblo mapuche protagonizó un éxodo histórico hacia la capital y las ciudades del sur, dando origen a barrios periféricos que combinaron segregación y organización comunitaria. En el norte grande, los Aymara y quechua desplegaron modalidades flexibles que articularon migración rural–urbana, pendularidad minera y movilidad transfronteriza con Perú y Bolivia, configurando campos sociales translocales.

La literatura más reciente ha enfatizado que la migración indígena en Chile es un proceso multiescalar y persistente, que combina expulsiones históricas con estrategias comunitarias de reproducción social. Se observa una diversificación de modalidades y destinos, desde traslados urbano–urbanos, hasta circuitos transfronterizos y experiencias transnacionales y una creciente feminización de los flujos, vinculada a la inserción de mujeres en sectores precarizados (Cárdenas, 2014). Al mismo tiempo, se documenta la sobrerrepresentación juvenil y la selectividad educativa, que derivan en un drenaje de capital humano desde las comunidades rurales hacia los centros urbanos. Estas tendencias conviven con condiciones de segregación urbana, empleos de baja calificación y procesos de racialización, pero también con repertorios de re–etnización, etnogénesis y construcción de comunidades translocales que disputan espacios de pertenencia y visibilidad cultural (Bravo et al., 2021).

De modo general, la migración indígena en Chile constituye un proceso histórico de larga duración, en el que convergen factores estructurales de despojo y exclusión con

estrategias activas de los pueblos originarios para sostener la reproducción social, cultural y política en escenarios urbanos. Si bien las trayectorias varían entre pueblos y territorios, todos comparten la experiencia de una incorporación en desventaja y, al mismo tiempo, la capacidad de recrear identidades y vínculos comunitarios en el marco de una movilidad que, lejos de implicar disolución, se convierte en un espacio de reorganización y resistencia.

1.5. Chile. De país emisor a receptor de migración extranjera

1.5.1. Inmigración extranjera en América Latina y Chile

El análisis de la migración internacional en América Latina ha mostrado que se trata de un fenómeno heterogéneo y cambiante, condicionado tanto por procesos históricos como por la posición de los países en el sistema migratorio global (Pellegrino, 2003). Si bien en Europa o Norteamérica la inmigración ha sido reconocida desde hace décadas como un fenómeno estructural, en el contexto latinoamericano, y particularmente en Chile, la investigación sobre la migración interna de población extranjera se mantiene aún en un estadio incipiente.

Respecto al caso chileno, tras un prolongado periodo caracterizado por flujos de entrada reducidos, el país comenzó a consolidarse como un destino receptor diverso, donde la redistribución interna de migrantes internacionales aparece como un ámbito analítico todavía en construcción. Según los censos, la población extranjera pasó de 197.929 personas en 2002 (1,3 % de la población total) a 784.685 en 2017 (4,5 %), lo que equivale a una tasa media anual de crecimiento de 9,6 %, una tasa inédita si se la compara con la tradición histórica de baja presencia de inmigrantes. El principal motor de este proceso ha sido la migración regional latinoamericana, que aumentó su peso relativo desde el 19,2 % al 41,7 % en el mismo período, desplazando gradualmente a la migración fronteriza como componente predominante.

En términos generales, la literatura especializada coincide en que estos flujos tienden a concentrarse inicialmente en enclaves metropolitanos para luego redistribuirse hacia periferias urbanas o ciudades intermedias, siguiendo patrones escalonados de movilidad (Stefoni et al., 2022). Aunque esta regularidad se observa en varios contextos latinoamericanos, en Chile su comprobación empírica es todavía limitada. La intensificación de los flujos migratorios es reciente y la mayor parte de los trabajos disponibles se han centrado en estudios cualitativos de enclaves urbanos o colectivos específicos (Garcés, 2012), mientras que los análisis cuantitativos y comparativos de alcance nacional son más bien escasos. Esta brecha refuerza la necesidad de construir aproximaciones sistemáticas que permitan identificar patrones diferenciados de movilidad interna de la población extranjera y sus implicancias en la reconfiguración territorial del país.

En América Latina, la migración internacional ha experimentado transformaciones profundas, transitando desde una etapa de recepción ultramarina hasta la consolidación de flujos intrarregionales y fronterizos. La literatura muestra que, en distintos períodos, los flujos internacionales han tendido a articularse con procesos de redistribución interna en los países receptores. Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, Argentina, Brasil y Uruguay recibieron grandes contingentes europeos. Chile, por su parte entre otros, atrajo volúmenes más reducidos de colonos alemanes, croatas, palestinos. Aunque la llegada se concentró inicialmente en capitales, no obstante los grupos inmigrantes se redistribuyeron hacia colonias agrícolas, áreas mineras o ciudades intermedias, mostrando tempranamente que la inmigración internacional se vinculaba a patrones de migración interna (Martínez Pizarro, 2003).

A contar de 1930, producto de los procesos de industrialización nacional, se fue consolidando en algunos países de América Latina una migración de relevo de carácter fronterizo, donde contingentes extranjeros ocuparon nichos laborales que iban quedando vacantes a raíz de los desplazamientos de las poblaciones nacionales en el marco de la migración campo-ciudad. Podemos encontrar casos paradigmáticos de dicho proceso, como lo fueron paraguayos y bolivianos en Argentina, nicaragüenses en Costa Rica, colombianos en Venezuela y peruanos y bolivianos en el norte de Chile. Este patrón, si bien general, no se presentó de igual manera en todos los contextos, pues la relocalización hacia enclaves productivos adoptó intensidades y trayectorias distintas (Pellegrino & NU. CEPAL. CELADE, 2003).

En los años 1970 y 1980, en el contexto de las dictaduras del Cono Sur y la crisis de la deuda, varios países se transformaron en emisores hacia Estados Unidos y Europa, aunque la migración intrarregional no se vio interrumpida, sino que se añadió nuevos destinos y mayor intensidad. En esa lógica, Venezuela emergió como un polo de atracción para migrantes andinos, especialmente colombianos, ecuatorianos y peruanos, que se insertaron en la construcción, el comercio y los servicios urbanos en ciudades como Caracas, Maracaibo y Valencia. En cuanto a los flujos fronterizos, paraguayos y bolivianos consolidaron su presencia en barrios populares del Gran Buenos Aires, mientras que los nicaragüenses se establecieron de manera masiva en San José de Costa Rica, conformando circuitos de alta intensidad y una inserción laboral restringida a segmentos específicos. En Chile, por su parte, la inmigración se mantuvo bastante

acotada, limitada a flujos de peruanos y bolivianos en ciudades del norte, vinculados a la minería, el comercio y los servicios (Stefoni & Bonhomme, 2014).

La etapa neoliberal en las décadas de 1990 y 2000 introdujo nuevos patrones de movilidad, caracterizada por una emigración masiva desde el Sur hacia el Norte y la emergencia de destinos intrarregionales como Brasil y Chile. En este período, la literatura reconoce con mayor claridad la noción de migración escalonada, donde el ingreso internacional se articuló con desplazamientos internos sucesivos. En el caso de Brasil, São Paulo funcionó como un centro de atracción para inmigrantes bolivianos que, una vez incorporados a los sectores industriales o comerciales, tendieron a desplazarse hacia ciudades intermedias. En Chile, por su parte, los flujos se concentraron en el norte y en la Región Metropolitana. Este patrón no fue uniforme en todos los contextos, puesto que la intensidad y las trayectorias dependieron de la estructura productiva y de las regulaciones locales. Sin embargo, la migración internacional comenzó a configurarse como parte de un circuito más amplio de movilidad territorial al interior de cada país, anticipando las transformaciones que se profundizarían en la década de 2010 (Garcés., 2011).

El período más reciente se ha caracterizado por la persistencia de flujos fronterizos históricos, el éxodo venezolano y la diversificación de los orígenes migratorios. Los flujos fronterizos tradicionales, con alta propensión a la movilidad interna en países como Chile, Argentina y Costa Rica, han perdurado aunque con variaciones en sus intensidades. El éxodo venezolano, con más de siete millones de personas desplazadas, constituye el fenómeno más significativo de este periodo. Las trayectorias migratorias consolidaron circuitos claros que comienzan en los pasos fronterizos, continúan en las capitales nacionales y se extienden luego hacia ciudades intermedias o polos económicos en Colombia, Perú, Ecuador, Brasil y Chile (Stefoni et al., 2022). A estos movimientos se sumó la llegada de colectivos regionales y extrarregionales, entre ellos haitianos, dominicanos y diversos grupos africanos, cuya integración se vio restringida por barreras institucionales, laborales y sociales. Estas limitaciones reprodujeron concentraciones metropolitanas y configuraron trayectorias marcadas por precariedad económica y discriminación racial (Tijoux, 2016).

La inmigración en América Latina, como se ha podido dar cuenta, ha transitado desde los flujos extracontinentales del siglo XIX hacia patrones contemporáneos de movilidad intrarregional y de diversificación de países de origen. Este recorrido permite

distinguir continuidades y cambios. Entre las continuidades destaca la persistencia de las migraciones fronterizas asociadas a enclaves agrícolas y urbanos, así como la centralidad de ciertas metrópolis que inicialmente concentran población migrante y luego canalizan su redistribución hacia periferias y ciudades intermedias, reproduciendo un patrón histórico de centralidad metropolitana acompañado de movilidad interna¹. Entre los cambios recientes resalta la masificación y la diversificación de los orígenes, que viene a relativizar la centralidad de los flujos fronterizos tradicionales y plantea interrogantes sobre la emergencia de nuevas desigualdades sociales y sobre la reconfiguración de trayectorias migratorias.

1.5.2. Antiguas y nuevas pautas en la inmigración internacional

En Chile, la inmigración ha sido descrita como un proceso discontinuo, marcado por largos periodos de baja incidencia de población extranjera y un crecimiento acelerado en las últimas décadas. Aunque el país recibió flujos selectivos hasta comienzos del siglo XX, nunca se consolidó como destino central de la emigración europea. Estos contingentes, de volumen reducido, contribuyeron a la formación de enclaves agrícolas y mineros, pero la población extranjera no superó el 2% del total nacional. En este sentido, Chile se configuró más como país receptor que emisor, pero con una incidencia demográfica históricamente marginal de la inmigración (Pellegrino,, 2003).

Desde mediados de siglo hasta finales de los años ochenta, Chile experimentó un giro desde una inmigración de bajo volumen hacia un periodo de emigración. En un contexto de crisis económica y dictadura militar, la salida de entre 200.000 y 300.000 chilenos contrastó con ingresos extranjeros reducidos a flujos fronterizos de bolivianos y peruanos vinculados a la minería y el comercio transfronterizo, sin configurar corrientes de gran magnitud ni procesos internos de redistribución. Con el retorno a la democracia y el crecimiento económico de los años noventa, se inauguró una fase de transición hacia un Chile receptor. Aunque la proporción de extranjeros seguía siendo baja (1,3% en el Censo 2002), los flujos se intensificaron desde Perú y tendieron a diversificarse con llegadas provenientes de Ecuador y Colombia. Estos colectivos se

¹ Este patrón de llegada inicial a grandes metrópolis y posterior redistribución hacia periferias o regiones intermedias no es exclusivo de América Latina. En España, la inmigración extranjera siguió una trayectoria similar. Madrid actuó como puerta de entrada y núcleo de concentración inicial, desde donde los flujos se desplazaron hacia la Comunidad Valenciana, Baleares y Cataluña. De modo que la inserción inicial da paso a una diversificación territorial impulsada por oportunidades laborales y residenciales (Recaño, 2002).

instalaron inicialmente en enclaves del norte minero y luego en la Región Metropolitana, donde comenzaron a configurarse barrios de alta concentración migrante, marcando el inicio de un patrón migratorio urbano más visible. De este modo, se transitó desde una inmigración históricamente selectiva y reducida, de origen europeo, hacia una inmigración predominantemente latinoamericana en la que la redistribución interna adquirió un papel más claro.

La década de 2010 representó un punto de inflexión. En el Censo 2017, la inmigración alcanzó el 4,5% de la población nacional, equivalente a 784.685 personas. Un año más tarde, las estimaciones oficiales señalaron que se había superado el millón de residentes extranjeros, alcanzando entre el 6% y el 7% de la población. Posteriormente, hacia 2019, la inmigración llegó a representar el 7,6% del total, lo que equivale a 1,45 millones de personas (Rodríguez Vignoli & Rowe, 2019).

. Esta variación constituye un crecimiento acelerado y explosivo que no solo incrementó el volumen de la población extranjera, sino que también estuvo acompañado por la diversificación en los países de origen: peruanos y bolivianos consolidaron su presencia histórica, mientras que colombianos y dominicanos ampliaron la diversidad intrarregional, sumado al flujo masivo de venezolanos y la llegada de haitianos y otros colectivos. Esta etapa implicó la consolidación de la inmigración como un fenómeno estructural de la sociedad chilena, teniendo la capacidad de redefinir dinámicas territoriales y sociales. Al mismo tiempo, evidenció la desactualización del marco normativo, anclado en la Ley de Extranjería de 1975, concebida bajo la doctrina de seguridad nacional para flujos reducidos y estables, insuficiente para un fenómeno ya estructural y masivo (Oyarzún Serrano et al., 2021; Rodríguez Vignoli & Rowe, 2019).

Estos cambios han abierto una serie de interrogantes respecto a su sostenibilidad en el tiempo, sus efectos en la redistribución territorial y en la segmentación socioeconómica, así como también sobre el modo en que las políticas estatales podrán responder a dinámicas migratorias cada vez más heterogéneas y estructurales. En este contexto, la migración interna se ha consolidado como un componente clave de las trayectorias de la población extranjera en Chile. La literatura reciente ha documentado procesos de concentración y posterior redistribución territorial, aunque los avances siguen siendo incipientes y con predominio de estudios de caso.

La inmigración reciente en Chile ha seguido un patrón caracterizado por una concentración inicial en la Región Metropolitana y en el Norte Grande, seguida de

procesos de redistribución hacia comunas periféricas y ciudades intermedias. En Santiago, la llegada migrante se concentró inicialmente tanto en el centro histórico como en comunas pericéntricas. En el caso de Santiago Centro, desde comienzos de los 2000 se expresó con fuerza lo que De Mattos (2014) denomina *urbanismo de la renta*, asociado a la proliferación de torres en altura destinadas al arriendo masivo. Así también, comunas pericéntricas como Independencia y Recoleta ofrecieron un stock de viviendas antiguas y subdivididas, mientras que en Estación Central se consolidó un proceso de densificación vertical. En todos estos casos, la disponibilidad de vivienda relativamente accesible se combinó con redes comunitarias que facilitaron la inserción laboral y residencial de la población migrante en estos lugares. Sin embargo, el aumento de los costos habitacionales y la presión sobre estos barrios impulsaron el desplazamiento de parte de la población migrante hacia la periferia metropolitana, reproduciendo procesos de suburbanización.

En el norte, Antofagasta, Tarapacá y Arica consolidaron su papel como destinos receptores, articulando la inmigración al trabajo minero y al comercio fronterizo (Stang & Stefoni, 2016). Más allá de ser zonas de llegada, estas regiones funcionan también como territorios de movilidad cíclica y redistribución. Así, migrantes peruanos y bolivianos han combinado residencia en ciudades del norte con retornos periódicos a la frontera y, en algunos casos, con desplazamientos hacia comunas agrícolas de la zona central (Gil-Alonso et al., 2015a). A su vez, colectivos colombianos y dominicanos ampliaron la geografía migratoria hacia ciudades como La Serena, Rancagua o Iquique. Mientras que el flujo masivo de venezolanos, realizado en gran medida por vía terrestre, siguió trayectorias sucesivas, con instalación inicial en ciudades del norte y posterior redistribución hacia Santiago y centros intermedio (Imilan & Márquez, 2020). En este caso, el endurecimiento de las políticas de visado incentivó el ingreso irregular por pasos no habilitados en la frontera con Bolivia. Lo anterior confirma que la migración reciente en Chile responde a dinámicas escalonadas y trayectorias múltiples, que combinan escalas internacionales y nacionales en una secuencia de movimientos interconectados (Oyarzún et al., 2020).

1.5.3. Características socioeconómicas de la población extranjera y distribución en el territorio,

Los patrones de migración interna de la población extranjera reflejan de manera directa las características sociodemográficas y familiares que estructuran las decisiones y posibilidades de desplazamiento. La edad emerge como un determinante central, donde los migrantes jóvenes presentan mayores tasas de desplazamiento, mientras que los adultos de edades más avanzadas o familias con hijos pequeños, privilegian una mayor estabilidad residencial. La dimensión de género introduce diferencias adicionales, puesto que las mujeres insertas en el servicio doméstico tienden a asentarse de forma más estable en la capital, mientras que los hombres vinculados a actividades mineras o agrícolas en el norte exhiben trayectorias más móviles. Asimismo, los hogares unipersonales o con menor carga familiar se desplazan con más frecuencia que aquellos con estructuras complejas (Stefoni, 2011; Garcés, 2015)

En el ámbito laboral, la investigación subraya una marcada diferenciación según origen nacional y regional. Canales (2019) destaca que los migrantes extrarregionales y de algunos países sudamericanos como Argentina, Brasil o Uruguay, tienden a insertarse en actividades de mayor productividad y en posiciones profesionales o directivas, ubicación laboral que coincide con perfiles educativos más altos de las personas originarias de estos países. Contrariamente, los colectivos provenientes de países andinos y caribeños suelen concentrarse en sectores secundarios, caracterizados por ser más precarios y en áreas como la agricultura estacional, la construcción, el trabajo doméstico y los servicios urbanos. Esta segmentación también se refleja en el territorio, donde los grupos vinculados a nichos precarios registran mayores tasas de movilidad hacia comunas periféricas o ciudades intermedias, mientras que los migrantes extrarregionales muestran trayectorias residenciales más estables (Garcés, 2011)

Lo anterior se expresa con mayor claridad en la interpretación de Tijoux (2016), quien conceptualiza la incorporación social diferenciada en Chile como manifestación de procesos de racialización. Según esta perspectiva, el acceso a los mercados laborales y residenciales queda mediado por jerarquías étnico-nacionales vinculadas al origen. Así, colectivos latinoamericanos y afrodescendientes, como haitianos y dominicanos en Santiago, son clasificados socialmente como “migrantes” y se insertan sobre todo en segmentos secundarios de la economía, mientras que personas nacidas en Europa o en países de altos ingresos son reconocidas como “extranjeros”, con mayor estatus y

posibilidades de integración. Esta dualidad del mercado de trabajo, en interacción con estructuras sociales más amplias, reproduce las desigualdades en las trayectorias laborales y residenciales.

Los factores de contexto refuerzan la diferenciación en la movilidad residencial. El estatus legal constituye un filtro fundamental. Cuando la situación es irregular, colectivos como haitianos y venezolanos tienden a permanecer en enclaves metropolitanos, mientras que los procesos de regularización han abierto mayores posibilidades de redistribución hacia ciudades intermedias. Las redes comunitarias cumplen un doble rol, puesto que, por un lado, facilitan la instalación inicial y el acceso a vivienda o empleo; mientras que, por otro, tienden a reproducir dinámicas de hacinamiento y concentración que limitan la dispersión territorial, como ocurre en algunos barrios de Santiago Centro y comunas vecinas. La antigüedad migratoria también introduce diferencias relevantes. Los recién llegados suelen desplegar trayectorias más móviles y con múltiples desplazamientos, en contraste con las generaciones de mayor permanencia, que presentan una mayor estabilidad residencial. Estos contrastes se han visto amplificadas por los cambios recientes en la composición de la población extranjera, asociados a los nuevos flujos regionales (Stang & Stefoni, 2016).

En síntesis, la migración extranjera en Chile puede ser interpretada como un fenómeno marcado por discontinuidades históricas y por un crecimiento reciente de carácter estructural, que tiene implicancias centrales en la composición demográfica y la configuración territorial del país. Diversos estudios señalan que la migración internacional y la interna conforman un ciclo articulado donde la llegada transfronteriza no constituye un punto final, sino el inicio de trayectorias múltiples dentro del territorio receptor. En Chile, este proceso está mediado por factores estructurales y político-administrativos que definen tanto oportunidades como restricciones de movilidad. Así, mientras colectivos fronterizos como peruanos y bolivianos combinan desplazamientos cíclicos entre el norte y la zona central agrícola, corrientes recientes como la venezolana o la haitiana han reconfigurado patrones de redistribución interna en ciudades intermedias. Estas dinámicas muestran que la movilidad debe entenderse como un proceso complejo y estratificado, más que como un solo desplazamiento espacial, siendo el resultado de la interacción entre desigualdades estructurales y las

opciones y estrategias adaptativas de los migrantes, con trayectorias diferenciadas de integración y redistribución territorial.

La investigación migratoria en Chile ha experimentado un crecimiento sostenido en las últimas dos décadas, aunque el énfasis ha recaído principalmente en la inserción laboral, la segregación urbana y las dinámicas transnacionales, relegando a un segundo plano el estudio de la movilidad interna de la población extranjera en escala general. Los trabajos disponibles han privilegiado aproximaciones cualitativas y localizadas, centradas en enclaves metropolitanos como Independencia y Estación Central en Santiago o en ciudades del norte como Antofagasta y Arica, donde colectivos específicos han sido analizados con mayor detalle. Este predominio de estudios de caso ha permitido visibilizar procesos de concentración y segregación, aunque con menor atención a ciudades intermedias y a territorios no metropolitanos, a pesar de su creciente relevancia en los flujos recientes. Más allá de esta limitación territorial, se constata también la ausencia de investigaciones cuantitativas y comparativas de alcance nacional, capaces de medir de manera sistemática la propensión, intensidad y duración de los desplazamientos internos según atributos individuales y colectivos. La migración interna de población extranjera se configura como un campo emergente en la literatura chilena, cuyos vacíos analíticos pueden abordarse mediante el desarrollo de modelos estadísticos aplicados a fuentes censales, orientados a diferenciar patrones según origen nacional, escalas de desplazamiento y características sociodemográficas individuales. Si bien los censos presentan la limitación de no registrar la totalidad de las trayectorias migratorias ni de reflejar con exactitud la situación de los migrantes en el momento mismo de los desplazamientos (ya que son datos de stock), siguen constituyendo la fuente más sólida para medir estos procesos en una escala amplia y con posibilidades comparativas.

CAPITULO 2. MARCO TEÓRICO

2.1. Enfoques teóricos sobre la migración

La movilidad humana constituye una de las expresiones más visibles de las transformaciones sociales y territoriales en las sociedades contemporáneas. No se limita al mero traslado físico. La movilidad expresa desigualdades, estrategias de vida y reconfiguraciones espaciales que moldean la distribución de la población. Estos movimientos no siempre implican un cambio de residencia: pueden ser cotidianos, pendulares o estacionales, y varían en su intensidad, distancia y duración.

La migración, en particular, aparece como una forma específica y estructurante de la movilidad, que supone el cambio de residencia habitual y la reorganización del espacio vital y social en un nuevo entorno. En el caso de la migración interna, ello se traduce en el cruce de límites político-administrativos dentro de un mismo país (Zelinsky, 1971). Si bien, aunque está inscrito en un territorio nacional, transforma simultáneamente los lugares de origen y de destino, y se encuentra condicionada por factores individuales interrelacionales y estructurales. La interacción de estas distintas dimensiones produce trayectorias heterogéneas y efectos sociales desiguales (Hierro & Maza, 2010a; Pellegrino & NU. CEPAL. CELADE, 2003).

Con relación a las trayectorias migratorias, su diversidad varía dependiendo del foco analítico. Pueden analizarse a partir de las características individuales y familiares de quienes se desplazan, de los patrones espaciales y temporales que las configuran, o de los factores históricos, estructurales y relacionales que las condicionan. De manera agregada y complementaria, este conjunto de dimensiones da lugar a pautas y tendencias nacionales que, desde un punto de vista analítico, permiten explicar los movimientos presentes y proyectar escenarios futuros generales a partir de la identificación de determinadas corrientes migratorias. No obstante, estas regularidades se sustentan en experiencias diferencias, exigiendo atender a la diversidad de grupos, contextos y trayectorias.

En consecuencia, la movilidad requiere ser interpretada a través de marcos analíticos que reflejen la complejidad del fenómeno migratorio y permitan comprender las trayectorias mediante un cuerpo de conceptos y explicaciones fundamentadas en sus determinantes. Existen distintas teorías que abordan el hecho migratorio en sus dimensiones estructurales, relacionales e individuales o familiares. Aunque en su gran mayoría fueron formuladas para la migración internacional, son un aporte clave también

para la movilidad interna, porque ordenan sus manifestaciones y permiten proyectar hipótesis sobre su evolución. Integrarlas amplía la mirada y muestra cómo las migraciones están atravesadas por factores económicos, sociales, culturales y territoriales. De ahí la necesidad de revisar, en lo que sigue, los principales campos de análisis, es decir, las teorías migratorias clásicas y contemporáneas, algunas líneas conceptuales transversales y, finalmente, los marcos específicos que atienden a subpoblaciones como pueblos indígenas y población extranjera residente.

La incorporación de estos marcos específicos resulta fundamental para esta tesis puesto la migración interna no se expresa de manera uniforme en todos los grupos. En el caso de los pueblos indígenas, los desplazamientos están estrechamente vinculados a procesos históricos de despojo territorial, a dinámicas socioculturales y a desventajas estructurales que condicionan de manera diferenciada sus trayectorias. En la población extranjera residente, por su parte, la movilidad interna se articula con el ciclo migratorio internacional, teniendo antecedente un desplazamiento previo de carácter transfronterizo, y sus trayectorias están definidos tanto por desigualdades heredadas de los países de origen como por las condiciones estructurales del país de destino. Considerar estos planos específicos no solo permite capturar la diversidad de experiencias y estrategias de movilidad, sino que constituye una condición necesaria para los objetivos de esta tesis, orientados a precisar las pautas migratorias y las características sociodemográficas, socioeconómicas y de los hogares predominantes, de manera comparada.

2.1.1. Teorías clásicas

El primer constructo teórico que buscó explicar los movimientos migratorios se desarrolló en un contexto intelectual dominado por el positivismo, propio de la etapa de formación de las ciencias sociales, caracterizado por el monismo metodológico, la explicación mono causal y la búsqueda de leyes generales. En Inglaterra, hacia finales del siglo XIX, este marco coincidía con un escenario histórico de industrialización y urbanización acelerada, presión poblacional sobre las ciudades y los mercados laborales, y escasez de recursos y la emergencia de nuevos problemas sociales. La disponibilidad de datos censales facilitó el trabajo de Ernst Ravenstein, quien en 1885 formuló las Leyes de la Migración a partir del Censo británico de 1881, cuyos hallazgos fueron ampliados y corroborados en 1889 con datos de otros países. Ravenstein identificó un

conjunto de regularidades, entre las cuales destacan: un patrón progresivo y acumulativo que orientaba los desplazamientos hacia los grandes centros comerciales e industriales; la existencia de corrientes y contracorrientes migratorias; el menor grado de movilidad de la población urbana; y la participación relativamente mayor de las mujeres en los movimientos de corta distancia. Asimismo, planteó que los factores sociales y personales incidían en las decisiones de movilidad, que el atractivo de una ciudad disminuía conforme aumentaba la distancia y que las corrientes tendían a seguir rutas previamente establecidas.

La obra de Ravenstein constituye una investigación pionera y es considerada el punto de partida de las teorías migratorias. Algunos de sus aportes han mantenido vigencia, como la noción de corrientes migratorias y la influencia de la distancia en los desplazamientos. Sin embargo, su enfoque ha sido criticado por ser excesivamente descriptivo, determinista y reduccionista, al no incorporar de manera sistemática los factores sociales, económicos y políticos en la explicación de la movilidad, ni precisar adecuadamente las causas de la migración (Arango, 1985; Massey et al., 1993).

Con posterioridad, a mediados del siglo XX, la investigación migratoria avanzó hacia perspectivas más integradas, en un contexto marcado por el crecimiento acelerado de la urbanización en los países en desarrollo y por el auge de las teorías funcionalistas en Estados Unidos. En este sentido, Everett Lee (1970), desarrolló un marco explicativo de las migraciones que, a diferencia de Ravenstein, superó el determinismo espacial de las leyes de la migración y buscó identificar regularidades desde una perspectiva multicausal. Su propuesta teórica y conceptual se materializó en el modelo *push-pull* que, de gran influencia en los estudios migratorios, explicaba la movilidad como el resultado de la interacción entre factores de expulsión en el lugar de origen, factores de atracción en el destino, obstáculos intervinientes y características individuales de los migrantes. Desde esta perspectiva, los lugares de origen se caracterizan por condiciones económicas, políticas y sociales adversas que impulsan la emigración, mientras que los destinos incentivan los desplazamientos porque ofrecen oportunidades laborales y mayor estabilidad. Esta dinámica configura rutas migratorias bastante definidas y condicionadas por desigualdades estructurales, donde las ciudades ocupan un rol central como principales polos de recepción. No obstante, Lee reconoció también la existencia de otros tipos de regiones receptoras, como los centros industriales y las áreas agrícolas (Portes, 2001).

Tanto Ravenstein como Lee buscaron generar marcos explicativos universales, sin embargo, redujeron la complejidad social del fenómeno migratorio al no incorporar las subjetividades de los actores, ni el papel de los contextos históricos y estructurales. Diversos autores, si bien reconocen el valor de sus aportes, han señalado limitaciones comunes: el carácter excesivamente descriptivo y mecanicista de sus modelos (Massey et al., 1993), la ausencia de una perspectiva histórica y relacional que dé cuenta de los cambios en los sistemas sociales (Borjas, s. f.), y la desatención al rol de los hogares, las familias y las redes sociales como mediadores de la movilidad (Portes, 2001). Estas limitaciones abrieron el paso a la formulación de nuevas perspectivas históricas entre mediados y fines del siglo XX.

En este periodo, la investigación migratoria amplió sus perspectivas teóricas, metodológicas y disciplinarias, en estrecha relación con el desarrollo de las ciencias sociales. Se incorporaron dimensiones como las motivaciones individuales, las interacciones familiares y comunitarias, y las estructuras económicas y políticas, integrando distintos planos de análisis para explicar los desplazamientos. Esta ampliación de la mirada fortaleció el desarrollo teórico y conceptual de las migraciones, pero también dio paso a un campo de conocimientos cada vez más especializado y, en ocasiones, fragmentado, donde destaca la ausencia de una visión conjunta e integradora del fenómeno migratorio.

Es posible establecer una clasificación de los enfoques teóricos migratorios en tres grandes campos analíticos. Por un lado, los enfoques económico-decisionales, que ponen el acento en las motivaciones y cálculos de individuos u hogares respecto a beneficios, costos y riesgos de migrar. En segundo lugar, los enfoques estructural-territoriales, que destacan cómo las desigualdades socioeconómicas, los mercados de trabajo y la configuración espacial condicionan los desplazamientos. Finalmente, los enfoques relacionales y de reproducción de flujos, que explican la persistencia de la movilidad a partir de redes sociales, capital social y dinámicas acumulativas. Esta distinción permite integrar perspectivas clásicas y contemporáneas bajo un criterio analítico coherente con los objetivos de esta investigación, al tiempo que facilita el análisis de trayectorias diferenciadas en subpoblaciones como pueblos indígenas y migrantes internacionales.

2.1.2. Enfoques económicos decisionales

Los enfoques económico–decisionales agrupan un conjunto de teorías que conciben la migración principalmente como una elección racional de carácter económico, tomada por individuos o familias en función de los costos, beneficios y riesgos asociados al acto migratorio. Su punto de partida es la idea de que los migrantes buscan maximizar su bienestar mediante la comparación de oportunidades entre origen y destino, a través del cálculo individual de retornos (teoría neoclásica), de las expectativas probabilísticas de inserción laboral o de la diversificación de oportunidades y riesgos familiares (nueva economía de la migración). Estas teorías, comparten el supuesto teórico que la decisión migratoria se organiza en torno a principios de racionalidad económica, situando al individuo o al hogar como las unidades centrales de análisis (Arango, 1985).

A nivel microeconómico, la teoría económica neoclásica de la migración, formulada principalmente en el tercer cuarto del siglo XX, se basa en un modelo de elección racional en el que los individuos evalúan costos y beneficios para decidir migrar. De este modo, la migración es concebida como una inversión en la que el traslado se justifica siempre que la rentabilidad futura supere los costos de desplazamiento, adaptación cultural y aprendizaje (Borjas, 2014). Los actores evalúan los ingresos esperados, las condiciones del mercado y los riesgos asociados, y migran cuando el retorno neto esperado es positivo. Así, la migración se origina en las diferencias salariales entre regiones o países, y se asume que los flujos continuarán hasta que esas brechas tiendan a equilibrarse. Una formulación adicional es que la educación incrementa la probabilidad de migrar al mejorar las opciones de obtener beneficios superiores en el destino (Mincer & Polachek, 1974).

La teoría neoclásica aportó un marco sistemático para comprender la migración desde la economía, relevó el concepto de capital humano como recurso central y ofreció una formulación analítica sistemática para evaluar decisiones migratorias. No obstante, al apoyarse en la elección racional como eje central, sobredimensiona la voluntariedad del acto migratorio, homogeneiza tanto los flujos como las características de los actores y asume que las desigualdades territoriales tenderían naturalmente al equilibrio. De este modo, minimiza el papel de los factores históricos, sociales y estructurales, reduciendo su capacidad para explicar trayectorias migratorias complejas y persistentes.

La teoría de los ingresos esperados, desarrollada por Todaro (1969), amplió los márgenes de la perspectiva microeconómica con enfoque macro, desarrolla un modelo probabilístico de migración que introduce el concepto de diferencia de ingresos esperados como determinante de la decisión migratoria. En el caso de la migración rural-urbana en los países en desarrollo, la decisión de migrar responde a los ingresos esperados una vez que acceden a un empleo formal y no solamente a las diferencias salariales absolutas. De hecho, en las fases de industrialización y urbanización acelerada, los desplazamientos migratorios se mantuvieron a pesar de la precarización en segmentos del mercado de trabajo y del crecimiento del sector informal. El modelo de ingresos esperados plantea una transición en dos etapas: primero, los migrantes ingresan al sector informal o enfrentan desempleo; luego, logran acceder al empleo formal. De este modo, los migrantes aceptan el riesgo de desempleo urbano porque anticipan mayores oportunidades en el largo plazo (Harris & Todaro, 1970). En este contexto, las políticas urbanas y de empleo inciden en la magnitud y localización de los flujos internos, pudiendo mitigar o amplificar sus efectos sobre desigualdad.

Un aporte importante de este enfoque es el reconocimiento de que la migración interna no depende únicamente de diferencias salariales inmediatas, sino también de las expectativas de inserción futura. Esto contribuye a explicar la elevada movilidad de jóvenes y grupos en búsqueda de movilidad social. Asimismo, a diferencia de la teoría neoclásica, que asumía que las migraciones se agotarían a medida que los mercados laborales tendieran al equilibrio, la propuesta de Todaro muestra que los flujos pueden persistir incluso en contextos de precariedad laboral. De este modo, la migración no conduce necesariamente a un equilibrio natural de los flujos migratorios, sino que se combina con procesos de segmentación laboral y segregación residencial de la población migrante.

Otra corriente dentro de los enfoques económico-decisionales es la nueva economía de las migraciones, formulada en la década de 1980 e influenciada por la demografía histórica y la nueva historia social de origen estadounidense. Surge como una respuesta crítica a los supuestos de la teoría neoclásica. Su principal exponente, Oded Stark (1988), propuso situar a la familia y al hogar como unidad central de análisis, reconociendo que la migración responde a estrategias colectivas destinadas a diversificar riesgos y garantizar la reproducción social en contextos de adversidad. En términos generales, este enfoque introdujo tres aportes conceptuales de gran relevancia:

la noción de privación relativa, que muestra cómo la percepción de desventaja respecto a otros hogares del entorno incentiva la migración; la consideración de la migración como una estrategia familiar, mediante la cual los hogares distribuyen a sus miembros entre origen y destino para enfrentar limitaciones económicas; y la importancia de las remesas, que establecen un vínculo permanente entre origen y destino, reforzando la continuidad de los flujos migratorios.

A diferencia de las formulaciones previas, la nueva economía de las migraciones renovó el enfoque económico–decisional al resaltar que las estrategias familiares son dinámicas y pueden redefinirse con el tiempo. La migración, por tanto, no se agota en la salida de un integrante, sino que con la migración, se abren nuevas fases de movilidad que pueden involucrar a otros miembros del hogar. Este aporte permite comprender cómo la composición familiar condiciona la propensión y los resultados de la migración. Sin embargo, una limitación de esta corriente es el supuesto de homogeneidad familiar.

En términos generales, los enfoques económico–decisionales contribuyeron a sistematizar modelos económicos de la migración, ofreciendo un marco explicativo, y definiciones clave como la selectividad educativa (Stark, 1988), los ingresos esperados (Todaro, 1969; Harris & Todaro, 1970) y las estrategias familiares de diversificación de riesgos. Para esta tesis, su aporte radica en que permiten reconocer la migración como una decisión donde el capital humano es un activo para la migración, las expectativas de futuro resultan tan relevantes como los diferenciales inmediatos de ingresos, y las estrategias familiares operan como soporte en contextos de vulnerabilidad. Sin embargo, persisten limitaciones importantes. Estas teorías conservan un enfoque utilitarista que no incorpora de manera suficiente las dimensiones históricas, estructurales y culturales; restringen análisis a la migración concebida únicamente como expresión de racionalidad, lo que dificulta el abordaje de otras formas de movilidad; y la tendencia a sobreentenderla como una decisión voluntaria, desatendiendo los condicionantes estructurales. Estas debilidades simplifican la complejidad del fenómeno y refuerzan la necesidad de complementarlos con teorías estructurales y relacionales que ofrezcan una visión más amplia de los procesos migratorios.

2.1.3. Enfoques estructurales y territoriales

Los enfoques estructurales–territoriales agrupan teorías que sitúan la migración dentro de las condiciones estructurales de las economías y de los territorios. Su punto de partida es que los desplazamientos no pueden entenderse únicamente como resultado de decisiones individuales, sino como procesos moldeados por la forma en que los mercados de trabajo, los modelos de desarrollo y la inserción en la economía mundial generan desigualdades que impulsan o limitan los flujos. En esta perspectiva, la migración aparece como una respuesta sistémica a necesidades económicas y sociales: la segmentación del mercado laboral (Piore, 1978) o la dinámica centro–periferia del capitalismo global (Wallerstein, 1974).

A nivel macroeconómico, Michael Piore desarrolla la teoría del mercado laboral dual para explicar la persistente demanda de trabajadores migrantes en las economías industrializadas. Su planteamiento central es que la migración no responde únicamente a diferencias salariales, sino también a una necesidad estructural para sostener la segmentación del mercado de trabajo. En este esquema, el mercado se divide en un sector primario, caracterizado por empleos estables y bien remunerados, y un sector secundario, compuesto por ocupaciones precarias y de baja remuneración (Massey et al., 1993). Desde esta perspectiva, los flujos migratorios tienden a auto sostenerse y reproducirse, incluso frente a intentos de restricción porque forman parte del propio funcionamiento económico y social de las sociedades receptoras. En trabajos posteriores, Piore (1986) advierte que reducir la migración exigiría modificar la segmentación laboral o redistribuir los empleos de baja calificación, medidas que enfrentarían resistencias porque la estratificación del mercado de trabajo se encuentra anclada en el modelo productivo.

A diferencia de la teoría neoclásica, que interpreta la movilidad como la suma de decisiones individuales orientadas a maximizar ingresos, la teoría del mercado laboral dual subraya que son las condiciones estructurales de las economías receptoras las que generan una demanda sostenida de mano de obra migrante y definen los márgenes de inserción de distintos grupos de trabajadores (Stein, 2015; Glick Schiller, 2009). No obstante, este enfoque ha sido cuestionado por su determinismo, que tiende a reducir el papel de los migrantes frente al mercado del trabajo y a minimizar su capacidad de reorganizar sus vidas en el lugar de llegada, además de no incluir los factores sociales, políticos y culturales en la explicación respecto a la diversidad de trayectorias (Massey et al., 1993; Arango, 2000; de Haas, 2010).

Con todo, los aportes teóricos de Piore siguen siendo significativos. Su mayor contribución fue introducir un giro analítico en el estudio de la migración. No son únicamente las necesidades individuales las que impulsan los desplazamientos, sino también las demandas estructurales de las economías receptoras. A ello se suma la formulación del concepto de segmentación laboral, que explica cómo los migrantes tienden a incorporarse en el sector secundario, caracterizado por empleos precarios, de baja remuneración y escasa movilidad. Esta noción resulta especialmente útil para esta tesis, pues ofrece un marco clave para comprender la incorporación tanto de pueblos indígenas como de población extranjera en el mercado laboral. De este modo, la segmentación laboral no solo ilustra respecto a los mecanismos de inserción ocupacional, sino que también permite analizar las desigualdades territoriales y residenciales.

Desde una perspectiva histórico-estructural, la teoría de los sistemas mundiales formulada por Wallerstein (1974, 1976, 1990), establece que la unidad de análisis no es el Estado-nación, sino el sistema-mundo. Este se entiende como una economía-mundo capitalista, organizada jerárquicamente en torno a centro, periferia y semiperiferia. La migración se interpreta aquí como parte de la división internacional del trabajo y de la expansión del capitalismo global. Uno de los postulados centrales de este enfoque son los flujos de dependencia. Los países del centro concentran el capital, la tecnología y el control de los flujos comerciales. De contraparte, la periferia queda relegada a la provisión de materias primas y de fuerza de trabajo barata, reproduciendo su condición dependiente y subordinada. La semiperiferia ocupa un espacio intermedio: amortigua tensiones, articula intercambios y, al mismo tiempo, reproduce desigualdades. En este contexto, la migración se concibe como una respuesta estructural a la penetración capitalista. El desarrollo desigual genera excedentes de mano de obra en la periferia y orienta flujos sostenidos hacia los espacios centrales. No se trata de decisiones aisladas, sino de dinámicas inscritas en la lógica expansiva del capitalismo.

A esta teoría se le ha criticado su excesivo determinismo y la poca consideración de las dinámicas socioculturales, en un sentido similar a las limitaciones señaladas en Piore. Al situarse en un plano mundial, tiende a ser un marco demasiado abstracto, que no siempre contempla las variaciones nacionales, regionales o locales en los procesos migratorios (Massey et al., 1993). Sin embargo, su fortaleza radica en el marco histórico y en el análisis centro-periferia-semiperiferia, que permite explicar las asimetrías

propias de la migración: el centro actúa como polo de atracción, la periferia como espacio de expulsión y la semiperiferia como zona dual que recibe y exporta migrantes.

Aunque el modelo fue formulado para describir las dinámicas Sur–Norte, también ofrece una base útil para comprender los flujos Sur–Sur, en los que los países semiperiféricos, al mostrar mayor dinamismo económico y político, desempeñan un papel destacado en la configuración de los movimientos internacionales. Asimismo, aunque se trata de un esquema pensado a escala global, puede aplicarse al análisis nacional y urbano. Desde esta óptica, las relaciones de dependencia no se dan solo entre Estados, sino también dentro de ellos, como señalan Amin (1976) con la idea de periferias internas, y Cardoso y Faletto (1972) al mostrar cómo las estructuras de clase nacionales median las dinámicas de dependencia. En este sentido, dentro de un mismo país coexisten regiones y grupos sociales subordinados que reproducen la lógica de explotación centro–periferia. Algo similar ocurre en el plano urbano: las ciudades que concentran funciones globales (Sassen, 2005) se convierten en nodos de atracción y segmentación laboral, reproduciendo desigualdades internas y consolidando jerarquías territoriales que también organizan la movilidad migratoria.

En suma, las teorías estructurales ofrecen un marco analítico consistente para comprender la migración como parte de procesos históricos y económicos más amplios. Al centrarse en la segmentación laboral y en la división internacional del trabajo, permiten explicar flujos migratorios y relaciones de dependencia que estaban ausentes en los modelos económico–decisionales. De este modo, constituyen un aporte fundamental para disponer de una mirada global y para conceptualizar dinámicas de subordinación y asimetría que atraviesan tanto la migración internacional como la interna, elementos que resultan de gran utilidad en este trabajo. No obstante, estas perspectivas tienden a minimizar la acción migratoria y la capacidad de los propios actores para reorganizar sus vidas y trayectorias. Por ello, resulta necesario complementarlas con los enfoques relacionales y de reproducción de flujos, que destacan el papel de las redes, el capital social y los mecanismos de retroalimentación en la configuración de los movimientos migratorios.

2.1.4. Enfoques relacionales y de reproducción de flujos

Los enfoques relacionales y de reproducción de flujos agrupan teorías que ponen el acento en las relaciones sociales y en los mecanismos de retroalimentación que sostienen la continuidad de la migración. Desde esta perspectiva, se reconoce que los vínculos de parentesco, amistad y comunidad reducen los costos y riesgos de moverse, dando lugar a redes migratorias que facilitan nuevas salidas y a la formación de capital social transnacional. Al mismo tiempo, se subraya que la propia migración transforma los contextos de origen y destino, generando dinámicas que tienden a perpetuar los flujos en el tiempo (causación acumulativa). De este modo, el análisis se desplaza desde la decisión inicial de migrar hacia los procesos sociales que institucionalizan y reproducen la movilidad a lo largo de generaciones.

La teoría de las redes migratorias ha cobrado relevancia desde la década de 1990, destacando el concepto de capital social en el contexto de la migración. El capital social se entiende como el conjunto de recursos accesibles a través de las redes de relaciones que posee una persona, que pueden estar activados o permanecer de forma potenciales (Bourdieu, 1986). Estas redes facilitan el acceso a activos e información cruciales para la posición y movilidad social, influyendo en las decisiones y acciones de los actores (Coleman, 2011). Portes & Rumbaut (2005), lo conciben como un recurso individual derivado de las redes, diferenciándose de Putnam, quien lo plantea como una propiedad colectiva, y de Coleman, que resalta su función normativa. Además, advierte que su uso indiscriminado genera confusiones y que es necesario separar causas y efectos del capital social para evitar razonamientos circulares.

Lin (1995; 2001), por su parte, sostiene que las redes sociales constituyen una fuente clave de recursos para alcanzar objetivos tanto instrumentales como expresivos. El acceso y uso de estos recursos depende de la posición social de origen, pero también está condicionado por estructuras jerárquicas y procesos institucionales. Estos factores influyen en la forma en que los individuos movilizan sus conexiones para obtener beneficios económicos, políticos y sociales. Sin embargo, el capital social no solo facilita el acceso a oportunidades, sino que también puede operar como mecanismo de exclusión y control social dentro de los propios grupos que lo generan (Portes, 1997).

En el caso de las migraciones, las redes migratorias están formadas por las relaciones entre migrantes, migrantes anteriores y no migrantes, quienes proporcionan recursos e información crucial en dos fases: la decisión de migrar y la incorporación en la sociedad de destino. Las redes de apoyo, conformadas por vínculos significativos,

relaciones de intercambio y ayuda instrumental, desempeñan un papel clave en la reducción de los costos asociados a la movilidad. Actúan como canales efectivos de transmisión de información, acceso a empleo y vivienda, simplificando así el proceso migratorio (de Miguel et al., 2007). De este modo, la teoría del capital social no se centra exclusivamente en factores económicos o políticos, sino que resalta el papel de las relaciones sociales y comunitarias en las decisiones de migrar y en los procesos de incorporación.

Uno de los principales aportes de la teoría del capital social en el contexto migratorio es su capacidad para explicar la reproducción de los flujos en el tiempo, a través del efecto de retroalimentación generado por las redes. A medida que aumenta el número de migrantes asentados en un lugar, disminuyen los riesgos y barreras de entrada, lo que facilita nuevas salidas y convierte la migración en un proceso auto-sostenido (Portes, 2001). Otro aporte central de esta teoría es su capacidad para comprender las trayectorias y dinámicas migratorias, mostrando cómo las redes transforman experiencias individuales en procesos colectivos y persistentes. A diferencia de las teorías económico-decisionales o estructurales, esta perspectiva otorga un lugar central a la interacción social y a la relación de los grupos con su entorno. La migración no se entiende como una decisión individual aislada, ni únicamente como resultado de condicionantes estructurales. No obstante, las redes también pueden tener efectos ambivalentes: reforzar jerarquías internas, reproducir desigualdades y limitar la movilidad de ciertos miembros. En el caso de la migración interna, esto puede significar la concentración en determinados enclaves étnicos.

Douglas Massey (2003) desarrolla la teoría de causalidad acumulativa, retomando el concepto introducido por Gunnar Myrdal en su obra sobre desarrollo económico y desigualdad regional. La teoría de Myrdal sostiene que los procesos económicos tienden a generar disparidades crecientes entre regiones o países. Las ventajas iniciales de ciertos territorios atraen mayor inversión de capital y mano de obra, creando un efecto de arrastre que refuerza el crecimiento económico de estas áreas. Por el contrario, las regiones más desfavorecidas experimentan fugas de población y capital, lo que profundiza su subdesarrollo y perpetúa un ciclo de desigualdad (Piva, 1998)

Massey amplía esta idea al contexto migratorio, mostrando cómo la migración no solo es producto de las desigualdades económicas, sino que también contribuye a perpetuarlas y profundizarlas, implicando cambios económicos y sociales en las

regiones emisoras y receptoras. Además, la migración se retroalimenta a través de mecanismos como las remesas, que incrementan la desigualdad de ingresos en las comunidades de origen, generando una sensación de desventaja entre quienes no migran (Massey, 1990; Arango, 2018). Las remesas sociales también influyen transformando las normas locales y consolidando la migración como símbolo de éxito (de Haas, 2010). Este ciclo perpetúa el subdesarrollo en las áreas de origen, agotando su capital humano calificado.

La teoría de la causalidad acumulativa se distingue de otras teorías migratorias, como la neoclásica o la del mercado laboral dual, al resaltar cómo los factores estructurales y culturales se retroalimentan, perpetuando la migración. Analiza también cómo estas fuerzas migratorias evolucionan y se refuerzan con el tiempo, a diferencia de teorías que solo abordan las causas iniciales. Aunque comparte similitudes con la teoría de redes sociales o capital social al abordar los vínculos y redes sociales, la causalidad acumulativa se enfoca más en los resultados macroeconómicos y las desigualdades regionales.

Dentro de los enfoques relacionales, la causalidad acumulativa resulta especialmente relevante porque concibe la migración como un proceso en evolución y no como un hecho puntual. Esta perspectiva es útil para analizar las dinámicas de subgrupos en situación de desventaja, al mostrar que los flujos tienden a persistir en el tiempo incluso bajo condiciones adversas, y que también pueden dar lugar a nuevos procesos de redistribución migratoria como respuesta a la desigualdad y la exclusión. También ofrece un marco para analizar las desigualdades territoriales y acumulativas derivadas de la movilidad, en particular el desbalance generado por la migración interna, que se expresa en la pérdida de población joven y calificada en algunas regiones y en la concentración de capital humano en otras. Asimismo, la causalidad acumulativa pone de relieve los factores culturales y comunitarios: la migración reconfigura identidades colectivas, prácticas de solidaridad y expectativas familiares, que inciden tanto en la decisión de migrar como en la forma de insertarse en la sociedad receptora. Estos procesos no implican necesariamente la pérdida de la cultura ni del vínculo con el territorio de origen; por el contrario, dicho vínculo puede mantenerse y reconfigurarse, influyendo incluso en la generación de nuevas migraciones.

A modo de síntesis, la teoría del capital social y de la causalidad acumulativa ofrece un marco relacional que desplaza la mirada desde las causas iniciales hacia los

mecanismos que sostienen y reproducen la migración en el tiempo. La primera permite entender cómo las redes reducen riesgos y costos, facilitando la salida y la incorporación en destino, mientras que la segunda muestra cómo esos mismos procesos pueden perpetuar desigualdades territoriales y reforzar dinámicas de exclusión. Ambas coinciden en destacar que la migración no es un hecho aislado, sino un proceso que se institucionaliza a través de vínculos sociales, normas y expectativas colectivas. Sin embargo, también revelan efectos ambivalentes: las redes pueden convertirse en mecanismos de control y los flujos persistentes pueden agravar los desbalances regionales. Para esta tesis, su utilidad radica en que aportan claves para analizar la migración interna en Chile, mostrando cómo los desplazamientos se configuran no solo como decisiones individuales, sino como parte de estructuras sociales y culturales que condicionan, reproducen y reconfiguran las trayectorias migratorias.

2.1.5. Síntesis crítica e integración

En esta tesis se propone una clasificación de los enfoques migratorios en tres campos analíticos: económico–decisionales, estructural–territoriales y relacionales. Cada uno aporta elementos útiles, pero también enfrenta limitaciones. Los enfoques económico–decisionales sistematizaron modelos microeconómicos y dejaron conceptos centrales como la selectividad educativa, los ingresos esperados o las estrategias familiares de diversificación de riesgos. Su valor radica en que muestran cómo el capital humano, las expectativas de futuro y las redes domésticas influyen en la decisión de migrar. Sin embargo, su alcance es limitado: tienden a sobredimensionar el cálculo racional, a reducir la migración a un fenómeno voluntario y a desatender condicionantes históricos, sociales y culturales.

Los enfoques estructurales–territoriales enfatizan el papel de las desigualdades sistémicas, los mercados de trabajo y la organización espacial. La teoría del mercado laboral dual de Piore (1979) fue decisiva al mostrar que los migrantes no se mueven solo por sus intereses, sino porque las economías receptoras requieren mano de obra segmentada en empleos precarios y de baja movilidad. Esta idea es clave para interpretar la inserción de migrantes internos y externos en Chile. Ahora bien, su limitación es clara: el determinismo estructural minimiza la capacidad de acción de los propios migrantes y omite factores sociales, políticos y culturales. Los aportes de Piore pueden, sin embargo, enriquecerse con Castles (2009), quien subraya que la

segmentación reproduce desigualdades de clase y etnicidad, y con Quijano (1999), que advierte que estas desigualdades se articulan con jerarquías históricas de carácter colonial en América Latina. La segmentación laboral, en consecuencia, no solo ilumina la inserción ocupacional, sino también desigualdades territoriales y residenciales.

Los enfoques relacionales y de reproducción de flujos desplazan el foco hacia los vínculos sociales y los mecanismos de retroalimentación que sostienen la migración. La teoría del capital social muestra cómo las redes reducen costos y riesgos, facilitando la movilidad y la incorporación en destino. Pero también revela efectos ambivalentes: exclusión, jerarquías internas y concentración en enclaves étnicos. La teoría de la causalidad acumulativa postula que la migración no solo responde a desigualdades preexistentes, sino que también las reproduce y profundiza. Sus efectos se expresan en disparidades territoriales, pérdida de capital humano en las regiones emisoras y transformación de identidades comunitarias. Ambas teorías coinciden en que la migración no es un hecho aislado, sino un proceso que se institucionaliza en el tiempo, reconfigurando simultáneamente individuos, comunidades y territorios.

Las teorías revisadas no constituyen un marco analítico aplicado de manera directa. Funcionan, más bien, como claves de lectura que orientan la interpretación de los resultados. No ofrecen un sistema cerrado de hipótesis, sino referencias críticas que permiten situar la migración interna chilena en debates internacionales sobre movilidad, desigualdad y reproducción social. Su mayor valor está en abrir preguntas más que en entregar respuestas definitivas. En este sentido, los tres enfoques dialogan con las líneas conceptuales que se desarrollarán a continuación: la selectividad sociodemográfica, las tipologías de movilidad y los marcos específicos sobre migración indígena y extranjera. El marco teórico, por tanto, cumple una doble función: otorga coherencia general al estudio e ilustrar los hallazgos de los modelos empíricos, sin reemplazar el análisis particular de los procesos migratorios en Chile.

2.2. Selectividades en la migración interna

La migración constituye uno de los procesos más característicos y relevantes de la dinámica poblacional. Lejos de ser un fenómeno aleatorio, es un proceso profundamente selectivo, en el que ciertos individuos y hogares poseen mayor propensión a desplazarse que otros. Al respecto, la idea de selectividad sociodemográfica no es meramente descriptiva, sino que se configura como un principio

explicativo central que, vinculado a los desplazamientos internos, modifica la estructura de las poblaciones de origen y destino. De este modo, la migración opera como un mecanismo de reorganización de la estructura sociodemográfica, cuya comprensión requiere atender a los atributos diferenciales de quienes migran frente a quienes permanecen.

En primer lugar, los demográficos básicos, donde la edad y el sexo definen perfiles característicos de movilidad asociados al ciclo vital y a las diferencias de género (Rogers & Castro, 1982; Elizaga & Macisco, 1975). En segundo término, la estructura familiar y de los hogares, la que establece oportunidades y restricciones a la migración según la organización doméstica y las estrategias colectivas de sus miembros (Mincer & Polachek, 1974). Finalmente, los atributos socioeconómicos, en los que la educación y la ocupación actúan como indicadores del capital humano y de la inserción laboral, modulando de manera decisiva la propensión diferencial a migrar (Chiswick, 1999).

Si bien el peso relativo de estas dimensiones puede variar según la población considerada y el momento histórico, la investigación demográfica ha mostrado de manera consistente que estas regularidades no constituyen un fenómeno aislado, sino una constante observable en distintos contextos y periodos, lo que permite comprender la naturaleza sistemática de la selectividad en la migración interna.

Dentro de las regularidades observadas, en los lugares de origen la salida de segmentos jóvenes y activos suele traducirse en pérdidas relativas tanto de volumen como de composición, lo que genera efectos como el envejecimiento demográfico, la disminución de la fuerza de trabajo disponible y los desbalances por sexo (Rogers, 1992a). En los lugares de destino, en cambio, la llegada de migrantes constituye una ganancia demográfica y social, al incorporar población en edades activas, diversificar los perfiles educativos y ocupacionales, y reforzar las redes comunitarias (Massey et al., 1993; Lee & Miller, 2000). En ambos contextos, la migración no solo redistribuye población en el territorio, sino que también transforma de manera sistemática la organización sociodemográfica de las comunidades implicadas.

En los apartados siguientes se examinarán estas dimensiones con el propósito de precisar cómo inciden en la configuración de los perfiles migratorios y en la propensión diferencial a migrar.

2.2.1. Edad y ciclo de vida

La edad constituye uno de los determinantes más universales de la migración interna. Lejos de distribuirse de manera homogénea a lo largo del ciclo vital, la movilidad presenta un patrón regular, identificado de manera consistente en la literatura demográfica. Rogers y Castro (1982) lo sistematizaron mediante los *model migration schedules*, mostrando que las tasas de migración alcanzan un primer máximo en la niñez temprana, descienden en la adolescencia, se elevan abruptamente en la juventud y adultez temprana, decrecen progresivamente en la edad adulta media y, en ciertos contextos, repuntan en la vejez. Esta curva empírica se ha confirmado en múltiples países y periodos, y constituye uno de los hallazgos más robustos de la demografía de la migración.

Ahora bien, este patrón general se descompone en distintas fases del ciclo vital, cada una de las cuales responde a determinantes sociales, económicos y familiares específicos. En la niñez temprana, la movilidad obedece fundamentalmente a mudanzas familiares derivadas de decisiones parentales, asociadas a cambios laborales, habitacionales o a procesos de reunificación (Elizaga, 1972; Rogers & Castro, 1982). La adolescencia, en contraste, constituye un mínimo relativo: los jóvenes permanecen en el hogar de origen y rara vez protagonizan desplazamientos por iniciativa propia, salvo en casos excepcionales como traslados para cursar estudios secundarios en internados.

El momento más alto en la movilidad se observa en la juventud y adultez temprana, etapa caracterizada por transiciones decisivas del curso de vida: salida del hogar parental, ingreso a la educación superior o al mercado laboral, formación de pareja y nacimiento de hijos. La combinación de una menor carga de responsabilidades familiares y de mayores retornos esperados del capital humano refuerza la concentración de los flujos migratorios en esta fase (Lee, 1970; Schlottmann, 1984; Bernard et al., 2014).

Posteriormente, durante la edad adulta media, la propensión migratoria tiende a disminuir de manera sostenida. Este descenso se asocia a procesos de anclaje residencial y laboral, vinculados a la estabilización ocupacional, la crianza de hijos y la acumulación de capital social en comunidades locales. En este punto, mudarse implica costos crecientes para los hogares, lo que reduce de manera significativa la probabilidad de migrar (Massey et al., 1993; Rogers & Castro, 1982).

Finalmente, en la vejez, la movilidad puede experimentar un repunte, aunque más débil y dependiente del contexto socioeconómico y cultural. Este fenómeno suele

vincularse a la jubilación, el retorno a los lugares de origen o la búsqueda de servicios y cuidados especializados. Rogers (1988) documentó en Estados Unidos desplazamientos hacia áreas con mejor infraestructura sanitaria o con un valor simbólico para las trayectorias vitales, mientras que Zelinsky (1971) interpretó estos movimientos dentro de su hipótesis de la transición de la movilidad en sociedades avanzadas. En esta misma línea, Recaño (2010) subraya que los desplazamientos en etapas finales del ciclo vital tienden a responder a estrategias familiares y de arraigo territorial, donde el retorno a la región de nacimiento se configura como una forma de movilidad asociada al cierre del ciclo migratorio y al restablecimiento de vínculos sociales y afectivos

Con todo, la edad y el ciclo vital, si bien constituyen determinantes centrales, no bastan por sí solos para explicar la selectividad migratoria. Los efectos generacionales introducen variaciones sustantivas que modifican los patrones de movilidad. Rogers (1992b) demostró que los calendarios migratorios varían en función del contexto histórico en el que cada cohorte alcanza la juventud y la adultez temprana. Así, quienes transitan estas etapas en periodos de expansión económica y apertura territorial tienden a acumular mayores desplazamientos, mientras que aquellas generaciones que se enfrentan a crisis o contracciones del mercado laboral exhiben trayectorias más restringidas.

En esta misma línea, Bernard & Pelikh (2019), profundizan en la noción de “efecto tiempo”, al señalar que no solo importa la edad en que se produce la primera migración, sino también el momento histórico en que ocurre. Migrar de manera temprana en contextos favorables facilita trayectorias intensivas de movilidad, mientras que la postergación de ese primer desplazamiento reduce de forma permanente la propensión migratoria.

En síntesis, la edad organiza de manera sistemática la selectividad migratoria: concentra los desplazamientos en fases específicas del ciclo de vida, introduce diferencias acumulativas entre cohortes y refleja, en última instancia, la interacción dinámica entre la biografía individual y el contexto histórico en el que esta se inscribe.

2.2.2. Género y feminización de los flujos

La selectividad migratoria no opera de manera uniforme entre hombres y mujeres. No obstante, el género ha recibido históricamente una atención marginal en el desarrollo de las teorías migratorias. En la perspectiva neoclásica (Borjas, 1987), el

migrante se concibe principalmente como un varón joven en edad laboral, mientras que los enfoques familiares, aunque situaron la decisión en el hogar, reforzaron una visión androcéntrica al centrarla en la figura del jefe masculino (Kofman, 2023). Las teorías estructurales, por su parte, incorporaron la dimensión de género al analizar la inserción de mujeres en nichos precarizados de baja remuneración (Piore, 1979), aunque con un énfasis en la sobredeterminación económica más que en las trayectorias y experiencias específicas de las mujeres (Hondagneu-Sotelo, 2018). En contraste, los enfoques relacionales introdujeron una mirada más integral, al concebir la migración como un proceso simultáneamente reproductivo y acumulativo, sostenido en redes sociales y comunitarias (Boyd, 1989).

Los aportes desde la perspectiva de género han cuestionado de manera crítica este sesgo androcéntrico. Señalan que el sexo ha sido tratado como una variable dicotómica, invisibilizando al género como categoría social que organiza y estructura desigualdades (Riley, 2025). Desde esta óptica, la selectividad migratoria debe entenderse como un conjunto de selectividades diferenciadas. En el ámbito familiar, las relaciones de género definen oportunidades y restricciones a la movilidad, al asignar a las mujeres responsabilidades vinculadas al cuidado y la reproducción social. En el ámbito económico, la segmentación laboral las concentra en ocupaciones feminizadas, precarias y de baja remuneración, reproduciendo así una selectividad negativa en su inserción. Finalmente, en el plano relacional, las mujeres desempeñan un papel central en la sostenibilidad de las redes migratorias y en la conformación de cadenas globales de cuidado, transmitiendo información, garantizando la reproducción de los hogares y protagonizando procesos transnacionales (Parreñas, 2017).

Los enfoques más recientes han introducido dos giros analíticos relevantes. En primer lugar, la perspectiva transnacional, que evidencia cómo el género atraviesa las cadenas migratorias y estructura estrategias familiares de movilidad (Domingo & Esteve, 2010). En segundo lugar, la interseccionalidad, que concibe la migración como el resultado de la interacción entre género, clase, etnicidad y estatus legal, produciendo desigualdades múltiples y, en ocasiones, contradictorias (Anthias, 2012; Herrera, 2013). Desde esta mirada, la feminización de los flujos refleja no solo la creciente participación de mujeres en la migración internacional, sino también su inserción en dinámicas precarizadas, condicionadas por estigmas de origen y jerarquías persistentes.

En síntesis, no existe una selectividad única, sino múltiples formas diferenciadas por género que se expresan en tres planos principales: i) el laboral–económico, marcado por la feminización de los flujos y la concentración en sectores precarizados; ii) el doméstico–familiar, en el que las mujeres sostienen hogares y redefinen estrategias transnacionales; y iii) el relacional, en el que actúan como nodos centrales de redes y cadenas de cuidado. Estas dinámicas, atravesadas por la clase y la etnicidad, muestran que la migración no solo reproduce desigualdades, sino que también transforma las estructuras familiares y de género, consolidando el protagonismo femenino como un rasgo central de la movilidad contemporánea (Zavala de Cosío & Rozée Gómez, 2016).

2.2.3. Educación, ocupación y capital humano

El análisis de la migración interna requiere considerar no solo la influencia de la edad, el ciclo vital o el género, sino también el papel estructurante de factores socioeconómicos como la educación y la ocupación. Estos ejes introducen un componente decisivo en la explicación de la selectividad migratoria, al articularse con las oportunidades de movilidad social y con las dinámicas de redistribución territorial del capital humano.

La educación y la ocupación constituyen, en este sentido, ejes centrales de la selectividad migratoria. Desde la economía neoclásica, la migración se concibe como una inversión individual en capital humano, donde los migrantes evalúan los costos y retornos asociados al desplazamiento. En este marco, la escolaridad y las habilidades adquiridas son componentes fundamentales de dicha inversión, al permitir anticipar mayores beneficios en los destinos (Sjaastad, 1962). A nivel familiar, las decisiones colectivas responden a procesos de auto–selección y a la búsqueda de retornos diferenciales del capital humano en el mercado laboral (Chiswick, 1999).

En términos empíricos, los migrantes suelen presentar mayores niveles de escolaridad que quienes permanecen inmóviles, contribuyendo así a la redistribución territorial del capital humano. Los lugares de origen pierden parte de sus segmentos más formados, mientras que los de destino concentran capacidades adicionales (Shryock & Nam, 1965). En ciertos contextos, esta dinámica puede intensificarse hasta configurar procesos de “fuga de cerebros”, donde la movilidad de personas altamente calificadas acentúa los desequilibrios territoriales del conocimiento y la productividad (Docquier & Rapoport, 2012).

La educación actúa como motor y predictor de la movilidad, al facilitar la superación de barreras de acceso y abrir oportunidades en los destinos (Lee, 1970). No obstante, este efecto varía según coyunturas históricas y contextos sociales, pudiendo expresarse como selectividad positiva (migran los más educados), neutra o incluso negativa en mercados que demandan mano de obra poco calificada. Asimismo, la selectividad educativa se manifiesta de manera acumulativa. Quienes migran con mayor educación tienden a repetir la movilidad con más frecuencia, reforzando ventajas relativas y ampliando las brechas con los no migrantes (Davanzo, 1977; Long, 1973). Este carácter acumulativo se articula con la teoría de la causación acumulativa (Massey et al., 1993), mostrando cómo la educación interactúa con redes sociales y familiares para sostener o frenar trayectorias migratorias.

Sin embargo, aunque la educación incentiva la movilidad, sus retornos no son homogéneos. Estudios importantes (Sandefur & Scott, 1983; White, 1986) demostraron que los beneficios de la migración dependen del nivel educativo y del tipo de ocupación.

2.2.4. Hogares y familia

El estudio de la migración requiere trascender el nivel estrictamente individual para situar la atención en las estructuras domésticas y familiares que median las decisiones de movilidad. La familia, como unidad básica de reproducción social y espacio de relaciones intergeneracionales, constituye un eje analítico indispensable para comprender la organización y sostenimiento de los flujos migratorios. Como advierten De Miguel y Recaño (2025), resulta necesario superar los marcos individualistas predominantes e incorporar una perspectiva relacional que reconozca a los hogares como actores colectivos de la movilidad y de la reproducción social..

La migración no puede entenderse únicamente a partir de atributos individuales, sino también desde las dinámicas domésticas que organizan la reproducción social. El hogar opera como unidad decisional y espacio relacional, donde las estrategias colectivas determinan cuándo y quién se desplaza. La Nueva Economía de la Migración Laboral introdujo este giro decisivo: el sujeto de análisis ya no es solo el individuo racional, sino la familia, que diversifica riesgos y maximiza oportunidades en contextos de mercados imperfectos (Stark, 1991; Massey et al., 1993). En América Latina, esta perspectiva se articuló con la tradición histórico–estructural, que entiende la movilidad

como parte de las estrategias de reproducción social y de sobrevivencia en entornos precarios (de Oliveira & García, 2025).

La composición del hogar influye directamente en la propensión a migrar. Los hogares nucleares enfrentan dinámicas distintas a los extensos, monoparentales o unipersonales. La presencia de hijos pequeños suele restringir la movilidad, mientras que la participación laboral femenina puede ampliarla, al diversificar los ingresos y reducir los costos relativos del desplazamiento (Long, 1973). Asimismo, los hogares activan su capital social mediante redes familiares, que amplían o restringen las oportunidades de movilidad en función de su densidad y alcance (Valls et al., 2011).

El ciclo de vida doméstico introduce también variaciones significativas. La movilidad tiende a aumentar en momentos de alta transición y a disminuir cuando predomina el arraigo residencial, como durante la crianza consolidada o el envejecimiento. La noción de vidas vinculadas refuerza esta idea: las decisiones migratorias no son individuales, sino compartidas y negociadas entre generaciones (Thomas & Dommermuth, 2020). En este marco, la migración femenina adquiere un lugar propio: no puede concebirse únicamente como acompañamiento, sino también como estrategia autónoma y, en numerosos casos, como motor central de la movilidad (Cerrutti & Gaudio, 2010). Perspectivas de género han demostrado, además, la feminización de los flujos y su articulación con la división sexual del trabajo, que sitúa a muchas mujeres en nichos precarizados como el servicio doméstico y los cuidados (Parreñas, 2017).

Estas dinámicas no se limitan al punto de partida. También en los destinos la familia organiza la continuidad de los flujos. La reunificación y la reagrupación se consolidan como motores de las migraciones posteriores, asegurando que las redes de parentesco sostengan la movilidad en el tiempo. En contextos europeos, se ha demostrado que estas reagrupaciones producen arreglos diferenciales según género y origen, reforzando desigualdades pero también generando nuevas formas de integración (Valls et al., 2011).

Las redes familiares en destino funcionan como una infraestructura social que reduce riesgos y costos de la migración. Aportan recursos cruciales para la inserción laboral, lingüística y comunitaria (Chiswick et al., 2005). Sin embargo, no son neutrales: se encuentran atravesadas por género y clase, y pueden reproducir jerarquías internas dentro de los propios grupos (Herrera, 2013). Paralelamente, la carga de

dependencia modula la movilidad: hijos pequeños o personas en situación de cuidado restringen la migración de larga distancia, mientras que eventos como el nacimiento o la viudez pueden estimular traslados hacia entornos familiares de apoyo. En el plano transnacional, emergen cadenas de cuidado que reconfiguran los hogares y redistribuyen responsabilidades a escala global (Parreñas, 2017).

Las transformaciones familiares refuerzan la centralidad de este enfoque. Se observa la emergencia de familias transnacionales y multigeneracionales (Herrera, 2013), la diversificación de arreglos domésticos en América Latina (Oliveira & García, 2012) y la presencia creciente de hogares feminizados o sin núcleo en las corrientes migratorias hacia España (Domingo & Esteve, 2010). La migración interna en dicho país también ha sido analizada con perspectiva de género y familia, revelando cambios en las estructuras domésticas y en la integración social (Recaño, 2016).

En definitiva, los hogares y las familias cumplen un doble papel en la movilidad: son motores de salida en la sociedad de origen y estructuras de sostenimiento en la sociedad de destino. Su análisis permite comprender la migración no solo como un acto individual, sino como un proceso social profundamente selectivo, organizado por arreglos domésticos, redes de parentesco y dinámicas de cuidado.

2.3. Migración indígena: perspectivas teóricas

2.3.1. Colonialismo interno y estrategias colectivas

La literatura sobre migración indígena en América Latina ha tendido a situar la problemática dentro de un análisis en perspectiva estructural. Bajo dicha lectura, la movilidad no puede explicarse como una suma de decisiones individuales, sino como el resultado de procesos históricos de larga duración ligados al colonialismo interno, al despojo territorial y a la inserción subordinada en la economía capitalista (Bengoa, 2013; Gundermann, 2003). Siguiendo aquel análisis, desde la radicación forzosa hasta la proletarianización y la urbanización acelerada, la migración indígena aparece como parte de un éxodo colectivo en el que la movilidad constituye una estrategia de sobrevivencia frente a la pérdida de tierras y al deterioro de la base productiva comunitaria.

Este énfasis macroestructural ha tendido a ser complementado con marcos que reconocen a la unidad doméstica y comunitaria como actores colectivos de decisión. A

diferencia de los modelos neoclásicos, que reducen la migración a cálculos individuales de utilidad, la literatura pone atención y resalta que los desplazamientos indígenas están mediados por estrategias familiares y comunitarias destinadas a diversificar ingresos, reducir riesgos y sostener la reproducción social y territorial. Estas estrategias se articulan con teorías de redes y capital social, relaciones que permitirían explicar la continuidad de los flujos a partir de vínculos de parentesco, reciprocidad y solidaridad, los cuales dan lugar a comunidades translocales que reducen costos y facilitan la instalación en nuevos espacios (Aravena et al., 2005).

Podemos afirmar que los procesos coloniales y poscoloniales han desempeñado un papel decisivo. Debemos comprender que la radicación forzosa, las reducciones y la privatización de la tierra limitaron las bases económicas de las comunidades, provocando un arrinconamiento territorial que obligó a redefinir las estrategias de subsistencia (Gundermann, 2003). Más aún, la legislación ha funcionado como motor de migración evidenciando como las normas sobre propiedad comunitaria operaron como mecanismos de expulsión. Canales y Urrutia (2022), por otro lado, Feldman–Bianco et al. (2020) destacan que el despojo continuó bajo el neoliberalismo, a través de megaproyectos extractivos y de la mercantilización de tierras y vivienda. De este modo, la migración indígena debe entenderse como parte de un continuo histórico de colonialismo interno y desposesión que conecta pasado y presente.

A pesar de lo complejo y desfavorable que supuso el desplazamiento, este no significó una desvinculación absoluta de los territorios de origen, sino más bien una reconfiguración de la relación entre espacio, cultura e identidad, haciendo presente una persistencia y adaptación de identidades en entornos urbanos (Gundermann & González, 2009), que refutan las visiones asimilacionistas que anticipaban la disolución de lo indígena en la ciudad. Si hemos de recordar que el territorio se concibe no solo como un espacio físico, sino como memoria colectiva, soporte cultural y base de reproducción social (Bengoa, 2011), debemos concordar que la migración urbana no borra lo comunitario, sino que lo reorganiza en barrios, festividades y asociaciones (Gissi Barbieri et al., 2019).

Considerando dicha experiencia, cobra relevancia el concepto de doble territorialidad, que alude a la pertenencia simultánea a dos espacios: el territorio de origen, con el que se mantienen lazos afectivos y rituales, y el lugar de destino urbano, donde emergen nuevas formas de pertenencia. Esta doble inscripción no representa una

ruptura con la comunidad, sino que mantiene abiertos los circuitos de movilidad, incluso incentivando futuras migraciones. Relacionado con ello, irrumpe el concepto de translocalidad, que profundiza en la articulación de múltiples territorios dentro de un mismo campo social mediante redes familiares, laborales y culturales (Gundermann, 2003; Velasco Ortiz, 2024). Dichas redes sostienen la vida cotidiana de los migrantes, generando condiciones para nuevos desplazamientos al reducir incertidumbres y facilitar oportunidades.

Debemos hacer notar que en las últimas décadas la globalización ha añadido una dimensión adicional, al intensificar la circulación económica, política y comunicacional. Este proceso ha ampliado la migración indígena más allá de los clásicos flujos rurales–urbanos, conectando comunidades locales con circuitos transnacionales y hasta extracontinentales. Eso nos permite, en concordancia con Aravena (2014) y Velasco Ortiz (2024), afirmar que lejos de diluir identidades, la globalización ha multiplicado formas de pertenencia y reforzado la visibilidad indígena en contextos urbanos y globales.

En términos de modalidades, el patrón explicativo más recurrente ha sido el desplazamiento rural–urbano, motor de la urbanización indígena, asociado a la reducción de tierras y a la concentración de servicios, empleo y educación en las ciudades (Rodríguez Vignoli, 2008; (Antileo Baeza, 2013). Sin embargo, la literatura especializada también identifica otras modalidades, como lo son los movimientos rurales–rurales, de carácter estacional y circular (Carrasco Gutiérrez & González Cortes, 2014), retornos urbano–rurales ligados a trayectorias familiares y traslados urbanos–urbanos derivados de relocalización laboral (Pérez–Campuzano & Santos, 2013).

La migración transfronteriza, por su parte, adquiere importancia dado que los territorios indígenas no siempre coinciden con las fronteras estatales, manteniendo circuitos sociales y culturales que atraviesan divisiones administrativas (Granados Alcantar & Quezada Ramírez, 2018). De igual forma, Velasco Ortiz (2024) subraya la creciente articulación entre movilidades interregionales y transnacionales, planteando la necesidad de comprender la migración indígena como un fenómeno multiescalar que enlaza dimensiones locales, regionales y globales. Aun así, Valdés (2008) advierte que la intensidad migratoria indígena no sigue un patrón uniforme, varía según los contextos territoriales y las características de cada pueblo, por lo que resulta necesario evitar generalizaciones y reconocer la diversidad de sus expresiones.

Más allá de lo económico, la migración indígena constituye un proceso cultural y político. En las ciudades, los pueblos originarios enfrentan segregación urbana y se desempeñan en empleos de baja calificación, reflejando una posición de subordinación y de dinámicas de racialización que los construyen como “otros” (Del Carpio Ovando & Contreras Soto, 2015). Lo anterior es propio de la influencia histórica del mestizaje como ideología nacional, concebido como un dispositivo de homogeneización que buscó invisibilizar la diferencia étnica (Bengoa, 2011). No obstante, lejos de suponer la disolución cultural, estas condiciones han terminado por impulsar procesos de re-etnización y etnogénesis urbana, expresados en la reappropriación cultural, la revitalización lingüística y la formación de redes comunitarias (Aravena et al., 2005; Gundermann et al., 2009).

En este plano, la categoría de diáspora indígena ha sido utilizada para conceptualizar la migración como desplazamiento forzado y colectivo que, más allá de la movilidad física, implica la construcción de territorios simbólicos en la ciudad, donde se negocian tensiones entre asimilación, resistencia y reorganización identitaria (Canales Tapia & Urrutia Leiva, 2022). Desde esta perspectiva, la migración indígena no debe leerse como pérdida cultural, sino como un proceso de resistencia y resignificación que combina reproducción social, continuidad cultural y agencia política.

2.4. Población extranjera y migración interna: teorías y conceptos

2.4.1. Ciclos migratorios e incorporación a la sociedad de llegada

La llegada de un migrante a un país de destino no supone el fin del proceso de desplazamiento; muy por el contrario, debe comprenderse como el inicio de un complejo momento atravesado por la incertidumbre y la dificultad respecto de su incorporación social dentro de una sociedad que ya posee marcos normativos y estructuras previas que definen formas de relación, tanto individuales como colectivas. Los contingentes extranjeros, ante aquellos obstáculos, van organizando su vida social, cultural, laboral y residencial en entornos fuertemente estructurados que, a la vez, presentan oportunidades y limitaciones para su incorporación. En este sentido, Recaño y de Miguel (2011) señalan que la migración interna de población extranjera no

constituye un proceso independiente del desplazamiento internacional, sino la prolongación de un recorrido que se inicia con el cruce de fronteras y se redefine a través de múltiples decisiones residenciales posteriores. Desde esta perspectiva, la migración interna de población extranjera no equivale a un desplazamiento interno cualquiera, sino que debe entenderse como la prolongación de un recorrido iniciado con el cruce internacional de fronteras, un recorrido que acumula distancias y decisiones que no culminan con el arribo inicial. Conviene recordar que se trata de un fenómeno marcado por determinaciones diversas, sin una clave única de análisis.

Los desplazamientos internos de población extranjera no se producen en el vacío, sino que están condicionados por transformaciones estructurales que delimitan horizontes de movilidad y definen qué territorios resultan más atractivos. Las pautas migratorias emergen en la intersección entre contextos locales y estructuras nacionales, configurando destinos preferentes que no son arbitrarios. La transición de los países en sus ciclos migratorios, cuando dejan de ser emisores y pasan a convertirse en receptores, suele darse de manera desigual y acelerada. Este viraje impacta tanto en la magnitud de los flujos internacionales como en su redistribución interna. De este modo, la gradualidad de los ciclos a nivel nacional se refleja en la conformación de flujos internos de población extranjera, cuya intensidad y direccionalidad dependen de la posición del país dentro del sistema migratorio internacional (Skeldon, 2012; Zlotnik, 1998). En este escenario, las coyunturas económicas actúan como moduladores decisivos.

Durante las fases de expansión, los migrantes tienden a dispersarse hacia ciudades intermedias o polos sectoriales. Sin embargo, en tiempos de crisis, estos suelen reconcentrarse en grandes centros urbanos. Gil-Alonso et al. (2015b) han identificado como estas oscilaciones inciden en la propensión y en la distancia de los desplazamientos, reforzando la idea de que la movilidad extranjera es particularmente sensible al ciclo económico. Conviene matizar que no todo responde a la búsqueda de oportunidades, pues también interviene la capacidad de insertarse en determinados mercados laborales y en redes comunitarias capaces de amortiguar la adversidad.

Las políticas migratorias añaden otra dimensión de complejidad. Tradicionalmente estas han puesto el foco en el control de fronteras y en la regularización administrativa, prestando mucha menor atención a la inserción territorial y a los movimientos internos. Castles (2004) advierte que esta omisión tiende a

favorecer una redistribución de la migración extranjera sin planificación explícita, orientándose más bien por desigualdades regionales en el empleo y la vivienda. En otras palabras, al centrarse en el control fronterizo, las políticas públicas sobre migración terminan por no abordar la redistribución que efectivamente ocurre dentro del país. En suma, los desplazamientos internos de población extranjera responden a transformaciones de largo plazo, como la conversión de países emisores en receptores, a coyunturas inmediatas como expansiones y crisis económicas, y a la limitada capacidad de las políticas para incidir en esa redistribución. De allí que la migración extranjera se configure como un proceso persistente y contradictorio, cuyas trayectorias no siempre encajan con los marcos institucionales que intentan ordenarlas. América Latina es ejemplo de aquella tensión: mientras las capitales concentran la llegada inicial, los polos sectoriales absorben parte de los flujos durante los periodos de auge, en ausencia de políticas explícitas que orienten esta redistribución (Domínguez-Mujica et al., 2020; Pellegrino, 2003).

2.4.2. Trabajo y comunidad

Las dimensiones estructurales y coyunturales encuentran expresión en las formas concretas de inserción laboral y residencial. El mercado de trabajo y la ciudad concentran los efectos de la segmentación, la precariedad y la presión sobre la vivienda, que se vuelven factores visibles y condicionantes de los desplazamientos internos. Esta dinámica se cruza, además, con dos planos de desigualdad: la que los migrantes arrastran desde sus países de origen, marcada por brechas socioeconómicas y limitadas oportunidades, y la que experimentan en los países de llegada, donde suelen incorporarse en posiciones subordinadas dentro del mercado laboral y en contextos urbanos segregados, marcando, la desigualdad, los límites de la movilidad. Se reconoce que los migrantes llegan con desventajas desde sus países de origen, insertándose en mercados laborales y residenciales que los colocan en posiciones subordinadas. Esa doble condición de desigualdad explicaría que sus desplazamientos internos sean más intensos y sensibles a las coyunturas que los de la población nativa. Ellis et al. (2004) manifiestan que la inserción laboral es decisiva, evidenciando que los inmigrantes se concentran en empleos precarios y temporales, incrementando la propensión a moverse en busca de nuevas oportunidades.

De igual manera, (Bayona I Carrasco & López Gay, 2011) observan que las áreas metropolitanas concentran la llegada inicial de inmigrantes gracias a las redes y la

diversidad de ocupaciones. Pero al mismo tiempo estas imponen obstáculos como el alto costo de la vivienda y el hacinamiento. Un ejemplo de ello lo encontramos en la ciudad de Barcelona, en la cual muchos migrantes latinoamericanos se instalaron inicialmente en barrios céntricos y luego, presionados por el mercado inmobiliario, se trasladaron a municipios periféricos más asequibles. Este patrón ha sido documentado también por Módenes (2013), quien muestra cómo las trayectorias residenciales de los inmigrantes en España revelan una inserción estratificada en el sistema habitacional, en el que el acceso a la propiedad y la movilidad residencial están condicionados por la nacionalidad, el tiempo de residencia y las desigualdades del mercado.

Esto da forma a lo que se ha denominado enclaves migrantes, los que añaden otra dimensión de complejidad. En estos barrios los extranjeros recién llegados encuentran apoyo mutuo, acceso a empleo y cohesión cultural, aunque esa misma concentración puede derivar en segregación residencial y limitar la movilidad posterior, como ha sido indicado por Malheiros, (2002) y Arbaci (2019), quienes destacan esta ambivalencia: los enclaves funcionan como refugios iniciales, pero también reproducen desigualdades urbanas.²

La migración interna de población extranjera está marcada por desigualdades que se expresan de manera simultánea en el trabajo y en la ciudad. La inestabilidad laboral obliga a muchos migrantes a moverse con frecuencia, mientras que las restricciones del mercado de la vivienda los empujan hacia periferias y municipios intermedios. Esa doble presión explica trayectorias internas que no son lineales ni predecibles. Pero esos recorridos no se entienden solo desde las estructuras económicas y urbanas. También dependen de los vínculos comunitarios que sostienen, de los enclaves donde encuentran apoyo y de las territorialidades que ellos mismos generan.

Como hemos podido dar cuenta, la inserción laboral es un factor decisivo en la toma de decisiones de los inmigrantes. En concordancia con la Teoría del mercado laboral dual, Ellis han demostrado que los inmigrantes suelen concentrarse en empleos precarios y temporales, ubicación que incrementa la necesidad de moverse con frecuencia en busca de nuevas oportunidades a áreas que congregan determinadas actividades económicas. De manera similar, Pumares et al. (2006) confirmaron que la

² Malheiros (2002) mostró cómo los caboverdianos en Lisboa encontraron allí un espacio de apoyo, pero también quedaron confinados en periferias estigmatizadas de la ciudad. Arbaci (2019) destacó la misma situación en el sur de Europa, donde los enclaves funcionan como refugios iniciales, pero también como barreras para la movilidad posterior.

temporalidad en sectores como la agricultura, la construcción o los servicios conduce a trayectorias residenciales marcadas por traslados repetidos. La movilidad, en este sentido, se comprende como una respuesta adaptativa frente la inestabilidad del mercado. Sin embargo, la instalación en las ciudades no se explica únicamente por factores de expulsión, sino también por dinámicas de concentración. Los enclaves migrantes se insertan en esta relación entre mercado laboral y ciudad con barrios donde la concentración de población extranjera permite acceder a empleo informal, a recursos comunitarios y a una cierta cohesión cultural.

De igual forma la baja escolaridad se vincula a nichos laborales y residenciales precarios y desplazamientos reiterados (Hierro & Maza, 2010b; Malheiros, 2002), mientras que quienes cuentan con niveles más elevados permiten acceder a trabajos estables y barrios consolidados, reduciendo la propensión migratoria. No obstante, la relación no es una regla general. Así, Zhou (1997) demuestra que incluso con alta educación los migrantes pueden quedar atrapados en enclaves urbanos, reforzando la concentración. Hugo (1982), documentó que la menor calificación impulsa trayectorias de migración escalonada, con movimientos sucesivos como estrategia de permanencia, así también, muchos jóvenes inmigrantes tras completar los estudios realizan sucesivos desplazamientos para acceder a mejores oportunidades laborales y residenciales (Goodwin-White, 2007)

A modo general, existe coincidencia en que la población migrante presenta una propensión elevada a la movilidad interna, expresada en la frecuencia y la distancia de sus desplazamientos. Esta mayor dispersión suele vincularse con inserciones laborales precarias y con la vulnerabilidad en los mercados residenciales (Recaño, 2016). Ahora bien, este patrón convive con dinámicas de concentración. En algunos casos, los migrantes logran integrarse y estabilizarse en territorios específicos (Portes & Rumbaut, 2005) y en otros, la irregularidad legal genera formas de arraigo forzado que limitan la capacidad de movimiento (Menjívar, 2006). A ello se suma el papel de los enclaves étnicos, ya mencionados, que ofrecen apoyo y cohesión, pero también tienden a reforzar la permanencia en espacios delimitados.

2.4.3. Ejes de selectividad en la migración interna de la población extranjera

Además de los factores estructurales y urbanos mencionados anteriormente, la movilidad interna de la población extranjera está profundamente marcada por las

características individuales y familiares de los inmigrantes, que condicionan las posibilidades de desplazarse o, por el contrario, de permanecer en un lugar. Estos factores ayudan a entender por qué, aun compartiendo un mismo contexto, los migrantes optan por seguir desplazándose y siguen trayectorias distintas. La edad constituye uno de los determinantes más consistentes en los desplazamientos internos. Los jóvenes, en etapas de formación o en el inicio de su vida laboral, muestran una propensión elevada a moverse en busca de empleo, mejores condiciones residenciales o acceso a estudios (Goodwin–White, 2007). Estas determinaciones van disminuyendo en la medida que la edad avanza y se transita a otras etapas de la vida. Los adultos con responsabilidades familiares tienden a estabilizarse más rápido y a presentar menor propensión a desplazarse en comparación con jóvenes sin hijos. Recaño (2002), en un estudio respecto a los patrones de movilidad de inmigrantes en España, evidenció que los jóvenes que viven solos o en hogares incipientes se desplazan más dentro del país por motivos laborales o residenciales. De igual modo, el ciclo de vida en que se produce la llegada también es relevante. Ellis (2006), al estudiar los patrones de movilidad de la generación 1.5, que inmigraron durante su infancia o adolescencia a Estados Unidos, comprobó que, aunque lograron integrarse educativamente, muchos de ellos optaban por residir en estados con alta concentración de inmigrantes, como California y Nueva York.

La tendencia a desplazarse internamente también se encuentra condicionada por el sesgo de género, el que posee una estrecha relación tanto con las oportunidades laborales como con el ciclo de vida. Los nichos laborales feminizados suelen concentrarse en las grandes ciudades, operando como un freno a la movilidad favoreciendo una fijación territorial (Sassen, 2025). A ello se suma que muchas ocupaciones no solo están feminizadas, sino también etnizadas, reproduciendo patrones de inserción espacial altamente localizados. En tal sentido, Acosta (2015), señala que la participación de las mujeres peruanas en el trabajo doméstico se concentra en Santiago de Chile, dado que es allí donde se registra la mayor demanda de este tipo de servicios. La movilidad femenina aparece, además, estrechamente vinculada al ciclo de vida. Las mujeres solteras con empleos temporales y/ o informales, presentan mayor dinamismo y se ven más forzadas a migrar internamente que las madres con hijos en edad escolar que, dependientes de redes de cuidado, tienden a mostrar una movilidad mucho más limitada. (Recaño, 2002; Zhou, 1997; Pumares et al., 2006).

La movilidad interna de la población extranjera se encuentra estrechamente vinculada a los tipos de hogares que se constituyen tras la llegada al país de destino. La presencia de hijos resulta determinante, pues a medida que avanza el tiempo de residencia y se consolidan hogares con descendencia, la propensión a desplazarse disminuye considerablemente (Recaño, 2016). Esto también se observa en las familias nucleares recién reagrupadas, que suelen estabilizarse territorialmente, tal como lo señala Portes (1995) para el caso de las comunidades latinoamericanas en Estados Unidos. Esto es distinto a lo observado en otros tipos de hogares. Como bien señala Marcos (2022), a partir de los censos de Argentina (2005) y Colombia (2010). En el primer caso, los hogares nucleares sin hijos registraban mayores niveles de movilidad, mientras que en el segundo destacaban los hogares unipersonales; por su parte, los hogares extensos y compuestos eran más frecuentes entre la población migrante y respondían principalmente a estrategias de allegamiento habitacional.

Otro aspecto para considerar es la utilización de los hogares como facilitadores de estrategias colectivas, ya sea como arreglos residenciales escalonados (Portes, 1998), de mudanzas sucesivas ligadas al ciclo laboral (Pumares et al., 2006) o de mecanismo de diversificación de riesgos (Massey et al., 1993). Sin embargo, la movilidad de los hogares también puede ser una respuesta contingente a situaciones de crisis económica (Castles, 2009) o a condiciones de inserción en mercados precarios. De este modo, los hogares pueden operar en simultáneo como factores de estabilidad o de movilidad, como estrategias planificadas o de respuestas contingentes, toda vez que las estructuras familiares y residenciales median entre los proyectos individuales y las condiciones estructurales.

Podemos establecer que los inmigrantes no acceden en igualdad de condiciones a recursos sociales y económicos, esa desigualdad se expresa con fuerza según el país de origen. Quienes provienen de contextos desarrollados suelen insertarse en empleos más estables y acceden a mejores viviendas, mientras que las personas provenientes de países pobres enfrentan inserciones precarias que los empujan a una movilidad interna más intensa (Pellegrino, 2003; Hierro, 2011). En Europa, estudios como los de De Valk et al., (2011) y Boman (2011) ilustran que los migrantes de países de bajos ingresos presentan mayor vulnerabilidad residencial y laboral, con desplazamientos internos más frecuentes. En Estados Unidos, Portes y Rumbaut (2001) muestran diferencias semejantes dentro de la población latinoamericana, mientras los centroamericanos

exhiben trayectorias marcadas por la movilidad recurrente, los cubanos y ciertos sudamericanos logran mayor estabilización residencial. De esta forma, el capital social y económico asociado al país de origen estructura los márgenes de movilidad interna (Arbaci, 2019; Catney & Finney, 2012).

En América Latina, la distancia en relación con el país de destino agrega un componente adicional, ya que la cercanía geográfica y los flujos limítrofes generan mayores niveles de movilidad interna y configuran formas particulares de migración, al combinar el desplazamiento internacional con circuitos transfronterizos de trabajo estacional (Domínguez-Mujica et al., 2020; Martínez Pizarro, 2003). En este marco, el país de procedencia no solo condiciona la inserción inicial, sino que también define las posibilidades de asentamiento o de movilidad posterior dentro del país receptor, cuestión especialmente relevante para comprender las dinámicas recientes en Chile.

2.4.4. Dimensión espacio-temporal de la movilidad

El tiempo de residencia en el país constituye otro eje fundamental para comprender la movilidad interna de la población migrante, puesto que vincula tanto la instalación inicial como las trayectorias migratorias posteriores. Luego de llegar al país, hay un periodo inicial de alta movilidad, donde los recién llegados realizan ajustes laborales mediante repetidos desplazamientos que con el paso del tiempo devienen en estabilidad (Clark & Ledwith, 2006). Estudios recientes confirman estos patrones en contextos europeos, mostrando que la movilidad tiende a ser más intensa en los primeros años tras la llegada y tiende a disminuir en la medida que avanza la consolidación laboral y residencial (Torpan et al., 2025). Se debe hacer hincapié en que no todos los grupos muestran la misma tendencia hacia la estabilidad y existen trayectorias diferenciadas, habiendo grupos de migrantes frecuentes que persisten en la propensión a la movilidad (Long, 1988). Además, como señalan (Lacroix & Zufferey, 2019), el tiempo de llegada se combina con eventos del curso de la vida que aceleran la transición de la fase alta movilidad al arraigo territorial³.

³ La dimensión geográfica de los desplazamientos constituye una extensión de lo señalado previamente sobre el tiempo de llegada. En general, en los procesos de redistribución territorial de la población extranjera predominan los movimientos de corto alcance, de carácter intrarregional, asociados tanto a la búsqueda de mejores condiciones residenciales tras una primera instalación precaria (Clark, 2013) como al sostén de redes laborales y familiares de proximidad que reducen los radios de movilidad (Stillwell & Hussain, 2010).

La evidencia europea confirma que los desplazamientos son más frecuentes inicialmente, pero diferenciados según las condiciones estructurales del contexto y el grupo de origen. En España, los latinoamericanos se desplazan con intensidad durante los primeros años, debido a la inestabilidad laboral y habitacional de su inserción (Recaño, 2002). De manera similar, en los Países Bajos, los inmigrantes turcos y marroquíes muestran una elevada movilidad en la etapa inicial, marcada por desplazamientos sucesivos orientados a mejorar sus condiciones de vivienda (Zorlu & Mulder, 2011), mientras que en Bélgica estos mismos colectivos tienden a fijarse en enclaves urbanos, lo que reduce el efecto del tiempo (De Valk & Willaert, 2012). En este sentido, la movilidad de los inmigrantes no responde a un patrón temporal único. Windzio (2018), en el caso de Alemania, identifica la existencia de un grupo de migrantes frecuentes, cuya movilidad persiste a lo largo del curso de vida en estrecha relación con la precariedad laboral y residencial. En América Latina, aunque existe coincidencia de que la movilidad es más frecuente en los primeros años, la evidencia sigue siendo fragmentaria y todavía no hay de estudios sistemáticos, en gran medida debido a la ausencia de registros residenciales. La migración interregional, que es menos frecuente, adquiere relevancia en etapas de consolidación familiar y movilidad ascendente (Champion et al., 2018) en hogares establecidos que atraviesan fases de transición residencial (Kulu & Milewski, 2011) o en estrategias laborales estacionales vinculadas al trabajo agrícola e industrial. Entre los ejemplos más ilustrativos se encuentran los europeos comunitarios en el Reino Unido, con elevada movilidad interregional; los bolivianos que se desplazan desde localidades fronterizas del Noroeste Argentino hacia Buenos Aires; y los migrantes del Cono Sur que se reubican en capitales nacionales (Stillwell & Hussain, 2010). Finalmente, existen excepciones que no responden a patrones de integración progresiva: la inmovilidad forzada, producto de restricciones legales, controles fronterizos o segregación territorial, y las trayectorias circulares, caracterizadas por desplazamientos reiterados entre países o regiones sin un asentamiento definitivo (Maggi, 2021).

En las fases iniciales tras la llegada, cuando la instalación aún es inestable, la movilidad interna de la población extranjera adopta sobre todo la forma de desplazamientos de corto alcance, de carácter intrarregional. Estos responden a la búsqueda de mejores condiciones residenciales tras una primera localización precaria (Clark, 2013), al acceso a vivienda asequible y mercados de alquiler informales

(Magliano & Perissinotti, 2020), a la inserción en enclaves étnicos o barrios segregados (Stillwell & Hussain, 2010; Arbaci, 2019) y al sostén de redes laborales y familiares de proximidad que reducen el radio de movimiento. Ejemplos de este patrón se observan en los pakistaníes y bangladesíes en el Reino Unido (Stillwell & Hussain, 2010) y en migrantes bolivianos y paraguayos en barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (Maguid & Bruno, 2010; Magliano & Perissinotti, 2020).

En contraste, la migración interregional, menos frecuente que la intrarregional, cobra relevancia en etapas de consolidación familiar y movilidad ascendente, así como en trayectorias estacionales de larga distancia. Se asocia a procesos de movilidad social ascendente (Champion et al., 2018), a familias establecidas en fases de transición residencial (Kulu & Milewski, 2011) o a estrategias laborales estacionales ligadas al trabajo agrícola o industrial (Maguid & Bruno, 2010). Entre los casos más ilustrativos destacan los europeos comunitarios en el Reino Unido, que presentan una alta movilidad interregional (Stillwell & Hussain, 2010), los bolivianos que se desplazan desde el Noroeste Argentino hacia Buenos Aires (Maguid & Bruno, 2010) y los migrantes del Cono Sur que se reubican en capitales nacionales (Domenech et al., 2023). Finalmente, existen excepciones en las que la movilidad no responde a patrones de integración progresiva: la inmovilidad forzada, derivada de restricciones legales, controles fronterizos o segregación territorial (Domenech et al., 2023), y las trayectorias circulares, caracterizadas por desplazamientos reiterados entre países o regiones sin un asentamiento definitivo (Maggi, 2021).

La migración interna de la población extranjera, como se ha establecido, constituye un proceso dinámico y abierto, que no puede reducirse a un único traslado ni a una secuencia lineal. Se trata de un fenómeno estratificado, donde las trayectorias de movilidad se configuran en la intersección entre estructuras económicas, políticas y territoriales y las estrategias individuales y familiares. La llegada al país marca un momento inicial de alta movilidad, ligada a la precariedad laboral y residencial, pero el tiempo de residencia suele generar procesos de estabilización. No obstante, este tránsito hacia el arraigo no es universal.

La distancia de los desplazamientos refleja también esta heterogeneidad: los movimientos intrarregionales de corto alcance responden al ajuste habitacional y al uso de redes de proximidad, mientras que los desplazamientos interregionales suelen vincularse a estrategias de ascenso social, consolidación familiar o migración estacional

hacia polos agrícolas e industriales. La ciudad funciona como escenario central en este proceso: concentra la llegada inicial y ofrece oportunidades laborales, pero al mismo tiempo expulsa hacia periferias más asequibles y produce enclaves migrantes que, aunque brindan apoyo y cohesión, refuerzan dinámicas de segregación y limitan la movilidad posterior. En conjunto, la migración interna de la población extranjera no responde a una causalidad única, sino a la combinación de tiempo, distancia y estructuras de inserción, lo que obliga a un análisis plural que articule dimensiones estructurales, contextuales e individuales. Solo así es posible dar cuenta de un fenómeno que alterna entre dispersión y concentración, movilidad y arraigo, apertura y limitación.

2.5. Hipótesis teóricas orientadoras.

La revisión teórica desarrollada muestra que la migración interna es un proceso complejo en el que confluyen factores individuales, estructurales y relacionales. Las decisiones de movilidad responden tanto a motivaciones personales y domésticas como a contextos de desigualdad estructural y oportunidades diferenciales de inserción. Sobre esta base, se formulan las siguientes hipótesis teóricas orientadoras, que sintetizan los mecanismos explicativos derivados del marco teórico y guían la contrastación empírica posterior.

- **H1. Hipótesis de selectividad diferenciada:** Se espera que la propensión a migrar y la migración interregional sean mayores en jóvenes, menores en mujeres y más altas entre personas con mayor nivel educativo. Sin embargo, estos efectos se debilitan en la población indígena y extranjera, donde las desigualdades históricas y los condicionantes estructurales limitan la selectividad esperada. Esta hipótesis refleja que los determinantes clásicos de la movilidad no actúan de manera uniforme, sino modulados por el contexto social y territorial de cada grupo.
- **H2. Hipótesis de desventaja estructural:** Se espera que, en los pueblos indígenas y en la población extranjera, la educación y la ocupación ejerzan efectos más débiles o inestables sobre la movilidad, al estar sus desplazamientos más determinados por situaciones de vulnerabilidad estructural. En consecuencia, estos grupos tienden a desarrollar trayectorias migratorias menos vinculadas a la acumulación de capital humano y más asociadas a condiciones

de desventaja estructural, debilitando los patrones de selectividad positiva observados en la población total. Esta hipótesis vincula la movilidad con los mecanismos de desigualdad que estructuran el acceso a oportunidades.

- **H3. Hipótesis de heterogeneidad interna:** Se espera que, aun compartiendo una posición estructuralmente desfavorable respecto al conjunto de la población, los pueblos indígenas y la población extranjera exhiban patrones diferenciados de movilidad interna, producto de trayectorias históricas y contextos migratorios distintos. En los pueblos indígenas, estas diferencias reflejarán formas de arraigo territorial y movilidad histórica vinculadas al pueblo de pertenencia. En la población extranjera, se asociarán al grupo de origen, como expresión de contrastes socioeconómicos y contextos de inserción diferenciados. Esta hipótesis plantea que la heterogeneidad entre grupos traduce modos diversos de articulación entre estructura social y movilidad.
- **H4. Hipótesis de ciclo migratorio:** Se espera que, en la población extranjera, la propensión a migrar sea mayor entre quienes llevan menos tiempo de residencia en Chile y que disminuya progresivamente con la estabilización territorial, reflejando un proceso de ajuste posterior a la llegada internacional. Asimismo, se espera que la migración interregional, de mayor alcance, se concentre en fases intermedias del asentamiento, vinculadas a reacomodos laborales o residenciales.
- **H5. Hipótesis de selectividad atenuada en escala interregional:** Se espera que los factores clásicos de selectividad, como la edad, el género, la educación, la ocupación y el tipo de hogar, operen en la misma dirección tanto en la propensión migratoria como en la migración interregional, aunque con efectos generalmente menos intensos y más variables en esta última. La propensión a migrar tenderá a reflejar con mayor claridad los patrones de selectividad positiva, mientras que en la movilidad interregional dichos factores tienden a debilitarse o mostrar menor estabilidad, dando lugar a una selectividad más difusa y condicionada por diferencias sociales y condiciones contextuales.

CAPITULO 3. METODOLOGÍA

Este capítulo expone la estrategia metodológica de la investigación. El enfoque es cuantitativo y se apoya en micro datos censales, con el propósito de abordar la migración interna en Chile. Los censos constituyen la única fuente con cobertura universal y comparabilidad suficiente para estudiar la movilidad interna. Ofrecen un panorama integral de la población, permitiendo contrastar períodos distintos.

El análisis de la migración interna considera simultáneamente a la población chilena en su conjunto y a colectivos indígenas y extranjeros. La población total funciona como referencia general para situar patrones y magnitudes de movilidad, mientras que los grupos indígena y extranjero permiten observar cómo varía la selectividad migratoria en poblaciones distintas. La elección de estos colectivos se fundamenta en que pueden expresar cómo las decisiones y trayectorias migratorias se constituyen en la interacción entre características individuales y condiciones

estructurales de desventaja. Son poblaciones en las que la movilidad interna se ve atravesada por vulnerabilidades y restricciones institucionales, aunque también por oportunidades diferenciadas de inserción y reproducción social. Lo anterior tiene como origen el presupuesto teórico que la selectividad no opera de manera homogénea en todos los segmentos, sino que reproduce y también puede amplificar las desigualdades preexistentes en el acceso a la movilidad. Por tanto, es importante abordar el fenómeno migratorio comprendiendo sus distintos determinantes.

3.1.1. Enfoque metodológico

La estrategia combina descripción e inferencia. El plano descriptivo permite caracterizar la magnitud y los perfiles de los flujos migratorios. El plano explicativo emplea modelos de regresión logística binaria para estimar probabilidades de haber migrado recientemente y distinguir entre migraciones intra e interregionales a partir de cambios en las residencias comunales. Los resultados se reportan principalmente en efectos marginales promedio (AME), expresados en puntos porcentuales, para favorecer la interpretación y la comparación entre grupos. Los coeficientes de los correspondientes modelos se presentan.. De este modo, se analiza la migración reciente de chilenos, indígenas y extranjeros, comparando los atributos que condicionan la propensión y el alcance interregional de sus desplazamientos.

3.1.2. Alcances y limitaciones de las fuentes

La investigación se basa en los microdatos censales de 2002, 2012 y 2017, elaborados por el Instituto Nacional de Estadísticas (INE). Estos registros corresponden al universo completo de población residente enumerada en cada levantamiento, facilitando la realización de un análisis exhaustivo y comparativo de las principales dimensiones sociodemográficas. La amplitud y cobertura de los censos permiten analizar la movilidad interna en distintos momentos del tiempo y examinar su distribución territorial con un nivel de desagregación difícil de alcanzar mediante otras fuentes. La información combinada de personas y hogares posibilita identificar los cambios de residencia en diversas escalas espaciales y caracterizar los perfiles sociodemográficos de la población migrante reciente, estableciendo vínculos entre la movilidad y los atributos estructurales de la población (Bell et al., 2015; Rodríguez Vignoli, 2004)

Sin embargo, los censos presentan limitaciones que es necesario advertir para encuadrar adecuadamente el análisis y la interpretación de los resultados de este trabajo investigativo. Las mediciones censales de migración interna se basan en preguntas retrospectivas, principalmente la residencia cinco años antes del censo y el lugar de nacimiento. Aunque estas preguntas permiten distinguir entre migración reciente y acumulada, no registran todos los movimientos migratorios, pues no captan desplazamientos múltiples o temporales dentro del período de referencia (Courgeau, 1985).

El uso de fuentes censales para el estudio de la migración interna requiere considerar una serie de limitaciones y precauciones metodológicas. Una primera dificultad deriva del diseño de los levantamientos: los censos de 2002 y 2017 fueron realizados bajo la modalidad de hecho, mientras que el de 2012 adoptó un enfoque de derecho. Esta diferencia metodológica afecta la medición de la movilidad y reduce la comparabilidad entre periodos. En particular, el Censo 2012, además de haberse aplicado como censo de derecho, presenta elevados niveles de omisión que generan distorsiones en la identificación de origen y destino de los flujos. Estas inconsistencias repercuten en la construcción de tasas e indicadores migratorios y en la continuidad de las series temporales, produciendo aparentes quiebres que deben interpretarse con cautela. Por ello, su inclusión en esta investigación se justifica únicamente como medición intermedia entre 2002 y 2017, bajo la advertencia de que sus resultados deben analizarse de forma comparada y no en términos absolutos (Soto & Gil, 2018).

3.1.3. Cuestionario censal y variables relativas a la migración

Las preguntas incluidas en los cuestionarios censales de Chile en los años 2002, 2012 y 2017 que permiten medir la migración interna corresponden a aquellas relacionadas con la residencia habitual, la residencia en una fecha fija anterior y el lugar de nacimiento. Estas preguntas permiten identificar cambios de residencia a lo largo del tiempo, estableciendo la ubicación de la población en tres momentos clave:

1. **Residencia habitual (actual):** determina la comuna de residencia al momento del censo.

2. **Residencia en una fecha fija anterior (cinco años antes del censo):** permite conocer si la persona vivía en la misma comuna, en otra comuna o en otro país en ese momento de referencia.
3. **Lugar de nacimiento:** señala la comuna o país en el que nació la persona.

Una de las principales ventajas de estas preguntas es su capacidad de desagregación geográfica, lo que facilita el análisis de la movilidad poblacional a nivel comunal, provincial y regional. Además, en el caso de la migración internacional, estas preguntas permiten identificar el país de origen de los migrantes. Para las personas nacidas en el extranjero, se incorpora una pregunta adicional sobre el año de llegada al país, lo que posibilita estimar el momento en que ocurrió la migración internacional y distinguir entre diferentes cohortes de arribo. La Tabla 3.1, sintetiza la formulación de estas preguntas en los tres censos, permitiendo apreciar su continuidad y, al mismo tiempo, las diferencias que inciden en la comparabilidad.

Las preguntas sobre residencia han mantenido una formulación relativamente uniforme, facilitando la comparación entre censos. La principal excepción es el Censo 2012, donde no se incluyó la pregunta de residencia habitual. Esto se explica porque, al haberse realizado como censo de derecho en un período prolongado, buscó registrar a las personas en su lugar de residencia habitual. En contraste, los censos de 2002 y 2017, levantados como censos de hecho en un solo día, registraron a las personas en el lugar donde se encontraban al momento del empadronamiento, exigiendo a quienes no residían habitualmente allí indicar la comuna de residencia.

Tabla 3.1 Comparación de preguntas censales sobre residencia (2002, 2012 y 2017)

Censo	Residencia habitual	Residencia en una fecha fija anterior	Lugar de nacimiento	Tipo de censo
2002	¿Vive usted habitualmente en esta comuna?	¿En qué comuna o lugar vivía usted en abril de 1997?	Cuando usted nació, ¿en qué comuna o país vivía su madre?	De hecho
2012	— (no incluida, censo de derecho)	¿En qué comuna o lugar vivía usted en abril de 2007?	Cuando usted nació, ¿en qué comuna o país vivía su madre?	De derecho

Censo	Residencia habitual	Residencia en una fecha fija anterior	Lugar de nacimiento	Tipo de censo
2017	¿Vive habitualmente en esta comuna?	¿En qué comuna o país vivía en abril de 2012?	Cuando usted nació, ¿en qué comuna o país vivía su madre?	De hecho

Nota: Elaboración propia en base a cuestionarios censales 2002, 2012 y 2017

En cuanto a la residencia en una fecha fija anterior, los tres censos mantienen el rango de referencia de cinco años, permitiendo identificar migraciones recientes. Respecto al lugar de nacimiento, en todos los casos se consulta dónde residía la madre al momento del nacimiento, y para los nacidos en el extranjero se agrega el año de llegada, información clave para estudiar la temporalidad de la migración internacional.

A pesar de su utilidad, estas preguntas presentan limitaciones metodológicas en cuanto a la precisión temporal y la trayectoria migratoria de las personas. La residencia en fecha fija solo permite identificar movimientos en los cinco años previos, dejando fuera desplazamientos intermedios. Esto genera una subestimación de la movilidad real y limita la reconstrucción de trayectorias más complejas. Por su parte, la comparación entre lugar de nacimiento y residencia actual no capta las migraciones múltiples a lo largo de la vida y puede subregistrar a quienes han retornado a su lugar de origen antes del censo. En consecuencia, el análisis de esta investigación combina estas distintas preguntas censales con el fin de mejorar la medición de la migración interna, articulando la residencia habitual, la residencia en una fecha fija anterior, el lugar de nacimiento y, en el caso de la población extranjera, el año de llegada al país.

Este estudio analiza la migración interna de la población extranjera y de los pueblos indígenas, dedicando un capítulo específico a cada grupo. En el caso de los migrantes internacionales, los censos incluyen de manera sistemática el país de origen y el año de llegada, cuestión que permite diferenciar cohortes de arribo y matizar la temporalidad migratoria. No obstante, el Censo 2012 presenta mayores niveles de omisión en la variable de año de llegada en comparación con 2002 y 2017, reduciendo su precisión para estimar trayectorias de asentamiento.

En cuanto a la población indígena, la pertenencia se mide a través de la autoidentificación, aunque con variaciones relevantes en su formulación y opciones de respuesta. Los censos de 2012 y 2017 mantuvieron categorías similares se incorporaron

la opción “Otro (especifique)”, ampliando la cobertura de identificación. En 2002, en cambio, el pueblo atacameño fue registrado bajo esa denominación, mientras que en 2012 y 2017 se adoptó la forma Lican Antai, más cercana al auto denominación. Asimismo, el pueblo diaguita, ausente en 2002, fue incorporado en los levantamientos posteriores tras su reconocimiento legal en la Ley 19.253⁴. Estos cambios expresan tanto ajustes metodológicos como transformaciones en el marco de reconocimiento institucional... En este contexto, el análisis de la migración interna considera simultáneamente la movilidad reciente (residencia cinco años antes) y la autoidentificación indígena o extranjera, lo que permite examinar los contrastes de selectividad migratoria respecto de la población chilena no indígena.

3.1.4. Indicadores de migración interna

Previo al análisis multivariado, se incorporó un componente descriptivo orientado a examinar la estructura territorial y la dinámica del sistema migratorio interno. Este bloque metodológico permite establecer una base empírica sólida desde la cual interpretar los resultados de los modelos posteriores. Para ello, se construyeron matrices de migración origen–destino (OD) y se calcularon indicadores demográficos y sistémicos que sintetizan la magnitud, dirección y eficacia redistributiva de los flujos migratorios interregionales. Estas herramientas permiten comprender el funcionamiento general del sistema y las transformaciones ocurridas en su organización espacial entre 2002 y 2017, proporcionando el contexto estructural necesario para el análisis de los determinantes individuales de la movilidad.

Estas matrices constituyen la base operativa para el cálculo de todos los indicadores utilizados en el estudio.

$$M = \begin{bmatrix} M_{11} & M_{12} & M_{13} & \cdots & M_{1n} \\ M_{21} & M_{22} & M_{23} & \cdots & M_{2n} \\ M_{31} & M_{32} & M_{33} & \cdots & M_{3n} \\ \vdots & \vdots & \vdots & \ddots & \vdots \\ M_{n1} & M_{n2} & M_{n3} & \cdots & M_{nn} \end{bmatrix}$$

⁴ La modificación respondió al Decreto Supremo N.º 139 (2006), que reconoció oficialmente al pueblo Diaguita, lo que permitió su inclusión censal desde 2012.

Donde M_{ij} corresponde al número de personas que migraron desde la unidad territorial i hacia la unidad territorial j . En esta matriz, las filas representan los territorios de origen, mientras que las columnas corresponden a los territorios de destino. La diagonal principal (M_{ii}) agrupa a la población no migrante, es decir, a quienes permanecieron en su misma unidad territorial durante el período.

A partir de esta matriz se emplearon los siguientes indicadores:

$$TMN = ((I - E) / P) \times 1000$$

La tasa de migración neta mide el saldo migratorio neto de un territorio, considerando la diferencia entre inmigrantes (I) y emigrantes (E) respecto a la población media (P). Valores positivos indican ganancia de población migrante negativos reflejan pérdida neta; y valores cercanos a cero sugieren equilibrio migratorio.

$$TMB = ((I + E) / P) \times 1000$$

La tasa de migración bruta expresa la intensidad total de los movimientos migratorios dentro de un territorio. Valores altos reflejan alta movilidad, mientras que valores bajos indican estabilidad residencial.

$$IEM = (|I - E| / (I + E)) \times 100$$

Posteriormente, se incorporaron indicadores sistémicos orientados a evaluar el funcionamiento global del sistema migratorio interregional, siguiendo el enfoque propuesto por Courgeau (1973) y adaptado al contexto latinoamericano por Rodríguez Vignoli (2004, 2011).

- Migración Bruta Total (MB) y Tasa Bruta de Migración Interna (TBMI), que expresan la magnitud y frecuencia relativa de los desplazamientos.
- Índice de Eficacia Total (IE), mide el equilibrio global entre entradas y salidas.

- Indicador de Reestructuración (Rees), que estima la proporción de población que cambió de región entre censos.
- Retención Promedio (R), que refleja la estabilidad residencial.
- Índice de Herfindahl (H) y Top 3 de Destinos (T3), que miden la concentración y centralidad del sistema migratorio.

En conjunto, las matrices origen–destino y los indicadores asociados permiten caracterizar la estructura y el funcionamiento del sistema migratorio interno, identificando sus patrones de intensidad, redistribución y concentración territorial.

3.1.5. Definición y operacionalización de variables

En los modelos se incluyó a la población de 30 años y más, considerando que a partir de esta edad las trayectorias educativas y ocupacionales se encuentran más consolidadas, lo que permite analizar con mayor precisión los mecanismos de selectividad migratoria vinculados al ciclo de vida. Las variables incorporadas abarcan dimensiones individuales y domésticas.

El nivel educativo se clasificó en básico (hasta 8 años de estudio), medio (9–12 años) y superior (más de 12 años), mientras que la situación ocupacional distingue entre población ocupada, desocupada e inactiva, como expresión de la inserción en el mercado laboral. El tipo de hogar diferencia entre hogares unipersonales, nucleares, extensos y compuestos, incorporando el contexto familiar como factor que condiciona la movilidad. La selección de estas variables responde tanto a su disponibilidad censal como a su relevancia teórica en el estudio de la movilidad interna. La Tabla 3.2 sintetiza el diseño de la estrategia de análisis

Tabla 3.2. *Variables y categorías empleadas en los modelos de regresión logística*

Variable	Categorías analíticas (referencia entre paréntesis)
Sexo	Hombre (ref.); Mujer
Edad	30–44 años (ref.); 45–59; 60–74; 75 o más
Nivel educativo	Básica (<8 años, ref.); Media (8–11 años); Superior (12+ años)
Situación ocupacional	Ocupado (ref.); Desocupado; Inactivo; Otra condición
Tipo de hogar	Nuclear (ref.); Unipersonal; Extenso; Completo; Sin núcleo
Origen sociocultural	Chileno no indígena (ref.); Pueblos indígenas; Población extranjera
Pueblo indígena (submodelos)	Mapuche; Aymara; Otros pueblos
Origen migratorio (extranjeros)	Fronterizo (ref.); Regional (ALC no fronterizos); OCDE; Otros
Tiempo de llegada (extranjeros)	5–10 años (ref.); 10 años o más

Nota: Elaboración propia en base a variables censales 2002, 2012 y 2017. Categoría de referencia (entre paréntesis)

Una vez definidas las variables, se procedió a organizar los modelos en función de tres grandes universos: población total, pueblos indígenas y población extranjera. Cada universo se desagregó en modelos de propensión a migrar y de tipo de migración (interregional vs. intrarregional), lo que permite comparar tanto la probabilidad de movilidad reciente como su alcance territorial. Para la población indígena se estimaron además submodelos específicos para los pueblos Mapuche y Aymara, y para los extranjeros se diferenciaron tres grupos de origen: fronterizos, regionales y OCDE. En total, se desarrollaron dieciséis modelos (M1–M16). En el cuerpo principal de la tesis se reportan los efectos marginales promedio (AME), expresados en puntos porcentuales, mientras que los coeficientes en log-odds.

Tabla 3.3*Resumen de especificaciones de modelos (M1–M16)*

Modelo	Grupo poblacional	Dimensión	Variable dependiente	Categorías de referencia
1	Población general	Propensión	Migrar: 1 = cambió de comuna; 0 = no migró	Hombre; 30–44; Educación básica; Ocupado; Hogar nuclear; No indígena
2	Población general	Interregional	Tipo de migración: 1 = interregional; 0 = intrarregional	Idem M1
3	Población indígena total	Propensión	Migrar (1/0)	Hombre; 30–44; Básica; Ocupado; Nuclear; Mapuche
4	Población indígena total	Interregional	Interregional (1) vs. intrarregional (0)	Idem M3
5	Población extranjera total	Propensión	Migrar (1/0)	Hombre; 30–44; Básica; Ocupado; Nuclear; Migración fronteriza; Llegada <10 años
6	Población extranjera total	Interregional	Interregional (1) vs. intrarregional (0)	Idem M5
7	Mapuche	Propensión	Migrar (1/0)	Hombre; 30–44; Básica; Ocupado; Nuclear
8	Aymara	Propensión	Migrar (1/0)	Idem M7
9	Mapuche	Interregional	Interregional (1) vs. intrarregional (0)	Idem M7
10	Aymara	Interregional	Interregional (1) vs. intrarregional (0)	Idem M8
11	Migrantes fronterizos (Arg/Bol/Perú)	Propensión	Migrar (1/0)	Hombre; 30–44; Básica; Ocupado; Nuclear; Llegada 5–10 años
12	Migrantes regionales (ALC no fronterizos)	Propensión	Migrar (1/0)	Idem M11
13	Migrantes OCDE	Propensión	Migrar (1/0)	Idem M11
14	Migrantes fronterizos	Interregional	Interregional (1) vs. intrarregional (0)	Idem M11
15	Migrantes regionales	Interregional	Interregional (1) vs. intrarregional (0)	Idem M12
16	Migrantes OCDE	Interregional	Interregional (1) vs. intrarregional (0)	Idem M13

Definiciones: *Migrante intrarregional* = residía en una comuna distinta 5 años antes del censo; *Interregional* = cambio entre regiones (DAM). **Covariables comunes:** *sexo, edad, nivel educativo, situación ocupacional, tipo de hogar*; en extranjeros: *origen migratorio y tramo de llegada*.

El análisis de la migración interna se organiza a partir de un conjunto de modelos de regresión logística binaria, contruidos con base en los micro datos de los

censos de 2002, 2012 y 2017. La lógica comparativa combina tres universos poblacionales: la población chilena en su conjunto, los pueblos indígenas y la población extranjera. Esta estructura permite evaluar tanto patrones generales como especificidades vinculadas a pertenencia étnica y origen internacional.

La estimación de los modelos se realizó mediante regresión logística binaria, técnica apropiada cuando la variable dependiente es dicotómica y el interés radica en evaluar cómo distintos atributos individuales y del hogar se asocian con la probabilidad de ocurrencia de un evento⁵. En este caso, el evento corresponde a la migración reciente (cambio de comuna en los cinco años previos al censo) o, en los modelos de segundo nivel, a la migración interregional frente a la intrarregional, entre las personas que emigraron. Siguiendo a Hosmer et al.,(2013), la regresión logística permite estimar la relación entre las covariables y la probabilidad de ocurrencia del evento de interés sin asumir linealidad estricta en los predictores, como sería requerido en una regresión lineal clásica. El modelo se expresa como:

El modelo general se expresa como:

$$\text{logit}(P_i) = \ln(P_i / (1 - P_i)) = \beta_0 + \beta_1 X_{1i} + \beta_2 X_{2i} + \dots + \beta_k X_{ki}$$

Donde P_i representa la probabilidad de que el individuo i haya realizado una migración interregional, X_{1i} , X_{2i} ,..., X_{ki} corresponden a las covariables explicativas y los β son los parámetros estimados.

La probabilidad del evento puede expresarse también como:

$$P_i = 1 / (1 + e^{-(\beta_0 + \beta_1 X_{1i} + \beta_2 X_{2i} + \dots + \beta_k X_{ki})})$$

Aunque los modelos generan coeficientes en log-odds, en esta investigación los resultados se presentan en términos de efectos marginales promedio (AME), expresados

⁵ Esta advertencia es común en estudios de migración interna basados en censos: las preguntas censales no capturan la situación ocupacional ni el tipo de hogar en el momento exacto de la migración, sino en la fecha del levantamiento (véase Courgeau, 1985).

en puntos porcentuales. Este enfoque, además de ser más intuitivo para la interpretación sustantiva, facilita la comparación entre grupos y periodos, evitando la complejidad de interpretar razones de momios (odds ratios) o log-odds, cuyos valores son menos transparentes en términos de magnitud de efecto. Como destacan Long y Mustillo (2018), los AME tienen la ventaja de situar los resultados en la métrica natural de las probabilidades y de estar libres de los problemas de identificación de escala que afectan a los coeficientes logísticos, aspecto que refuerza su pertinencia para estudios comparativos.

Las estimaciones se realizaron con el software R, mediante la función `glm()` especificando familia binomial y enlace logit. Para cada modelo se reportan los AME junto con sus intervalos de confianza y niveles de significancia estadística. La consistencia de los resultados se evalúa a partir de dos medidas complementarias de ajuste global: el Pseudo R^2 de McFadden y el Akaike Information Criterion (AIC), ampliamente utilizados en la literatura aplicada para valorar la capacidad explicativa y la parsimonia del modelo. Finalmente, la decisión de reportar los AME en el cuerpo principal y dejar los coeficientes log-odds y las pruebas de significancia detalladas en los responde tanto a criterios de claridad expositiva como a la necesidad de mantener transparencia metodológica. Esto asegura un balance entre accesibilidad para la interpretación y rigor técnico en la documentación de los resultados.

La validez de los modelos estimados se evaluó a través de medidas complementarias de ajuste global. El pseudo R^2 de McFadden permite aproximar la capacidad explicativa del modelo en relación con un modelo nulo, mientras que el Akaike Information Criterion (AIC) ofrece un criterio de parsimonia que penaliza la complejidad excesiva. Aunque estas métricas no son directamente comparables con las de una regresión lineal clásica, constituyen referentes ampliamente utilizados en estudios demográficos y sociológicos para valorar la solidez de los resultados. Como señala Menard (2011), su utilidad radica en que permiten evaluar no solo la capacidad predictiva de los modelos logísticos, sino también ponderar la consistencia de los resultados en contextos comparativos, evitando una dependencia exclusiva de los coeficientes brutos o de los odds ratios.

Adicionalmente, se realizaron pruebas de robustez orientadas a examinar la sensibilidad de los resultados frente a ciertas decisiones de modelamiento. Estas pruebas incluyeron la modificación de categorías de referencia en variables clave, la exclusión

de la categoría residual “otra condición” en ocupación y la verificación de consistencia al reagrupar algunos tipos de hogar. En todos los casos, las tendencias generales se mantuvieron estables, reforzando la confianza en los hallazgos principales.

Más allá de la validez estadística, es necesario reconocer limitaciones inherentes a los modelos. Una de ellas radica en la temporalidad de las covariables: mientras la educación puede interpretarse en gran medida como una característica previa a la migración en la población adulta, la situación ocupacional y el tipo de hogar corresponden al momento del censo, lo que introduce una brecha temporal respecto del evento migratorio. En consecuencia, los resultados reflejan asociaciones contemporáneas más que relaciones causales estrictas. Asimismo, debe considerarse la posibilidad de efectos de composición, derivados de los cambios en el stock poblacional y en la estructura de cohortes entre censos. Estos factores pueden influir en la magnitud de los efectos observados, especialmente en los subgrupos de población indígena y extranjera, cuyo volumen y perfiles han experimentado transformaciones relevantes en el período estudiado.

CAPITULO 4.

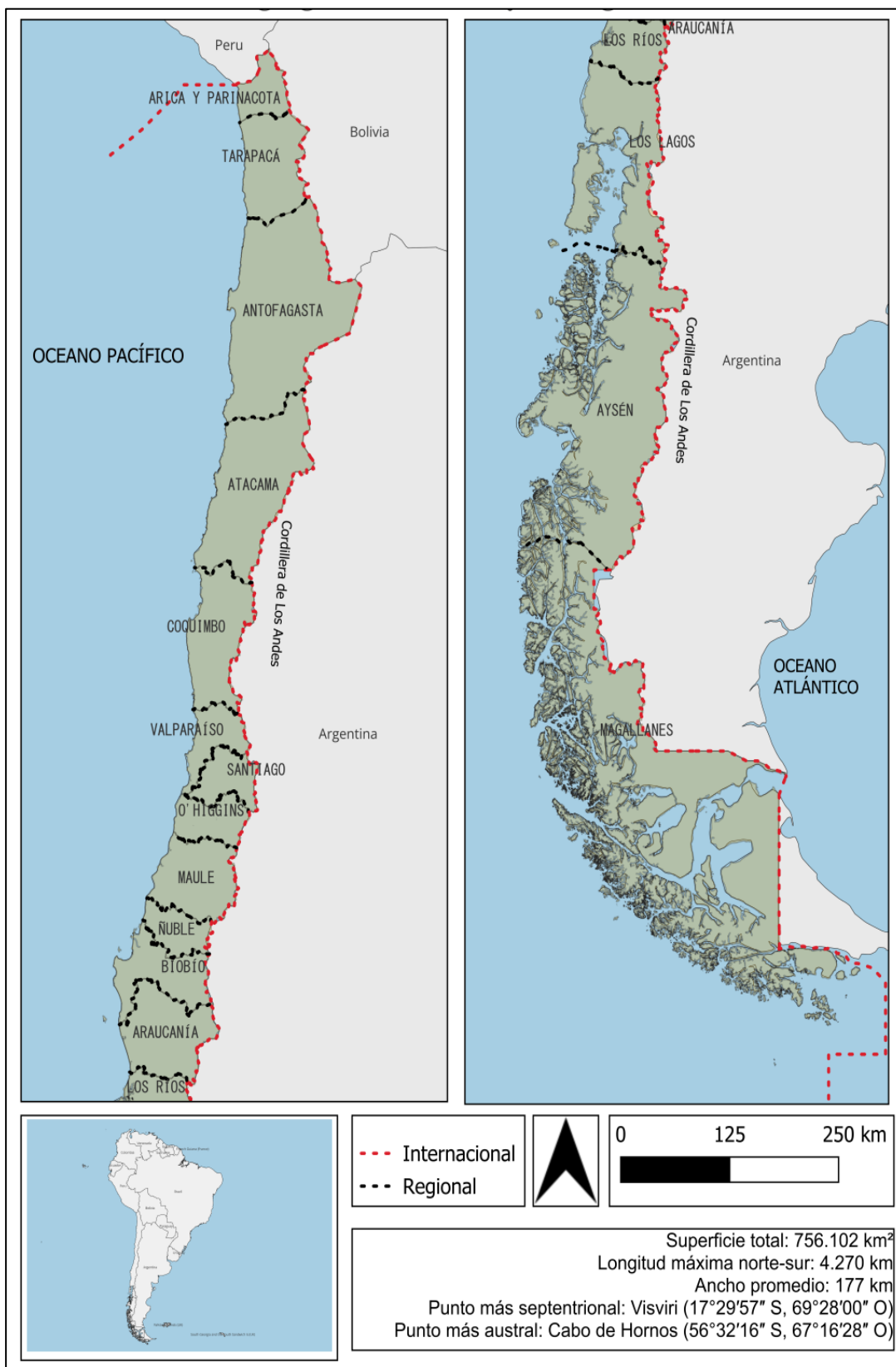
PATRONES TERRITORIALES DE LA MIGRACIÓN INTERNA EN CHILE (2002–2017)

Entre 2002 y 2017, la población chilena experimentó transformaciones significativas en su distribución y estructura territorial, en un contexto de crecimiento más moderado, urbanización sostenida y persistente concentración en las principales regiones del país. Este capítulo tiene por objeto caracterizar descriptivamente esta evolución regional reciente, considerando al conjunto de la población, así como a la población indígena y población extranjera, con el fin de situar las bases comparativas que orientan el análisis posterior. Esta descripción constituye un punto de referencia esencial para comprender las dinámicas de movilidad interna y las formas de selectividad sociodemográfica que se desarrollan en los grupos analizados, poniendo especial atención en la población indígena y extranjera, que constituyen el foco central de la investigación.

El análisis se organiza en cinco apartados. El primero examina la distribución territorial de la población en Chile y la magnitud de la migración interna, a partir de indicadores e instrumentos cartográficos que permiten visualizar la intensidad y direccionalidad de los desplazamientos. El segundo se centra en los pueblos indígenas, describiendo sus patrones de movilidad y las transformaciones territoriales asociadas al aumento de la autoidentificación censal. El tercero aborda la población extranjera y su movilidad interna reciente, destacando los procesos de reconfiguración espacial derivados del crecimiento de los flujos internacionales. El cuarto apartado compara los comportamientos migratorios de los tres grupos analizados, mientras que el quinto presenta la síntesis del capítulo, orientada a integrar los principales hallazgos y su relevancia dentro del proceso general de redistribución interna de la población chilena.

La Figura 4.1, presenta la localización geográfica de Chile y su división administrativa vigente, compuesta por dieciséis regiones, que constituyen la unidad de referencia utilizada en los análisis posteriores. Sobre esta base, se describen a continuación los indicadores de migración neta, tasas relativas y eficacia migratoria, orientados a caracterizar la dinámica general de redistribución interna de la población.

Figura 4.1
División administrativa y localización geográfica de Chile (16 regiones)



Nota: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

4.1. Distribución territorial de la población en Chile

La migración interna en Chile constituye un proceso fuertemente condicionado por la estructura territorial del país. Su comprensión requiere considerar tanto la organización regional como la escala en que se producen los desplazamientos poblacionales. En este contexto, el presente apartado examina la distribución espacial de la población y la magnitud de los flujos interregionales entre 2002 y 2017, con el propósito de identificar los principales polos de atracción y expulsión dentro del sistema migratorio nacional.

Durante el periodo 2002-2017, la población total de Chile aumentó de 15.116.435 a 17.574.003 personas, representando un crecimiento relativo del 16 % en quince años. La población creció en aproximadamente 2,5 millones de personas, con un ritmo ligeramente más rápido entre 2002 y 2012 que en el quinquenio posterior. El crecimiento poblacional se concentró fundamentalmente en las áreas urbanas, que pasaron de 86,6 % a 87,8 % de la población total, mientras que las zonas rurales se redujeron de 13,4 % a 12,2 % (Tabla 4.1). La magnitud moderada del crecimiento poblacional se asocia a una fase avanzada del proceso de urbanización, donde la expansión de las áreas urbanas depende más de la redistribución espacial dentro del sistema urbano que de nuevas corrientes migratorias campo-ciudad.

El crecimiento urbano anual promedio fue de 1,1 %, frente a 0,4 % en las zonas rurales, confirmando la asimetría del desarrollo demográfico entre ambos espacios. La diferencia confirma la continuidad de un patrón de desarrollo concentrado en las áreas urbanas, mientras que los espacios rurales mantienen un crecimiento muy limitado, con escasa participación en las transformaciones recientes del territorio.

Tabla 4.1

Distribución de la población total, urbana y rural en Chile (2002–2017)

Área de residencia	2002 (N)	2002 (%)	2012 (N)	2012 (%)	2017 (N)	2017 (%)
Área urbana	13.090.113	86,6	14.462.858	86,9	15.424.263	87,8
Área rural	2.026.322	13,4	2.171.745	13,1	2.149.740	12,2
Total Chile	15.116.435	100	16.634.603	100	17.574.003	100

Nota: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

Entre 2002 y 2017, el crecimiento poblacional no solo aumentó el volumen total de habitantes, sino que también mostró diferencias en intensidad y ritmo entre regiones. Estas diferencias combinan la estabilidad de los principales focos de concentración en la zona central con un mayor dinamismo en algunas regiones del norte, asociado a su menor base poblacional inicial.

La Tabla 4.2 presenta la distribución de la población por zona y región, indicando volúmenes, participación porcentual, crecimiento relativo y tasa media anual (TMA) de crecimiento para el período intercensal. En términos estructurales, la Región Metropolitana, Valparaíso y Biobío mantuvieron su predominio demográfico entre 2002 y 2017, concentrando más de la mitad de la población nacional durante todo el período. La Región Metropolitana reforzó ligeramente su primacía, aumentando de 6 millones (40 %) en 2002 a 7,1 millones (41 %) en 2017, mientras que Valparaíso conservó una participación estable en torno al 10 % y Biobío redujo la suya de 9,4 % a 8,9 %, reflejando un crecimiento más moderado. Este comportamiento confirma la persistencia de una estructura demográfica concentrada en el eje central del país, heredera del proceso de industrialización y urbanización del siglo XX.

Esta concentración demográfica también se observa al analizar la distribución de la población por grandes zonas del país. En 2017 la zona central concentró más del 56 % de la población nacional, con la Región Metropolitana como principal núcleo demográfico y con un aporte significativo de Valparaíso, O'Higgins y Maule. Mientras que la zona sur concentró alrededor del 29 % y el norte un 15 %, proporciones que se mantuvieron casi inalteradas durante el período intercensal. Estas cifras evidencian la estabilidad de la jerarquía territorial chilena, caracterizada por una fuerte centralización en torno a la capital y a los corredores urbanos del centro del país.

Las tasas medias anuales muestran una dinámica más intensa en las regiones del norte, especialmente en Arica y Parinacota (2,3 %), Tarapacá (1,6 %) y Coquimbo (1,5 %), regiones que destacan por su capacidad de atracción económica y expansión urbana, mientras que las regiones del sur, como Biobío, Los Ríos y Araucanía, presentaron tasas inferiores al 0,7 %, evidenciando un estancamiento relativo. Este patrón dual combina expansión en territorios de menor densidad y crecimiento moderado en las áreas más poblada

Tabla 4.2*Población total por zona y región de Chile (2002–2017)*

Zona	Región	2002 (N)	2002 (%)	2012 (N)	2012 (%)	2017 (N)	2017 (%)	Crecimiento relativo (%)	TMA (%)
Norte	Arica y Parinacota	236.021	1,6	300.021	1,8	330.558	1,9	40	2,3
Norte	Tarapacá	481.931	3,2	547.463	3,3	607.534	3,4	26	1,6
Norte	Antofagasta	500.012	3,5	461.258	2,65	503.044	2,7	6	0,4
Norte	Atacama	253.205	1,7	292.054	1,8	286.168	1,6	13	0,8
Norte	Coquimbo	603.133	3,9	707.654	4,25	757.586	4,3	25,6	1,5
Centro	Valparaíso	1.530.841	10,1	1.734.917	10,4	1.815.902	10,3	18,6	1,1
Centro	Metropolitana	6.045.192	40	6.685.685	40,2	7.112.808	40,5	17,7	1
Centro	O'Higgins	775.883	5,1	877.784	5,3	914.555	5,2	17,9	1,1
Centro	Maule	905.401	6	968.336	5,8	1.044.950	6	15,4	1
Sur	Ñuble	436.439	2,9	462.307	2,8	480.609	2,7	10,1	0,6
Sur	Biobío	1.423.107	9,4	1.509.691	9	1.556.805	8,9	9,4	0,6
Sur	Araucanía	867.351	5,7	913.065	5,5	957.224	5,5	10,4	0,7
Sur	Los Ríos	354.271	2,3	364.592	2,2	384.837	2,2	8,6	6
Sur	Los Lagos	712.039	4,7	798.141	4,9	828.708	4,7	16,3	1
Sur	Aysén	89.986	0,6	99.609	0,6	103.158	0,6	14,6	0,9
Sur	Magallanes	147.533	0,9	159.468	1	166.533	1	12,9	0,8
Total Chile		15.116.435	100	16.634.603	100	17.574.003	100	16,2	1

Nota: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

Además de las diferencias regionales, resulta pertinente examinar la distribución de la población según el tamaño de los asentamientos, dimensión que refleja la jerarquía urbana y las tendencias de urbanización en el país. Para ello se emplean categorías estandarizadas en la literatura demográfica y urbanística (Rodríguez, 2019), que distinguen grandes, medianos y pequeños centros urbanos, así como asentamientos rurales, permitiendo capturar las diferentes funciones económicas y sociales dentro del sistema de asentamientos.

En 2017 las ciudades mayores (100.000 a 600.000 habitantes) concentraban más de once millones de personas, equivalentes al 62 % de la población nacional, lo que confirma su papel central dentro de la estructura urbana chilena (Tabla 4.3). Al considerar también las ciudades intermedias (20.000 a 100.000 habitantes), ambas categorías reunían cerca del 90 % del total poblacional, reflejando un elevado nivel de urbanización y concentración en asentamientos medianos y grandes.

Tabla 4.3
Distribución de la población según tamaño de asentamiento en Chile (2002–2017)

Tamaño asentamiento	Descripción	2002 (N)	2002%	2012 (N)	2012%	2017 (N)	2017%
Ciudades mayores	100.000– 600.000 habitantes	8.588.446	56,8	9.944.634	59,8	10.952.756	62,3
Ciudades intermedias	20.000– 100.000 habitantes	4.703.806	31,1	4.873.610	29,3	4.849.162	27,6
Ciudades pequeñas	5.000–20.000 habitantes	1.707.827	11,3	1.707.048	10,3	1.674.207	9,5
Pueblos	2.000–5.000 habitantes	96.531	0,6	91.956	0,6	81.560	0,5
Entidades rurales	Menores de 2.000 habitantes	19.825	0,1	17.355	0,1	16.318	0,1
Total Chile		15.116.435	100	16.634.603	100	17.574.003	100

Nota: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

Entre 2002 y 2017 las ciudades mayores incrementaron tanto su volumen como su participación relativa, mientras que las intermedias redujeron ligeramente su proporción, aunque conservaron un peso demográfico significativo. En cambio, las

ciudades pequeñas (5.000 a 20.000 habitantes), los pueblos (2.000 a 5.000 habitantes) y las entidades rurales (menos de 2.000 habitantes) permanecieron estables o disminuyeron en términos relativos, lo que evidencia una pérdida gradual de importancia frente a los grandes centros urbanos y reafirma la centralidad económica y social de las principales ciudades del país.

En resumen, la distribución por tamaño de asentamiento complementa la visión regional al evidenciar que la concentración poblacional en Chile también se expresa en los principales centros urbanos. El peso dominante de las grandes ciudades confirma una estructura urbano-regional desequilibrada, donde la primacía de Santiago y de los principales polos regionales coexiste con redes intermedias de menor densidad. Esta configuración da cuenta de un modelo territorial jerarquizado, que combina expansión urbana y la persistencia de desequilibrios estructurales, marco sobre el cual se desarrollan los flujos de migración interna analizados en el apartado siguiente

4.2. Dinámicas regionales de la migración interna en Chile

La evidencia reciente sobre migración interna en Chile ha puesto en cuestión el supuesto de que la disminución relativa de los saldos migratorios en la Región Metropolitana implique una verdadera redistribución territorial de la población. Tal como señala la literatura, la pérdida de atractivo de Santiago ha coincidido con un fortalecimiento de destinos cercanos o de mediano tamaño, sin que esto modifique de manera sustantiva la jerarquía urbana nacional. En este contexto, el análisis regional de los saldos migratorios permite evaluar si los cambios observados responden a un proceso de “desconcentración concentrada”, limitado a territorios próximos o funcionalmente integrados al núcleo central, o si, por el contrario, expresan una diversificación más amplia de la movilidad interna.

La identificación de regiones que mantienen un patrón sostenido de atracción, otras que persisten como expulsoras y aquellas que exhiben trayectorias de transición permiten situar empíricamente este debate. La Tabla 4.4 presenta los principales indicadores derivados de las matrices de migración reciente: migración neta (MN), tasa de migración neta (TMN) e índice de eficacia migratoria (IEM) para las dieciséis regiones del país en los censos de 2002, 2012 y 2017. Estos indicadores permiten dimensionar las magnitudes de los flujos recientes, así como también caracterizar su intensidad y eficacia relativa, elementos clave para interpretar las dinámicas internas de concentración y desigualdad territorial descritas por la literatura. Más allá de cuantificar las pérdidas o ganancias poblacionales, el propósito es indagar si estas tendencias recientes apuntan hacia un proceso estructural de reconfiguración del territorio.

Entre 2002 y 2017, la magnitud de los saldos migratorios regionales en Chile muestra una leve diversificación territorial. En 2002, solo siete regiones presentaban saldos positivos; esta cifra aumentó a ocho en 2012 y a nueve en 2017. El cambio sugiere una mayor dispersión de los destinos migratorios internos, aunque persisten fuertes pérdidas en regiones históricamente expulsoras y una alta concentración de flujos hacia los centros urbanos del centro y sur del país.

A partir de la secuencia de saldos observados, se propone una clasificación analítica de las regiones en tres grupo.

Tabla 4.4*Evolución regional de la migración interna interregional en Chile según indicadores MN, TMN e IEM (2002–2017)*

Región	MN 2002	TMN 2002	IEM 2002	MN 2012	TMN 2012	IEM 2012	MN 2017	TMN 2017	IEM 2017
Arica y Parinacota	-4.256	-24,4	0,1	1.503	7,7	0,0	-1.646	-7,8	0,0
Tarapacá	6.678	30,6	0,1	4.412	16,1	0,1	-10.148	-33,4	0,1
Antofagasta	11.983	26,5	0,1	-7.167	-14,3	0,1	-12.063	-21,3	0,1
Atacama	-5.750	-24,7	0,1	2.320	8,7	0,0	-12.399	-46,9	0,2
Coquimbo	10.318	18,6	0,1	23.700	36,3	0,3	23.006	32,7	0,2
Valparaíso	21.950	15,4	0,1	19.585	12,1	0,1	42.517	25,0	0,2
Metropolitana	-24.055	-4,3	0,0	-11.657	-1,9	0,0	-91.530	-13,8	0,2
O'Higgins	7.401	10,3	0,1	3.365	4,1	0,0	13.743	16,1	0,1
Maule	-1.662	-2,0	0,0	-2.954	-3,3	0,0	17.111	17,5	0,1
Biobío	-19.692	-15,0	0,1	-11.925	-8,5	0,1	-6.720	-4,6	0,0
Ñuble	-3.276	-8,1	0,1	-2.889	-6,7	0,1	4.566	10,1	0,1
Araucanía	-3.850	-4,8	0,0	-8.843	-10,4	0,1	14.907	16,7	0,1
Los Ríos	-6.428	-19,5	0,1	-1.833	-5,4	0,0	7.304	20,3	0,1
Los Lagos	11.917	18,1	0,1	-4.061	-5,5	0,0	8.751	11,3	0,1
Aysén	954	11,4	0,0	-1.028	-11,3	0,1	2.219	23,1	0,1
Magallanes	-2.232	-15,9	0,1	-2.528	-17,0	0,1	382	2,4	

Nota: Elaboración propia con base en Censos de Población y Vivienda, 2002, 2012 y 2017

1. **Regiones de atracción sostenida**, con saldos positivos en los tres censos.
2. **Regiones de expulsión sostenida**, con saldos negativos en todo el período.
3. **Regiones en transición**, que cambian de signo entre censos sucesivos.

Esta clasificación permite sintetizar los patrones y cambios recientes de la migración interna en Chile, destacando la coexistencia de dinámicas tradicionales y emergentes en el territorio (Tabla 4.5.).

Tabla 4.5.
Distribución de los pueblos indígenas por área residencial rural y urbana (2002–2017)

Patrón migratorio	Secuencia de saldos (2002–2017)	Regiones	N°
Atracción sostenida	+ + +	Coquimbo, Valparaíso, O'Higgins	3
Expulsión sostenida	- - -	Metropolitana, Biobío	2
Transición hacia atracción	- - +	Maule, Ñuble, Araucanía, Los Ríos, Magallanes	5
Transición hacia expulsión	+ + -	Arica y Parinacota	1
Transición hacia expulsión	+ - -	Antofagasta	1
Patrón inestable	- + - / + - +	Tarapacá, Atacama, Los Lagos, Aysén	4

Nota: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017. Clasificación basada en la secuencia de signos de los saldos migratorios netos regionales en los censos de 2002, 2012 y 2017.

En primer lugar, las regiones de atracción sostenida son Coquimbo, Valparaíso y O'Higgins, que mantienen saldos migratorios positivos en los tres períodos censales y se consolidan como destinos recurrentes de la migración interna. Comparten la característica de estar ubicadas en la zona central del país y de presentar proximidad geográfica con la Región Metropolitana, en el caso de Valparaíso y O'Higgins incluso

con límites directos, aspecto que puede fortalecer su vínculo con los flujos procedentes de Santiago.

En segundo lugar, las regiones de expulsión sostenida corresponden a Metropolitana y Biobío, que mantuvieron saldos migratorios negativos en los tres censos analizados, reflejando su persistente condición como territorios emisores de población hacia otras regiones. Ambas son, además, dos de las regiones que concentran la mayor cantidad de población del país (consideradas Metropolitanas), lo que podría contribuir a explicar estos flujos negativos por procesos de descongestión demográfica en el caso de la Región Metropolitana de Santiago y por un posible rezago frente a nuevos polos de atracción en el caso de Biobío.

En tercer lugar, las regiones en transición muestran cambios en el signo de sus saldos migratorios a lo largo del período, reflejando dinámicas territoriales más inestables. Por una parte, destacan aquellas que registraron saldos negativos en 2002 y 2012, pero revirtieron a positivos en 2017, como Maule, Ñuble, Araucanía, Los Ríos, Aysén y Magallanes, pudiendo indicar un incipiente atractivo en estos territorios durante los últimos años. Por otra parte, se observan casos inversos, como Arica y Parinacota, que en 2002 y 2012 mostraba saldos positivos pero pasó a negativo en 2017; y Antofagasta, cuya reversión se produjo antes, con saldo positivo en 2002 y negativo desde 2012, sugiriendo en ambos casos un deterioro en su capacidad de retener o atraer población. Este patrón denota un posible giro en los flujos migratorios internos, donde regiones atractivas del norte, ligadas a la minería, perdieron atractivo, mientras que aumentó la capacidad de atracción de regiones del centro-sur, particularmente aquellas con una base agroexportadora, y del sur asociado a polos emergentes y a una mayor movilidad hacia zonas de menor densidad.

Por su parte, Atacama y Los Lagos exhiben un patrón inestable, alternando entre saldos positivos y negativos, lo que sugiere dinámicas migratorias volátiles y coyunturales, probablemente vinculadas a fluctuaciones sectoriales o eventos específicos.

El análisis de las magnitudes absolutas de los saldos migratorios refuerza la validez de la clasificación propuesta y permite matizar la intensidad de las trayectorias. Las regiones de atracción sostenida, encabezadas por Valparaíso y Coquimbo, registraron las mayores ganancias en 2017, con más de 42.000 y 23.000 personas, respectivamente, consolidando su papel como polos migratorios. La Región

Metropolitana, en cambio, profundizó sus pérdidas hasta superar 90.000 personas, confirmando la magnitud del proceso de desconcentración. En las regiones en transición, las del centro-sur agroexportador, como Maule, Ñuble y Araucanía, revirtieron a saldos positivos con incrementos moderados, mientras que en los extremos norte y sur los cambios fueron más acotados.

Las tasas relativas y el índice de eficacia migratoria permiten dimensionar la intensidad proporcional de los flujos y evaluar su efectividad, aportando matices adicionales a los patrones territoriales identificados. En 2017, las mayores ganancias proporcionales se concentraron en el centro-sur y sur del país, donde las tasas de migración neta más altas correspondieron a Coquimbo (32,7 por cada mil habitantes), Valparaíso (25 por cada mil), Los Ríos (20,3 por cada mil) y Araucanía (16,7 por cada mil). Estos resultados confirman la centralidad creciente del eje centro-sur como polo de atracción interna, al combinar accesibilidad geográfica, oportunidades económicas y calidad de vida relativa.

En contraste, las mayores pérdidas proporcionales se registraron en el norte: Atacama (-46,9 por cada mil), Antofagasta (-21,3 por cada mil) y Arica y Parinacota (-7,8 por cada mil), confirmando una reversión estructural en regiones que antes actuaban como receptoras. La Región Metropolitana, aunque mantiene saldos negativos (-13,8 por cada mil y un índice de eficacia migratoria de 0,15 en 2017), muestra una pérdida proporcional menor, al tiempo que fortalece su vínculo con las regiones vecinas de Coquimbo, Valparaíso y O'Higgins, que en conjunto captaron un 36 % de los emigrantes metropolitanos en 2017 (frente al 29,9 % en 2002). Este fenómeno evidencia un proceso de redistribución corta, donde la movilidad metropolitana alimenta destinos próximos sin alterar la jerarquía territorial nacional.

El análisis de los flujos interregionales confirma que la migración interna en Chile responde a un patrón de cambio limitado y selectivo, donde los ajustes territoriales no alteran sustancialmente la jerarquía existente. Se observa una diversificación moderada de los destinos, con un creciente protagonismo del centro-sur, al tiempo que persiste la centralidad estructural del eje metropolitano, núcleo articulador del sistema urbano nacional, mientras que, paralelamente, se debilita la atracción histórica del norte. En los apartados siguientes, se examina cómo estos procesos se manifiestan en la población indígena y la población extranjera.

4.3. Pueblos indígenas y redistribución territorial

Los pueblos indígenas analizados no solo son diversos en términos de su distribución geográfica, sino también en sus dimensiones poblacionales y niveles de representación, tanto en comparación entre ellos mismos como en relación con el conjunto de la población nacional. Además, es crucial considerar cómo estos parámetros han evolucionado con el tiempo. En la Tabla 4.6, se describe el número total de habitantes de cinco pueblos indígenas seleccionados en los censos de 2002, 2012 y 2017. La población mapuche emerge como el grupo más numeroso, representando consistentemente más del 80% del total en los tres censos. Le sigue en importancia el colectivo Aymara, con niveles superiores al 6,5% en cada censo. Los diaguitas muestran un aumento gradual en su población, representando el 2,6% en 2012 y el 4,42% en 2017, aunque no hay datos disponibles para el Censo 2002⁶. Por otro lado, tanto la población Quechua como la Lican Antai presentan cifras menos significativas, representando menos del 2% del total de población indígena en todos los censos. Se destaca que la población Lican Antai mostró una disminución en el Censo 2012 en comparación con 2002, posiblemente debido a situaciones de subregistro.

Tabla 4.6

Población indígena según pueblo y año censal en Chile (2002–2017)

Pueblo indígena	2002 (N)	2002 (%)	2012 (N)	2012 (%)	2017 (N)	2017 (%)
Aymara	48.501	7,1	114.523	6,7	156.754	7,8
Diaguita	—	—	45.314	2,6	88.474	4,4
Lican Antai	21.015	3,1	6.101	0,4	30.369	1,5
Mapuche	604.349	88,8	1.508.722	89,4	1.691.629	84,5
Quechua	6.175	0,9	13.667	0,8	33.868	1,7
Total	680.040	100	1.688.327	100	2.001.094	100

Fuente: elaboración propia con base en Censos 2002, 2012 y 2017.

⁶ En el Censo 2002 en la pregunta de autoidentificación con un pueblo indígena no estaba considerado el pueblo diaguita.

El incremento observado en la población indígena entre 2002 y 2017 obedece a un mayor nivel de autoidentificación étnica. Esta tendencia se relaciona con la expansión del reconocimiento institucional y político de los pueblos originarios durante las dos primeras décadas del siglo XXI, lo que amplió los márgenes de identificación y visibilidad estadística. La marcada predominancia de la población mapuche podría conducir a una subrepresentación de los demás pueblos si se analiza la información indígena solo de manera agregada. Ello puede implicar una menor visibilidad de las dinámicas específicas de cada comunidad y distorsionar la comprensión de las tendencias migratorias internas. La predominancia estructural del pueblo mapuche subraya su papel central en la configuración social del país.

La distribución rural-urbana de los pueblos indígenas constituye otro aspecto relevante para comprender sus pautas de localización en un contexto de creciente urbanización nacional. También es importante determinar cómo ha evolucionado esta distribución a lo largo del tiempo, pues puede influir en los comportamientos migratorios de cada grupo. La Tabla 4.7 detalla la proporción de población indígena según área de residencia (rural-urbana), mostrando una tendencia general hacia la urbanización en todos los pueblos desde 2002. En el censo de ese año, la población indígena urbana se situaba por debajo del promedio nacional (86,6 %), pero en 2017 varias comunidades, especialmente la Quechua y la Lican Antai, superaban ese umbral (87,8 %), reflejando un proceso de integración creciente al espacio urbano nacional.

El caso de la población mapuche resulta especialmente relevante, pues en 2017 aún mantenía una proporción más alta de residentes rurales. Aunque la brecha con el promedio nacional se redujo significativamente, del 37,6 % en 2002 al 20,6 % en 2017, frente a un promedio nacional de 13,4 % y 12,2 % respectivamente, persiste una mayor propensión a residir en zonas rurales, pese a que la mayoría vive en áreas urbanas. En 2017, la población rural total en Chile alcanzaba 2.149.740 habitantes, de los cuales 349.559 eran mapuches, equivalentes al 16,3 % de la población rural. De este modo, el pueblo mapuche evidencia dos tendencias contrapuestas: una clara orientación hacia la metropolización, con fuerte concentración en la Región Metropolitana, y al mismo tiempo una presencia persistente en áreas rurales. Esta dualidad refleja tanto su adaptación a los entornos urbanos como su vínculo con sus territorios históricos. La población que se reconoció como perteneciente a pueblos indígenas aumentó en todos los censos, de 692.192 personas en 2002 a 1.812.096 en 2012 y 2.185.792 en 2017.

Paralelamente, su peso relativo en el conjunto nacional aumentó del 3,9 % en 2002 al 10,9 % en 2012 y al 14,5 % en 2017. Esta variación responde principalmente al aumento en la autopercepción de pertenencia étnica, tanto general como específica por pueblo.

Tabla 4.7. *Distribución de los pueblos indígenas por área residencial rural y urbana (2002–2017)*

Pueblo indígena y área de residencia	2002 (N)	2002 (%)	2012 (N)	2012 (%)	2017 (N)	2017 (%)
Aymara urbano	38.072	78,5	97.290	85,0	137.161	87,5
Aymara rural	10.429	21,5	17.233	15,0	19.593	12,5
Diaguita urbano	—	—	36.983	81,6	74.889	84,6
Diaguita rural	—	—	8.331	18,3	13.585	15,3
Lican Antai urbano	17.409	82,8	2.766	45,3	26.719	87,9
Lican Antai rural	3.606	17,1	3.335	54,6	3.650	12,0
Mapuche urbano	377.133	62,4	1.165.696	77,2	1.342.070	79,3
Mapuche rural	227.216	37,6	343.026	22,7	349.559	20,6
Quechua urbano	4.983	80,7	12.202	89,2	30.736	90,7
Quechua rural	1.192	19,3	1.465	10,7	3.132	9,2

Nota: Elaboración propia con base en Censos 2002, 2012 y 2017.: “—” indica no disponible o no aplicable

La Tabla 4.8, presenta dos enfoques distintos para analizar la distribución regional de la población indígena. Por un lado, muestra la distribución regional tomando como referencia el total de la población regional, tanto indígena como no indígena. Por otro lado, también muestra la distribución de la población indígena tomando como base el total nacional de la población indígena.

En primer lugar, al considerar el total de la población regional respectiva como referencia, se observa que las regiones con una mayor proporción de población indígena se encuentran principalmente en las zonas norte y sur del país. En 2017, regiones como Arica, Tarapacá y Araucanía muestran cifras que superan el 40% de población que se auto percibe como perteneciente a algún grupo indígena, áreas en las que se encuentran localizados territorios de asentamientos históricos de población indígena.

Por otro lado, al tomar como referencia el total de la población indígena, se evidencia que casi un tercio de esta población reside en la región Metropolitana de Santiago. Este fenómeno demuestra persistencia en los diferentes censos de población, señalando la fuerte atracción que ha tenido esta región sobre este colectivo, así como una tendencia marcada a desplazarse más allá de los límites geográficos ancestrales. Este desplazamiento podría derivarse de procesos migratorios anteriores al periodo observado. Además, es interesante observar que, en el caso de la región de la Araucanía, la proporción de residentes que se autodenominaban como población indígena disminuyó del 29,5% en 2002 al 14,7% en 2017, a pesar de un considerable aumento en la autopercepción en relación con el total regional.

La distribución regional de la población indígena en Chile combina persistencias históricas y nuevas concentraciones urbanas. Mientras las regiones del norte y sur mantienen los principales núcleos de asentamiento tradicional, la Región Metropolitana se ha consolidado como el principal centro urbano de atracción indígena, producto de la urbanización y las trayectorias migratorias acumuladas. La coexistencia de dimensiones territoriales y metropolitanas evidencia la estrecha relación entre identidad y movilidad, donde la migración interna constituye un mecanismo clave de estructuración social. El incremento de la autoadscripción étnica no solo amplía el contingente estadístico de la población indígena, también transforma su geografía social integrando espacios rurales y urbanos en una dinámica territorial común.

El análisis de la migración interna en la población indígena permite observar cómo las movilidades recientes combinan la búsqueda de oportunidades con la continuidad territorial. A diferencia de la población total, estos desplazamientos incorporan dimensiones históricas, identitarias y culturales que condicionan sus patrones espaciales y su intensidad. La Tabla 4.9, presenta los indicadores de migración neta (MN), tasa de migración neta (TMN) e índice de eficacia migratoria (IEM), que permiten evaluar la magnitud, intensidad y eficacia de los flujos registrados en los censos de 2002, 2012 y 2017. Durante el periodo, los saldos migratorios indígenas muestran una diversificación territorial moderada, con señales de reversión hacia saldos positivos en regiones del centro-sur como Maule, Ñuble, Araucanía y Los Ríos, y un debilitamiento de los polos tradicionales del norte. Estas variaciones, aunque menos intensas que en la población total, apuntan a una reorientación de los flujos indígenas

hacia territorios intermedios, donde se combinan redes comunitarias, oportunidades laborales y proximidad geográfica con las zonas de origen.

Las tasas relativas y el índice de eficacia migratoria (IEM) permiten dimensionar la intensidad proporcional de los flujos indígenas y evaluar su efectividad dentro del sistema territorial.

Tabla 4.4.8. Evolución regional de la migración interna interregional de la población indígena en Chile según indicadores MN, TMN e IEM (2002–2017)

Región	MN 2002	TMN 2002	IEM 2002	MN 2012	TMN 2012	IEM 2012	MN 2017	TMN 2017	IEM 2017
Arica y Parinacota	-286	-10,5	0,1	36	0,6	0,0	-846	-11,6	0,1
Tarapacá	533	30,0	0,2	260	5,4	0,0	-1.650	-22,6	0,2
Antofagasta	358	16,6	0,1	-1.011	-22,1	0,1	-1.025	-13,3	0,1
Atacama	4	0,6	0,0	685	19,0	0,1	-2.023	-39,7	0,2
Coquimbo	330	67,9	0,2	2.249	59,1	0,3	3.243	53,7	0,2
Valparaíso	755	42,8	0,2	2.516	26,3	0,2	4.734	42,0	0,2
Metropolitana	708	4,0	0,0	-4.153	-7,2	0,1	-14.885	-22,9	0,2
O'Higgins	1.191	121,7	0,3	1.888	36,1	0,2	2.389	44,6	0,2
Maule	559	69,8	0,2	484	12,7	0,1	2.236	48,9	0,2
Biobío	-1.342	-29,3	0,2	-582	-4,1	0,0	-34	-0,2	0,0
Ñuble	-2.860	-15,3	0,1	-2.683	-10,0	0,1	3.872	13,0	0,1
Araucanía	437	7,7	0,1	371	2,2	0,0	1.206	5,7	0,1
Los Ríos	56	7,5	0,1	-172	-7,9	0,1	223	8,3	0,0
Los Lagos	35	3,9	0,0	-170	-6,1	0,0	108	3,1	0,0
Aysén	-526	-13,9	0,1	-85	-1,1	0,0	1.525	17,1	0,1
Magallanes	48	12,7	0,0	367	18,3	0,1	927	44,0	0,2

Nota: Elaboración propia con base en Censos de Población y Vivienda, 2002, 2012 y 2017

En 2017, las mayores ganancias proporcionales se concentraron en el centro-sur del país, donde las tasas de migración neta más altas correspondieron a Maule (48,9 por cada mil habitantes), O'Higgins (44,6 por cada mil), Magallanes (44 por cada mil) y Ñuble (13 por cada mil). Estos resultados confirman la consolidación del eje centro-sur como espacio de atracción de población indígena, donde se combinan accesibilidad territorial, vínculos comunitarios y mejores oportunidades económicas.

En contraste, las mayores pérdidas proporcionales se registraron en el norte, destacando Atacama (-39,7 por cada mil), Antofagasta (-13,3 por cada mil) y Arica y Parinacota (-11,6 por cada mil), todas con saldos negativos persistentes que evidencian un cambio estructural respecto de su papel histórico como regiones receptoras. La Región Metropolitana también mantuvo pérdidas, con una tasa de -22,9 por cada mil habitantes, reflejando una desconcentración demográfica hacia regiones intermedias y del sur. Estos resultados revelan un proceso de redistribución territorial selectivo, en el que la movilidad indígena se orienta hacia zonas de articulación rural-urbana del centro-sur, sin alterar de forma sustantiva la jerarquía territorial nacional.

En cuanto al índice de eficacia migratoria (IEM), las regiones con los valores más altos fueron Atacama (0,2), Antofagasta (0,1), Coquimbo (0,2), Los Lagos (0,2) y Metropolitana (0,2). Estos valores indican que los flujos en dichas regiones fueron más asimétricos, es decir, las entradas y salidas no se equilibraron, generando saldos netos significativos. En cambio, regiones como Maule, Ñuble y Araucanía presentan índices bajos, señalando flujos más equilibrados y dinámicas de movilidad interna más estables. Entre 2002 y 2017, la migración indígena en Chile evidencia un patrón de diversificación moderada dentro de un marco territorial estable. Los flujos recientes muestran un desplazamiento progresivo hacia el centro-sur del país, donde se combinan oportunidades urbanas con continuidad rural. Este comportamiento refleja una movilidad principalmente de alcance regional, vinculada a procesos de reubicación y ajuste más que a redistribución estructural. Aunque las regiones del norte y la capital mantienen saldos negativos, la movilidad indígena conserva una orientación de corto alcance y una fuerte coherencia con las zonas de asentamiento histórico.

4.4. Población extranjera y expansión reciente de la movilidad interna

La inmigración internacional hacia Chile experimentó una transformación profunda entre 2002 y 2017. El país pasó de un patrón histórico de flujos reducidos y predominantemente fronterizos a un escenario de expansión acelerada y creciente diversificación de orígenes. Este cambio refleja tanto la consolidación económica y política de Chile como destino, como las crisis socioeconómicas en varios países emisores de la región. Durante este periodo, la población extranjera residente aumentó de 197.929 a 784.685 personas, cuadruplicando su volumen y alcanzando un 4,5 % de la población nacional. Los flujos fronterizos continuaron siendo los más numerosos, especialmente desde Perú, Bolivia y Argentina, pero la migración regional se convirtió en el principal motor de crecimiento, impulsada por los contingentes provenientes de Venezuela, Colombia y Haití. En cambio, los grupos procedentes de países OCDE y de “otros orígenes” (Asia y África) mantuvieron menor peso relativo, aunque con tasas de crecimiento aceleradas.

La Tabla 4.10, presenta la evolución de la población extranjera residente en Chile y de sus principales subgrupos migratorios en los períodos interestatales 2002–2012 y 2012–2017, considerando tanto niveles absolutos como relativos y tasas de crecimiento anual. En conjunto, los datos permiten apreciar no solo la magnitud del cambio demográfico asociado a la inmigración reciente, sino también la heterogeneidad de los flujos según origen.

Entre 2002 y 2017, la población extranjera residente en Chile pasó de 197.929 a 784.685 personas, cuadruplicando su tamaño y aumentando su participación del 1,3 % al 4,5 % del total nacional. El ritmo medio anual de crecimiento fue de 9,6 %, aunque con una clara aceleración en el quinquenio 2012–2017, cuando la tasa anual alcanzó 18,2 %, triplicando la de la década anterior. Este comportamiento marca un punto de inflexión en un país históricamente de baja inmigración internacional. En cuanto a los subgrupos migratorios, la migración fronteriza se mantuvo como la más numerosa, pero perdió peso relativo frente al fuerte aumento de la migración regional, que se multiplicó por ocho y pasó a representar el 42 % del total en 2017. Los flujos provenientes de países OCDE y de otros orígenes (Asia y África) mantuvieron volúmenes menores, aunque con tasas de crecimiento sostenidas o muy altas en los últimos años, reflejando la diversificación reciente de los orígenes migratorios.

Tabla 4.9

Población extranjera residente en Chile y tasa media anual de crecimiento por grupo migratorio (2002–2017)

Grupo migratorio	2002 (N)	2002 (%)	2012 (N)	2012 (%)	2017 (N)	2017 (%)	TMA 2002–2017 (%)
Población extranjera	197.929	100	339.536	100	784.685	100	9,6
Migración fronteriza	101.181	51,1	186.005	54,8	343.452	43,8	8,5
Migración regional	37.897	19,2	91.722	27,0	327.161	41,7	15,5
Países OCDE	46.841	23,7	51.659	15,2	69.407	8,8	2,7
Otros países	12.010	6,1	9.984	2,9	44.665	5,7	9,2

Nota. Elaboración propia con base en los Censos de Población y Vivienda 2002, 2012 y 2017 (INE).

Los datos muestran un cambio cualitativo en el patrón migratorio hacia Chile. El tramo entre 2002 y 2012, correspondió a un crecimiento moderado, dominado por los flujos fronterizos y la expansión gradual de la migración regional. Entre 2012 y 2017, el proceso adquirió un carácter claramente expansivo, con aumentos absolutos y relativos mucho más intensos. La migración regional emergió como el componente más dinámico y pasó a ocupar un lugar central dentro de la estructura de la población extranjera, reflejando una diversificación sostenida de los orígenes y perfiles migratorios.

La expansión reciente de la inmigración en Chile se acompañó de una redistribución espacial marcada por la ampliación de los destinos de asentamiento. Si bien la Región Metropolitana mantuvo su primacía como principal polo receptor, el crecimiento relativo fue más intenso en las regiones del norte, evidenciando una diversificación territorial del fenómeno migratorio. Este patrón refleja la concentración de oportunidades laborales en sectores estratégicos como la minería, los servicios y la

construcción. La Tabla 4.11, presenta la evolución regional de la población extranjera (volúmenes, participación y TMAC).

Tabla 4.10

Distribución de la población extranjera por región en Chile (2002–2017)

Región	2002 (N)	2002 (%)	2012 (N)	2012 (%)	2017 (N)	2017 (%)	TMAC (%)
Arica y Parinacota	6.121	3,0	12.299	3,6	20.071	2,6	8,2
Tarapacá	6.732	3,4	22.165	6,5	46.062	5,9	13,7
Antofagasta	5.954	3,0	20.239	6,0	65.084	8,3	17,3
Atacama	1.260	0,6	4.469	1,3	9.126	1,1	14,1
Coquimbo	3.228	1,6	9.030	2,7	15.739	2,0	11,1
Valparaíso	16.037	8,0	23.268	6,9	44.636	5,7	7,0
Metropolitana	114.631	58,0	208.431	61,4	503.611	64,2	10,4
O'Higgins	3.104	1,6	5.623	1,7	14.307	1,8	10,8
Maule	3.243	1,6	3.988	1,2	11.474	1,5	8,8
Biobío	5.971	3,0	7.385	2,2	13.050	1,7	5,4
Ñuble	1.460	0,7	1.770	0,5	3.945	0,5	6,9
La Araucanía	7.658	3,9	7.615	2,2	12.080	1,5	3,0
Los Ríos	2.462	1,2	2.600	0,8	4.272	0,5	3,7
Los Lagos	5.861	3,0	6.550	2,0	11.353	1,5	4,5
Aysén	1.410	0,7	1.443	0,4	2.312	0,3	3,4
Magallanes	1.862	0,9	2.661	0,8	7.563	0,9	9,8
Total Chile	186994	100	339536	100	784685	100	10

Nota: elaboración propia con base en Censos de Población y Vivienda, 2002, 2012 y 2017

Se observa una fuerte concentración en la Región Metropolitana (64 % en 2017), mientras que el crecimiento medio anual más alto se registra en el norte, con Antofagasta (17,3 %) y Atacama (14,1 %) a la cabeza, seguidas por Tarapacá (13,7 %). En el centro-sur y sur las participaciones son bajas y las TMAC más moderadas, dando cuenta de una expansión territorial desigual, donde la primacía metropolitana se mantiene, pero se diversifican gradualmente los puntos de asentamiento.

El análisis de los indicadores regionales de migración interna de la población extranjera evidencia una redistribución incipiente dentro del territorio nacional, marcada

por contrastes entre zonas de atracción emergente y regiones que pierden dinamismo migratorio. Las tasas de migración neta confirman esta tendencia. En 2017, las regiones con mayores tasas de migración neta y eficacia migratoria fueron O'Higgins (34,0 por cada mil habitantes), Maule (32,2 por mil), Los Ríos (31,5 por mil), Coquimbo (29,0 por mil) y Valparaíso (21,8 por mil). Estos resultados refuerzan el protagonismo del eje centro-sur como área de asentamiento de población extranjera, donde la diversificación productiva y la cercanía a la Región Metropolitana actúan como factores de atracción.

En contraste, las mayores pérdidas proporcionales se registraron en el norte del país, encabezadas por Atacama (-15,4 por mil), seguida de Tarapacá (-10,4 por mil) y Antofagasta (-9,4 por mil), reflejando un cambio estructural respecto de su papel tradicional como zonas receptoras. Si bien mantienen altas tasas de crecimiento medio anual, este aumento proviene principalmente de llegadas internacionales directas y no de redistribución interna, confirmando su condición de puertas de entrada al sistema migratorio nacional. Por su parte, la Región Metropolitana conserva un saldo negativo (-3,0 por mil), aunque con un aumento del IEM (de 0,0 a 0,1), lo que indica un sistema migratorio más activo y articulado con las regiones contiguas, especialmente Valparaíso, O'Higgins y Coquimbo, que concentran buena parte de los flujos de redistribución metropolitana.

}

Tabla 4.11*Evolución regional de la migración interna interregional de la población extranjera en Chile según indicadores MN, TMN e IEM (2002–2017)*

Región	MN 2002	TMN 2002	IEM 2002	MN 2012	TMN 2012	IEM 2012	MN 2017	TMN 2017	IEM 2017
Arica y Parinacota	-142	-21,1	0,2	-46	-3,8	0,1	35	1,8	0,0
Tarapacá	-19	-2,7	0,0	50	2,3	0,0	-467	-10,4	0,2
Antofagasta	174	26,9	0,2	-36	-1,8	0,0	-597	-9,4	0,1
Atacama	-61	-44,5	0,2	92	21,1	0,1	-137	-15,4	0,1
Coquimbo	58	17,3	0,1	320	36,3	0,2	447	29,0	0,2
Valparaíso	199	12,0	0,1	118	5,2	0,0	951	21,8	0,2
Metropolitana	-195	-1,7	0,0	49	0,2	0,0	-1.466	-3,0	0,1
O'Higgins	61	19,1	0,1	171	31,2	0,2	474	34,0	0,2
Maule	10	3,0	0,0	-46	-11,8	0,1	359	32,2	0,2
Biobío	-124	-19,9	0,1	-127	-17,6	0,1	-42	-3,3	0,0
Ñuble	21	2,7	0,0	-148	-19,8	0,1	-10	-0,8	0,0
Araucanía	64	10,6	0,1	-168	-26,1	0,2	227	20,5	0,1
Los Ríos	15	10,5	0,1	-34	-24,2	0,1	71	31,5	0,2
Los Lagos	-45	-21,4	0,1	-55	-21,1	0,1	-46	-6,2	0,1
Aysén	14	5,6	0,0	-23	-9,1	0,0	126	30,1	0,1
Magallanes	-30	-20,3	0,1	-117	-67,6	0,2	75	19,5	0,1

Nota: Elaboración propia con base en Censos de Población y Vivienda, 2002, 2012 y 2017 (INE)

Los resultados sugieren un patrón de ajuste interno más que de redistribución expansiva: la población extranjera tiende a concentrarse en torno al eje central del país, reforzando la continuidad metropolitana y extendiendo moderadamente su presencia hacia regiones próximas del centro-sur. Esta dinámica refleja una reconfiguración del asentamiento extranjero en Chile, pero aún dependiente de los principales nodos urbanos y económicos del país.

4.5. Intensidad, redistribución y concentración de la migración interregional por grupo poblacional (2002–2017)

El análisis comparativo de los indicadores sistémicos muestra cómo varía el funcionamiento de la migración interna entre la población total, indígena y extranjera, revelando diferencias en la intensidad de los flujos, su capacidad redistributiva y su grado de concentración territorial. A través de estos indicadores se observa la estructura y el comportamiento general de cada sistema migratorio, así como las transformaciones ocurridas entre 2002 y 2017. Los indicadores utilizados se agrupan en cuatro dimensiones principales:

- **Magnitud e Intensidad:**
 - *Migración Bruta Total (MB total) y Tasa Bruta de Migración Interna (TBMI)* expresan el volumen y la frecuencia relativa de los desplazamientos interregionales, mostrando la escala y el dinamismo del sistema.
- **Eficacia Redistributiva:**
 - *Índice de Eficacia Migratoria (IE total)* refleja el equilibrio entre entradas y salidas, e indica hasta qué punto los flujos generan saldos netos y modifican la distribución territorial de la población.
- **Reestructuración Territorial:**
 - *Indicador de Reestructuración (Rees)* mide la proporción de personas que cambian de región entre censos, captando el grado de renovación y movilidad del sistema.
- **Estabilidad y Concentración:**

- *Retención Promedio (Retención prom), Índice de Herfindahl (Herfindahl prom) y participación de los tres principales destinos (Top 3)* muestran el grado de continuidad del sistema y la centralidad de los principales polos migratorios.

Estos indicadores ofrecen una base sólida para comparar la intensidad, la eficacia y la concentración de la movilidad interna entre los tres grupos población. En cuanto a los indicadores de magnitud, intensidad, eficacia y reestructuración la 4.13 presenta los siguientes resultados.

Tabla 4.12

Indicadores sistémicos nacionales del sistema migratorio interregional en Chile por grupo poblacional (2002–2017)

Grupo poblacional	Año	MB total	TBMI	IE total	Rees	Retención prom.
Conjunto de la población	2002	1.800.830	64,5	0,079	0,040	0,94
	2012	1.631.230	52,9	0,067	0,034	0,95
	2017	2.169.076	66,1	0,124	0,062	0,59
Población indígena	2002	92.792	72,4	0,108	0,054	0,93
	2012	181.330	52,9	0,098	0,049	0,95
	2017	291.548	71,7	0,140	0,070	0,56
Población extranjera	2002	17.968	46,7	0,069	0,034	0,92
	2012	24.520	37,0	0,065	0,032	0,94
	2017	41.750	27,3	0,132	0,066	0,75

Nota. Elaboración propia con base en los Censos de Población y Vivienda de 2002, 2012 y 2017 (INE). Todos los indicadores e intervalos se presentan con un decimal para garantizar la consistencia formal en las tablas. Los valores fueron redondeados, sin alterar las tendencias ni los contrastes significativos entre censos.

Entre 2002 y 2017, la migración bruta total aumentó de 1,8 a 2,2 millones de personas en la población total, de 92,8 a 291,5 mil entre los pueblos indígenas y de 18,0 a 41,8 mil en la población extranjera. La TBMI presenta variaciones moderadas: en la población total pasó de 64,5 a 66,1 por mil, en la indígena de 72,4 a 71,7, y en la extranjera

disminuyó de 46,7 a 27,3 por mil. De este modo, muestra variaciones moderadas que reflejan una estabilidad relativa de la intensidad migratoria. El crecimiento del volumen de migrantes se explica principalmente por el aumento del tamaño poblacional de los grupos, más que por un cambio en los comportamientos de movilidad.

El índice de eficacia migratoria (IE) se mantuvo en torno a 0,1 en todos los grupos, indicando un equilibrio estructural entre entradas y salidas regionales. El indicador de reestructuración (Rees) aumentó levemente, apuntando a ajustes graduales en la redistribución de flujos, sin cambios abruptos en la orientación territorial. En contraste, la retención promedio descendió de 0,9 a 0,6 en la población total y en la indígena, y de 0,9 a 0,8 en la extranjera, señalando una ligera reducción en la estabilidad residencial, especialmente en los grupos con mayor expansión poblacional.

Tabla 4.13

Concentración y centralidad del sistema migratorio según grupo poblacional (2002–2017)

Grupo poblacional	Año	Herfindahl prom.	Top 3 dest. prom.	Entradas Top 3 %	Salidas Top 3 %
Conjunto población	2002	0,2	64,2	46,1	48,5
	2012	0,2	62,9	47,3	47,8
	2017	0,2	61,8	45,0	50,2
Indígena	2002	0,2	67,5	56,5	62,3
	2012	0,2	62,1	45,8	51,8
	2017	0,2	60,5	44,3	49,5
Extranjero	2002	0,3	69,9	52,1	53,4
	2012	0,2	67,9	53,1	51,9
	2017	0,2	65,4	50,7	56,0

Fuente: Elaboración propia con base en Censos de Población y Vivienda, 2002, 2012 y 2017.

Los valores del índice de Herfindahl ($\approx 0,2$) son bajos y estables en los tres grupos poblacionales, lo que indica una distribución relativamente equilibrada de los flujos migratorios interregionales. Entre 2002 y 2017, se observa una ligera disminución del índice, acompañada por una reducción del peso del Top 3 de destinos y orígenes, lo que sugiere una diversificación progresiva de los flujos y una menor dependencia de los polos tradicionales de atracción.

En la población indígena, el descenso del Herfindahl y del Top 3 (67,5 % a 60,5 %) evidencia una dispersión más marcada de los destinos, coherente con la expansión hacia regiones del centro-sur y la consolidación de asentamientos urbanos. En la población extranjera, aunque el índice se mantiene algo más alto (0,3 a 0,2), se aprecia también una moderada desconcentración, con reducción de la primacía del principal destino (69,9 % a 65,4 %). Esto indica que, si bien la Región Metropolitana sigue siendo el centro dominante, surgen flujos secundarios hacia otras regiones, reflejando atisbos de diversificación territorial dentro del patrón de asentamiento extranjero.

El periodo 2002–2017 confirma un patrón de cambio territorial moderado en Chile, con transformaciones graduales más que rupturas estructurales. La población crece con menor intensidad, la urbanización se consolida y persiste la concentración en el eje central, con una primacía metropolitana solo parcialmente atenuada por la expansión del centro-sur. Surgen señales de diversificación espacial en regiones del norte y del sur, más como ajustes diferenciales que como una redistribución estructural del poblamiento.

Los flujos migratorios reproducen esa lógica dual. La disminución relativa de los saldos negativos de la Región Metropolitana refleja una desconcentración corta, concentrada en territorios integrados al sistema central. Se distinguen tres trayectorias: regiones de atracción sostenida (Coquimbo, Valparaíso y O'Higgins), de expulsión persistente (Metropolitana y Biobío) y de transición, con giros hacia la atracción en el centro-sur y hacia la expulsión en parte del norte.

Entre los pueblos indígenas, la movilidad combina continuidad territorial y asentamientos urbanos crecientes, con ganancias proporcionales en Maule, Ñuble, Araucanía y Los Ríos en zonas aledañas a los territorios mapuche, y pérdidas en el norte lo

que indica una mayor movilidad reciente de los pueblos del norte. En la población extranjera, el cambio es más intenso: el volumen se cuadruplica y la migración regional adquiere protagonismo, mientras el norte actúa como puerta de entrada y la capital conserva su centralidad.

En términos generales, los indicadores de concentración se mantienen en niveles bajos y relativamente estables. Sin embargo, las ligeras disminuciones observadas en la participación de los principales destinos apuntan a indicios de diversificación progresiva, especialmente en algunos flujos interregionales secundarios. Estos ajustes no implican una redistribución estructural, pero sí señalan una tendencia incipiente hacia una movilidad más extendida, donde la primacía metropolitana se atenúa de manera muy gradual.

CAPITULO 5.

COMPOSICIÓN SOCIODEMOGRÁFICA DE LA POBLACIÓN TOTAL, INDÍGENA Y EXTRANJERA EN CHILE (2002–2017)

El período 2002–2017 confirmó un patrón de cambio territorial moderado en Chile, con transformaciones graduales más que rupturas estructurales. Tal como se observó en el capítulo anterior, los flujos de migración interna revelan un sistema más dinámico y articulado, aunque con persistencia de la primacía metropolitana. Estas tendencias se vinculan con los cambios sociodemográficos que reconfiguraron la base poblacional del país durante el mismo período. El envejecimiento poblacional, la expansión educativa y la consolidación de los entornos urbanos modificaron la estructura social del país.

En este contexto, el capítulo tiene por objetivo caracterizar comparativamente la composición sociodemográfica del conjunto de la población y de los grupos indígena y extranjero, con el propósito de identificar semejanzas y diferencias que permitan interpretar sus patrones de movilidad. A partir de los censos de 2002, 2012 y 2017, se examinan las dimensiones de edad, género, educación, ocupación y tipo de hogar, entendidas como variables clave que configuran las oportunidades y restricciones de desplazamiento. De este modo, los perfiles sociodemográficos aquí presentados ofrecen la base comparativa necesaria para comprender las formas de selectividad migratoria que serán analizadas en los capítulos siguientes.

5.1. Características de edad de la población

La estructura por edad y sexo constituye un eje fundamental para comprender las bases demográficas de la población de Chile y de los grupos analizados. Ambas dimensiones reflejan los procesos de reproducción y reemplazo poblacional, y sintetizan los efectos acumulados de la fecundidad, la mortalidad y la migración. La Figura 5.1, muestra las pirámides de población para los censos de 2002, 2012 y 2017, distinguiendo entre el conjunto nacional, la población indígena y la población extranjera, mientras que la Tabla resume los principales indicadores sintéticos de envejecimiento y dependencia.

En el conjunto de la población, la pirámide evidencia un cambio sostenido en su estructura. La base se estrecha de forma gradual y los tramos medios y superiores se ensanchan, confirmando el tránsito hacia una estructura más envejecida. La proporción de personas mayores de 64 años aumenta de 8,1 % a 11,3 %, mientras la población infantil (0–14 años) se reduce de 25,7 % a 20,0 %. En consecuencia, el índice de envejecimiento se eleva de 31 a 57 personas mayores por cada 100 menores, aunque la razón de dependencia total se mantiene estable, en torno a 46 dependientes por cada 100 personas en edad productiva (15–64 años). Este proceso evidencia la consolidación de una estructura poblacional más envejecida y estable..

La población indígena, conserva un ritmo de envejecimiento más pausado. Sus pirámides muestran bases levemente más anchas y cúspides más estrechas, evidenciando una mayor proporción de menores y una presencia limitada de adultos mayores. En 2002, los menores de 15 años representaban el 26,7 % del total y las personas de 65 años y más un 6,8 %, configurando un índice de envejecimiento de 25. En 2017, las transformaciones avanzan en la misma dirección que en el país, pero con menor intensidad: la población infantil se reduce a 22,6 %, los mayores aumentan a 9,2 %, y el índice de envejecimiento se sitúa en 41 frente a 57 en el conjunto nacional. Este comportamiento refleja un proceso de envejecimiento levemente más gradual, donde la estructura poblacional mantiene un peso significativo de los grupos jóvenes y adultos medios.

La población extranjera presenta una configuración marcadamente distinta, determinada por un efecto de composición vinculado a la inmigración reciente. Desde 2002

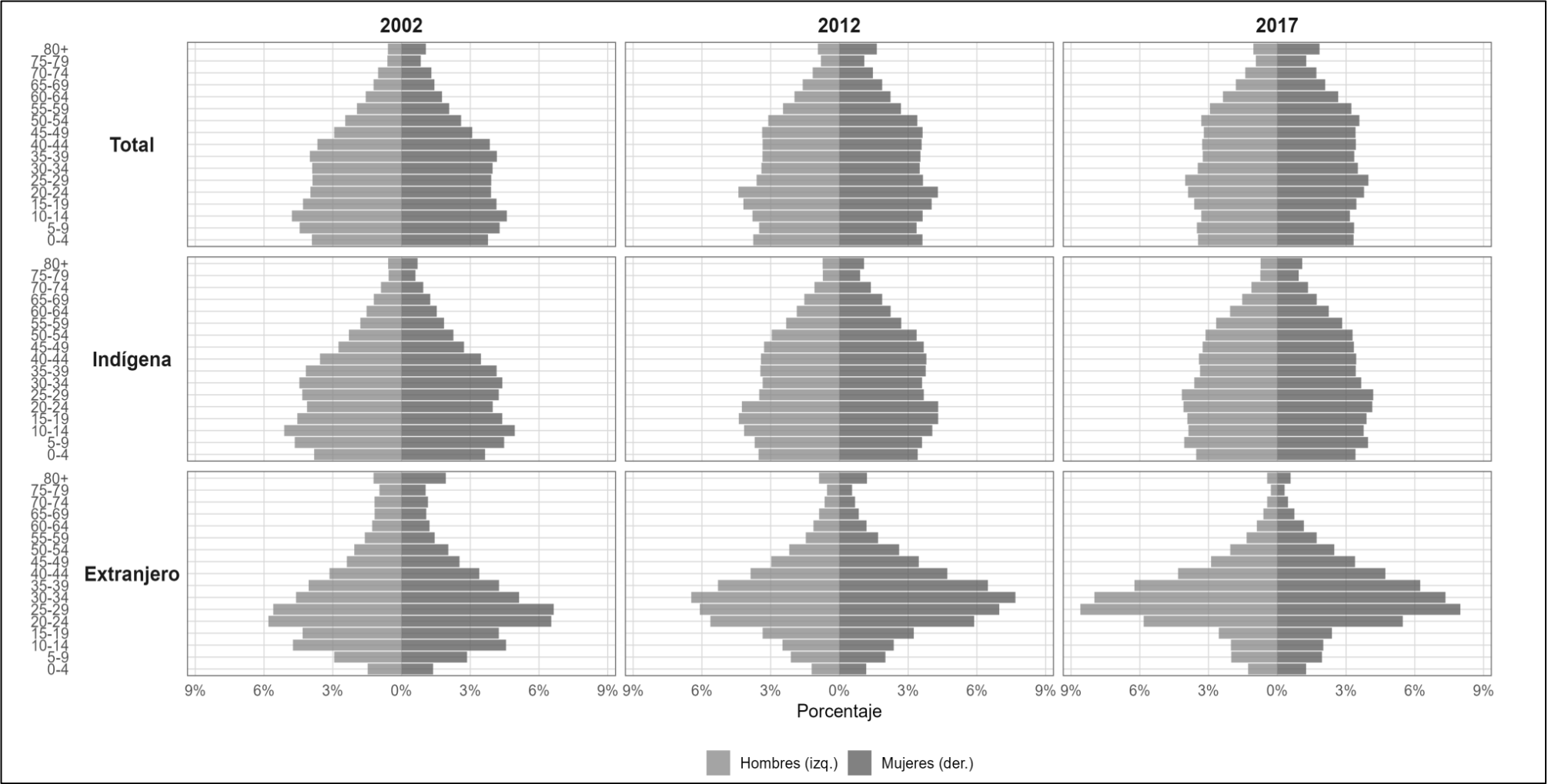
muestra una concentración pronunciada en edades laborales, tendencia que se acentúa hasta 2017. Los grupos de 25–29 y 30–34 años reúnen en conjunto más del 30 % del total, evidenciando una estructura típicamente joven-adulta, con escasa representación infantil y mínima presencia de personas mayores. Este perfil refleja una estructura de asentamiento reciente, caracterizada por la selectividad migratoria de los flujos activos y laborales.

La composición por grupos quinquenales (Figura 5.1.) permite apreciar con mayor precisión estas diferencias. En la población total, el valor modal se desplaza desde el tramo 10–14 años en 2002 (10,1 %) hacia 25–29 años en 2017 (8,4 %), mientras que en la población indígena la trayectoria es similar pero más gradual, pasando del grupo 10–14 años al 25–29 años en el mismo período. En la población extranjera, el predominio en edades activas se mantiene constante, consolidando su perfil laboral y reciente.

En el conjunto de la población, la razón de masculinidad es superior a 100 hasta los 19 años y desciende sostenidamente con la edad, alcanzando 57,7 hombres por cada 100 mujeres en el grupo de 80 años y más. En la población indígena, los valores se mantienen cercanos a la paridad a lo largo del ciclo vital, con predominio masculino moderado en edades jóvenes y un descenso gradual hasta 67,0 en el tramo final, reflejando una estructura aún joven y equilibrada. En la población extranjera, el predominio masculino se concentra en las edades laborales (15–34 años), con razones entre 105 y 108, mientras que a partir de los 40 años la relación se equilibra y se invierte en la vejez, registrando 78,1 en 60–64 años y 77,0 en 80 y más.

Figura 5.1

Pirámides de población por grupo poblacional y año de censo, Chile (2002–2017)



En síntesis, el análisis de la edad y el sexo revela estructuras demográficas diferenciadas pero coherentes con las trayectorias de cada grupo. La población total evidencia un envejecimiento acompañado de feminización en la vejez; la población indígena mantiene una tendencia similar pero conserva un perfil levemente más joven y equilibrado entre sexos; y la población extranjera mantiene una composición joven-adulta con predominio masculino en edades laborales.

5.2. Características educativas

La educación sintetiza la acumulación de capital humano y representa la posición que los individuos ocupan en la esfera social. En Chile, la expansión educativa de las últimas décadas consolidado el aumento de la población que cuenta con estudios en niveles medios y superiores, aunque con ritmos desiguales entre grupos poblacionales. Tal como plantea Brunner (2023), la masificación del sistema formativo forma parte de una transformación estructural en la que la educación se convierte en un espacio de competencia y regulación entre Estado, mercado y actores sociales. Sin embargo, como advierte Bellei (2013), esta expansión no ha eliminado las brechas de origen social, pues la segmentación institucional y las desigualdades de calidad reproducen jerarquías que limitan la movilidad ascendente. En este contexto, la educación opera simultáneamente como indicador de integración y marcador de desigualdad, revelando las tensiones que estructuran las trayectorias sociales.

En el conjunto de la población y en la población indígena, este patrón refleja la evolución estructural del sistema educativo chileno, mientras que en la población extranjera responde principalmente a cambios en la composición asociados a nuevos flujos migratorios. La Tabla 5.1 presenta la composición de los niveles educativos para el conjunto de la población, los pueblos indígenas y la población extranjera en la población mayor de 30 años, entre 2002 y 2017, evidenciando una transición general hacia niveles medios y superiores.

En el conjunto de la población, que refleja el perfil educativo nacional, la educación básica desciende de 54,1 % en 2002 a 28,6 % en 2017, evidenciando un cambio estructural profundo. Paralelamente, la educación media se consolida como nivel predominante (44,5 % en 2017) y la superior alcanza 26,9 %, configurando una estructura intermedia en transición. La razón entre educación superior y media (sup/media) permite evaluar la jerarquía interna del sistema: valores mayores a 1 indican predominio del nivel superior, mientras que inferiores reflejan liderazgo de la enseñanza media. Con un valor de 0,6, se confirma que la expansión educativa reciente se ha concentrado en la educación secundaria,

reflejando la modernización del capital humano y la consolidación de un perfil formativo de rango medio.

En 2002, la población indígena presentaba una estructura educativa fuertemente concentrada en la instrucción básica (77,2 %), acompañada de una participación reducida en la educación media (12,3 %) y marginal en la superior (10,5 %). Este patrón configuraba un perfil educativo de baja calificación, reflejo de un rezago estructural frente al perfil intermedio del conjunto nacional. Durante los quince años siguientes, este escenario se transforma de manera sustantiva. Para 2017, la proporción de población con educación básica se reduce a 35,9 %, mientras la media asciende a 44,7 % y la superior alcanza 19,5 %, representando un cambio importante, aunque sin alcanzar aún la convergencia plena con el promedio nacional. La razón sup/media disminuye de 0,9 a 0,4, confirmando la reconfiguración interna hacia la enseñanza media como nivel predominante y evidenciando un proceso de transición educativa acelerada, pero todavía en fase de consolidación.

Tabla 5.1

Distribución del nivel educativo en la población mayor de 30 años según grupo poblacional, Chile (2002–2017)

Grupo poblacional	Año	% Básica	% Media	Superior%	Razón sup/media
Conjunto de la población	2002	54,1	21,3	24,6	1,2
	2012	34,1	41,4	24,5	0,6
	2017	28,6	44,5	26,9	0,6
Pueblos indígenas	2002	77,2	12,3	10,5	0,9
	2012	42,8	40,3	16,9	0,4
	2017	35,9	44,7	19,5	0,4
Población extranjera	2002	19,5	15,3	65,3	4,3
	2012	13,0	38,0	49,0	1,3
	2017	14,1	43,2	42,7	1,0

Fuente: elaboración propia a partir de microdatos censales 2002, 2012 y 2017 (INE).

Al inicio del período, la población extranjera exhibía una estructura educativa altamente polarizada, con fuerte predominio de la educación superior y escasa presencia de niveles medios y básicos, reflejando un perfil selectivo y de alta calificación en contraste con el patrón intermedio nacional. Entre 2002 y 2017, esta configuración se diversifica sustantivamente: la educación superior desciende a 42,7 %, la media asciende a 43,2 % y la básica se estabiliza en 14,1 %, conformando una distribución más equilibrada entre niveles medios y altos. La razón sup/media cae de 4,3 a 1,0, evidenciando el paso desde un perfil con mayores credenciales educativas hacia otro más heterogéneo y diversificado, aún por encima del promedio nacional pero en proceso de convergencia con la estructura educativa del país.

El análisis de la educación según sexo permite valorar los niveles de equidad alcanzados en el proceso de expansión educativa reciente, en el que la desigualdad de género ha ido perdiendo centralidad. Según la Tabla, se observa una tendencia sostenida hacia la paridad entre hombres y mujeres, con una reducción significativa de las brechas históricas en el acceso educativo dentro del conjunto de la población. En 2002, los datos muestran una ventaja masculina moderada en educación superior (26,8 % frente a 22,7 % en mujeres), con un índice de paridad de 0,8 que refleja una menor presencia femenina en los niveles más altos del sistema. No obstante, la expansión educativa se ha acompañado de una disminución progresiva de esa brecha, avanzando en 2017 hacia una equidad educativa por sexo, donde la educación superior alcanza 27,5 % en hombres y 26,4 % en mujeres, con un índice de 1,0 que evidencia una distribución equilibrada entre ambos sexo.

Esto mismo se observa en los demás grupos poblacionales. En la población indígena, para 2017, hombres y mujeres presentan una distribución prácticamente equivalente en la educación superior (19,6 % y 19,5 %, respectivamente). La población extranjera, por su parte, muestra un cambio evidente. En 2002 las mujeres registraban una desventaja considerable (58,3 % con educación superior frente a 72,2 % en hombres), pero hacia 2017 la diferencia prácticamente desaparece (41,8 % y 43,7 %, respectivamente). En conjunto, estos resultados confirman una tendencia a la convergencia sostenida entre hombres y mujeres en los niveles superiores del sistema educativo entre los distintos grupos. La desigualdad educativa se ha concentrado históricamente en el acceso a la educación superior, pero esta brecha ha tendido a reducirse de forma sostenida. Tanto en el

nivel básico como en el medio no se registran diferencias significativas por género a lo largo del tiempo.

La relación entre edad y educación permite evidenciar la dimensión generacional del cambio educativo. En el conjunto de la población, la distribución por edad muestra una transición clara hacia niveles medios y superiores. En 2017, los jóvenes de 30–44 años alcanzan 39,0 % en educación superior y 13,8 % en básica, mientras los mayores de 60–74 años registran 17,9 % y 43,6 %, respectivamente, configurando una brecha generacional de 21 puntos en la formación superior. Entre 2002 y 2017, el avance fue especialmente rápido entre los jóvenes, que consolidaron un perfil medio–alto, mientras las generaciones mayores mantuvieron una estructura de menor calificación. Este contraste refleja un relevo generacional en el capital humano, asociado al proceso de expansión educativa y al cambio estructural del país.

En la población indígena, la transformación es aún más marcada. Entre 2002 y 2017, los jóvenes reducen la educación básica de 70,4 % a 20,4 % y elevan la superior de 15,8 % a 29,2 %, evidenciando una transición profunda y una mejora relativa más rápida que la observada en el conjunto nacional. Aunque las cohortes mayores mantienen rezagos (54 % con educación básica en el tramo de 60–74 años), el grupo experimenta un proceso sostenido de ampliación del capital educativo.

La población extranjera presenta un patrón distintivo, marcado por la composición selectiva y cambiante de los flujos migratorios. Entre 2002 y 2017, las diferencias de capital educativo entre cohortes se reducen de manera importante, reflejando el reemplazo de una inmigración inicial altamente calificada por nuevos flujos de perfil más intermedio. En 2002, el grupo de 30–44 años concentraba 77,7 % de educación superior frente a 48,1 % en los mayores de 60–74 años, evidenciando un marcado gradiente generacional. Sin embargo, hacia 2017 estas brechas se atenúan, con proporciones similares en educación superior entre jóvenes y mayores (44,4 % y 42,7 %, respectivamente). Este aplanamiento del gradiente etario indica que las diferencias internas ya no reflejan etapas del ciclo vital, sino cambios en la composición del colectivo extranjero, asociados a la llegada de contingentes más diversos en origen y capital formativo. En suma, la población extranjera sigue manteniendo un nivel educativo elevado, aunque cada vez más heterogéneo.

Tabla 5.2

Variaciones en el nivel educativo en la población mayor de 30 años según grupo poblacional, Chile (2002–2017)

Grupo poblacional	Educación básica	Educación media	Educación superior	Razón sup/media
Conjunto de la población	–25,5	+23,2	+2,3	–0,6
Pueblos indígenas	–41,3	+32,3	+9,0	–0,4
Población extranjera	–5,3	+27,9	–22,6	–3,3

Fuente: elaboración propia a partir de microdatos censales 2002 y 2017 (INE).

Entre 2002 y 2017, los cambios educativos reflejan una reestructuración profunda. En el conjunto nacional, la educación básica disminuye 25,5 puntos porcentuales, mientras la media aumenta 23,2 y la superior apenas 2,3, confirmando que la expansión se concentró en los niveles medios. En los pueblos indígenas, el avance es más marcado: la básica cae 41,3 puntos, la media crece 32,3 y la superior 9, configurando una transición hacia un perfil intermedio y una reducción de brechas históricas. En contraste, la población extranjera muestra un ajuste inverso: el nivel básico desciende levemente (–5,3 p.p.), la media aumenta 27,9 y la superior se reduce 22,6, reflejando la diversificación del capital humano migrante y una menor selectividad educativa. En suma, los resultados indican en la población mayor de 30 años una convergencia general hacia la educación media, con trayectorias divergentes: expansiva y compensatoria en la población indígena, y de ajuste composicional en la extranjera.

5.3. Ocupación.

En Chile, las últimas décadas han estado marcadas por una expansión sostenida del empleo y una reducción de la inactividad, en el marco de un proceso de modernización laboral y diversificación económica, pese a la persistencia de brechas estructurales que condicionan el acceso y la calidad del trabajo. El análisis de la condición de actividad

permite examinar los niveles de participación y exclusión laboral de la población chilena, indígena y extranjera, así como los ritmos diferenciados de su integración en el mercado de trabajo. La Tabla 5.4, presenta la distribución de la condición de actividad según grupo poblacional entre 2002 y 2017, permitiendo observar la evolución de la participación laboral y las diferencias estructurales en los niveles de ocupación, desocupación e inactividad entre la población total, indígena y extranjera.

En el conjunto nacional, entre la población de más de 30 años, la distribución de la condición de actividad en 2017 muestra un predominio claro de los ocupados (64,9 %), junto con una menor proporción de inactivos (31,4 %) y una tasa de desocupación reducida (3,7 %). Esta configuración refleja una estructura laboral consolidada, donde la mayoría de la población adulta participa efectivamente en el mercado de trabajo. Entre 2002 y 2017, la proporción de ocupados aumenta 13,5 puntos porcentuales, mientras la inactividad se reduce 10,7 puntos, evidenciando un proceso sostenido de incorporación laboral. La tasa de desocupación también disminuye de 6,5 % a 3,7 %. Lo anterior expresa un avance sostenido del empleo y del dinamismo ocupacional, en línea con la transformación estructural del mercado laboral chileno.

En los pueblos indígenas, la evolución es aún más pronunciada. Entre 2002 y 2017, la proporción de ocupados aumenta de 47,8 % a 65,6 %, mientras la inactividad desciende de 45,0 % a 30,2 %, y la desocupación se reduce de 7,2 % a 4,1 %. En 2017, la tasa de ocupación indígena supera levemente el promedio nacional (65,6 % frente a 64,9 %), reflejando una convergencia significativa en la participación laboral. Este cambio sugiere una mayor integración de la población adulta indígena al mercado de trabajo, que puede estar asociada a la expansión educativa observada en las generaciones más jóvenes.

La población extranjera, por su parte, presenta un patrón distintivo, marcado por una alta participación laboral y una baja inactividad. En 2017, el 81,2 % se encuentra ocupado, frente a 13,4 % de inactivos y 5,4 % de desocupados, configurando el perfil más intensamente incorporado al mercado de trabajo. Entre 2002 y 2017, la ocupación aumenta 18 puntos porcentuales y la inactividad desciende casi 19 puntos, reflejando una fuerte inserción económica del colectivo migrante. Tanto el aumento de la ocupación como la disminución de la inactividad, son reflejo de una inserción laboral sostenida. Esta reducción

puede asociarse al carácter laboral de los flujos migratorios internacionales recientes y a su creciente diversificación, que reemplazó cohortes antiguas por migrantes en edad activa y con perfiles educativos más intermedios.

Tabla 5.3.

Condición de actividad según grupo poblacional en Chile (2002–2017)

Grupo poblacional	Año	Desocupados (%)	Inactivos (%)	Ocupados (%)	Razón ocup./desoc.
Conjunto de la población	2002	6,5	42,1	51,4	8,0
	2012	3,8	37,8	58,3	15,2
	2017	3,7	31,4	64,9	17,5
Pueblos indígenas	2002	7,2	45,0	47,8	6,6
	2012	4,7	38,8	56,4	11,9
	2017	4,1	30,2	65,6	15,9
Población extranjera	2002	4,8	32,2	63,0	13,0
	2012	3,4	21,7	74,9	22,0
	2017	5,4	13,4	81,2	15,1

Fuente: elaboración propia a partir de micro datos censales 2002, 2012 y 2017 (INE).

En cuanto a la distribución por sexo, el análisis muestra que, en todos los grupos, existe una ampliación sostenida de la participación femenina y una reducción significativa de la inactividad entre 2002 y 2017. En el conjunto de la población, la ocupación femenina aumenta de 33,4 % a 51,3 %, mientras que la inactividad desciende de 62,9 % a 45,9 %, Entre los pueblos indígenas, el cambio es aún más marcado: la inactividad femenina cae de 66,3 % a 44,8 % y la ocupación aumenta de 30,1 % a 52,2 %, elevando el índice de paridad laboral de 0,5 a 0,7. En la población extranjera, la participación femenina parte desde niveles más altos y se expande de 49,5 % a 73,0 %, mientras la inactividad desciende de 46,9 % a 21,6 %, alcanzando un índice de 0,8 en 2017. Reflejando una estructura laboral más activa y menos dependiente, con mayores proporciones de participación femenina en el empleo.

En relación con la desigualdad en la participación laboral entre mujeres y hombres, las tasas indican una reducción sostenida de las brechas en todos los grupos, aunque con magnitudes e intensidades distintas. En el conjunto nacional, la diferencia en ocupación entre ambos sexos disminuye de 37,8 a 28,4 puntos porcentuales, reflejando una convergencia gradual. Entre los pueblos indígenas, la brecha se reduce de 36 a 27,6 puntos, lo que denota un avance proporcionalmente mayor que el promedio del país. En la población extranjera, la distancia cae de 28,0 a 16,8 puntos, mostrando el nivel más equilibrado de participación laboral y la inserción más temprana de las mujeres en el empleo.

El análisis por edad permite observar la dimensión generacional de la participación laboral, evidenciando cómo la ocupación se concentra en las edades activas y la inactividad en las mayores, con una reducción sostenida de las brechas etarias entre 2002 y 2017. En el conjunto de la población de 30 años y más, la estructura por condición de actividad revela un cambio sustantivo entre 2002 y 2017, marcado por el aumento sostenido de la participación laboral y el descenso de la inactividad. En 2002, poco más de la mitad de la población adulta se encontraba ocupada (51,4 %), frente a un 42,1 % de inactivos. En 2017, en cambio, la ocupación alcanza 64,9 % y la inactividad se reduce a 31,4 %. Esta transformación se manifiesta en todos los tramos etarios: entre los 30–44 y 45–59 años, las tasas de ocupación se elevan de 63,1 % y 57,0 % a 80,2 % y 74,6 %, respectivamente, mientras que entre los mayores de 60–74 años la participación casi se duplica (de 24,1 % a 42,7 %). Los resultados reflejan una expansión sostenida del empleo en la población adulta y mayor, asociada a la prolongación de la vida laboral.

Entre los pueblos indígenas, la evolución de la condición de actividad muestra un rezago inicial y una posterior convergencia con el conjunto nacional. En 2002, la ocupación era mayor entre los adultos jóvenes (57,4 % en el tramo de 30–44 años) y descendía marcadamente con la edad, alcanzando solo 23,9 % entre los mayores de 60–74 años, mientras la inactividad superaba el 70 % en este último grupo. Para 2017, todos los tramos muestran aumentos sustantivos en la ocupación: 78,0 % en 30–44 años, 73,6 % en 45–59 y 43,7 % en 60–74, acompañados de una disminución general de la inactividad. Este patrón indica una ampliación sostenida de la participación económica en los tramos adultos y

mayores, y una reducción significativa de las brechas respecto del conjunto nacional, evidenciando una trayectoria de convergencia estructural en la inserción laboral indígena.

En la población extranjera, la condición de actividad presenta niveles consistentemente más altos de ocupación y menor inactividad en todos los tramos etarios. De este modo, En 2017, la población extranjera muestra una inserción laboral muy elevada: la ocupación supera el 85 % en los tramos de 30–44 y 45–59 años, y alcanza 56,1 % entre los mayores de 60–74 años, con niveles de inactividad notablemente bajos (8,9 %, 10,0 % y 41,2 %, respectivamente). Este perfil contrasta con el observado en 2002, cuando la participación laboral era menor en todos los grupos etarios y la inactividad alcanzaba 58 % entre los mayores y cerca del 20 % entre los adultos jóvenes. Este patrón refleja una estructura fuertemente concentrada en edades activas y un comportamiento laboral prolongado, coherente con el carácter selectivo y predominantemente laboral de la inmigración internacional en Chile.

La Tabla 5.4 resume los cambios en la condición de actividad entre 2002 y 2017, mostrando un aumento general de la ocupación y una reducción sostenida de la inactividad en los tres grupos analizados. En el conjunto de la población, la ocupación crece 13,4 puntos porcentuales y la inactividad cae 10,7, reflejando una expansión del empleo. Entre los pueblos indígenas, el incremento es mayor (+17,9 p.p.) y la inactividad disminuye 14,8 puntos, evidenciando una convergencia progresiva con el promedio nacional. La población extranjera presenta la mayor variación positiva en ocupación (+18,2 p.p.) y la reducción más pronunciada en inactividad (–18,8 p.p.), manteniendo estable la desocupación.

Tabla 5.4

Variación en condición de actividad según grupo poblacional en Chile (2002–2017)

Grupo poblacional	Ocupados	Desocupados	Inactivos	Razón ocupados/ desocupados
Conjunto de la población	+13,4	–2,8	–10,7	+9,5
Pueblos indígenas	+17,9	–3,1	–14,8	+9,3
Población extranjera	+18,2	+0,6	–18,8	+2,0

Fuente: Elaboración propia a partir de microdatos censales 2002, 2012 y 2017 (INE).

.Tipo de hogares

El análisis del tipo de hogar permite comprender cómo se organizan las personas en el espacio doméstico y cómo estas formas de convivencia han cambiado en el tiempo. Los hogares reflejan tanto los ciclos vitales como las transformaciones sociales que afectan la estructura familiar, la autonomía individual y la composición de los hogares en el país. La Tabla 5.5 presenta la distribución de los hogares según grupo poblacional entre 2002 y 2017. Se observa, en los tres grupos analizados, una reducción de los hogares extensos y completos y un aumento sostenido de los hogares unipersonales y nucleares, característicos de poblaciones más envejecidas y con mayor autonomía residencial.

En el conjunto de la población, la estructura de los hogares en 2002 estaba dominada por los arreglos nucleares (54,1 %) y extensos (31,0 %). Para 2017, los hogares nucleares se mantienen como el tipo predominante (54,4 %), los extensos descienden levemente a 29,8 % y los completos se reducen a 4,2 %, mientras los hogares sin núcleo permanecen estables (5,8 %) y los unipersonales aumentan de 3,1 % a 5,8 %. De este modo, los cambios muestran una diversificación gradual de las formas de convivencia, con indicios de una tendencia hacia hogares más pequeños y autónomos.

En la población indígena, la estructura de los hogares en 2002 se caracterizaba por una alta presencia de arreglos extensos (31,7 %) y nucleares (51,3 %), junto con una baja proporción de hogares unipersonales (3,3 %) y completos (6,1 %). Para 2017, los hogares nucleares aumentan a 53,7 %, mientras los extensos descienden levemente a 30,4 %, y los unipersonales se duplican, alcanzando 6,1 %. Los hogares sin núcleo, por su parte, disminuyen a 5,6 %, tras un alza transitoria en 2012. En conjunto, los resultados evidencian una convergencia estable con el patrón nacional, caracterizada por la consolidación de los hogares nucleares y la reducción moderada de los extensos.

Tabla 5.5
Distribución del tipo de hogar según grupo poblacional (2002–2017)

Grupo poblacional	Año	Completo	Extenso	Nuclear	Sin núcleo	Unipersonal
-------------------	-----	----------	---------	---------	------------	-------------

Grupo poblacional	Año	Completo	Extenso	Nuclear	Sin núcleo	Unipersonal
Conjunto de la población	2002	6,0	31,0	54,1	5,8	3,1
	2012	3,8	26,2	49,9	15,8	4,2
	2017	4,2	29,8	54,4	5,8	5,8
Pueblos indígenas	2002	6,1	31,7	51,3	7,5	3,3
	2012	3,6	26,1	50,4	15,1	4,8
	2017	4,2	30,4	53,7	5,6	6,1
Población extranjera	2002	11,1	21,3	51,4	11,0	5,2
	2012	8,8	20,0	43,9	21,1	6,2
	2017	10,0	24,9	43,6	14,1	7,5

Fuente: elaboración propia a partir de micro datos censales 2002, 2012 y 2017 (INE).

En la población nacional e indígena se mantiene una estructura de hogares demográficamente estable, dominada por los arreglos nucleares que superan el 50 % y los extensos en torno a un tercio, pero con indicios de un reajuste de las estructuras familiares asociado al surgimiento de trayectorias más individualizadas. El aumento sostenido de los hogares unipersonales constituye el principal signo de este cambio, expresando una incipiente individualización residencial.

CAPITULO 6.

DETERMINANTES Y ALCANCE DE LA MIGRACIÓN INTERNA EN CHILE

La migración interna constituye un fenómeno complejo. Aquí confluyen factores individuales, domésticos y contextuales que configuran patrones diferenciados de movilidad. Este capítulo analiza en qué medida las características sociodemográficas inciden en la propensión a migrar en Chile durante el período 2002–2017. El problema central que orienta este análisis es determinar hasta qué punto la probabilidad de migrar está condicionada por dimensiones asociadas al ciclo de vida, al capital educativo, a la inserción laboral, a la estructura del hogar y al origen sociocultural. El propósito es identificar si estos factores operan como mecanismos de selectividad migratoria y evaluar cómo su influencia se ha modificado a lo largo de los tres censos considerados. Las

variables incluidas abarcan la edad y el sexo, como dimensiones demográficas; la educación y la situación ocupacional, como indicadores del perfil socioeconómico; el tipo de hogar, como expresión de la organización doméstica; y el origen sociocultural, que distingue entre población no indígena, indígena y extranjera.

El capítulo persigue dos objetivos analíticos complementarios. Primero, modela la probabilidad de haber cambiado de comuna en los cinco años previos al censo, permitiendo identificar los determinantes de la propensión general a migrar. Segundo, restringe el análisis a la población migrante para comparar quienes realizaron desplazamientos intrarregionales entre quienes migraron entre regiones, entendidas como trayectorias de corto y largo alcance, respectivamente. Esta doble aproximación posibilita descomponer la migración interna en dos procesos interrelacionados: la decisión de migrar y la escala regional del desplazamiento.

6.1. Propensión migratoria del conjunto de población

La migración interna constituye un fenómeno complejo. Aquí confluyen factores individuales, domésticos y contextuales que configuran patrones diferenciados de movilidad. Este capítulo analiza en qué medida las características sociodemográficas inciden en la propensión a migrar en Chile durante el período 2002–2017. El problema central que orienta este análisis es determinar hasta qué punto la probabilidad de migrar está condicionada por dimensiones asociadas al ciclo de vida, al capital educativo, a la inserción laboral, a la estructura del hogar y al origen sociocultural. El propósito es identificar si estos factores operan como mecanismos de selectividad migratoria y evaluar cómo su influencia se ha modificado a lo largo de los tres censos considerados. Las variables incluidas abarcan la edad y el sexo, como dimensiones demográficas; la

educación y la situación ocupacional, como indicadores del perfil socioeconómico; el tipo de hogar, como expresión de la organización doméstica; y el origen sociocultural, que distingue entre población no indígena, indígena y extranjera.

El capítulo persigue dos objetivos analíticos complementarios. Primero, modela la probabilidad de haber cambiado de comuna en los cinco años previos al censo, permitiendo identificar los determinantes de la propensión general a migrar. Segundo, restringe el análisis a la población migrante para comparar quienes realizaron desplazamientos intrarregionales entre quienes migraron entre regiones, entendidas como trayectorias de corto y largo alcance, respectivamente. Esta doble aproximación posibilita descomponer la migración interna en dos procesos interrelacionados: la decisión de migrar y la escala regional del desplazamiento.

Este primer modelo estima, mediante regresión logística binaria, la probabilidad de haber migrado internamente en los últimos cinco años entre residentes en Chile de 30 años o más. La interpretación se realiza con efectos marginales medios (AME, p.p.), que permite responder “quién migra” en el conjunto nacional y establecer una línea de base para los análisis por subpoblaciones.

Las covariables incluidas son sexo, edad, educación, situación ocupacional, tipo de hogar y origen sociocultural, todas con categorías de referencia homogéneas. El ajuste global muestra valores de McFadden entre 0.053 y 0.061 y de Nagelkerke entre 0.077 y 0.088, con un AIC creciente en el tiempo, en línea con el mayor tamaño. La lectura requiere cautela, pues la ventana retrospectiva de cinco años y los cambios en la composición poblacional entre censos pueden incidir en las magnitudes estimadas (Tabla 6.1).

Tabla 6.1.

Indicadores de ajuste del Modelo 1 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R² McFadden	R² Nagelkerke
2002	4.338.060	0.061	0.088
2012	6.251.805	0.060	0.084
2017	7.019.270	0.053	0.077

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
-------	-----	-------------------------	---------------------------

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

En relación con la variable sexo (Tabla 6.2 y Figura 6.1), los resultados indican una desventaja persistente para las mujeres respecto de los hombres. En 2002 la brecha era leve, cercana a $-0,6$ p.p., pero se amplió en 2012 y en 2017 alcanzó alrededor de $-1,5$ p.p., confirmando un efecto negativo de magnitud moderada. Aunque el diferencial no es extremo, sí muestra una intensificación progresiva a lo largo del tiempo, lo que revela que el género actúa como un eje consistente de selectividad migratoria. En síntesis, la desigualdad de género en la movilidad interna se mantiene estable y sin señales de convergencia.

El análisis de la edad evidencia un efecto negativo respecto al grupo de referencia de 30–44 años. En 2017, los adultos de 45–59 años presentan una menor probabilidad de migrar de aproximadamente $-4,4$ p.p., los de 60–74 alcanzan $-5,5$ p.p. y los de 75 o más llegan a $-5,8$ p.p... Este patrón fue más marcado en 2012, lo que sugiere cierta estabilización en la última medición. A medida que avanza el ciclo vital, disminuye la movilidad residencial. Se trata de un rasgo demográfico ampliamente documentado y coherente con el transcurso del ciclo vital.

En comparación con el nivel básico, la educación media y, especialmente, la superior, se asocian a una mayor probabilidad de haber migrado. En 2017, quienes alcanzaron educación media muestran un diferencial positivo de $+3,1$ p.p., mientras que los de educación superior alcanzan un valor cercano a $+11,0$ p.p... Estas magnitudes confirman el papel del capital educativo como un mecanismo de selectividad social, otorgando ventajas claras en la capacidad de cambiar de residencia. Aunque la brecha se moderó respecto de 2012, donde se registraron los valores más altos, el patrón sigue siendo consistente. A mayor nivel educativo, mayor movilidad.

En comparación con los hogares nucleares, los arreglos unipersonales y extensos muestran sistemáticamente una menor propensión a migrar en los tres censos. En 2017, las diferencias se sitúan en torno a $-3,4$ p.p. y $-2,7$ p.p., respectivamente. Los hogares completos, en cambio, mantienen una asociación positiva aunque de baja magnitud,

mientras que los hogares sin núcleo evidencian un comportamiento más inestable: valores positivos altos en 2002 y 2017, pero cercanos a cero en 2012. Este patrón sugiere que los hogares completos y sin núcleo facilitan, en distinta medida, la movilidad residencial, mientras que los hogares unipersonales y extensos actúan como freno a la migración reciente.

El origen sociocultural introduce diferencias claras en la propensión migratoria. Para la población indígena, la asociación es positiva pero de magnitud muy baja y cercana a cero en las tres rondas censales, lo que indica un efecto prácticamente nulo. En cambio, la población extranjera mantiene una ventaja amplia y estable en los tres periodos, con un leve incremento en el tiempo (+0,49 p.p.). Estos resultados muestran que la pertenencia indígena no constituye un factor diferenciador sustantivo en la movilidad reciente, mientras que la condición de extranjero se consolida como un rasgo estructural de mayor propensión migratoria.

Entre 2002 y 2017, la selectividad migratoria muestra transformaciones significativas. El gradiente etario se intensifica, consolidando la menor movilidad en edades avanzadas. En el plano ocupacional, la propensión a haber emigrado aumenta entre quienes no están ocupados en el momento del censo, con alzas de entre +1,3 y +1,4 p.p. La ventaja inicial de los hogares “sin núcleo” se diluye, con una caída de -4,6 p.p. respecto de 2002, mientras que los hogares extensos mantienen un papel restrictivo aunque con menor intensidad. Paralelamente, la educación superior consolida su ventaja (+0,7 p.p.), la brecha de género se amplía levemente y el origen extranjero reafirma una propensión elevada, en ascenso ligero.

En comparación con los hogares nucleares, los arreglos unipersonales y extensos muestran sistemáticamente una menor propensión a migrar en los tres censos. En 2017, las diferencias se sitúan en torno a -3,4 p.p. y -2,7 p.p., respectivamente. Los hogares completos, en cambio, mantienen una asociación positiva aunque de baja magnitud, mientras que los hogares sin núcleo evidencian un comportamiento más inestable: valores positivos altos en 2002 y 2017, pero cercanos a cero en 2012. Este patrón sugiere que los hogares completos y sin núcleo facilitan, en distinta medida, la movilidad residencial,

mientras que los hogares unipersonales y extensos actúan como freno a la migración reciente.

El origen sociocultural introduce diferencias claras en la propensión migratoria. Para la población indígena, la asociación es positiva pero de magnitud muy baja y cercana a cero en las tres rondas censales, lo que indica un efecto prácticamente nulo. En cambio, la población extranjera mantiene una ventaja amplia y estable en los tres periodos, con un leve incremento en el tiempo (+0,49 p.p.). Estos resultados muestran que la pertenencia indígena no constituye un factor diferenciador sustantivo en la movilidad reciente, mientras que la condición de extranjero se consolida como un rasgo estructural de mayor propensión migratoria.

Entre 2002 y 2017, la selectividad migratoria muestra transformaciones significativas. El gradiente etario se intensifica, consolidando la menor movilidad en edades avanzadas. En el plano ocupacional, la propensión a haber emigrado aumenta entre quienes no están ocupados en el momento del censo, con alzas de entre +1,3 y +1,4 p.p. La ventaja inicial de los hogares “sin núcleo” se diluye, con una caída de -4,6 p.p. respecto de 2002, mientras que los hogares extensos mantienen un papel restrictivo aunque con menor intensidad. Paralelamente, la educación superior consolida su ventaja (+0,7 p.p.), la brecha de género se amplía levemente y el origen extranjero reafirma una propensión elevada, en ascenso ligero.

En síntesis, la migración interna en Chile se estructura en torno a tres ejes persistentes: i) el ciclo de vida, con un gradiente negativo sostenido; ii) el capital educativo, con una ventaja clara de la educación superior; y iii) la organización doméstica, donde hogares unipersonales y extensos refuerzan la estabilidad, en contraste con hogares completos y sin-núcleo, más asociados a movilidad. A estos factores se suman una brecha femenina moderada y un diferencial extranjero marcado, que subrayan la heterogeneidad sociocultural del fenómeno.

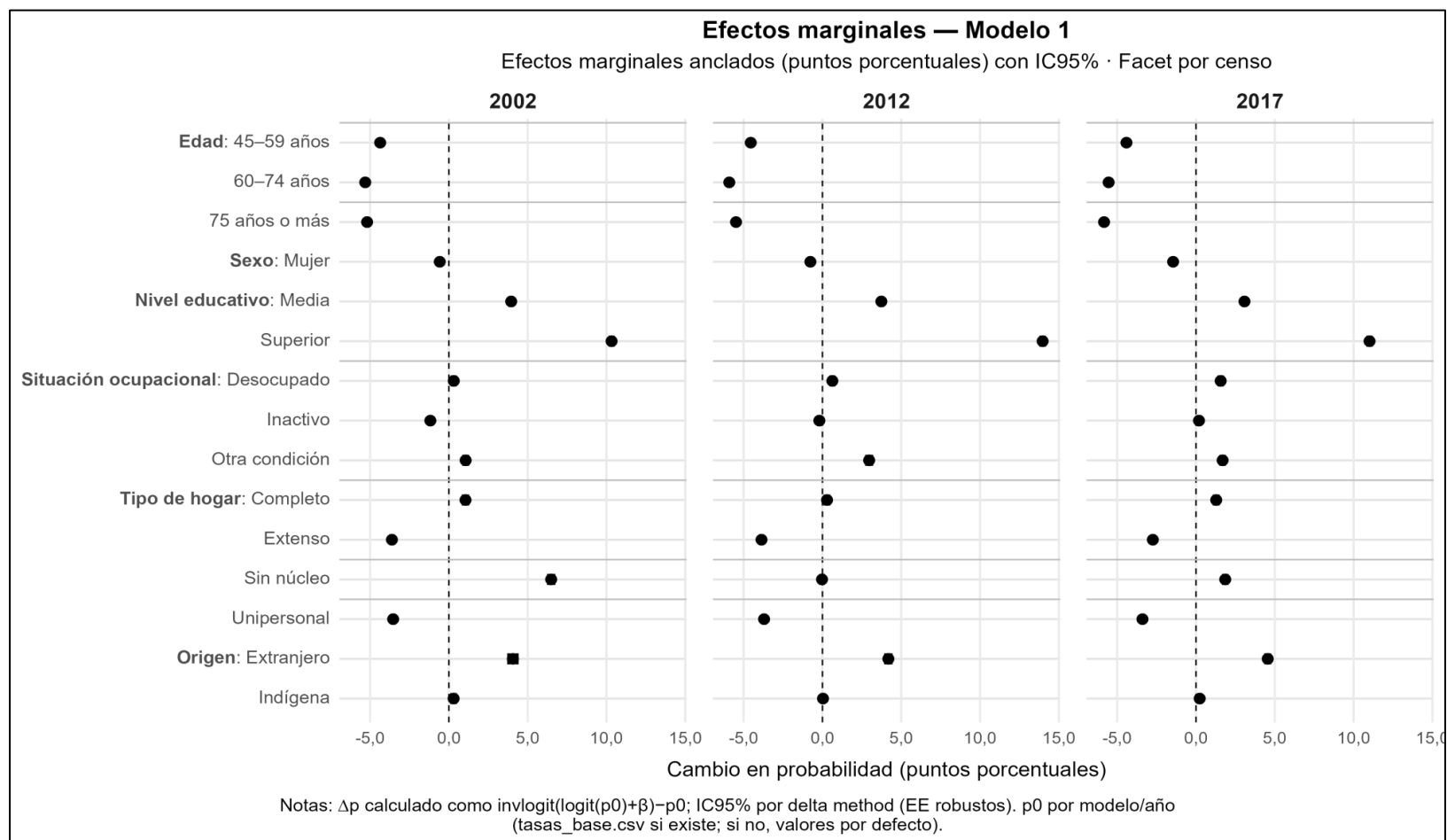
Tabla 6.2.

Efectos marginales sobre la propensión a migrar en la población general (2002-2017)

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	−0.6 [−0.6—−0.5]	−0.8 [−0.8—−0.7]	−1.4 [−1.5—−1.4]	−0.9
	45–59 años	−4.4 [−4.4—−4.3]	−4.5 [−4.6—−4.5]	−4.4 [−4.4—−4.4]	−0.0
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	−5.3 [−5.3—−5.3]	−5.9 [−5.9—−5.9]	−5.5 [−5.6—−5.5]	−0.2
	75 años o más	−5.2 [−5.2—−5.1]	−5.5 [−5.5—−5.4]	−5.8 [−5.9—−5.8]	−0.6
Educación (ref: Básica)	Media	4.0 [3.9–4.0]	3.7 [3.7–3.8]	3.1 [3.0–3.1]	−0.9
	Superior	10.3 [10.2–10.4]	14.0 [13.9–14.1]	11.0 [10.9–11.1]	0.7
	Desocupado	0.3 [0.2–0.4]	0.6 [0.5–0.7]	1.6 [1.5–1.7]	1.3
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	−1.2 [−1.2—−1.1]	−0.2 [−0.2—−0.1]	0.2 [0.1–0.2]	1.4
	Otra condición	1.1 [0.9–1.2]	3.0 [2.8–3.1]	1.7 [1.6–1.8]	0.6
	Completo	1.0 [0.9–1.2]	0.3 [0.2–0.4]	1.3 [1.2–1.4]	0.2
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	−3.6 [−3.7—−3.6]	−3.9 [−3.9—−3.8]	−2.7 [−2.8—−2.7]	0.9
	Sin núcleo	6.5 [6.3–6.6]	−0.0 [−0.1–0.0]	1.9 [1.8–2.0]	−4.6
	Unipersonal	−3.5 [−3.6—−3.5]	−3.7 [−3.8—−3.7]	−3.4 [−3.4—−3.4]	0.1
Origen (ref: Fronterizo)	Extranjero	4.1 [3.8–4.3]	4.2 [4.0–4.3]	4.5 [4.4–4.7]	0.5
	Indígena	0.3 [0.2–0.4]	0.0 [−0.0–0.1]	0.2 [0.2–0.3]	−0.1

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen indígena (No indígena). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. Referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base.

Figura 6.1 Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión a migrar en la población general (2002 -2017)



6.2. Migración interregional del conjunto de población nacional

El siguiente modelo estima, mediante regresión logística binaria, la probabilidad de que un migrante reciente haya realizado un desplazamiento interregional en comparación con la alternativa intrarregional. El universo analizado corresponde a residentes en Chile de 30 años o más, que cambiaron de comuna en los cinco años previos a cada censo.

La métrica sustantiva de interpretación son los efectos marginales medios (AME, p.p.), pruebas de significancia se presentan. El ajuste global del modelo es moderado y estable en el tiempo, con Pseudo R^2 de McFadden entre 0,020 y 0,027 y Nagelkerke entre 0,030 y 0,040. El AIC muestra un incremento sostenido en línea con el crecimiento del volumen de población y la creciente heterogeneidad de los desplazamientos captados en los censos. Estos valores se sitúan en los rangos esperados para microdatos censales, confirmando la validez de los resultados aunque con una capacidad explicativa limitada (Tabla 6.3)

Tabla 6.3

Indicadores de ajuste del Modelo 2 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	1.035.241	0.016	0.029
2012	1.398.165	0.011	0.019
2017	1.641.349	0.025	0.044

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)
AIC menor es mejor. Pseudo- R^2 (McFadden, Nagelkerke).

En la Tabla 6.2 se sintetizan los resultados del Modelo 2, mostrando la influencia de las covariables sobre la probabilidad de realizar una migración interregional frente a una intrarregional, mientras que la Figura 6.2 representa los resultados del modelo. En relación con la variable sexo, los efectos marginales promedio (AME, p.p.) confirman una desventaja persistente para las mujeres en la migración interregional frente a la intrarregional. En 2002 la diferencia fue de aproximadamente -4,6 p.p. respecto a los hombres, mientras que en 2017 se situó en -3,9 p.p., con una leve tendencia a la

convergencia en el tiempo. Aunque la magnitud de los diferenciales es moderada, su persistencia revela que la brecha de género constituye un patrón estructural más que coyuntural. En comparación con la propensión migratoria, la dirección negativa se conserva, pero los valores son más amplios, aspecto que indica que las desigualdades de género pesan con mayor fuerza sobre el alcance territorial de los desplazamientos que sobre la decisión inicial de migrar.

La edad muestra un patrón de selectividad marcado en la probabilidad de realizar migraciones interregionales. El grupo de 75 años o más presenta en los tres censos una propensión consistentemente menor, con valores que oscilan en torno a -5 p.p., reflejando una restricción clara de la movilidad en etapas avanzadas del ciclo vital. En contraste, los grupos de 45–59 y 60–74 años exhiben una evolución más dinámica: en 2002 y 2012 sus efectos son levemente negativos, pero en 2017 pasan a ser positivos, aunque de baja magnitud. Este cambio sugiere un repunte incipiente de la movilidad de mayor distancia en edades medias, probablemente asociado a trayectorias residenciales más complejas o a la búsqueda de ajustes ocupacionales y familiares. En comparación con el Modelo 1, la edad resulta más determinante para la decisión de migrar que para definir el alcance territorial una vez tomada esa decisión.

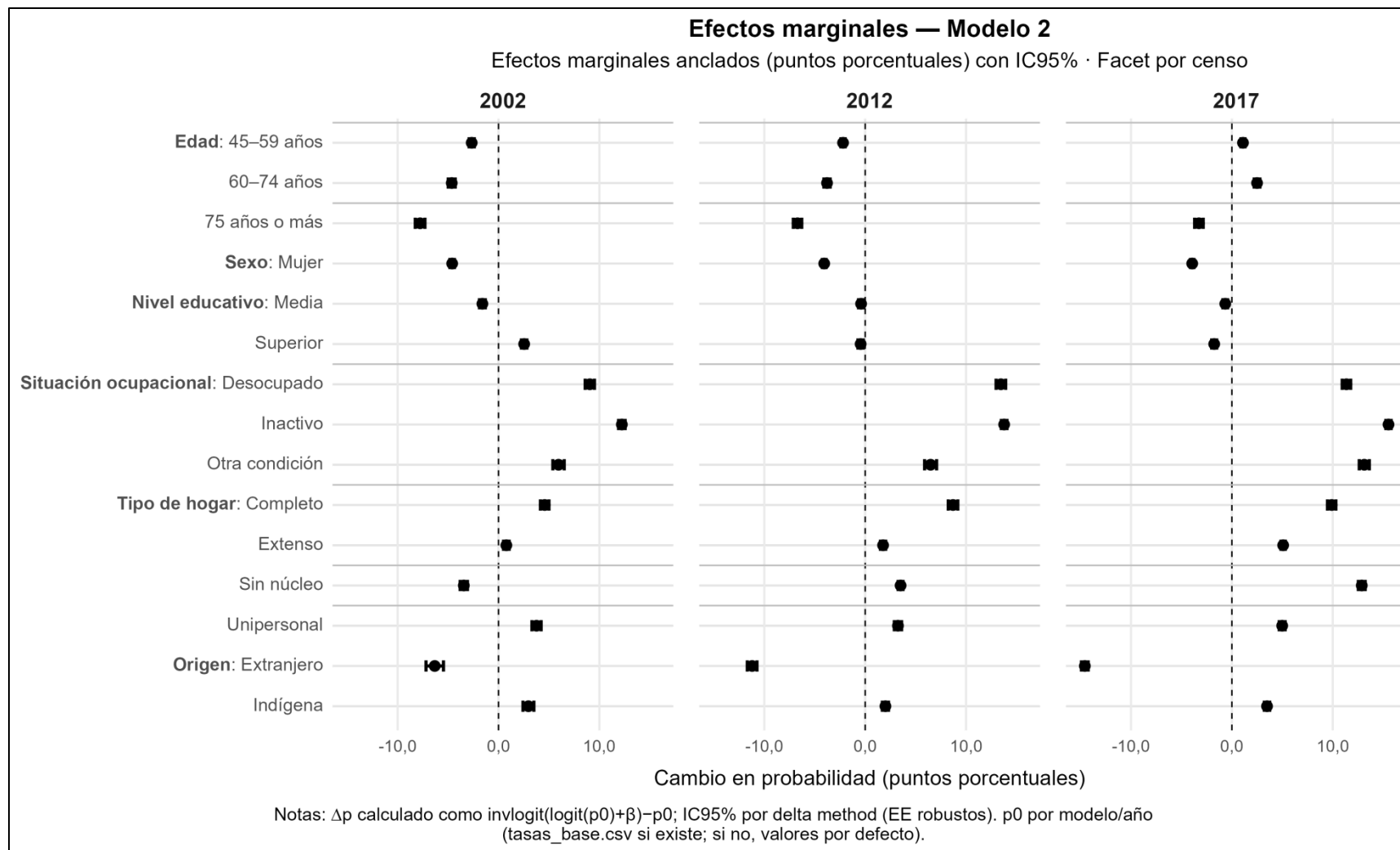
En relación con el nivel educativo, los resultados muestran efectos de baja magnitud que varían según el tramo temporal y el nivel específico. La educación media presenta efectos negativos en los tres censos, aunque de intensidad reducida, indicando una propensión ligeramente menor a realizar migraciones interregionales en comparación con quienes tienen solo educación básica. En cuanto a la educación superior, pierde la ventaja observada en 2002 ($+2,54$ p.p.) y pasa a desventaja en 2012–2017 ($-0,45$ p.p. y $-1,75$ p.p.). Esta evolución muestra una pérdida de ventaja relativa de la educación superior a nivel interregional. Característica diferente a la que se observaba al evaluar la decisión inicial de movilidad donde era un componente explicativo clave.

Tabla 6.4*Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional de la población general (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-4.6 [-4.8—-4.4]	-4.1 [-4.2—-3.9]	-3.9 [-4.1—-3.8]	0.7
	45–59 años	-2.7 [-2.9—-2.4]	-2.2 [-2.4—-2.0]	1.1 [0.9–1.3]	3.8
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-4.6 [-5.0—-4.3]	-3.8 [-4.1—-3.5]	2.5 [2.2–2.8]	7.1
	75 años o más	-7.8 [-8.2—-7.3]	-6.7 [-7.1—-6.3]	-3.3 [-3.7—-2.8]	4.5
Educación (ref: Básica)	Media	-1.6 [-1.9—-1.3]	-0.4 [-0.7—-0.2]	-0.7 [-0.9—-0.4]	0.9
	Superior	2.5 [2.3–2.8]	-0.4 [-0.7—-0.2]	-1.8 [-2.0—-1.5]	-4.3
	Desocupado	9.1 [8.6–9.5]	13.4 [13.0–13.9]	11.4 [10.9–11.8]	2.3
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	12.2 [11.9–12.6]	13.8 [13.5–14.1]	15.5 [15.3–15.8]	3.3
	Otra condición	6.0 [5.4–6.5]	6.5 [5.9–7.1]	13.1 [12.6–13.6]	7.2
	Completo	4.6 [4.2–5.0]	8.7 [8.2–9.2]	9.9 [9.5–10.3]	5.3
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	0.8 [0.5–1.1]	1.8 [1.5–2.0]	5.1 [4.9–5.3]	4.3
	Sin núcleo	-3.4 [-3.8—-3.1]	3.5 [3.3–3.8]	12.9 [12.5–13.2]	16.3
	Unipersonal	3.8 [3.3–4.2]	3.2 [2.9–3.6]	5.0 [4.7–5.3]	1.2
Origen (ref: Fronterizo)	Extranjero	-6.3 [-7.2—-5.5]	-11.2 [-11.7—-10.7]	-14.6 [-14.9—-14.2]	-8.3
	Indígena	3.0 [2.4–3.5]	2.0 [1.7–2.3]	3.5 [3.2–3.8]	0.5

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen indígena (No indígena). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y.

Figura 6.2 Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional en la población general (2002-2017)



La situación ocupacional se revela como un eje central de diferenciación en la migración interregional. En los tres censos, quienes no estaban ocupados al momento de la medición exhiben una mayor propensión a haberse desplazado entre regiones en comparación con la población ocupada. Los efectos marginales promedio (AME, p.p.) para inactivos, desocupados y “otra condición” son positivos, significativos y crecientes en el tiempo. El grupo de inactivos destaca con los valores más elevados, alcanzando en 2017 una diferencia en torno a +15,5 p.p. frente al grupo de referencia. Los desocupados siguen una trayectoria similar, con un incremento hasta aproximadamente +11,4 p.p., mientras que la categoría “otra condición” se asocia a ventajas más moderadas pero consistentes. Esta evolución indica que los no ocupados se distancian progresivamente de los ocupados.

El tipo de hogar constituye otro determinante significativo en la propensión interregional. En comparación con los hogares nucleares, la mayoría de las configuraciones muestran efectos positivos y crecientes a lo largo del tiempo. La categoría de hogares sin núcleo concentra las mayores ventajas, con un AME cercano a +12,9 p.p. en 2017, situándose como la estructura con mayor propensión interregional. Le siguen los hogares unipersonales, que alcanzan alrededor de +5,0 p.p., mientras que los hogares completos y extensos exhiben efectos positivos de menor magnitud. Las probabilidades predichas reproducen estas diferencias con trayectorias claras y ascendentes. Este comportamiento contrasta con lo observado en la propensión migratoria, donde los hogares sin núcleo y unipersonales operaban más bien como freno a la decisión de migrar. El hallazgo resalta que la estructura doméstica puede cumplir roles diferenciados según la dimensión analizada: mientras limita la decisión de migrar, puede facilitar el alcance territorial de los desplazamientos una vez que la migración ocurre.

En relación con el origen sociocultural, se observan trayectorias contrastantes. La población indígena presenta una mayor probabilidad de realizar migraciones interregionales en los tres censos, con efectos positivos aunque de baja magnitud, lo que sugiere un patrón estable pero débil de mayor movilidad de alcance territorial respecto de la población no indígena. Esta tendencia es coherente con la literatura y con los hallazgos del análisis descriptivo. Por el contrario, la población extranjera muestra un efecto claramente negativo, con una caída progresiva que pasa de -6,3 p.p. en 2002 a -14,6 p.p. en 2017. Este

comportamiento refleja una preferencia creciente por desplazamientos de menor alcance, probablemente vinculados a ajustes residenciales concentrados en ámbitos intrarregionales o intrametropolitanos. Así, mientras el Modelo 1 evidenciaba una propensión general más alta a migrar entre los extranjeros, el Modelo 2 revela que esa movilidad se reescala hacia trayectorias más próximas, lo que marca una diferencia sustantiva en el perfil de la movilidad reciente.

Entre 2002 y 2017, el Modelo 2 revela un reordenamiento de los patrones de selectividad en la migración interregional. Las edades medias adquieren mayor relevancia en los flujos a mayor distancia, mientras que las avanzadas continúan siendo restrictivas, aunque con una atenuación respecto de censos previos. La brecha por sexo persiste, con una leve tendencia a la convergencia. En contraste, el capital educativo pierde centralidad como determinante del alcance territorial, mientras que las categorías de no ocupados se consolidan como un motor del salto entre regiones. La estructura del hogar muestra la transformación más notoria: los arreglos no nucleares, y en particular los hogares sin núcleo, pasan a facilitar de manera clara los desplazamientos interregionales. En cuanto al origen, la población extranjera tiende a canalizar su movilidad en escalas intrarregionales o intrametropolitanas, mientras que la población indígena mantiene un efecto positivo aunque estable.

En síntesis, existe un reordenamiento de los patrones típicos: i) el efecto de la edad deja de ser netamente negativo y muestra ventajas en 45–59 y 60–74; ii) la no-ocupación emerge como un determinante fuerte de mayor propensión; iii) los arreglos domésticos no nucleares, en especial sin núcleo, pasan a estar claramente asociados a mayor movilidad; iv) el capital educativo pierde su rol de ventaja y se asocia incluso a desventajas relativas; v) la población extranjera se orienta crecientemente hacia trayectorias de corto alcance; vi) la brecha de género permanece, aunque con magnitud algo menor en el último censo.

6.2.1. Síntesis capítulo

La comparación entre el Modelo 1 (propensión a migrar) y el Modelo 2 (alcance interregional) permite observar la continuidad y las transformaciones de los mecanismos de selectividad. Ambos modelos coinciden en mostrar una menor propensión femenina, un gradiente negativo de la edad en tramos avanzados, y un efecto marcado del origen

extranjero, indicando la desigualdad de género, el ciclo de vida y la condición de procedencia constituyen ejes transversales en la movilidad interna.

Las diferencias emergen al considerar la escala territorial del desplazamiento. Mientras que en la propensión general la educación superior aparece como un motor clave de la movilidad, en el alcance interregional pierde capacidad explicativa e incluso se convierte en desventaja relativa. De igual modo, los hogares sin núcleo y unipersonales, que en el Modelo 1 se asocian a menor probabilidad de migrar, en el Modelo 2 aparecen como facilitadores de los movimientos interregionales. Además, la situación de no ocupación adquiere un rol más fuerte en la definición de trayectorias de largo alcance, sugiriendo que los flujos interregionales responden en parte a situaciones de desvinculación laboral o de búsqueda de oportunidades fuera de la región de residencia.

Estos resultados apuntan a que la selectividad en la migración interna en Chile opera en dos planos diferenciados. La decisión inicial de migrar se estructura en torno a factores clásicos de capital humano y ciclo de vida, mientras que la definición del alcance territorial depende más de la inserción laboral y de la flexibilidad de los arreglos domésticos. Así, los modelos muestran que los determinantes de la migración no son homogéneos entre la propensión y la escala de los desplazamientos.

CAPITULO 7. TENDENCIAS MIGRATORIAS RECIENTES DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Pese a la creciente visibilidad de los pueblos originarios en los estudios sociales, la migración interna indígena ha sido escasamente analizada mediante enfoques estadísticos en América Latina. En este contexto, el análisis multivariado de los patrones migratorios de la población indígena en Chile constituye una contribución innovadora, al aprovechar la disponibilidad de microdatos censales con autoidentificación étnica, permitiendo una aproximación cuantitativa a sus determinantes sociodemográficos.

. De allí se desprenden los objetivos centrales de este capítulo: por un lado, estimar la probabilidad de haber migrado recientemente entre personas indígenas de 30 años y más; y por otro, identificar los factores individuales y domésticos que inciden en el tipo de migración realizada, intrarregional o interregional, dentro de este colectivo.

El análisis se desarrolla a partir de modelos estadísticos multivariados aplicados de manera independiente a los censos de 2002, 2012 y 2017, permitiendo observar tanto la propensión a migrar como la escala territorial de los desplazamientos. Siguiendo el mismo marco analítico utilizado para la población general, se examina si los patrones de selectividad migratoria, asociados al ciclo de vida, al capital educativo, a la inserción laboral y a la estructura del hogar, se reproducen en la población indígena o si, por el contrario, emergen configuraciones diferenciadas. El estudio se restringe a personas nacidas en Chile, de 30 años y más, y se aplica tanto al conjunto de la población indígena como a subgrupos específicos. En particular, se consideran los pueblos Mapuche y Aymara como parte de los submodelos, seleccionados por su mayor representatividad censal y por la estabilidad de su identificación a lo largo de los tres levantamientos, lo que posibilita captar con mayor precisión las heterogeneidades internas del universo indígena.

El capítulo se estructura en tres secciones principales. La primera presenta el Modelo 3, que estima la probabilidad de haber migrado internamente en los cinco años previos al censo entre personas que se autodefinen como indígenas, distinguiendo por pueblo de pertenencia. La segunda sección aborda el Modelo 4, centrado exclusivamente en la población indígena migrante, y analiza los factores que inciden en el tipo de desplazamiento realizado, diferenciando entre migración interregional e intrarregional y pueblo de pertenencia. Finalmente, la tercera sección profundiza el análisis mediante la estimación de submodelos aplicados por separado a las dos poblaciones indígenas con

mayor representación demográfica en Chile. Así, los Modelos 7 y 8 examinan la probabilidad de migrar en población Mapuche y Aymara respectivamente, mientras que los Modelos 9 y 10 exploran los determinantes del tipo de migración en estos mismos grupos, permitiendo identificar patrones diferenciales de movilidad interna al interior del universo indígena.

7.1. Propensión migratoria del conjunto de población indígena

El Modelo 3 (Tabla 6.1.) estima, mediante regresión logística binaria, la probabilidad de haber migrado internamente en los últimos cinco años entre residentes en Chile de 30 años o más que se reconocen como pertenecientes a un pueblo indígena (Censos 2002, 2012 y 2017). La interpretación se realiza con efectos marginales medios (AME, p.p.) dentro de la población indígena y establecer un punto de comparación con la línea de base nacional.

Las covariables incluidas son sexo, edad, educación, situación ocupacional y tipo de hogar, todas definidas con categorías de referencia homogéneas respecto del conjunto poblacional. Se mantiene la ventana retrospectiva de cinco años propia del censo, por lo que los resultados deben leerse con cautela, considerando los posibles sesgos derivados de cambios en la composición de la población indígena a lo largo del período intercensal. El ajuste global del modelo es moderado, con valores de McFadden entre 0.045 y 0.059 y de Nagelkerke entre 0.066 y 0.084. El AIC varía de 196.895 en 2002 a 836.185 en 2017, en línea con las diferencias de tamaño del universo y con la creciente heterogeneidad de la población indígena. Estos indicadores confirman que, si bien la capacidad explicativa es limitada, como es habitual en microdatos censales, los resultados son consistentes y permiten analizar patrones de selectividad en este grupo (Tabla 7.1).

Tabla 7.1

Indicadores de ajuste del Modelo 3 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	196.895	0.059	0.084
2012	64.829	0.050	0.069
2017	836.185	0.045	0.066

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

La Tabla 7.1 resume los efectos estimados del Modelo 3, destacando cómo sexo, edad, educación y ocupación se asocian con la movilidad interna de la población indígena

total. A su vez, la Figura 5.1.3 muestra los AME del Modelo 3, facilitando la comparación entre las categorías analizadas en la población indígena total.

En relación con la variable sexo, el Modelo 3 muestra una trayectoria descendente en la propensión migratoria femenina indígena. En 2002 (+1,82 p.p.), el efecto es positivo, de magnitud baja, en 2012 el efecto es casi nulo y, en 2017 (-0,45 p.p.), pasa a ser negativo de baja magnitud, indicando menor propensión femenina a la movilidad reciente. Esta evolución apunta a un cambio en el patrón, pasando de flujos con participación femenina más activa, hacia una convergencia gradual en los patrones de movilidad por género. Esta trayectoria indica una correspondencia paulatina con el patrón identificado en la población total, donde la desventaja femenina es persistente desde el inicio. En el caso indígena, sin embargo, emerge más tarde.

En cuanto a la variable edad, los resultados confirman una asociación negativa y estadísticamente significativa entre el avance del ciclo vital y la probabilidad de haber migrado internamente. En los tres censos, 45–59, 60–74 y 75 o más muestran menor propensión a haber migrado internamente que el grupo de 30–44, controlando el resto de variables. Los efectos marginales son especialmente altos en los grupos 60–74 y 75 o más, aunque disminuyen levemente durante el periodo pasando de -5,7 p.p. a -5,3 pop, mientras que en los mayores de 74 años, esta diferencia se mantiene prácticamente estable. Esta tendencia es concordante con la población total de Chile.

La escolaridad se asocia positivamente con la propensión a migrar durante los tres censos analizados. En el caso de la educación media, mantiene efectos moderados con una tendencia relativamente estable entre 2002 y 2017, mientras que en la educación superior el efecto presenta una evolución más marcada. Muestra una magnitud baja en 2002 y se incrementa hasta alcanzar una magnitud alta en los censos posteriores, con +9,2 p.p. en 2017. Esta trayectoria ascendente sugiere un fortalecimiento sostenido del capital educativo superior como factor de selectividad migratoria en la población indígena. Al comparar estos resultados con los del Modelo 1, se observa que los efectos de ambos niveles educativos son menores en la población indígena que en la población general. No obstante, mientras la brecha en educación media se mantiene relativamente constante a lo largo del tiempo, en el caso de la educación superior tiende a reducirse, por ejemplo, en 2017, el Modelo 3

mostraba +9,2 pop en este segmento, frente a +11,0 p.p. del Modelo 1. Esta selectividad educativa se muestra mayormente en la educación superior, pudiendo significar efectos en la composición, sobre todo en el lugar de origen.

En relación con la situación ocupacional, los resultados del Modelo 3 evidencian una asociación heterogénea con la propensión a migrar, con cambios significativos en el tiempo. En 2002, los inactivos presentan un efecto negativo de magnitud alta, que disminuye progresivamente hasta alcanzar un nivel marginal en 2017, pasando de -3,8 p.p. a -0,2 p.p., sugiriendo una pérdida de peso explicativo de esta categoría. Para los desocupados, no se registra asociación significativa en 2002, pero en los censos posteriores el efecto se vuelve positivo y de baja magnitud, lo que podría reflejar una mayor vinculación entre búsqueda de empleo y movilidad reciente. La categoría “otra condición” exhibe un cambio más pronunciado. Desde un efecto negativo leve en 2002 hacia asociaciones positivas de magnitud moderada en 2012 y 2017. En comparación con el Modelo 1, las trayectorias son similares, pero los efectos son más débiles y se manifiestan con mayor rezago en la población indígena.

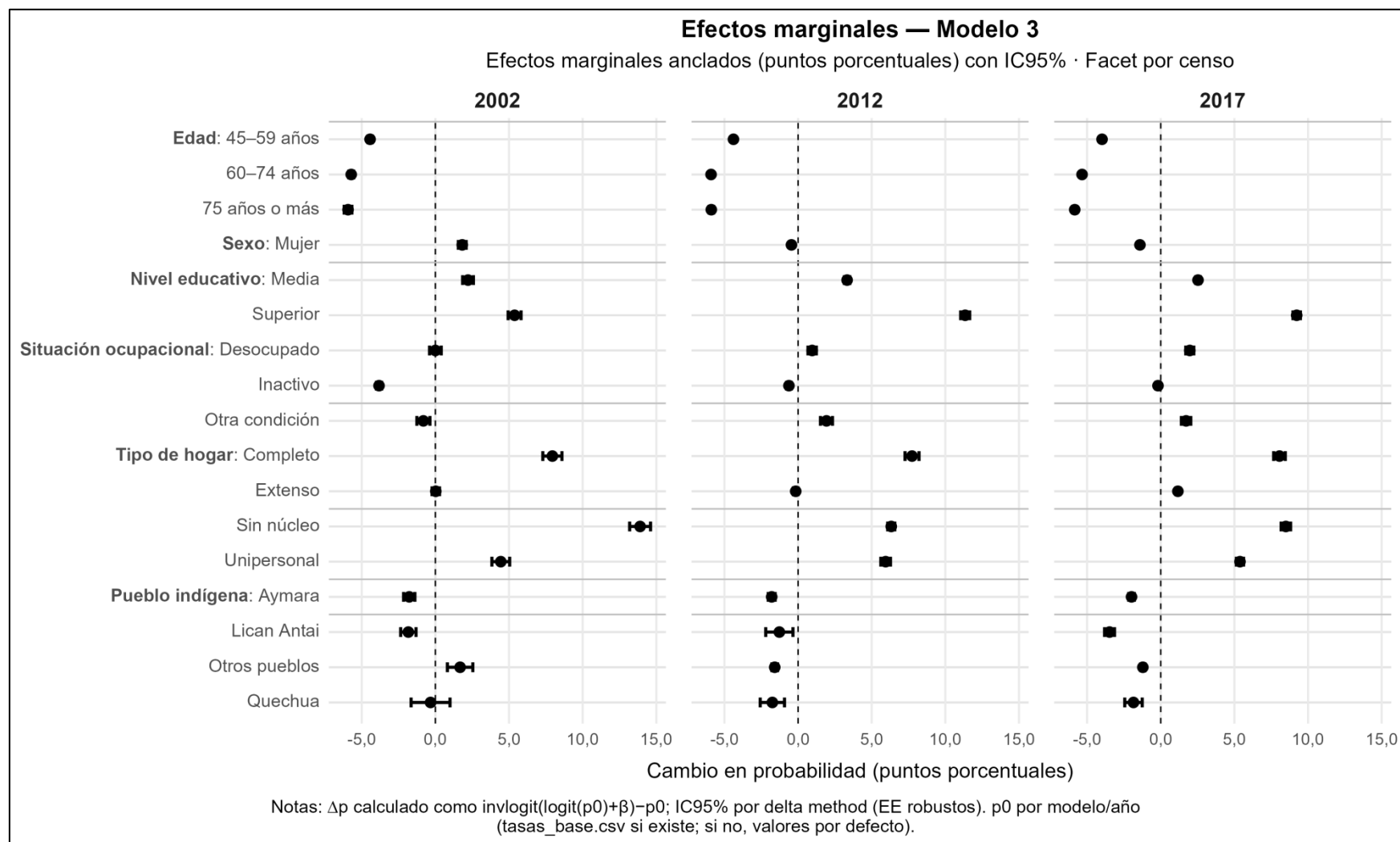
En comparación con los hogares nucleares, las configuraciones no nucleares se asocian de manera sistemática con mayor propensión a la migración reciente. Así, los unipersonales presentan una dirección positiva y estable en el tiempo, mientras que los hogares sin núcleo concentran de manera consistente las probabilidades más altas (+8,1 p.p.). Los hogares sin núcleo muestran un perfil más oscilante, mostrando efectos muy altos en 2002, un descenso en 2012 y un alza en 2017, hasta volver a situarse entre las configuraciones de hogar más móviles (+8,5 p.p. en 2017). Los hogares extensos, por su parte, evolucionan desde efectos prácticamente nulos hacia un efecto positivo moderado en 2017. La gran diferencia con la población total es que todos los tipos de hogares no nucleares generan un efecto positivo sobre la migración, mostrando una separación más marcada con respecto a los nucleares.

Tabla 7.2*Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población indígena (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	1.8 [1.6–2.1]	−0.4 [−0.6—0.3]	−1.4 [−1.5—1.3]	−3.2
	45–59 años	−4.4 [−4.6—4.3]	−4.4 [−4.5—4.3]	−4.0 [−4.1—3.9]	0.4
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	−5.7 [−5.9—5.5]	−5.9 [−6.0—5.8]	−5.3 [−5.4—5.3]	0.4
	75 años o más	−5.9 [−6.2—5.7]	−5.9 [−6.0—5.8]	−5.8 [−6.0—5.7]	0.1
Educación (ref: Básica)	Media	2.2 [1.8–2.6]	3.3 [3.1–3.5]	2.5 [2.4–2.7]	0.3
	Superior	5.4 [4.9–5.8]	11.3 [11.0–11.6]	9.2 [9.0–9.5]	3.8
	Desocupado	0.0 [−0.4–0.4]	1.0 [0.7–1.2]	2.0 [1.7–2.2]	2.0
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	−3.8 [−4.0—3.6]	−0.6 [−0.8—0.5]	−0.2 [−0.3—0.0]	3.6
	Otra condición	−0.8 [−1.3—0.4]	1.9 [1.5–2.3]	1.7 [1.4–2.0]	2.5
	Completo	7.9 [7.3–8.6]	7.7 [7.3–8.2]	8.1 [7.7–8.5]	0.1
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	0.0 [−0.2–0.3]	−0.2 [−0.3—0.0]	1.2 [1.0–1.3]	1.1
	Sin núcleo	13.9 [13.2–14.6]	6.3 [6.1–6.6]	8.5 [8.2–8.8]	−5.4
	Unipersonal	4.4 [3.8–5.0]	6.0 [5.6–6.3]	5.4 [5.1–5.6]	0.9
	Aymara	−1.8 [−2.2—1.4]	−1.8 [−2.0—1.6]	−2.0 [−2.2—1.8]	−0.2
Pueblo indígena	Lican Antai	−1.8 [−2.4—1.3]	−1.3 [−2.2—0.3]	−3.5 [−3.8—3.1]	−1.6
	Otros pueblos	1.7 [0.8–2.5]	−1.6 [−1.8—1.4]	−1.2 [−1.4—1.1]	−2.9
	Quechua	−0.3 [−1.6–1.0]	−1.8 [−2.6—0.9]	−1.8 [−2.4—1.3]	−1.5

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Pueblo indígena (Mapuche). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 7.1 Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población indígena (2002-2017)



En relación con el pueblo indígena de pertenencia, los resultados revelan una diferenciación en la propensión a migrar internamente. En los tres censos, los pueblos indígenas localizados en el norte de Chile: Aymara, Lican Antai y Quechua, presentan una menor propensión a haber migrado recientemente respecto del pueblo Mapuche (categoría de referencia). Este efecto es más pronunciado en el caso del pueblo Lican Antai en 2017 (-3,5 p.p.), mientras que el pueblo Quechua no muestra una asociación significativa en 2002, pero sí en los censos siguientes, evidenciando un patrón de menor movilidad que se consolida con el tiempo. En cambio, la categoría “otros pueblos” exhibe una trayectoria invertida, mostrando un efecto positivo de baja magnitud en 2002, que se transforma en negativa en 2012 y 2017, sugiriendo una reconfiguración interna de sus dinámicas migratorias. De este modo, el pueblo Mapuche destaca por su mayor movilidad relativa, un patrón que es coherente con su peso demográfico dentro de la población indígena, su amplia distribución territorial, su prolongada historia de urbanización y la vigencia de una doble territorialidad que articula espacios urbanos y rurales.

Entre 2002 y 2017 se observan cambios claros en la selectividad migratoria. En género, la brecha tiende a la convergencia, pasando de una leve ventaja femenina a un efecto casi nulo. En la edad, por su parte, el efecto sigue siendo negativo y se atenúa el impacto negativo en los grupos medios, pero persiste con fuerza en la población mayor, mientras que en educación, el nivel educativo superior gana centralidad como predictor de movilidad, mientras que el nivel medio mantiene un aporte más discreto. En lo ocupacional, los desocupados y quienes están en “otra condición” se asocian crecientemente a menor movilidad, mientras la inactividad pierde peso restrictivo. En los hogares, las configuraciones no nucleares se consolidan como facilitadoras. Los hogares sin núcleo y completos muestran un efecto claramente positivo y los unipersonales refuerzan esa misma pauta. Finalmente, la incorporación de los distintos pueblos indígenas revela una importante heterogeneidad interna, destacando el pueblo Mapuche por su mayor propensión migratoria relativa.

En síntesis, los patrones de selectividad de la migración interna en población indígena se estructuran en torno a tres ejes principales: i) el ciclo de vida, con un gradiente negativo sostenido que restringe la movilidad en edades avanzadas; ii) el capital educativo,

donde el nivel superior en principal facilitador y el nivel medio mantiene un efecto positivo más discreto; y iii) la estructura del hogar, donde los arreglos no nucleares se consolidan como impulsores de la movilidad. En perspectiva comparada, estos resultados tienden a converger con los del Modelo 1 para la población nacional, mediante la reducción de la brecha de género y la consolidación del efecto educativo. La principal diferencia se observa en la dimensión de hogares, donde la incidencia de los hogares no nucleares es más marcada en la población indígena. Por último, en cuanto a pueblos indígenas, se observa una mayor propensión a la movilidad del colectivo Mapuche.

La mayor propensión a la movilidad de los mapuches, está condicionada por factores estructurales y territoriales que han expresado una propensión a la migración interna sostenida en el tiempo a partir de vínculos culturales. La drástica reducción y fragmentación de tierras generó una presión demográfica intensa sobre la población mapuche, forzando desplazamientos definitivos de larga distancia hacia polos urbanos e industriales, mientras que los pueblos del norte han sostenido una fuerte vinculación con sus territorios, reforzada por economías agrícolas o mineras de enclave, configurando estrategias de movilidad más circulares y temporales. Así, el alto grado de urbanización y dispersión territorial mapuche se traduce en mayor propensión migratoria, mientras que los pueblos del norte exhiben menores niveles de movilidad residencial ligados a la continuidad de circuitos productivos y comunitarios.

7.2. Migración interregional del conjunto de población indígena

El cuarto modelo examina la movilidad interregional dentro de la población indígena total. Se incluye a residentes de 30 años o más que migraron en los cinco años previos al censo, con el fin de estimar la probabilidad de haber efectuado un desplazamiento interregional frente a la alternativa intrarregional. La estimación se realiza con regresión logística binaria y la interpretación sustantiva se basa en los efectos marginales medios (AME, p.p.).

Los indicadores de ajuste global son bajos, lo que refleja la mayor dispersión y la menor frecuencia relativa de la migración interregional en comparación con la propensión general. El pseudo R^2 de McFadden varía entre 0.010 y 0.020, mientras que el de Nagelkerke oscila entre 0.018 y 0.036. El AIC crece desde 44.354 en 2002 hasta 193.736 en 2017, en línea con el aumento del tamaño y la diversidad de trayectorias registradas en los censos (Tabla 7.3).

Si bien la capacidad explicativa es reducida, los valores obtenidos se ajustan a lo esperado en modelos de este tipo y entregan información valiosa para comprender los determinantes de la movilidad indígena a escala regional. En este modelo interesa sobre todo la escala territorial de la movilidad. El análisis se organiza en torno a cinco dimensiones clave: sexo, edad, educación, ocupación y hogar. Cada una aporta un ángulo distinto para entender la selectividad territorial de la migración indígena.

Tabla 7.3

Indicadores de ajuste del Modelo 4 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	44.354	0.010	0.018
2012	138.078	0.017	0.030
2017	193.736	0.020	0.036

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo- R^2 (McFadden, Nagelkerke).

Los resultados del Modelo 4 se recogen en la Tabla 7. 4 y en la Figura 7.2, donde se describen los determinantes de la migración interregional en la población indígena. En cuanto al sexo, entre la población indígena migrante las mujeres presentan menor probabilidad de realizar migraciones interregionales que los hombres. Aunque se muestra una atenuación de los efectos marginales en +1,6 p.p., entre 2002 y 2017, persiste la brecha de género (-3,4 p.p. en 2017). Estos resultados son coherentes con lo observado en la propensión migratoria indígena y son comparables en magnitud a lo registrado en la población total migrante para el alcance interregional.

En edad, el patrón es de selectividad negativa que se debilita con el tiempo. En 2002 y 2012, todos los tramos etarios que están por encima del grupo de referencia muestran una atenuación en los resultados, mientras que en 2017, la selectividad etaria se diluye en 45–59 y 60–74, que quedan con diferencias casi nulas con el grupo de 30–44. Así, entre 2002 y 2017, la variación se estima en +4 p.p para el primer grupo y +5,6 pp para el segundo, mientras que 75+, aunque también disminuye la magnitud de su efecto restrictivo, en -2017 mantiene valores significativos (-3,9 p.p.). En comparación con el Modelo 2, entre 2002 y 2017 también se observa en la población migrante total un aumento de la movilidad en los tramos de 45–59 y 60–74 años. Sin embargo, esta tendencia es más pronunciada en la población total, donde los AME alcanzan valores positivos de mayor magnitud, mientras que en la población indígena los efectos tienden a la neutralidad. En educación, existe una asociación negativa entre los niveles medio y superior y la probabilidad de realizar migraciones interregionales. En el caso del nivel medio, el efecto negativo es constante y de baja magnitud en los tres censos, con una leve disminución en el tiempo. Para el nivel superior, en cambio, se observa un proceso de reversión. En 2002 el efecto marginal es positivo y significativo, mientras que en 2012 y 2017 adquiere valores negativos con una intensificación del efecto negativo, variando en -6,9 p.p. Estos resultados sugieren una inversión en la selectividad educativa asociada a la migración interregional, con una reducción del protagonismo de la educación superior como factor de movilidad. Este patrón es más marcado que el observado en la población general migrante (Modelo 2), donde no se identifican asociaciones significativas para el nivel medio y el efecto negativo del nivel superior es menos marcado. Si en el Modelo 3 el nivel educativo superior opera como-

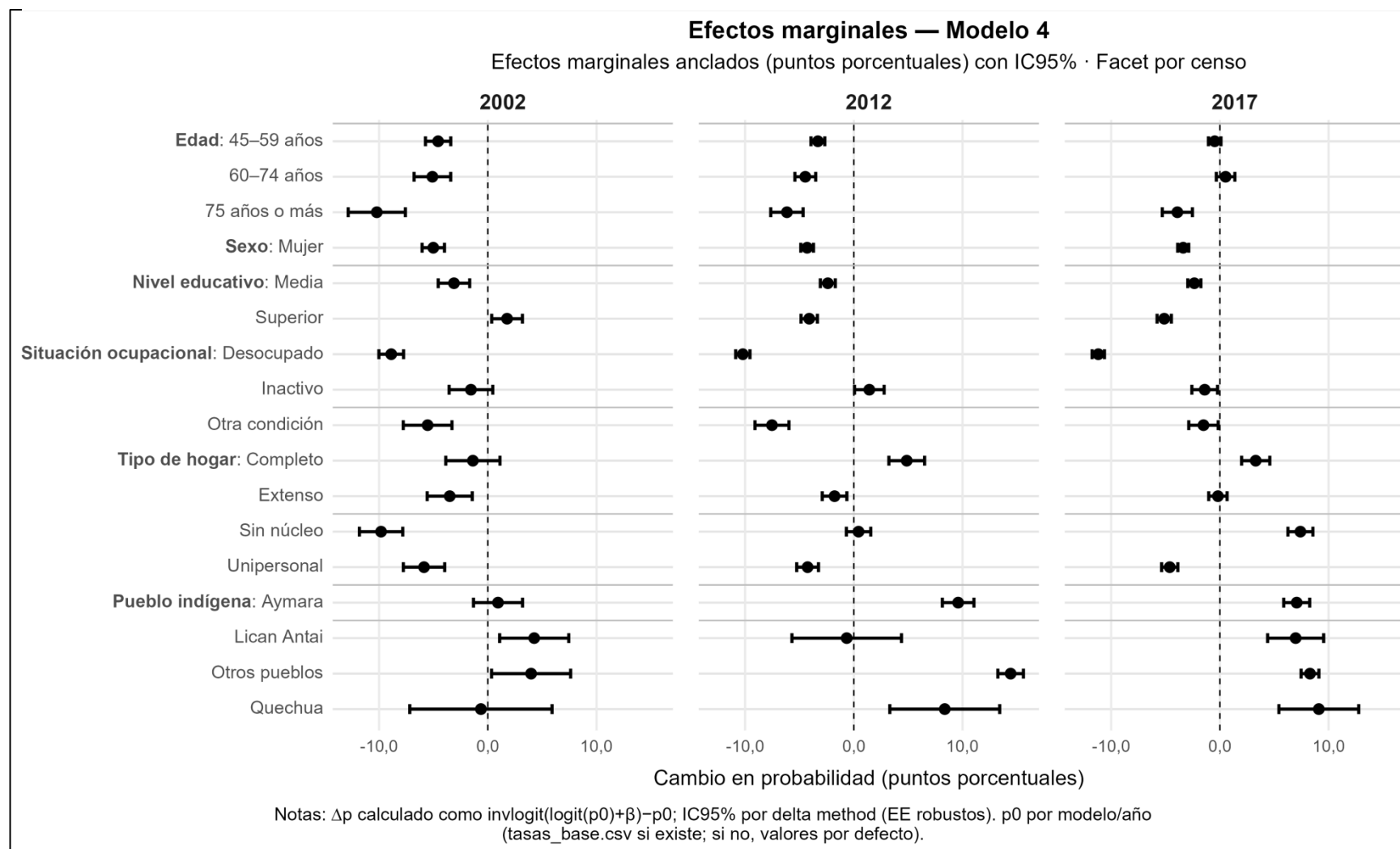
Tabla 7.4*Efectos marginales promedio (AME) en la migración interregional población indígena (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-5.0 [-6.0—-4.0]	-4.3 [-4.9—-3.7]	-3.4 [-3.9—-2.9]	1.6
	45–59 años	-4.6 [-5.7—-3.4]	-3.3 [-4.0—-2.7]	-0.5 [-1.0—0.1]	4.1
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-5.1 [-6.8—-3.4]	-4.5 [-5.4—-3.5]	0.5 [-0.3—1.4]	5.6
	75 años o más	-10.2 [-12.8—-7.6]	-6.2 [-7.6—-4.7]	-3.9 [-5.3—-2.5]	6.3
Educación (ref: Básica)	Media	-3.1 [-4.6—-1.7]	-2.4 [-3.1—-1.7]	-2.4 [-3.0—-1.8]	0.8
	Superior	1.8 [0.4—3.2]	-4.1 [-4.9—-3.4]	-5.1 [-5.8—-4.5]	-6.9
	Desocupado	-8.9 [-10.0—-7.8]	-10.2 [-10.9—-9.6]	-11.2 [-11.8—-10.6]	-2.3
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	-1.6 [-3.6—0.4]	1.4 [0.1—2.8]	-1.4 [-2.6—-0.2]	0.2
	Otra condición	-5.5 [-7.8—-3.3]	-7.5 [-9.1—-6.0]	-1.5 [-2.9—-0.2]	4.0
	Completo	-1.4 [-3.9—1.1]	4.9 [3.2—6.5]	3.3 [2.0—4.6]	4.7
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	-3.5 [-5.6—-1.4]	-1.8 [-2.9—-0.6]	-0.2 [-1.0—0.7]	3.3
	Sin núcleo	-9.8 [-11.8—-7.8]	0.4 [-0.7—1.6]	7.4 [6.3—8.6]	17.2
	Unipersonal	-5.9 [-7.8—-4.0]	-4.2 [-5.3—-3.2]	-4.6 [-5.4—-3.9]	1.2
	Aymara	0.9 [-1.3—3.2]	9.6 [8.1—11.1]	7.1 [5.9—8.3]	6.1
Pueblo indígena	Lican Antai	4.3 [1.1—7.4]	-0.7 [-5.7—4.4]	7.0 [4.4—9.6]	2.7
	Otros pueblos	4.0 [0.3—7.6]	14.4 [13.2—15.6]	8.3 [7.5—9.1]	4.3
	Quechua	-0.6 [-7.2—5.9]	8.4 [3.3—13.4]	9.1 [5.4—12.8]	9.7

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Pueblo indígena (Mapuche). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables

Figura 7.2.

Efectos marginales promedio (AME) en la migración interregional de la población mapuche (2002-2017)



-facilitador de la migración interna, los resultados del Modelo 4 indican que la selectividad educativa se concentra en movimientos de alcance intra-regional.

En cuanto a la situación ocupacional, muestra resultados heterogéneos según la categoría ocupacional. El grupo desocupado presenta AME negativos estables en los tres censos, que refleja un efecto restrictivo persistente y de alta magnitud de $-11,2$ p.p. en 2017. En contraste, la inactividad exhibe una asociación débil e inestable. Prácticamente nula en 2002, ligeramente positiva en 2012 y débilmente negativa en 2017 ($-1,4$ p.p.). Por su parte, la categoría “otra condición” muestra efectos negativos y significativos en 2002 y 2012, con una atenuación en 2017. En general, los resultados sugieren que la desocupación constituye la principal barrera ocupacional de la migración interregional, en comparación con categorías con menores efectos.

Los patrones observados en ocupación contrastan con los observados en la población general migrante (Modelo 2) en dos diferencias ocupacionales claves. En desocupados, en la población migrante total, se asocia a mayor probabilidad de migración interregional con $+11$ p.p., mientras que en la población indígena actúa como barrera fuerte con -11 p.p. Una lectura plausible es que, en el primer caso, la mudanza motivada por búsqueda de empleo es viable por recursos y redes más amplias, mientras que en el segundo, la falta de ingresos eleva el umbral de riesgo y ancla en redes locales. En cuanto a la inactividad, en la población migrante general funciona como un predictor importante de desplazamientos con $+15,5$ p.p., mientras que en el Modelo 4 es débilmente restrictiva ($-1,4$ p.p.). En el caso del patrón general es consistente con cambios residenciales del hogar por empleo de otro miembro o transiciones como la jubilación. En indígenas esta situación resulta débilmente restrictiva, compatible con anclajes de cuidado o arraigos comunitarios. Estas interpretaciones se deben tomar con cautela, sobre todo considerando la ventana de cinco años que está implícita en la pregunta censal.

En relación con la estructura del hogar, se observan diferencias relevantes en la asociación entre tipo de hogar y migración interregional. Los hogares unipersonales presentan una asociación negativa y persistente con la migración interregional. Los extensos se diluyen hasta la casi neutralidad en 2017. En cambio, los hogares completos y sin núcleo evidencian inversión del patrón: ambos presentan magnitudes negativas en 2002,

pero positivos en los censos posteriores. El hogar completo presenta +3,3 p.p. en 2017; mientras que el hogar sin núcleo revierte marcadamente sus efectos respecto a 2002, con +7,4 p.p 2017. En comparación con la población migrante general (Modelo 2), donde los arreglos no nucleares tienden a facilitar de manera más generalizada la migración interregional, en la población indígena predominan restricciones al inicio del periodo y una selección más específica hacia 2017, donde los hogares unipersonales siguen teniendo efecto negativo, y los hogares completo y sin núcleo se vuelven facilitadores. Este contraste revela un patrón de selectividad estructural diferenciada, donde la estructura del hogar incide de manera desigual en la probabilidad de la migración interregional.

En relación con la variable de pertenencia a un determinado pueblo indígena, los resultados del Modelo 4 muestran una diferenciación creciente en la propensión a migrar interregionalmente entre los distintos grupos. Mientras que en 2002 la mayoría de los resultados eran de baja magnitud, en 2017 se observa una tendencia generalizada hacia asociaciones positivas y de magnitud moderada, en comparación con la población mapuche (categoría de referencia). Este patrón se consolida de forma clara en los pueblos Aymara, Quechua y “otros pueblos”. De esta forma, el grupo Mapuche, que presenta mayor propensión migratoria en el modelo anterior, concentran mayoritariamente sus desplazamientos en circuitos intrarregionales. En conclusión, la propensión a migrar interregionalmente ha crecido de manera más marcada entre los pueblos distintos al Mapuche, indicando un cambio en los patrones de movilidad territorial al interior de la población indígena.

En síntesis, las características de selectividad que predominan en los desplazamientos interregionales de los pueblos indígenas son: i) las mujeres presentan una menor propensión a migrar entre regiones; ii) la edad también se asocia negativamente a la migración aunque su influencia disminuye en el tiempo; iii) la educación superior pierde peso en explicar la migración interregional; iv) la desocupación actúa como barrera y la inactividad muestra efectos débiles e inestables; v) los hogares completos y sin núcleo son facilitadores de la migración; y vi) el pueblo mapuche concentra la movilidad intrarregional.

En la población total, la desocupación y la inactividad se asocian positivamente con la movilidad interregional. La primera responde a la búsqueda de empleo, a veces sostenida por redes que permiten asumir riesgos. La segunda se vincula tanto a migraciones laborales derivadas del empleo de un miembro del hogar como a transiciones de edad o curso de vida. Los hogares también resultan determinantes. Los unipersonales no restringen la movilidad para realizar migraciones laborales, mientras que los extensos facilitan estrategias colectivas que redistribuyen recursos y reducen riesgos. En la población indígena, en cambio, estas mismas configuraciones tienden a restringir o tener menores efectos sobre la movilidad interregional. Para una lectura más completa es necesario considerar la educación, que introduce un componente adicional. La educación superior opera sobre todo como filtro de entrada a la movilidad, incrementando la probabilidad de asumir decisión de migrar, pero pierde relevancia al definir el alcance de los desplazamientos.

Con este marco, es posible caracterizar mejor los perfiles indígenas. La migración intrarregional aparece sobre todo como ajuste residencial de corta distancia, con altas credenciales educativas y con mayor presencia mapuche. La migración interregional, en cambio, se concentra en edades intermedias, depende menos de la escolaridad y exige redes más amplias, respaldándose principalmente en hogares con recursos colectivos. Los unipersonales permanecen restrictivos y los extensos parecen reforzar el anclaje. Así también, el arraigo territorial y las redes locales constituyen factores clave que pueden desincentivar los desplazamientos de mayor alcance.

A partir de los hallazgos generales obtenidos en los Modelos 3 y 4, se vuelve pertinente desagregar el análisis según los dos principales pueblos indígenas del país: Mapuche y Aymara. Ambos grupos no solo concentran la mayor proporción de población indígena a nivel nacional, sino que también presentan trayectorias territoriales, condiciones estructurales y experiencias de movilidad claramente diferenciadas. En este apartado se aplican modelos específicos para cada uno, siguiendo la misma lógica metodológica ya empleada: por una parte, se estima la probabilidad de haber migrado recientemente (Modelos 7 y 8), y por otra, se analiza el tipo de migración realizada entre quienes efectivamente migraron (Modelos 9 y 10).

7.3. Propensión migratoria de la población Mapuche

Este modelo se restringe a la población Mapuche residente en Chile, de 30 años o más. Su propósito es estimar la probabilidad de haber migrado internamente en los cinco años previos a cada censo y establecer los factores de selectividad propios de este pueblo. La estimación se realiza con regresión logística binaria y los resultados se expresan en efectos marginales medios (AME, p.p.), lo que permite interpretar las diferencias en puntos porcentuales frente a las categorías de referencia.

En cuanto al ajuste general, los valores de pseudo R^2 de McFadden se sitúan entre 0.0461 y 0.061, y los de Nagelkerke entre 0.067 y 0.087, lo cual indica una capacidad explicativa moderada, aunque consistente con modelos de este tipo aplicados a microdatos censales. El AIC disminuye en los primeros dos periodos y aumenta en 2017, reflejando cambios en la composición del universo Mapuche y en la complejidad de los factores que inciden en la decisión de migrar. A pesar de las limitaciones inherentes al tipo de datos, los resultados permiten identificar patrones estadísticos robustos en la selectividad migratoria de esta población, aportando evidencia empírica sobre los determinantes individuales y contextuales que configuran sus trayectorias de movilidad interna (Tabla 7.5).

Tabla 7.5

Indicadores de ajuste del Modelo 7 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	172.001	0.062	0.087
2012	542.975	0.051	0.071
2017	660.774	0.046	0.067

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo- R^2 (McFadden, Nagelkerke).

En relación con la variable sexo, se observa una tendencia descendente en la propensión migratoria de las mujeres Mapuche a lo largo del periodo analizado. En 2002, las mujeres presentaban una mayor probabilidad de migrar que los hombres con +2,46 p.p. Sin embargo, en 2012 este efecto se revierte y adquiere un valor levemente negativo,

acentuándose en 2017, año en que se consolida una menor propensión migratoria femenina con $-1,41$ p.p. Esta evolución indica un cambio en la direccionalidad del efecto de género, que pasa de favorecer la movilidad de las mujeres a restringirla progresivamente. El patrón observado en la población mapuche es consistente con el indígena total y converge con el patrón general. Así, las restricciones de género en 2017 tienden a homogeneizarse, con diferencias leves en magnitud pero no en dirección del efecto. En la población mapuche, la edad mantiene un efecto restrictivo en los tramos de 45–59, 60–74 y 75+, con una leve atenuación entre 2002 y 2017.

En cuanto al nivel educativo, la población mapuche muestra un efecto positivo sobre la probabilidad de migrar, como eje estructurante de la movilidad. Frente a la población general, la restricción es algo mayor en edades intermedias y menor en los 75+. En 2002 y 2017, la ventaja educativa se refuerza. La educación media mantiene efectos positivos y estables de magnitud moderada; en educación superior el efecto se intensifica, con un máximo en 2012 de $+11,21$ p.p. y, aunque disminuye en 2017 a $+8,84$ p.p., sigue siendo alto respecto de 2002 ($+5,4$ p.p.). En conjunto, el capital educativo opera como un facilitador nítido de la movilidad residencial. La selectividad asociada a la educación superior en 2017 es menor entre la población mapuche, en comparación con la población indígena total a ($+9,2$ p.p.) y con la población total ($+11,0$ p.p.).

La situación ocupacional muestra una evolución significativa en sus efectos. El impacto restrictivo de la inactividad en 2002 se diluye progresivamente hasta neutralizarse en 2017, mientras que la desocupación pasa de marginal a positiva, indicando una mayor disposición reciente a emigrar. Esta pauta es consistente con la observada en el conjunto de la población indígena (Modelo 3), mostrando resultados similares en 2017. Esta pauta es consistente con la observada en el conjunto de la población indígena (Modelo 3), donde la inactividad también pierde peso y la desocupación adquiere un efecto similar hacia 2017. En contraste, en la población total (Modelo 1) la trayectoria es distinta: la inactividad presenta un efecto positivo leve y la desocupación muestra efectos positivos y de mayor magnitud en todos los censos.

El tipo de hogar mantiene una asociación positiva y sostenida con la movilidad en las categorías unipersonales, completas y sin núcleo, que muestran efectos elevados a lo

largo del periodo. Los hogares unipersonales conservan un efecto estable y positivo, mientras que los hogares sin núcleo y completos concentran los mayores efectos positivos sobre la movilidad interna, con efectos marginales de +8,54 y +5,04 p.p. en 2017 respectivamente. Los hogares extensos, en cambio, solo alcanzan un efecto positivo reducido en 2017. En comparación con la población indígena total, las tendencias y magnitudes son muy similares, con clara convergencia entre tipos de hogar. En relación con la población total, en cambio, los unipersonales y extensos restringen la movilidad, mientras que los hogares completos y sin núcleo la facilitan pero con magnitudes menores que en la población mapuche. En suma, dentro del universo mapuche, los arreglos no nucleares funcionan como impulsores de la migración interna.

A modo general, en la población mapuche los patrones migratorios siguen de cerca al conjunto indígena, con brechas de género algo mayores, restricción más fuerte en edades avanzadas y un efecto educativo levemente menor en 2017. La inactividad pierde peso, la desocupación gana incidencia y los hogares completos y sin núcleo destacan como impulsores. De esta manera, los factores que explican la migración en la población Mapuche se alinean estrechamente con los observados en la población indígena en general, y difieren de forma más notoria respecto a la población total del país.

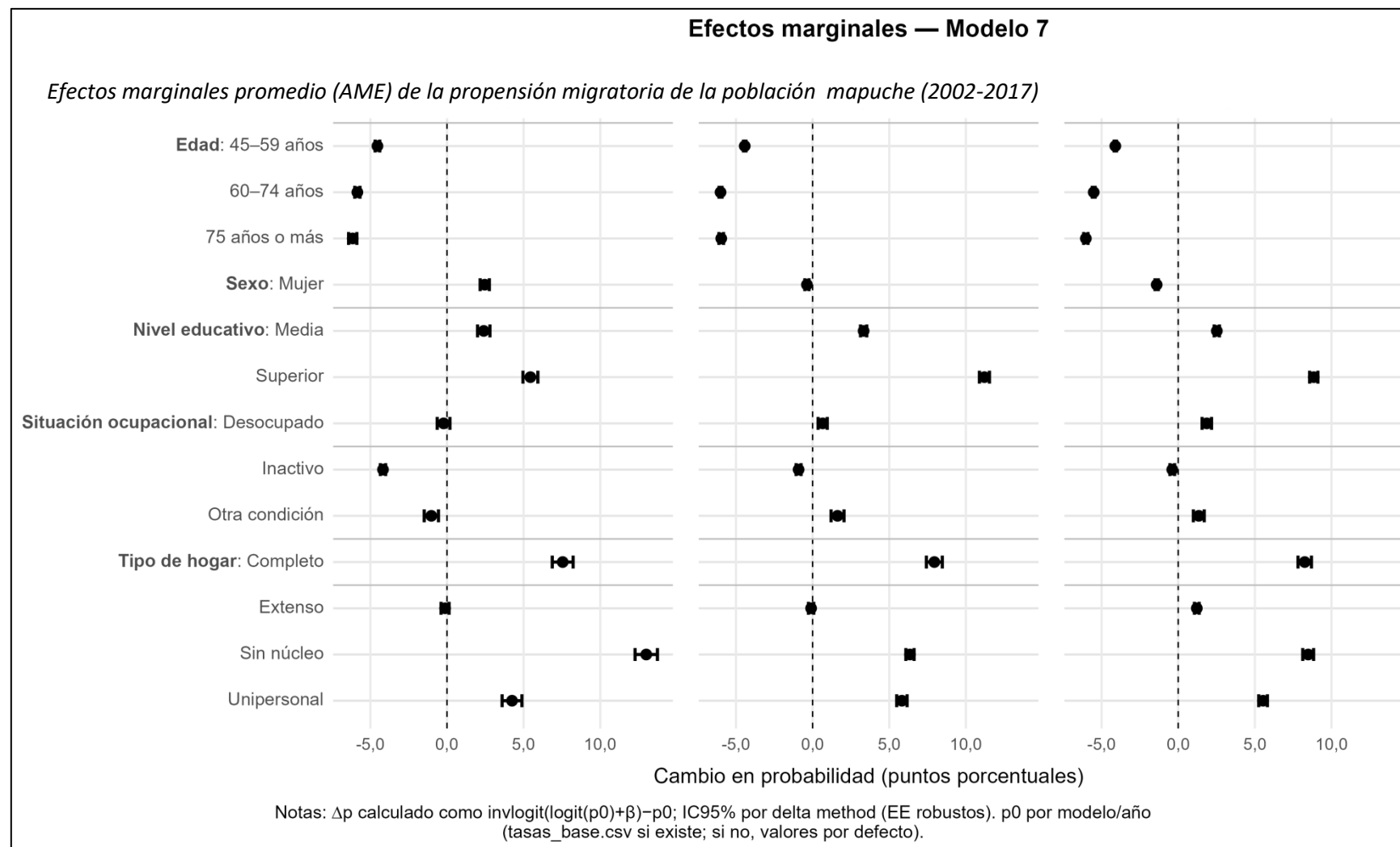
A modo general, en la población mapuche los patrones migratorios siguen de cerca al conjunto indígena, con brechas de género algo mayores, restricción más fuerte en edades avanzadas y un efecto educativo levemente menor en 2017. La inactividad pierde peso, la desocupación gana incidencia y los hogares completos y sin núcleo destacan como impulsores. De esta manera, los factores que explican la migración en la población Mapuche se alinean estrechamente con los observados en la población indígena en general, y difieren de forma más notoria respecto a la población total del país.

Tabla 7.6*Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población mapuche (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	2.5 [2.2–2.8]	–0.4 [–0.5–0.2]	–1.4 [–1.5–1.3]	–3.9
	45–59 años	–4.5 [–4.7–4.4]	–4.4 [–4.5–4.3]	–4.1 [–4.2–4.0]	0.4
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	–5.8 [–6.0–5.7]	–6.0 [–6.1–5.9]	–5.5 [–5.6–5.4]	0.3
	75 años o más	–6.2 [–6.4–5.9]	–6.0 [–6.1–5.8]	–6.0 [–6.2–5.9]	0.1
Educación (ref: Básica)	Media	2.4 [2.0–2.8]	3.3 [3.1–3.5]	2.5 [2.4–2.7]	0.1
	Superior	5.4 [5.0–5.9]	11.2 [10.9–11.5]	8.8 [8.6–9.1]	3.4
	Desocupado	–0.2 [–0.6–0.2]	0.7 [0.4–1.0]	1.9 [1.6–2.2]	2.1
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	–4.2 [–4.3–4.0]	–0.9 [–1.1–0.8]	–0.4 [–0.5–0.2]	3.8
	Otra condición	–1.0 [–1.5–0.6]	1.6 [1.2–2.0]	1.3 [1.0–1.7]	2.4
	Completo	7.5 [6.9–8.2]	7.9 [7.4–8.5]	8.2 [7.8–8.7]	0.7
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	–0.1 [–0.4–0.1]	–0.1 [–0.3–0.1]	1.2 [1.1–1.4]	1.3
	Sin núcleo	13.0 [12.3–13.7]	6.3 [6.1–6.6]	8.5 [8.1–8.8]	–4.5
	Unipersonal	4.2 [3.6–4.9]	5.8 [5.5–6.2]	5.5 [5.2–5.8]	1.3

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 7.3. Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población mapuche (2002-2017)



7.4. Propensión migratoria de la población Aymara

El Modelo 8 examina la probabilidad de haber migrado internamente en la población Aymara de 30 años y más durante los cinco años previos a cada censo. A diferencia del caso Mapuche, este análisis se aplica a un grupo de menor tamaño demográfico, concentrado principalmente en el norte del país, lo que introduce intervalos de confianza más amplios en las estimaciones. La Tabla 7.7., muestra los indicadores de ajustes del modelo para la población Aymara.

Tabla 7.7

Indicadores de ajuste del Modelo 8 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	11.100	0.047	0.067
2012	29.781	0.037	0.050
2017	41.997	0.032	0.045

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

Los indicadores de ajuste confirman un patrón estable: el pseudo-R² de McFadden fluctúa entre 0,032 y 0,047, con un AIC que se mantiene en niveles bajos debido al volumen poblacional reducido. A nivel sustantivo, los AME evidencian una selectividad menos marcada que en el caso Mapuche, aunque igualmente estructurada por edad y educación. En 2017, la propensión a migrar es algo mayor en los tramos medios de edad y en quienes alcanzan educación superior, mientras que los hogares extensos muestran un efecto restrictivo. Estas tendencias apuntan a que la movilidad Aymara responde tanto a dinámicas domésticas como a oportunidades educativas, en un contexto territorial caracterizado por ciudades intermedias y redes transfronterizas. En la Tabla 7.8, y en la Figura 7.4 se presentan los resultados del Modelo 8, relativos a la propensión migratoria de la población Aymara.

En este marco, la variable sexo en la población Aymara muestra de forma consistente una menor propensión migratoria entre las mujeres, con constantes efectos

negativos durante todo el periodo. Esta restricción se atenúa ligeramente entre 2002 y 2012, manteniéndose estable en 2017 con +3,48 p.p. A diferencia de la población Mapuche (Modelo 7) y del conjunto de pueblos indígenas (Modelo 3), que en 2002 aún presentaban valores positivos, la población Aymara ya evidenciaba una menor movilidad femenina, también con efectos más negativos que los observados en la población general (Modelo 1). Aunque en todos estos grupos se registran efectos negativos en la propensión migratoria femenina, la brecha de género se manifiesta con mayor intensidad en el caso de las mujeres aymaras.

En relación con la variable edad, se observa un patrón de selectividad negativa intensa, sostenido en el tiempo. En los tres censos, todos los tramos mayores de 45 años presentan efectos marginales promedio (AME) negativos y estadísticamente significativos, lo que refleja una menor probabilidad de migrar en comparación con el grupo de 30–44 años. En 2017, los AME alcanzan aproximadamente –9,0 p.p. para el tramo 45–59 años, –12,8 p.p. para 60–74 años y –14,8 p.p. para 75 años o más. Al comparar con la población mapuche (Modelo 7) y con el conjunto indígena en general, se advierte que las restricciones por edad son más marcadas entre los aymaras, especialmente en el tramo de 75 años y más. En este sentido, la edad opera como un eje de selectividad particularmente restrictivo para este colectivo. En el caso Aymara, la mayor restricción etaria puede vincularse con el fuerte arraigo comunitario y a la inserción productiva de las personas adultas en las economías altiplánicas.

La selectividad educativa en la población Aymara migrante refleja la débil incidencia de la educación media frente al efecto claramente positivo de la educación superior. En educación media, el efecto es negativo en 2002, leve y cercano a cero en 2012 -y prácticamente nulo en 2017. Esto difiere del efecto de la educación superior que exhibe efectos positivos altos y consistentes en 2002 (+7,19 p.p.), 2012 (+14,85 p.p.) y 2017 (+13,85 p.p.). En 2017, el efecto de la educación superior es mayor que en la población general y supera al observado en la población Mapuche en los tres censos. En síntesis, la población Aymara presenta una selectividad educativa más acotada, donde solo la educación superior incide claramente en la propensión migratoria, a diferencia de lo observado en el resto de los grupos.

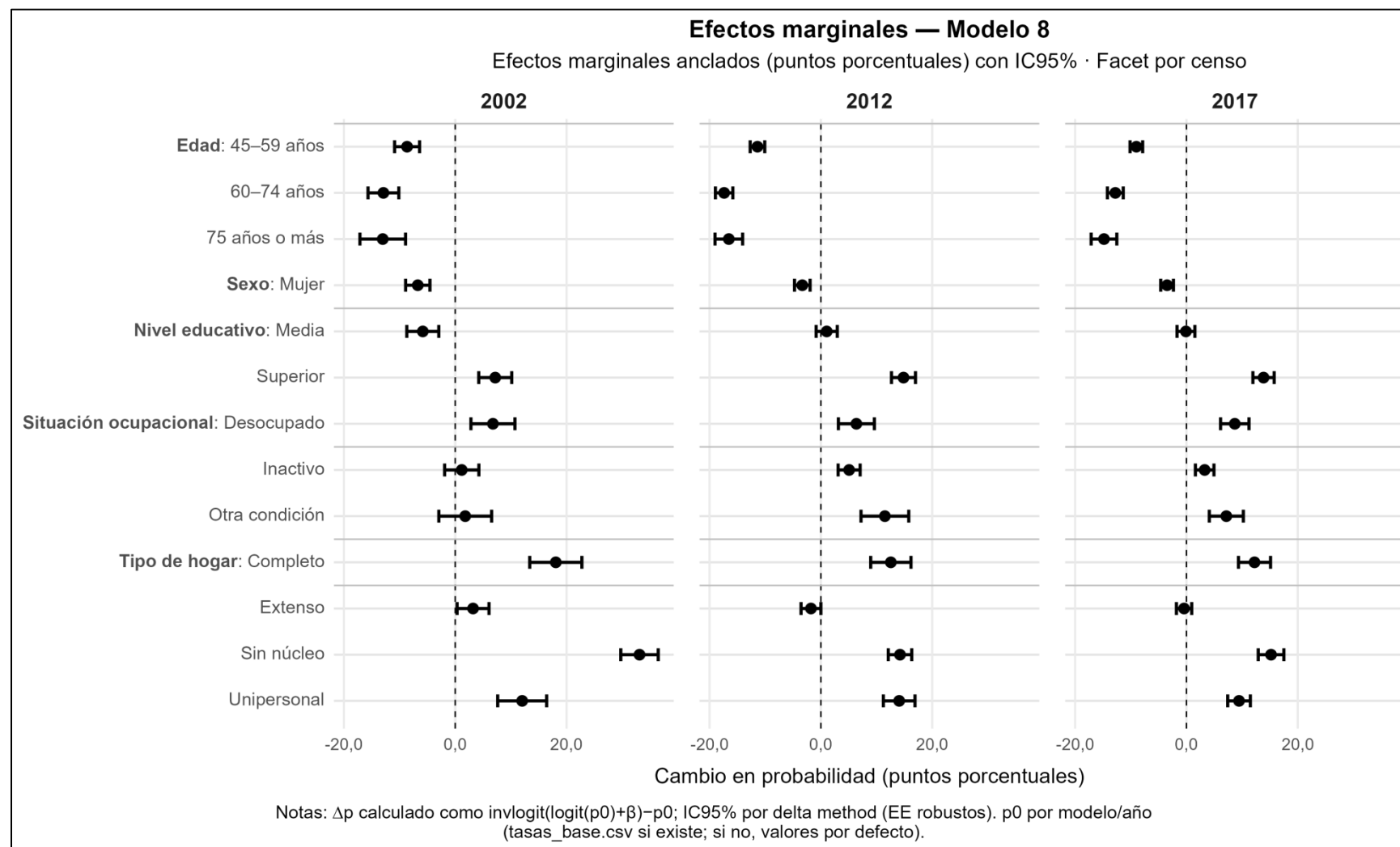
Tabla 7.8*Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población Aymara (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-6.7 [-8.9—4.5]	-3.3 [-4.7—1.9]	-3.5 [-4.6—2.3]	3.2
	45–59 años	-8.6 [-10.9—6.4]	-11.4 [-12.7—10.1]	-9.0 [-10.1—7.9]	-0.3
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-12.9 [-15.7—10.1]	-17.4 [-18.9—15.8]	-12.8 [-14.2—11.4]	0.1
	75 años o más	-13.0 [-17.1—8.9]	-16.5 [-19.0—14.1]	-14.8 [-17.1—12.5]	-1.8
Educación (ref: Básica)	Media	-5.8 [-8.7—3.0]	1.0 [-0.8—3.0]	-0.1 [-1.7—1.5]	5.7
	Superior	7.2 [4.2—10.2]	14.8 [12.7—17.0]	13.8 [11.9—15.8]	6.7
	Desocupado	6.8 [2.8—10.7]	6.4 [3.1—9.6]	8.7 [6.1—11.2]	1.9
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	1.2 [-1.9—4.2]	5.1 [3.1—7.1]	3.3 [1.6—4.9]	2.1
	Otra condición	1.8 [-3.0—6.5]	11.5 [7.2—15.8]	7.2 [4.1—10.2]	5.4
	Completo	18.1 [13.4—22.8]	12.6 [9.0—16.2]	12.2 [9.3—15.1]	-5.8
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	3.2 [0.3—6.1]	-1.8 [-3.6—0.0]	-0.4 [-1.8—0.9]	-3.6
	Sin núcleo	33.1 [29.8—36.5]	14.2 [12.1—16.3]	15.2 [12.9—17.5]	-17.9
	Unipersonal	12.0 [7.6—16.4]	14.1 [11.2—16.9]	9.4 [7.4—11.5]	-2.6

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 7.4.

Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población Aymara (2002-2017)



Con respecto a la situación ocupacional, en la población Aymara las categorías no ocupadas presentan AME positivos y crecientes a lo largo del tiempo. La categoría de desocupados alcanza un +8,7 p.p., “otra condición” un +7,2 p.p., e inactivos un +3,3 p.p. en 2017. Destaca especialmente el caso de los desocupados, quienes se consolidan como el principal factor ocupacional asociado a la propensión migratoria. De manera comparada, estos efectos resultan sistemáticamente superiores a los observados en la población indígena total y en la población general, y también más pronunciados que en el pueblo mapuche. En síntesis, la falta de ocupación laboral opera como un diferenciador mucho más marcado dentro de la población Aymara. Cabe suponer que este patrón se vincula con migraciones de carácter laboral, asociadas a faenas cíclicas o temporales, donde la ausencia de empleo formal en el lugar de origen no opera como una limitante para la movilidad. En el caso de los inactivos, y considerando además el efecto restrictivo que presenta la edad, es plausible interpretar que estas migraciones responden en mayor medida a estrategias laborales de los hogares que a transiciones ligadas al ciclo de vida.

En cuanto al tipo de hogar, los resultados muestran una asociación positiva entre la migración y los hogares unipersonales, completos y sin núcleo. Estas categorías presentan una propensión migratoria superior a la del grupo de referencia (hogares nucleares), siendo particularmente elevada en los hogares sin núcleo, que registran los valores más altos del modelo con +33,11 p.p en 2002, 14,22 p.p. en 2012 y 15,20 p.p. en 2017. De contraparte, los hogares extensos muestran una relación menos consistente: el coeficiente es positivo y significativo en 2002, pero pierde significancia en los censos posteriores. En la población total, los hogares unipersonales y extensos tienden a restringir la movilidad reciente, mientras que los hogares completos y sin núcleo presentan efectos positivos, aunque acotados. En el conjunto de la población indígena y, particularmente, en la población Mapuche, los arreglos no nucleares también se asocian a una mayor propensión migratoria. Sin embargo, en la población Aymara, los hogares unipersonales y completos muestran efectos de mayor magnitud. Esta diferencia podría explicarse por el mayor nivel de anclaje familiar y comunitario que representan los hogares nucleares y extensos en este grupo.

En resumen, la probabilidad de haber migrado internamente en la población Aymara se caracteriza por: i) mayores restricciones a la movilidad femenina; ii) el declive de en la propensión de edades altas y concentración en tramos jóvenes y edades intermedias; iii)

hogares nucleares y extensos como anclajes, frente a unipersonales, completos y sin núcleo como facilitadores; iv) alta propensión migratoria entre desocupados; v) migración de inactivos superior a la observada en otros grupos; y vi) una marcada selectividad educativa, con mayor probabilidad de migración entre quienes cuentan con educación superior, reforzando el perfil económico de la movilidad Aymara. De esta forma, el patrón migratorio Aymara se presenta como un perfil definido por una alta selectividad, con predominio masculino y concentración en edades jóvenes y medias, evidenciando una orientación principalmente laboral y una dinámica migratoria de carácter individual. Aunque estas decisiones pueden estar respaldadas por hogares y comunidades que distribuyen riesgos y recursos.

De contra parte, la baja participación femenina y el declive más marcado en edades avanzadas indican que la movilidad se concentra en segmentos con mayor disponibilidad para integrarse al mercado laboral. Este patrón revela cómo la estructura familiar condiciona la movilidad. Los hogares nucleares y extensos actúan como anclajes, mientras que los unipersonales, completos y sin núcleo facilitan la migración al permitir mayor flexibilidad. La orientación laboral de la migración se acentúa tanto entre quienes están fuera del empleo formal como entre quienes cuentan con mayores niveles educativos, lo que sugiere una estrategia diferenciada según las condiciones de acceso al mercado. No obstante, la literatura advierte que, incluso con educación superior, la población Aymara enfrenta procesos de segmentación laboral y racialización en contextos urbanos, restringiendo sus posibilidades de movilidad ascendente y tiende a concentrar a los inmigrantes en nichos ocupacionales precarios. Además, aunque la migración es selectiva y orientada al trabajo, no implica una ruptura con la comunidad de origen, sino una reconfiguración de los vínculos sociales y territoriales.

7.5. Migración interregional de la población Mapuche

El análisis de la población Mapuche que migró en los cinco años previos al censo se centra aquí en la probabilidad de haber realizado un desplazamiento interregional, en contraste con las trayectorias de corta distancia al interior de una misma región. Ahora el foco se restringe exclusivamente a quienes efectivamente migraron, con el propósito de indagar en qué factores sociodemográficos inciden en la decisión de cruzar los límites regionales. Desde el punto de vista metodológico, los indicadores globales muestran un ajuste en rangos moderados pero consistentes: el pseudo- R^2 de McFadden oscila entre 0,013 y 0,021 y el de Nagelkerke entre 0,023 y 0,037, mientras que el AIC varía entre 11.935 y 156.911. Estos valores reflejan las dificultades inherentes a explicar procesos sociales complejos, pero al mismo tiempo aseguran la parsimonia necesaria para sostener comparaciones entre períodos y grupos.

En relación con la variable sexo (Tabla 7.9), el Modelo 9 muestra un efecto negativo en mujeres en comparación con los hombres. Esta asociación se mantiene constante a lo largo de los tres censos analizados, aunque con una tendencia a la atenuación del efecto, presentando efectos marginales (AME) relativamente bajos: -2,49 p.p. en 2002, -1,59 p.p en 2012 y -1,52 p.p en 2017, tendiendo a converger pese a que se mantiene la brecha. Comparativamente, estas magnitudes negativas en la población Mapuche tienden a ser más bajas que las observadas en el conjunto de pueblos indígenas (-3,37 p.p 2017) y en la población general (-3,93 en 2017). Finalmente, al contrastar con la decisión de migrar del conjunto de la población mapuche, se advierte que el efecto negativo ha mantenido una constante en el tiempo, sin embargo en 2017, presentan valores similares. De esta forma, los resultados sugieren una estabilización de las diferencias por sexo en la propensión migratorias y la movilidad regional.

En relación con la edad, la población Mapuche ha tendido a mostrar una mayor heterogeneidad en la distribución de los tramos etarios. Por ejemplo, en 2002, muestra efectos marginales de -3,0 p.p. en el grupo de 75 años o más, mientras que la población indígena total presenta -10,2 p.p. y la población total -7,7 p.p. Si bien, la probabilidad de migrar interregionalmente en el grupo mapuche mantiene un efecto negativo en edades mayores, su disminución ha sido moderada. Durante el periodo 2002-2017, presenta una

disminución inferior a +2 p.p. en promedio, mientras que en el conjunto de la población indígena y en la población general, las variaciones han sido cercanas a +4 p.p. En 2017, la población indígena muestra efectos prácticamente nulos en los grupos de 45–59 y 60–74 años, mientras que en el grupo de 75 años o más presenta –1,6 p.p. En este contexto, la población mapuche presenta mayor selectividad etaria en la propensión migratoria que en la migración interregional, donde las diferencias tienden a converger en los tramos de 45 y 74 años y muestra efectos leves en las personas de 75 años o más.

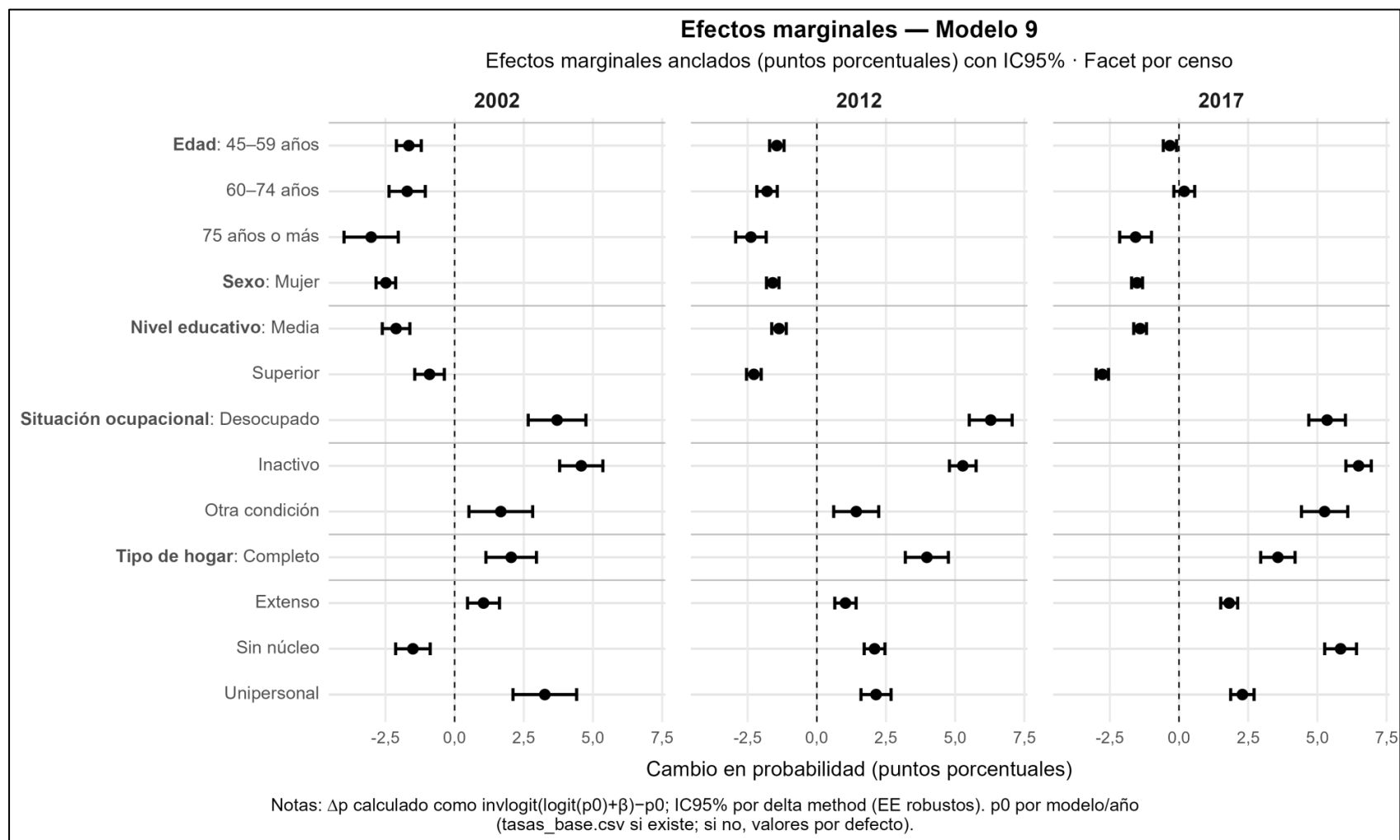
La población mapuche evidencia efectos negativos tanto para la educación media como para la educación superior a lo largo de los tres censos considerados. En el caso de la educación media, el efecto negativo es más pronunciado en 2002 (–2,12 p.p.), se atenúa en 2012 (–1,37 p.p.) y se mantiene en niveles bajos y relativamente estables en 2017 (–1,41 p.p.), con variaciones marginales. En el caso de la educación superior, se observa una intensificación progresiva del efecto negativo, alcanzando –2,77 p.p. en 2017. En comparación con la población indígena total (Modelo 4), la población Mapuche presenta una tendencia similar, aunque con efectos menos pronunciados en ambos niveles educativos. Sin embargo, estos efectos negativos son mayores que los registrados en la población general (Modelo 2). Al contrastar con la propensión migratoria Mapuche general (Modelo 7), se advierten diferencias importantes. Mientras que en dicho modelo el nivel educativo, especialmente la educación superior, se asocia positivamente con la migración, en la escala interregional los efectos son constantemente negativos. Esto último evidencia la doble dimensión de la educación como factor de movilidad en el caso mapuche:

Tabla 7.9*Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional de la población Mapuche (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-2.5 [-2.8--2.1]	-1.6 [-1.8--1.4]	-1.5 [-1.7--1.3]	1.0
	45-59 años	-1.6 [-2.1--1.2]	-1.4 [-1.7--1.2]	-0.3 [-0.6--0.1]	1.3
Edad (ref: 30-44)	60-74 años	-1.7 [-2.4--1.1]	-1.8 [-2.2--1.4]	0.2 [-0.2-0.6]	1.9
	75 años o más	-3.0 [-4.0--2.0]	-2.4 [-2.9--1.8]	-1.6 [-2.1--1.0]	1.4
Educación (ref: Básica)	Media	-2.1 [-2.6--1.6]	-1.4 [-1.6--1.1]	-1.4 [-1.6--1.2]	0.7
	Superior	-0.9 [-1.4--0.4]	-2.3 [-2.5--2.0]	-2.8 [-3.0--2.5]	-1.9
	Desocupado	3.7 [2.7-4.8]	6.3 [5.5-7.1]	5.3 [4.7-6.0]	1.6
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	4.6 [3.8-5.4]	5.3 [4.8-5.8]	6.5 [6.0-7.0]	1.9
	Otra condición	1.7 [0.5-2.8]	1.4 [0.6-2.2]	5.3 [4.4-6.1]	3.6
	Completo	2.0 [1.1-3.0]	4.0 [3.2-4.8]	3.6 [3.0-4.2]	1.5
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	1.0 [0.5-1.6]	1.0 [0.6-1.4]	1.8 [1.5-2.1]	0.8
	Sin núcleo	-1.5 [-2.1--0.9]	2.1 [1.7-2.5]	5.8 [5.3-6.4]	7.3
	Unipersonal	3.3 [2.1-4.4]	2.1 [1.6-2.7]	2.3 [1.9-2.7]	-1.0

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30-44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 7.5 . Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional de la población Mapuche (2002-2017)



Por una parte, habilita la propensión general a migrar, por otra, el capital educativo no necesariamente impulsa desplazamientos de mayor alcance. Más bien, tiende a traducirse en movimientos de corta distancia o intrarregionales, vinculados a la inserción en ciudades intermedias cercanas como Temuco, Valdivia o Concepción o en flujos intermetropolitanos en el caso de Santiago.

La situación ocupacional muestra un patrón de selectividad consistente a escala interregional. El Modelo 9 presenta efectos positivos durante todo el periodo observado que son de alta magnitud en todas las categorías respecto de la población ocupada. En 2017, los desocupados tienen un AME de + 5,35 p.p., los inactivos de + 6,49 p.p. y en “otra condición” de + 5,27 p.p. En el periodo comprendido entre 2002 y 2017, todas las categorías crecen por sobre 1,7 p.p. aproximadamente. Estos resultados sugieren que, en la población Mapuche migrante, la no participación en actividades laborales formales se asocia con mayores probabilidades de desplazamientos interregionales. Este patrón coincide en dirección con la población general (Modelo 2), con efectos positivos y estables, aunque de menor magnitud en la población Mapuche. Difiere del efecto de la ocupación en los pueblos indígenas en conjunto (Modelo 4), donde la no inserción laboral se asocia con una menor probabilidad de migración interregional, especialmente entre desocupados. En este sentido, la no inserción laboral formal no constituye un obstáculo, sino más bien un incentivo para desplazarse en busca de empleo o recursos.

En la población mapuche migrante, los tipos de hogar muestran en general asociaciones positivas con la migración interregional, aunque con magnitudes diferenciadas. En 2017, los hogares sin núcleo y completos concentraron los AME más altos, mientras que los hogares extensos y unipersonales registran valores más bajos. La categoría sin núcleo experimenta un cambio más marcado: presenta un efecto negativo en 2002 (-1,51 p.p.), pasa a valores moderados en 2012 (+2,14 p.p.) y alcanza un coeficiente elevado en 2017 (+5,84 p.p.), variando en +7,7 p.p. desde 2002, mientras que los hogares unipersonales descienden en -0,9 p.p. Este patrón difiere de la población indígena total (Modelo 4), donde los hogares unipersonales tienden a ser negativos y los extensos no muestran efectos significativos, y coincide con la dirección de la población total (Modelo 2) aunque con magnitudes más bajas entre los mapuche. Cabe destacar que, en la población Mapuche, los hogares nucleares exhiben menor propensión y, cuando migran, lo hacen

sobre todo en escala intrarregional. De contraparte, la movilidad interregional se apoya en configuraciones de hogar con capacidad de gestión colectiva de recursos, como son los hogares sin núcleo y completos, que permiten redistribuir los costos asociados al alcance de los desplazamientos.

En resumen, la migración interregional mapuche se caracteriza por: i) persistente brecha de género con tendencia a converger en niveles bajos; ii) descenso marcado en edades mayores iii) importancia de estructuras de hogar que facilitan conjunto de recursos como facilitadores (hogares sin núcleo y completos); iv) mayor representación entre no ocupados, con efectos importantes en desocupados e inactivos; v) intensificación del efecto negativo de la educación superior; y vi) un patrón de selectividad que combina dinámicas laborales y formas de hogar. De este modo, la migración interregional mapuche se configura más como un proceso laboral y estructurado familiarmente, que se expresa más en la situación ocupacional y los arreglos de hogar que en el capital educativo. La brecha de género persiste pero en niveles bajos, y el descenso en edades avanzadas confirma una movilidad concentrada en edades intermedias. Así, se configura un patrón interregional diferenciado, donde las credenciales educativas presentan menor fuerza frente a la capacidad de activar redes y recursos del hogar. Todo lo anterior, debe ser interpretado teniendo en consideración el carácter transversal de los datos.

7.6. Migración interregional de la población Aymara

El análisis de la población Aymara que migró en los cinco años previos al censo se concentra aquí en la probabilidad de haber realizado un desplazamiento interregional frente a los movimientos de menor alcance dentro de una misma región. Este enfoque complementa la mirada sobre la propensión migratoria de este grupo, al focalizar ahora exclusivamente en quienes efectivamente se movilizaron, lo que permite indagar si los determinantes sociodemográficos adquieren un perfil distinto cuando se trata de cruzar límites regionales. Aunque se trata de un grupo de menor tamaño demográfico, su movilidad se encuentra marcada por un fuerte arraigo territorial en el altiplano y por prácticas históricas vinculadas a circuitos agrícolas, pastoriles y economías transfronterizas. Estas particularidades otorgan un trasfondo específico al análisis interregional, que dialoga tanto con la propensión migratoria Aymara como con los patrones observados en el conjunto de la población indígena. La 6.2.6 resume los indicadores de ajuste global (AIC y pseudo- R^2) para la migración interregional de la población Aymara, mostrando valores moderados y consistentes entre censos.

Tabla 7.10

Indicadores de ajuste del Modelo 10 según censo (AIC y pseudo- R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	2.313	0.089	0.149
2012	6.484	0.035	0.064
2017	9.691	0.025	0.046

Notas. AIC menor es mejor. Pseudo- R^2 (McFadden, Nagelkerke).

En el plano metodológico, los indicadores de ajuste global muestran niveles consistentes: el pseudo- R^2 de McFadden oscila entre 0,025 y 0,089 y el de Nagelkerke entre 0,046 y 0,149, mientras que el AIC aumenta de 2.313 a 9.691 entre 2002 y 2017. Estas métricas, aunque modestas, se inscriben en lo esperado para grupos con bases poblacionales reducidas y aseguran la comparabilidad entre censos. Los resultados del Modelo 10 se organizan en la

Tabla 7.1 y se visualizan en la Figura 7.6 referidos a la movilidad interregional de la población Aymara.

El efecto del sexo en la migración interregional de la población Aymara, si bien muestra una dirección oscilante a lo largo del tiempo, tiende a atenuarse y converge hacia un diferencial leve en 2017, con un valor de 0,75 p.p. Este efecto es menor que el observado en los otros colectivos en igual escala (población indígena total y población general). Sin embargo, esta situación contrasta con lo observado en la propensión migratoria general, donde la brecha de género era más pronunciada y superior a la registrada en los demás grupos. De esta forma, estos datos recientes indican que una vez que las mujeres participan en la migración, tienden a integrarse también en los flujos interregionales, reduciendo diferencias respecto de los hombres.

De igual forma, el efecto negativo asociado a la edad se debilita de manera significativa entre 2002 y 2017. En ese periodo, los efectos marginales estimados (AME) disminuyen en +6,9 p.p. en el tramo de 45–59 años, +8,2 p.p. en el de 60–74 años y +12,2 p.p. en el grupo de 75 años o más. En 2017, los AME registrados son de –1,86 p.p. (45–59), –1,02 p.p. (60–74) y –4,04 p.p. (75+)... Aspecto que se diferencia del patrón etario que muestra la población Aymara respecto a la probabilidad de migrar o no migrar, donde efectos restrictivos por edad siguen siendo marcadamente elevados.

La principal diferencia en términos de selectividad dentro de la población Aymara se observa en la variable educativa. En los tres censos analizados, este grupo presenta efectos positivos marcadamente elevados en ambos niveles educativos, con mayor fuerza en el nivel superior. Los efectos marginales donde los AME alcanzan +28,5 p.p. en 2002, +23 p.p. en 2012 y +22,3 p.p. en 2017. Este patrón se diferencia con lo observado en los demás grupos, donde tanto la población total como el conjunto indígena presentan efectos negativos en ambos niveles educativos dentro de la escala interregional. A diferencia de la propensión general a migrar, donde el efecto positivo se concentra en la educación superior solamente, en este caso destacan ambos niveles. De este modo, la educación es un predictor decisivo para movilidad interregional en los Aymara, configurando un perfil de alta selectividad positiva que lo diferencia del pueblo mapuche, donde el capital educativo tiende a favorecer la migración de corta distancia y restringir la movilidad interregional.

Esto coincide con lo que algunos estudios han destacado, que la educación en el altiplano ha funcionado como un recurso de movilidad social, permitiendo acceder a empleos calificados en enclaves mineros, en el comercio transfronterizo o en servicios urbanos en ciudades como Arica, Iquique, Antofagasta y Calama.

La situación ocupacional también presenta una alta selectividad positiva, con valores elevados en todas las categorías distintas a la población ocupada. En 2017, los efectos marginales estimados (AME) alcanzan +12,6 p.p. para los desocupados, +11,4 p.p. para los inactivos y +13,4 p.p. para la categoría ‘otra condición’. Este patrón es similar tanto en dirección como en magnitud al observado en la población total y, además, supera en intensidad a lo registrado en la población Mapuche, donde estas categorías también presentan una orientación positiva. Contrariamente a lo observado en el patrón del conjunto indígena, que presenta efectos negativos en todas las categorías de la variable. En el caso Aymara, estos resultados son coherentes con la literatura que describe trayectorias laborales discontinuas, marcadas por la alternancia entre empleo formal e informal y una fuerte dependencia de ocupaciones temporales o estacionales. En este marco, la falta de inserción laboral estable no constituye un freno a la movilidad, sino un factor que puede estimular la migración como estrategia de ajuste.

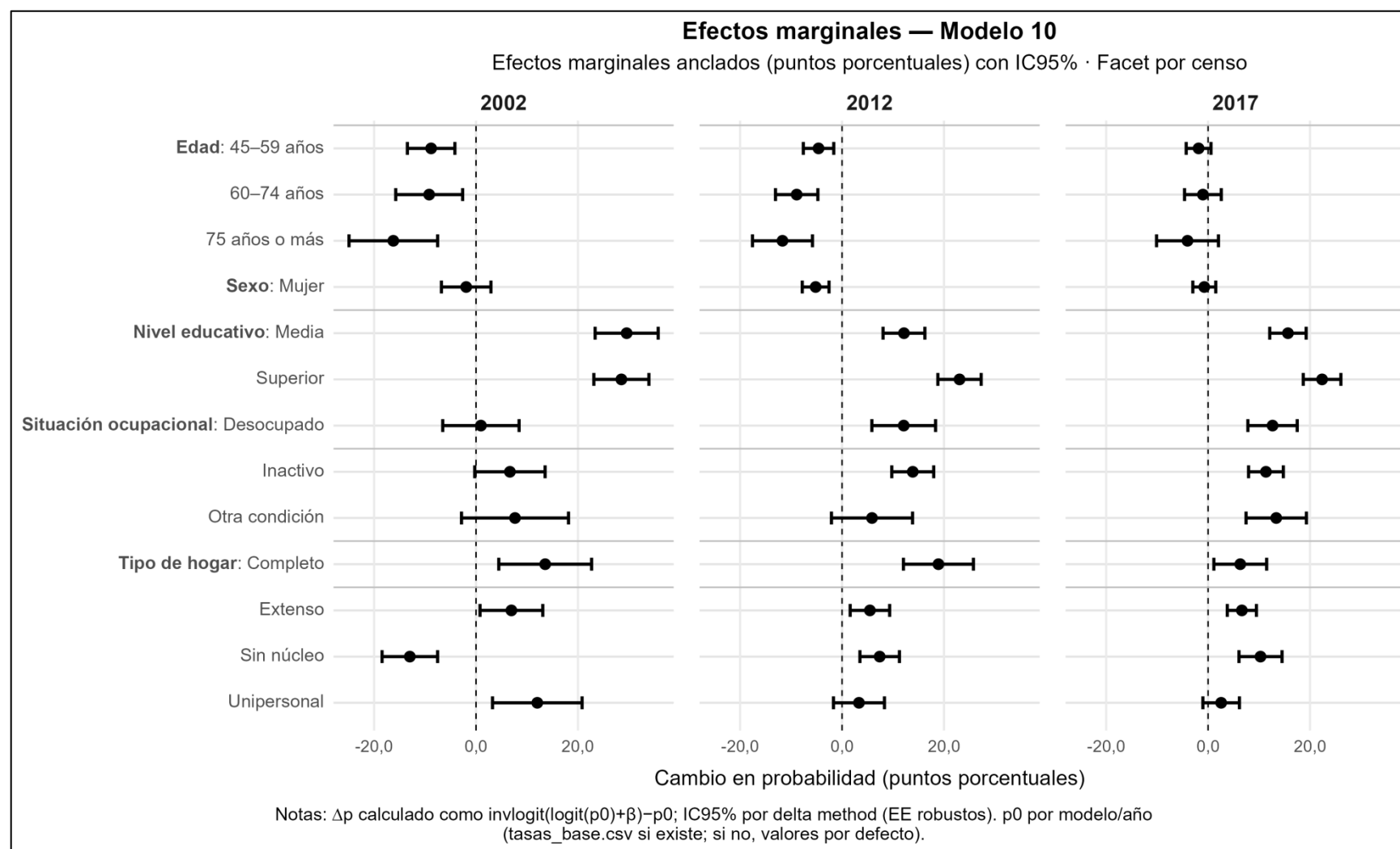
En tipo de hogar se observan asociaciones positivas en las distintas configuraciones de hogar. Destaca particularmente el caso de los hogares sin núcleo, que invierten su signo, pasando de un efecto negativo en 2002 (-13,0 p.p.) a positivo y alto en 2012 (+7,4 p.p.) y 2017 (+10,3 p.p.), presentando una reversión de +23 p.p. Por su parte, en 2017, los hogares completos y extensos presentan efectos de +6,3 p.p. y 6,6 p.p. respectivamente. Por último, los hogares unipersonales pierden fuerza como configuraciones habilitantes, pasando de un marcado efecto positivo en 2002 (+12,0 p.p.) a un efecto considerablemente más bajo en 2017 (+2,6 p.p.). De este modo, los hogares que operan como facilitadores de la migración interregional en la población Aymara se concentran en los hogares completos, sin núcleo y extensos, mostrando estimaciones más elevadas que las observadas en la población indígena total y la mapuche.

Tabla 7.1*Efectos marginales promedio (AME) en la migración interregional de la población Aymara (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-1.9 [-6.8–2.9]	-5.2 [-7.8–-2.6]	-0.8 [-3.0–1.5]	1.2
	45–59 años	-8.8 [-13.5–-4.2]	-4.6 [-7.6–-1.6]	-1.9 [-4.3–0.6]	7.0
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-9.2 [-15.8–-2.6]	-8.9 [-13.1–-4.8]	-1.0 [-4.6–2.6]	8.2
	75 años o más	-16.2 [-24.9–-7.5]	-11.7 [-17.6–-5.8]	-4.0 [-10.1–2.0]	12.2
Educación (ref: Básica)	Media	29.6 [23.4–35.8]	12.2 [8.1–16.2]	15.7 [12.1–19.2]	-13.9
	Superior	28.5 [23.1–33.9]	23.1 [18.8–27.3]	22.4 [18.7–26.1]	-6.2
	Desocupado	1.0 [-6.5–8.4]	12.1 [5.8–18.4]	12.6 [7.8–17.5]	11.7
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	6.6 [-0.2–13.6]	13.9 [9.8–18.0]	11.4 [7.9–14.8]	4.7
	Otra condición	7.6 [-2.8–18.1]	5.9 [-2.1–13.8]	13.4 [7.4–19.3]	5.7
	Completo	13.6 [4.5–22.7]	18.9 [12.1–25.8]	6.3 [1.1–11.5]	-7.3
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	6.9 [0.8–13.1]	5.5 [1.6–9.3]	6.6 [3.8–9.5]	-0.3
	Sin núcleo	-13.0 [-18.4–-7.5]	7.4 [3.5–11.3]	10.3 [6.1–14.5]	23.3
	Unipersonal	12.0 [3.2–20.8]	3.3 [-1.7–8.3]	2.6 [-1.0–6.2]	-9.5

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 7.6 Efectos marginales promedio (AME) en la migración interregional de la población (2002-2017)



En términos generales, el patrón migratorio interregional de la población Aymara, está caracterizado por: i) disminución en la brecha de género y el efecto de la edad; ii) elevada selectividad educativa; iii) alta influencia de las categorías no ocupadas en la movilidad interregional; y iv) hogares sin núcleo, completos y extensos, como principales facilitadores de la migración. La migración interregional Aymara se configura como un proceso de selectividad que combina capital educativo con situaciones de incertidumbre ocupacional. Esto en un contexto de segmentación y barreras estructurales que limitan la incorporación laboral. En estas condiciones, la migración interregional constituye una estrategia de ajuste, donde la estructura de hogar facilita recursos para conllevar los costos de relocalización o bien la configuración del hogar constituye una consecuencia adaptativa. Lo mismo es extensible a la situación del empleo, toda vez que ocupación y tipo de hogar son situaciones que corresponden al momento del censo. Sin embargo, la condición ocupacional de desempleo al momento se inscribe como una situación coyuntural, caracterizada por la discontinuidad de trayectorias laborales. Por otra parte, es factible señalar que la disminución del efecto de edad y de género sea consecuencia de procesos migratorios más consolidados y una participación más activa de las mujeres en mercados de trabajo que amplía los márgenes de movilidad.

7.5.1. Síntesis capítulo

Los modelos aplicados a la población indígena permiten delinear un perfil de movilidad interna caracterizado por elementos comunes y diferenciaciones importantes. En términos generales, los Modelos 3 y 4 muestran que los factores de ciclo de vida, capital educativo y estructura del hogar operan como ejes consistentes de selectividad, pero con intensidades distintas respecto a la población total. En los pueblos originarios, la educación superior aparece con mayor fuerza en la propensión general a migrar, aunque pierde centralidad al definir la escala interregional de los desplazamientos. La edad mantiene un sesgo restrictivo, que se atenúa en los tramos medios, y el sexo transita desde una ventaja femenina inicial a una convergencia negativa similar a la del patrón nacional.

La desagregación por pueblos confirma estas tendencias y resalta contrastes significativos. En los Mapuche (Modelos 7 y 9), la migración muestra mayor continuidad con los patrones del conjunto indígena y de la población nacional, con un peso creciente de

los arreglos domésticos y una selectividad educativa positiva a nivel general pero negativa en el plano interregional. En cambio, la población Aymara (Modelos 8 y 10) evidencia un perfil más definido: mayor restricción femenina, fuerte penalización por edad avanzada y una selectividad educativa concentrada en la educación superior, que se transforma en un determinante decisivo de la movilidad interregional. Asimismo, la no ocupación laboral y los hogares no nucleares adquieren un peso más alto entre los Aymara, sugiriendo trayectorias migratorias más asociadas a estrategias laborales individuales y residenciales flexibles.

En suma, los pueblos indígenas comparten ejes de selectividad con la población general, pero los expresan con intensidades y combinaciones propias. Mientras el pueblo Mapuche se acerca más al patrón global, con flujos diversificados y apoyados en arreglos familiares, el pueblo Aymara revela un perfil más selectivo y laboral, donde la movilidad interregional depende en gran medida del capital educativo y de configuraciones domésticas que permiten sostener riesgos y desplazamientos de mayor alcance.

CAPITULO 8.

La migración interna de la población extranjera residente en Chile constituye un fenómeno demográfico en expansión, cuya comprensión exige ir más allá del análisis del ingreso internacional para examinar también las trayectorias de asentamiento y redistribución dentro del territorio nacional. Si bien los Modelos 1 y 2 mostraron que la población extranjera presenta una alta propensión a migrar internamente, también evidenciaron una menor probabilidad de realizar desplazamientos interregionales, lo que sugiere patrones de movilidad de corto alcance o procesos de concentración territorial. Esta combinación de elevada movilidad interna y baja dispersión espacial plantea interrogantes relevantes respecto de los factores que estructuran la movilidad residencial posterior al asentamiento inicial.

En este marco, el presente capítulo profundiza en las dinámicas de migración interna de personas nacidas en el extranjero, retomando y ampliando los hallazgos de los modelos generales mediante una aproximación desagregada por país de origen y tramo de llegada. El análisis se organiza en dos bloques: primero, la estimación de la propensión general a migrar (Modelos 5 y 6); y segundo, el desglose en tres colectivos específicos: migración fronteriza, regional y OCDE, mediante los Modelos 11 a 16. Esta estrategia permite explorar cómo la nacionalidad de origen y la duración de residencia condicionan no solo la decisión de migrar, sino también la escala territorial de los desplazamientos.

8.1. Propensión migratoria del conjunto de población extranjera

El Modelo 5 se centra en la propensión a migrar internamente entre la población extranjera residente en Chile de 30 años o más. Los indicadores de ajuste, presentados en la Tabla 8.1, reflejan niveles modestos de capacidad explicativa, lo que resulta esperable en modelos de este tipo aplicados a microdatos censales. El Pseudo R^2 de McFadden varía entre 0,030 y 0,042, mientras que el de Nagelkerke se sitúa entre 0,049 y 0,066, con un leve repunte en 2012 antes de descender en 2017. Por su parte, el AIC aumenta de manera sostenida desde 38.935 en 2002 hasta 180.251 en 2017, tendencia que responde tanto al crecimiento acelerado de la población extranjera como a la creciente heterogeneidad de sus perfiles.

Figura 8.1

Indicadores de ajuste del Modelo 1 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	4.338.060	0.061	0.088
2012	6.251.805	0.060	0.084
2017	7.019.270	0.053	0.077

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo- R^2 (McFadden, Nagelkerke).

Estos valores sugieren que, si bien el modelo captura regularidades relevantes en la movilidad interna de la población extranjera, su poder explicativo es acotado y obliga a leer los resultados con cautela. Más allá de esta limitación, el ajuste confirma que las asociaciones identificadas son consistentes en el tiempo, que permite situar los determinantes sociodemográficos de la migración extranjera en un marco comparativo robusto. En este sentido, el Modelo 5 funciona como una referencia general para comprender los patrones de propensión migratoria de los extranjeros en Chile y constituye la base para los análisis desagregados por origen nacional y tramo de llegada que se desarrollan en los apartados siguientes. En la Tabla 8.1, se muestran los AME del Modelo 5, que examina la propensión migratoria de la población extranjera residente en Chile.

En la población extranjera, la variable sexo presenta una asociación débil e inconstante con la propensión a migrar. En 2002, las mujeres registraban una menor

probabilidad de migrar, con un efecto negativo de $-0,8$ p.p., que se redujo a $-0,6$ p.p. en 2012 y continuó disminuyendo hasta alcanzar un valor prácticamente nulo en 2017 ($-0,19$ p.p.). Este patrón contrasta con la población total, donde persiste una brecha de género más marcada.

La variable edad, presenta probabilidades marginales promedios moderadas en 2017, con -3 p.p. en el tramo de 45–59 años, $-4,7$ p.p. en 60–74 años y -6 p.p. en 75 años o más. En comparación con 2002, todos los grupos reducen sus efectos negativos, destacando el tramo de 60–74 años, que disminuye en $1,3$ p.p. su magnitud negativa. A pesar de estos cambios marginales en sus efectos, la edad mantiene consistentemente un efecto restrictivo sobre la movilidad. En el conjunto de población, los efectos negativos son más intensos entre los 45 y 74 años, mientras que en el grupo de 75 años y más tienden a asemejarse a los observados en la población extranjera.

En el caso del nivel educativo, esta variable presenta asociaciones positivas en ambos niveles. En 2017, la educación media muestra un efecto leve de $+1,1$ p.p., mientras que la educación superior alcanza un efecto moderado de $+4,3$ p.p. Sin embargo, estos resultados reflejan una tendencia decreciente desde 2002, con reducciones cercanas a -4 p.p. tanto en el nivel medio como en el superior. Al compararlos con la población total, los efectos son menores en ambos casos, especialmente en educación superior, donde en 2017 la diferencia con la población total supera los $+6$ p.p. Aunque su incidencia se ha debilitado con el tiempo, probablemente como consecuencia de la masificación y diversificación de los flujos migratorios, la educación continúa desempeñando un papel relevante en la propensión a migrar de la población extranjera en Chile. En este marco, la brecha respecto al patrón nacional sugiere que, para los migrantes internacionales, la movilidad interna se estructura menos en torno al capital humano formal y más en función de variables vinculadas al empleo, la residencia y el territorio.

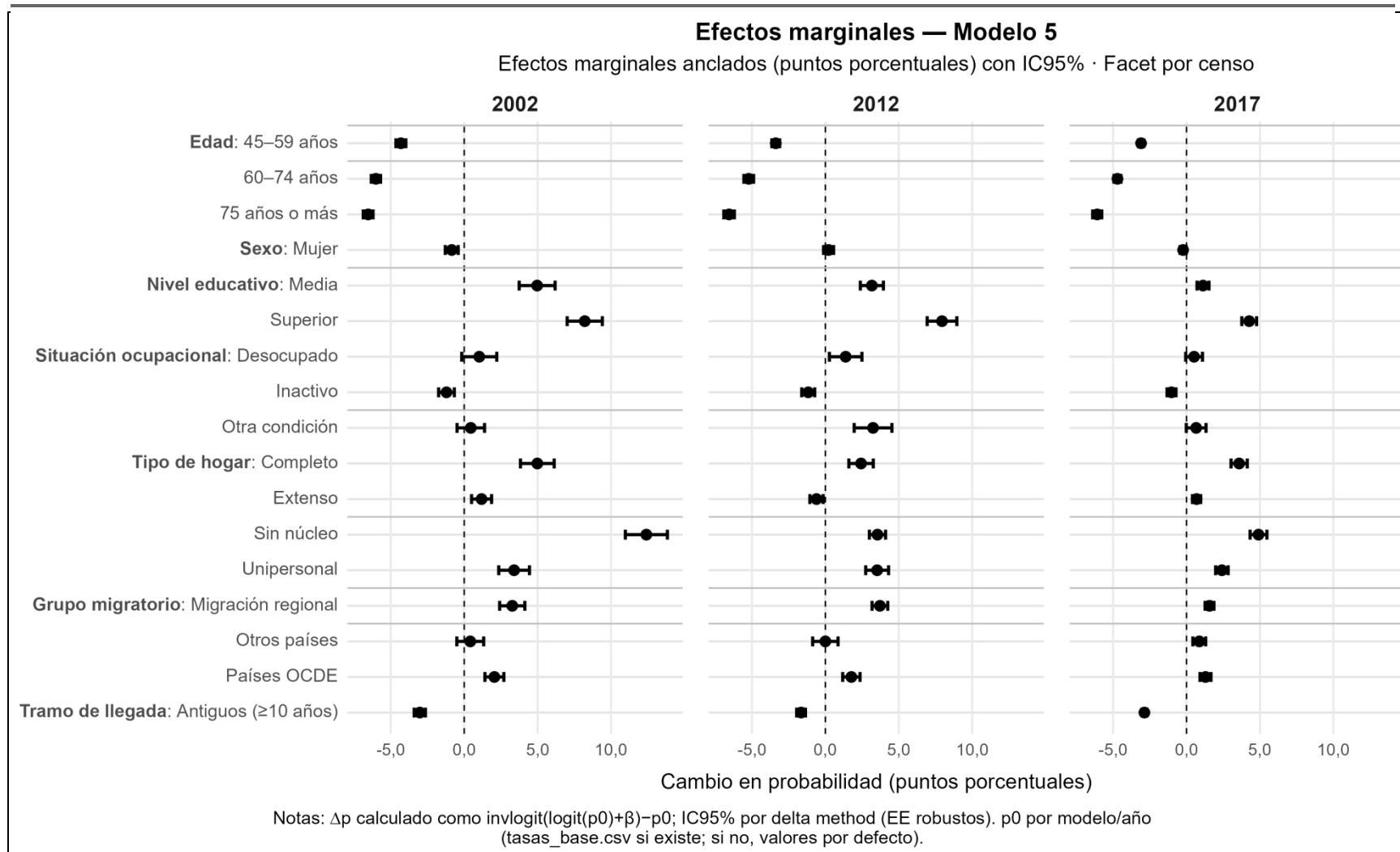
Tabla 8.1.

Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población extranjera (2002-2017)

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-0.8 [-1.3—0.4]	0.2 [-0.1—0.6]	-0.2 [-0.4—0.0]	0.6
	45–59 años	-4.3 [-4.6—4.0]	-3.4 [-3.6—3.1]	-3.1 [-3.3—2.9]	1.2
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-6.0 [-6.3—5.7]	-5.2 [-5.5—4.9]	-4.7 [-4.9—4.5]	1.3
	75 años o más	-6.5 [-6.9—6.2]	-6.6 [-6.9—6.2]	-6.1 [-6.4—5.8]	0.5
Educación (ref: Básica)	Media	5.0 [3.7–6.2]	3.2 [2.4–4.0]	1.1 [0.7–1.5]	-3.8
	Superior	8.2 [7.0–9.4]	7.9 [6.9–8.9]	4.3 [3.8–4.8]	-3.9
	Desocupado	1.0 [-0.2–2.2]	1.4 [0.3–2.5]	0.5 [-0.1–1.1]	-0.5
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	-1.2 [-1.7—0.7]	-1.2 [-1.6—0.7]	-1.0 [-1.3—0.7]	0.2
	Otra condición	0.4 [-0.5–1.4]	3.2 [2.0–4.5]	0.7 [-0.0–1.3]	0.2
	Migración regional	3.3 [2.4–4.1]	3.7 [3.2–4.2]	1.6 [1.3–1.9]	-1.7
Grupo migratorio	Otros países	0.4 [-0.5–1.3]	0.0 [-0.9–0.9]	0.9 [0.4–1.3]	0.5
	Países OCDE	2.1 [1.4–2.7]	1.8 [1.2–2.4]	1.3 [0.9–1.7]	-0.8
	Completo	5.0 [3.8–6.1]	2.4 [1.6–3.3]	3.6 [3.0–4.1]	-1.4
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	1.2 [0.5–1.9]	-0.6 [-1.0—0.1]	0.7 [0.4–1.0]	-0.5
	Sin núcleo	12.4 [11.0–13.8]	3.5 [3.0–4.1]	4.9 [4.3–5.5]	-7.5
	Unipersonal	3.4 [2.4–4.4]	3.5 [2.8–4.3]	2.4 [2.0–2.8]	-1.0
Tramo de llegada	Antiguos (≥ 10 años)	-3.0 [-3.4—2.6]	-1.6 [-1.9—1.4]	-2.9 [-3.0—2.7]	0.1

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Tabla 8.2. Efectos marginales promedio (AME) de la propensión migratoria de la población (2002-2017)



Con respecto a la variable ocupacional, los resultados muestran una reducción progresiva de los efectos hacia el final del período, tendiendo a valores nulos o de baja magnitud. Así, en 2017, las personas inactivas registran un AME negativo de -1 p.p., con efectos negativos bajos en la propensión migratoria durante este periodo. Mientras que desocupados ($+0,52$ p.p) y “otra condición” ($+0,66$ p.p.) presentan efectos positivos, aunque de carácter débil e inconsistente, con impactos prácticamente nulos en términos sustantivos. Al considerar las variaciones entre 2002 y 2017, los cambios resultan marginales: $-0,51$ p.p. en desocupados, $+0,19$ p.p. en inactivos y $+0,21$ p.p. en “otra condición”, tendiendo a mostrar efectos bajos y poco estables. Por el contrario, la población nacional presenta patrones más definidos, con efectos negativos en desocupados y “otra condición”, y positivos en ocupados. Los resultados dan cuenta que, entre personas migrantes, buena parte de los desplazamientos responde más a procesos de asentamiento y ajuste residencial que a desplazamientos laborales. Sin embargo, esta interpretación debe tomarse con cautela, porque esta variable no permite distinguir los diferentes períodos en que se produjo el asentamiento de la población migrante.

Con el crecimiento y la creciente heterogeneización de los flujos inmigratorios en Chile en los últimos años, la población extranjera transitó desde un predominio de hogares nucleares hacia una configuración residencial más diversa. Estos cambios en la composición sugieren que los hogares no nucleares tienden a desempeñar un papel relevante como facilitadores de la movilidad interna extranjera. En 2017, los hogares sin núcleo ($+4,9$ p.p.) y los completos ($+3,6$ p.p.) muestran los efectos más elevados, seguidos por los unipersonales ($+2,4$ p.p.) y, en menor medida, los extensos ($+0,7$ p.p.). De este modo, destacan especialmente los hogares sin núcleo y completos como los principales impulsores de la movilidad. Esto contrasta con el patrón observado en la población total, donde los hogares unipersonales y extensos disminuyen la propensión a migrar y los efectos positivos de los hogares completos y sin núcleo resultan más atenuados.

En cuanto al origen migratorio, todos los grupos presentan en 2017 una mayor propensión a migrar internamente que la población de referencia fronteriza. La migración regional registra el efecto más alto ($+1,57$ p.p.), seguida por los migrantes de países OCDE

(+1,29 p.p.) y de otros países (+0,87 p.p.). Si bien todos los grupos migratorios mantienen efectos positivos en la propensión a migrar internamente, se observan diferencias en su evolución entre 2002 y 2017. Con la excepción de los migrantes provenientes de otros países, que aumentan en +0,46 p.p., los demás grupos reducen sus probabilidades de movilidad: la migración regional en -1,71 p.p. y los procedentes de países OCDE en -0,76 p.p. Si bien resulta consistente que el grupo regional mantenga un efecto positivo en comparación con los migrantes fronterizos, cuyo perfil corresponde a una trayectoria más consolidada, estos resultados no reflejan un proceso de redistribución territorial que podría ser esperable acorde con su peso creciente y expansión reciente.

Respecto al tramo de llegada, los resultados muestran que quienes llevan 10 o más años de antigüedad en Chile presentan una menor propensión a migrar internamente en comparación con los llegados entre 5 y 9 años antes (categoría de referencia). Para el tramo de migrantes antiguos (≥ 10 años), el efecto es negativo en los tres censos: -3,0 p.p. en 2002, -1,6 p.p. en 2012 y -2,9 p.p. en 2017. Esta trayectoria sugiere un proceso de estabilización territorial asociado a la permanencia, con una leve atenuación en 2012 seguida de una intensificación en 2017. En conjunto, los resultados refuerzan la idea de que la movilidad interna tiende a concentrarse en las etapas más tempranas del asentamiento migratorio, mientras que con el paso del tiempo predomina la fijación en redes locales y mercados de trabajo.

En síntesis, la propensión a migrar de la población extranjera presenta varios rasgos característicos: i) el género tiende a la convergencia y apenas marca diferencias; ii) la edad funciona como un freno, sobre todo en los tramos medios y altos; iii) la educación impulsa la movilidad, aunque con un efecto cada vez menor; iv) la movilidad se vincula más a procesos de asentamiento que a factores estrictamente laborales; v) los hogares resultan determinantes, destacando los sin núcleo y completos como principales facilitadores; vi) los migrantes regionales exhiben trayectorias algo más móviles; y vii) el tiempo de llegada reduce la movilidad entre los migrantes antiguos.

Los resultados permiten interpretar que la propensión a migrar de la población extranjera responde a una combinación de factores. La convergencia de género, con diferencias cada vez menos significativas, sugiere que la movilidad se organiza más en

torno a la posición en el mercado de trabajo y la estructura de los hogares que al sexo en sí mismo. De igual modo, el capital educativo continúa siendo un factor facilitador, aunque con un peso decreciente, reflejando un proceso de des-selectivización vinculado a la masificación y diversificación de los flujos. La movilidad tampoco se explica únicamente por motivaciones laborales, sino también por dinámicas de asentamiento residencial y búsqueda de mejores condiciones habitacionales. Esto otorga a los hogares un papel central, especialmente a los sin núcleo y completos, que destacan como principales impulsores. Finalmente, la mayor propensión a migrar entre los grupos regionales y la menor movilidad de los migrantes con más años de residencia muestran que tanto el origen como el tiempo de llegada operan como moduladores de las trayectorias internas. Sin embargo, su efecto diferenciador resulta menos marcado del que podría esperarse.

8.2. Migración interregional del conjunto de población extranjera

El Modelo 6 examina los determinantes de la movilidad interregional entre la población extranjera residente en Chile de 30 años o más. Los indicadores de ajuste, presentados en la Tabla 8.3, muestran valores moderados y relativamente estables en el tiempo. El Pseudo R^2 de McFadden se ubica en torno a 0,026–0,030, mientras que el de Nagelkerke oscila entre 0,040 y 0,048, lo que revela un poder explicativo limitado pero consistente con lo esperado para modelos de este tipo en grandes bases censales. El AIC crece de 10.515 en 2002 a 41.103 en 2017, reflejo tanto del aumento del número de casos extranjeros como de la mayor complejidad de sus trayectorias de movilidad.

En comparación con el Modelo 5, el ajuste es similar en magnitud, lo que indica que los factores sociodemográficos considerados son capaces de captar diferencias en la escala de los desplazamientos, aunque con un margen explicativo reducido. En conjunto, estos resultados sugieren que, si bien el modelo debe interpretarse con cautela, logra identificar regularidades en la probabilidad de que los migrantes extranjeros crucen los límites regionales, constituyendo un punto de partida para los análisis desagregados por origen nacional que se desarrollan más adelante.

Figura 8.3*Indicadores de ajuste del Modelo 6 según censo (AIC y pseudo-R)*

Censo	AIC	R² McFadden	R² Nagelkerke
2002	10.515	0.030	0.048
2012	15.543	0.026	0.040
2017	41.103	0.030	0.048

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

La Tabla 8.2 detalla el Modelo 6, comparando la probabilidad de migración interregional frente a intrarregional entre extranjeros. Entre las mujeres extranjeras, la propensión a migrar interregionalmente se mantiene sistemáticamente más baja que la de los hombres. En 2002 la diferencia es marcada, con un efecto negativo de $-6,4$ p.p., lo que evidencia una restricción clara en los desplazamientos de mayor alcance. En 2012 esta brecha se reduce levemente a $-4,2$ p.p., aunque el efecto sigue siendo significativo, y en 2017 vuelve a intensificarse hasta $-5,4$ p.p. El efecto restrictivo del sexo en la migración interregional contrasta con la propensión migratoria general de la población extranjera, donde el efecto por sexo tiende a diluirse y la brecha de género converge. Además, se trata de un efecto restrictivo más elevado que en la población total (Modelo 2) y también respecto a lo que muestran los pueblos indígenas. De este modo, la desigualdad de género en la movilidad interregional es más pronunciada entre migrantes extranjeros.

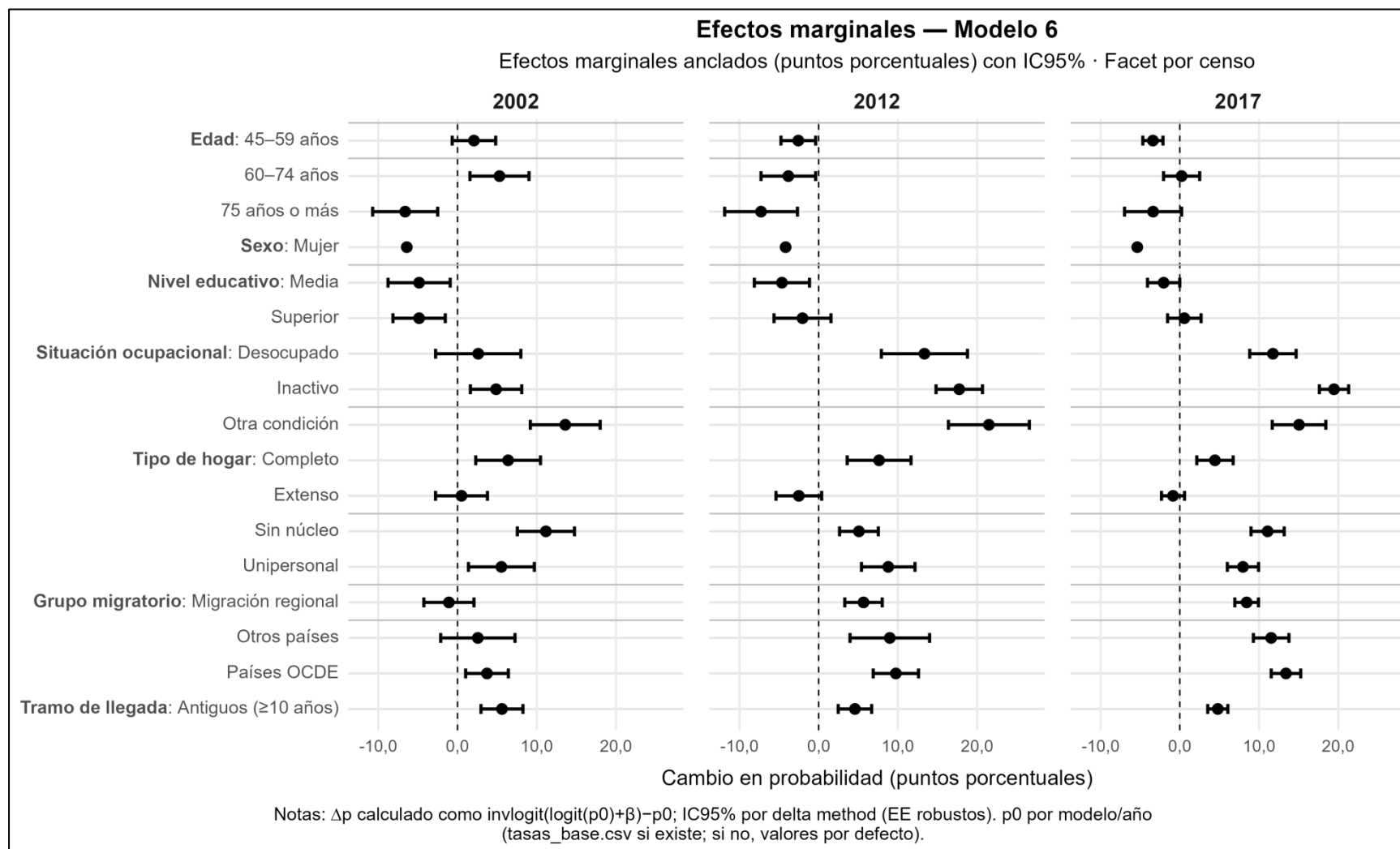
La variable edad muestra un patrón diferenciado en la propensión migratoria interregional de la población extranjera. En 2017, en comparación con el grupo de referencia (30–44 años), los tramos de 45–59 años registran un efecto negativo de $-3,4$ p.p., el de 60–74 años un valor apenas muy leve de $+0,2$ p.p., mientras que el grupo de 75 años o más mantiene una restricción de $-3,4$ p.p. Estas cifras contrastan con 2002, cuando los adultos medios y mayores presentaban ventajas significativas. Las variaciones en el Modelo 6 reflejan un efecto dual. Por un lado, existe una señal estabilización progresiva que se–

Tabla 8.3*Efectos marginales promedio (AME) sobre la migración interregional de la población extranjera (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-6.4 [-6.6—6.2]	-4.2 [-4.4—4.0]	-5.4 [-5.5—5.2]	1.0
	45–59 años	2.1 [-0.7—4.8]	-2.6 [-4.8—0.4]	-3.4 [-4.7—-2.1]	-5.5
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	5.3 [1.6—9.0]	-3.8 [-7.3—0.4]	0.2 [-2.0—2.5]	-5.1
	75 años o más	-6.6 [-10.7—-2.5]	-7.3 [-11.9—-2.7]	-3.4 [-7.0—0.2]	3.2
Educación (ref: Básica)	Media	-4.8 [-8.8—0.9]	-4.6 [-8.1—-1.2]	-2.0 [-4.1—0.0]	2.8
	Superior	-4.8 [-8.2—-1.6]	-2.0 [-5.6—1.6]	0.6 [-1.5—2.7]	5.4
	Desocupado	2.6 [-2.8—8.0]	13.3 [7.9—18.8]	11.8 [8.8—14.7]	9.1
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	4.9 [1.6—8.1]	17.8 [14.8—20.7]	19.5 [17.6—21.3]	14.6
	Otra condición	13.6 [9.2—18.0]	21.5 [16.4—26.6]	15.1 [11.7—18.4]	1.5
	Migración regional	-1.1 [-4.2—2.1]	5.7 [3.3—8.0]	8.4 [6.9—9.9]	9.5
Grupo migratorio	Otros países	2.6 [-2.1—7.2]	9.0 [4.0—14.0]	11.5 [9.3—13.8]	9.0
	Países OCDE	3.7 [1.0—6.4]	9.7 [6.9—12.6]	13.4 [11.5—15.3]	9.7
	Completo	6.4 [2.3—10.5]	7.6 [3.6—11.6]	4.4 [2.1—6.7]	-1.9
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	0.5 [-2.8—3.8]	-2.5 [-5.4—0.4]	-0.9 [-2.3—0.6]	-1.4
	Sin núcleo	11.2 [7.5—14.8]	5.1 [2.6—7.5]	11.1 [9.0—13.2]	-0.1
	Unipersonal	5.5 [1.4—9.7]	8.8 [5.4—12.2]	8.0 [6.0—9.9]	2.4
Tramo de llegada	Antiguos (≥ 10 años)	5.6 [3.0—8.3]	4.6 [2.5—6.7]	4.8 [3.5—6.1]	-0.8

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 8.4 Efectos marginales promedio (A ME) sobre la migración interregional de la población extranjera (2002-2017)



—expresa en los adultos medios y los mayores de 75 que reducen su movilidad; por otro, la excepción del tramo 60–74 años, que no sigue la tendencia restrictiva. De esta forma, la estabilización territorial avanza de manera desigual según el ciclo vital. Esto se diferencia con la población total (Modelo 2), donde la restricción aparece solo en la vejez extrema. Entre los extranjeros, la estabilización territorial se adelanta y se distribuye de forma más desigual.

La variable nivel educativo permite identificar un patrón particular en la propensión migratoria interregional de la población extranjera. En 2017, los efectos muestran que la educación media mantiene una restricción con $-2,0$ p.p., mientras que la educación superior alcanza un valor ($+0,6$ p.p.), prácticamente nulo. En comparación con 2002, se observa una clara atenuación de los efectos negativos: la educación media disminuye su restricción en $+2,8$ p.p., mientras que la superior lo hace en $+5,4$ p.p., mostrando en este último caso la atenuación más marcada. Pese a esta reducción de su efecto negativo, este patrón contrasta con la propensión migratoria general de la población extranjera, donde la educación superior mantiene un efecto positivo moderado y difiere de la población total (Modelo 2), para la que la educación superior tiene efectos negativos. El debilitamiento del efecto negativo de la educación sugiere un aplanamiento del gradiente educativo, más que un aumento de la selectividad intrarregional. Una explicación posible es la recomposición del capital educativo del stock extranjero. Entre 2002 y 2017 disminuyó el peso de la educación superior producto de la incorporación de contingentes migratorios recientes con perfiles educativos diversos.

La variable ocupación permite observar cómo la inserción en el mercado laboral incide en la propensión migratoria interregional. En 2017, la situación ocupacional muestra efectos especialmente altos en la propensión a migrar interregionalmente: inactivos $+19,46$ p.p., otra condición $+15,05$ p.p. y desocupados $+11,75$ p.p. En comparación con 2002, los aumentos son muy marcados en inactivos ($+14,59$ p.p.) y desocupados ($+9,14$ p.p.), mientras que otra condición crece de forma acotada ($+1,45$ p.p.). Comparadamente, la población total también muestra efectos positivos y consistentes en ocupación, pero de magnitud más moderada, mientras que se distingue de la propensión migratoria de la población extranjera, que mostraba resultados positivos leves. De esta forma, es posible afirmar que la dimensión interregional se halla muy anclada en la no ocupación, en un

orden similar a la población total pero con magnitudes más altas. Esto sugiere que la relocalización entre regiones constituye una estrategia tanto de ajuste como de búsqueda de oportunidades.

En relación con el tipo de hogar, el Modelo 6 muestra asociaciones positivas en hogares sin núcleo, unipersonales y completos, aunque con distinta magnitud y estabilidad. Los hogares sin núcleo aparecen como los principales impulsores de la migración interregional, con efectos elevados en los tres censos (2002 +11,2 p.p.; 2012 +5,1 p.p.; 2017 +11,1 p.p.), seguidos por los unipersonales (+8,0 p.p. en 2017) y los completos (+4,4 p.p. en 2017). En contraste, los hogares extensos muestran un efecto negativo y prácticamente nulo en 2017, lo que indica una menor asociación con este tipo de movilidad. A diferencia de este patrón, en la población total (Modelo 2) todas las configuraciones, los extensos incluidos, presentan efectos positivos, mientras que en la propensión migratoria general de la población extranjera (Modelo 5) se mantiene la misma tendencia positiva en todos los tipos de hogares, aunque con valores de menor intensidad. En suma, la migración interregional de extranjeros se asocia a hogares con alta autonomía decisional (unipersonales, sin núcleo) o con capacidad de recursos compartidos (completos).

El origen migratorio emerge como un factor decisivo para explicar la movilidad interregional de la población extranjera. En comparación con los migrantes fronterizos (categoría de referencia), caracterizada por trayectorias históricas más asentadas, los demás grupos muestran efectos crecientes y positivos. En 2002 las diferencias eran bajas o no significativas y en el caso de los regionales eran negativas, pero a partir de 2012 los distintos grupos empiezan a mostrar patrones de movilidad mucho más intensos. En 2017 esta tendencia alcanza su punto más alto: los migrantes regionales registran +8,4 p.p., los de otros países +11,5 p.p. y los de países OCDE +13,4 p.p. El origen migratorio tiene más importancia para explicar los desplazamientos interregionales que la propensión migratoria. Sin embargo, pueden existir explicaciones de acuerdo a cada grupo. La menor movilidad de los migrantes fronterizos puede explicarse por procesos de anclaje y redes estables que reducen sus posibilidades de desplazamiento. En cambio, el giro de los regionales, que pasan de un efecto negativo en 2002 a uno positivo, tiene relación con el crecimiento acelerado de su stock. En continuidad con ello, los desplazamientos interregionales pueden vincularse con migración escalonada y procesos redistributivos en torno a oportunidades

laborales. Por su parte, en los migrantes de países OCDE y de otros orígenes extra continentales, con mayor capital humano, la movilidad interregional podría estar asociada a proyectos laborales específicos, estrategias familiares o cambios residenciales orientados a la calidad de vida.

Por último, el tramo de llegada evidencia que las personas extranjeras con diez años o más de residencia en Chile presentan una mayor propensión a realizar migraciones interregionales. Los efectos son positivos y consistentes en los tres censos: +7,5 p.p. en 2002, +7,7 p.p. en 2012 y +6,2 p.p. en 2017, indicando una asociación estable en el tiempo, aunque con una leve disminución hacia el final del período. Este patrón contrasta con el observado en la probabilidad de migrar o no migrar según periodo de llegada, donde una mayor antigüedad de residencia se asocia a una menor probabilidad de migrar en general. De manera similar a lo observado en los grupos migratorios, la mayor probabilidad de migrar en los extranjeros antiguos a escala interregional, puede entenderse desde el enfoque de ciclos migratorios. Los recién llegados concentran su movilidad en fases iniciales, con mudanzas frecuentes y de corta distancia asociadas al asentamiento residencial, mientras que los de mayor antigüedad, aunque tienden a estabilizarse, cuentan con redes más sólidas que les permiten superar barreras y realizar desplazamientos de mayor alcance.

En la población extranjera, la migración interregional presenta varios rasgos característicos: i) la brecha de género es elevada y más pronunciada que en otros grupos; ii) la edad actúa como freno, aunque de manera heterogénea según los tramos; iii) el gradiente educativo tiende a aplanarse, con efectos cada vez menos determinantes; iv) la no inserción laboral se configura como un impulsor central de la movilidad; v) los hogares sin núcleo, unipersonales y completos se asocian de forma consistente con mayores desplazamientos; vi) el origen migratorio marca diferenciales de movilidad; vii) los migrantes antiguos son más móviles en escala interregional.

En síntesis, la migración interregional de la población extranjera en Chile se configura como un proceso en el que interactúan factores estructurales, sociodemográficos y contextuales. Los resultados muestran que la brecha de género persiste con mayor intensidad que en la población nativa, evidenciando que los desplazamientos de mayor

alcance siguen condicionados por desigualdades estructurales. La edad se manifiesta como un freno a la movilidad, aunque de manera heterogénea, revelando que la estabilización territorial avanza de forma desigual a lo largo del ciclo vital. El nivel educativo, por su parte, muestra una capacidad selectiva cada vez menor, asociada a la creciente diversificación de los flujos. Asimismo, la no inserción laboral y los hogares con mayor autonomía o recursos compartidos aparecen como impulsores de la movilidad, mientras que el origen migratorio y la antigüedad de residencia definen trayectorias diferenciadas. De este modo, la movilidad interregional extranjera se presenta como un fenómeno dinámico, atravesado por desigualdades persistentes pero también por estrategias adaptativas, confirmando su carácter híbrido y estratificado.

8.3. Propensión migratoria de migrantes fronterizos

El Modelo 11 estima la propensión a migrar internamente entre los migrantes fronterizos (Argentina, Bolivia y Perú) residentes en Chile de 30 años o más. Los indicadores de ajuste, presentados en la Tabla 8.5, muestran un comportamiento heterogéneo a lo largo del periodo. En 2002, el modelo alcanza un Pseudo R^2 de McFadden de 0,077 y de Nagelkerke de 0,119, niveles relativamente altos para este tipo de estimaciones en microdatos censales, lo que refleja una capacidad explicativa inicial más sólida.

Figura 8.5

Indicadores de ajuste del Modelo 11 según censo (AIC y pseudo- R^2)

Censo	AIC	R^2 McFadden	R^2 Nagelkerke
2002	15.575	0.077	0.119
2012	43.015	0.032	0.051
2017	103.049	0.020	0.033

Notas: Elaboración propia en base a Censos de Población 2002, 2012 y 2017 (INE)

AIC menor es mejor. Pseudo- R^2 (McFadden, Nagelkerke).

Sin embargo, en los censos posteriores esta fuerza predictiva disminuye: en 2012 los valores descienden a 0,032 y 0,051, y en 2017 alcanzan mínimos de 0,020 y 0,033, respectivamente. El AIC, en cambio, crece de manera sostenida de 15.575 en 2002 a

103.049 en 2017, en concordancia con el aumento del número de casos y la diversificación del colectivo. Este patrón sugiere que la mayor homogeneidad inicial de los migrantes fronterizos facilitaba capturar regularidades claras en sus desplazamientos, pero que con el paso del tiempo la diversificación de perfiles y contextos de inserción tiende a debilitar la capacidad explicativa del modelo. En la Tabla 8.3 se resumen los AME del Modelo 11, que analiza la propensión a migrar de la población fronteriza (Argentina, Bolivia y Perú).

En los migrantes fronterizos, la variable sexo mantiene resultados cercanos a cero en los tres censos, confirmando una tendencia clara hacia la convergencia de género en la propensión migratoria fronteriza. En 2002 las mujeres presentaban una leve desventaja de $-0,46$ p.p., que en 2012 se revierte levemente a un efecto positivo de $+0,59$ p.p. y en 2017 desaparece prácticamente con un valor nulo ($+0,02$ p.p.). De esta forma, entre los migrantes fronterizos, la probabilidad de migrar no se encuentra significativamente diferenciada por sexo y se ha ido estabilizando en el tiempo. Esto es similar al patrón del total extranjero que muestra convergencia entre sexos.

En la variable edad, la propensión migratoria de los migrantes fronterizos durante los tres censos muestra un patrón claramente negativo, que se intensifica con el avance del ciclo vital. En 2017, en comparación con el grupo de referencia (30–44 años), los adultos de 45–59 años presentan un efecto de $-2,3$ p.p., los de 60–74 años $-3,7$ p.p. y los mayores de 75 años $-5,3$ p.p. Si bien la dirección negativa se ha atenuado respecto a 2002, la distribución conserva el mismo perfil descendente: a mayor edad, menor probabilidad de migrar. Este patrón es consistente con lo observado en la población extranjera total (Modelo 5), aunque en los migrantes fronterizos las magnitudes resultan más bajas, significando un efecto de estabilización en este grupo.

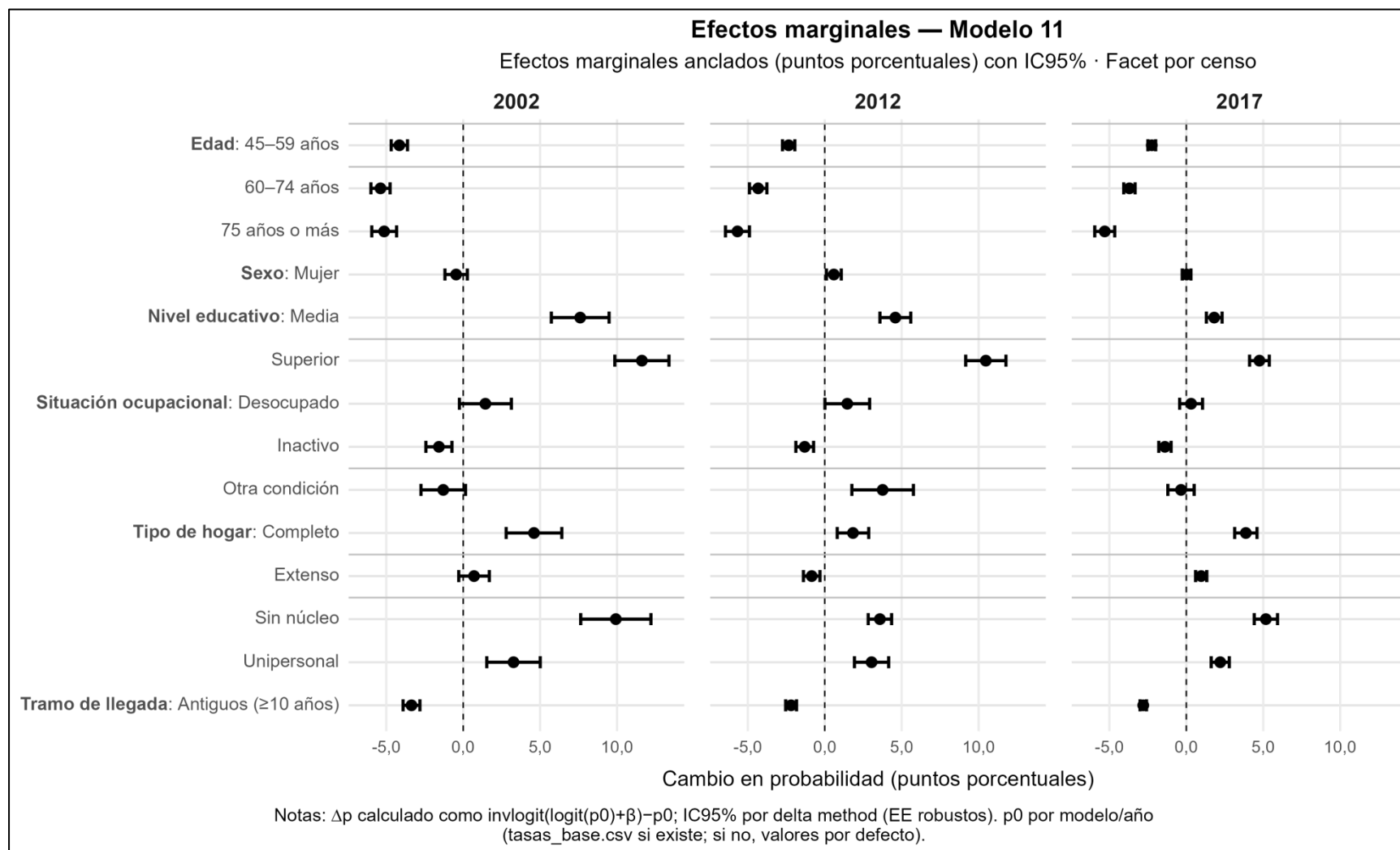
En cuanto a la selectividad educativa esta muestra una clara disminución entre 2002 y 2017. Así, en 2002, el nivel medio alcanzaba un efecto positivo de $+7,6$ p.p. y la educación superior llegaba a $+11,6$ p.p., reflejando una movilidad inicialmente muy concentrada en quienes tenían mayor capital humano.

Tabla 8.4*Efectos marginales promedio (AME) de la propensión migratoria de migrantes fronterizos (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-0.5 [-1.2–0.3]	0.6 [0.1–1.1]	0.0 [-0.3–0.3]	0.5
	45–59 años	-4.2 [-4.7–3.6]	-2.4 [-2.8–1.9]	-2.2 [-2.5–2.0]	1.9
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-5.4 [-6.0–4.8]	-4.3 [-4.9–3.8]	-3.7 [-4.1–3.3]	1.7
	75 años o más	-5.1 [-5.9–4.3]	-5.7 [-6.4–4.9]	-5.3 [-6.0–4.6]	-0.2
Educación (ref: Básica)	Media	7.6 [5.7–9.5]	4.6 [3.6–5.6]	1.8 [1.3–2.3]	-5.8
	Superior	11.6 [9.9–13.4]	10.5 [9.2–11.8]	4.8 [4.1–5.4]	-6.9
	Desocupado	1.4 [-0.2–3.1]	1.5 [0.0–2.9]	0.3 [-0.4–1.0]	-1.1
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	-1.6 [-2.4–0.7]	-1.3 [-1.9–0.7]	-1.4 [-1.8–1.0]	0.2
	Otra condición	-1.3 [-2.7–0.1]	3.8 [1.8–5.8]	-0.3 [-1.2–0.5]	1.0
	Completo	4.6 [2.8–6.4]	1.8 [0.8–2.9]	3.9 [3.1–4.6]	-0.7
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	0.7 [-0.3–1.7]	-0.8 [-1.4–0.3]	1.0 [0.6–1.3]	0.3
	Sin núcleo	9.9 [7.6–12.2]	3.6 [2.8–4.3]	5.2 [4.4–5.9]	-4.8
	Unipersonal	3.3 [1.5–5.0]	3.0 [1.9–4.2]	2.2 [1.6–2.8]	-1.1
Tramo de Llegada	Antiguos (≥10 años)	-3.4 [-3.9–2.8]	-2.2 [-2.5–1.8]	-2.8 [-3.0–2.6]	0.6

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de Llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 8.6 Efectos marginales promedio (AME) de la propensión migratoria migrantes fronterizos (2002-2017)



Si bien la migración fronteriza ha sido el núcleo de inmigración en Chile, tuvo una masificación metropolitana desde mediados de los años 90. En este sentido, los recién llegados suelen presentar mayor escolaridad y mayor movilidad, pero con el tiempo los flujos se estabilizan. El cambio en la selectividad educativa puede entenderse como resultado de dos procesos complementarios. Por un lado, la estabilización de los flujos fronterizos que llegaron con mayor capital humano en los años noventa y que, tras asentarse principalmente en la Región Metropolitana, reducen su propensión a nuevos desplazamientos. Por otro, la diversificación introducida por las corrientes posteriores, especialmente peruanas y bolivianas desde 2010, caracterizadas por niveles educativos más bajos y mayor heterogeneidad interna. En conjunto, estas dinámicas debilitan la primacía de la educación como motor de movilidad y configuran una composición migratoria más amplia y menos selectiva.

En la dimensión ocupacional, los efectos marginales estimados en los tres censos se mantienen en niveles bajos y con una relativa estabilidad a lo largo del tiempo. En 2017, los desocupados registran un efecto positivo de +0,3 p.p., los inactivos presentan -1,9 p.p. y quienes se encuentran en “otra condición” apenas -0,4 p.p. Aunque las magnitudes son reducidas, destaca el mayor peso del efecto negativo de los inactivos. Este patrón se asemeja al de la población extranjera total (Modelo 5), donde tanto los desocupados como quienes se encuentran en “otra condición” operan como impulsores, mientras que la situación de inactivo restringe la movilidad, con magnitudes muy próximas a las observadas entre los migrantes fronterizos. De este modo, la ocupación refleja un nivel explicativo bajo, con una magnitud reducida y estable en el tiempo, no constituyendo un determinante central de la movilidad interregional.

En el caso de la variable tipo de hogar, esta variable presenta una asociación diferenciada con la probabilidad de migración interna en la población extranjera de origen fronterizo (Modelo 11), con valores positivos y estadísticamente significativos en la mayoría de las categorías. Los hogares unipersonales, completos y sin núcleo muestran efectos de magnitud baja a moderada en los tres censos, lo que sugiere una mayor propensión migratoria en estructuras no nucleares. En contraste, los hogares extensos exhiben una trayectoria más inestable, con significancia oscilante y coeficientes de escasa magnitud. Al comparar estos resultados con los observados en la población extranjera total

(Modelo 5), se constata una correspondencia general tanto en la dirección como en la intensidad de los efectos, lo que refuerza la importancia del tipo de hogar como factor estructural de la selectividad migratoria en ambos grupos, con mayor claridad en configuraciones distintas al núcleo familiar tradicional. En resumen, las estructuras de hogar no nucleares se vinculan en mayor medida con una mayor probabilidad de migración interna, dando cuenta de estructuras residenciales más móviles y adaptables dentro de la población extranjera.

Entre 2002 y 2017, el tipo de hogar revela cambios en sus magnitudes en relación a la propensión migratoria de los migrantes fronterizos. Los hogares sin núcleo reducen su efecto de manera marcada, pasando de +9,9 p.p. en 2002 a +5,2 p.p. en 2017, aunque se mantienen como los principales impulsores de la movilidad. Los hogares completos presentan un efecto positivo de +3,9 p.p. en 2017, con una reducción leve de -0,7 p.p. respecto de 2002, mientras que los unipersonales alcanzan +2,2 p.p., con una disminución igualmente moderada de -1,1 p.p. en el mismo período. En contraste, los hogares extensos no muestran asociaciones significativas en los tres censos, confirmando su baja relevancia en la propensión migratoria de los fronterizos. En general, destacan los hogares sin núcleo, cuya ausencia de cargas familiares inmediatas se traduce en una mayor movilidad. La elevada magnitud observada en 2002 confirma que este tipo de arreglos domésticos constituía el principal impulsor de la migración durante las etapas iniciales que siguieron a la expansión migratoria de los noventa.

En lo que atañe al periodo de llegada a Chile, los resultados muestran una cierta estabilidad en el patrón de la propensión migratoria de los migrantes fronterizos. Los inmigrantes extranjeros con diez o más años de residencia en Chile exhiben un efecto negativo en los tres censos, aunque con leves fluctuaciones: -3,4 p.p. en 2002, -2,2 p.p. en 2012 y -2,8 p.p. en 2017. El patrón observado en los migrantes fronterizos es muy similar al del conjunto de la población extranjera, tanto en las fluctuaciones a lo largo del tiempo como en la magnitud y dirección de los efectos. En el caso fronterizo, se confirma que una mayor antigüedad en el país se traduce en una tendencia a la estabilización residencial, reduciendo progresivamente la probabilidad de emprender nuevas decisiones migratorias con el paso del tiempo.

En el Modelo 11 los resultados muestran un perfil de movilidad fronteriza estable y con efectos atenuados: i) La convergencia de género es temprana y sostenida, sin diferencias significativas; ii) La edad actúa como freno a la movilidad, aunque con efectos más atenuados en el tiempo; iii) La educación pierde fuerza como criterio selectivo; iv) La situación ocupacional presenta efectos bajos, siendo los inactivos el principal restrictor; v) Los hogares sin núcleo se mantienen como los impulsores más relevantes, mientras que completos y unipersonales tienen efectos moderados y los extensos carecen de significancia; y vi) Los migrantes antiguos muestran menor propensión a migrar, con un patrón estable en los tres censos. En comparación con la población extranjera total (Modelo 5), los migrantes fronterizos muestran un patrón muy similar en los determinantes de la movilidad, aunque con magnitudes más bajas y mayor estabilidad, reflejando así una maduración de su ciclo migratorio y una transición hacia perfiles más diversos y con mayor estabilidad residencial. Si extendemos la comparación con la población total, comparten las mismas lógicas generales en términos, pero con una intensidad más atenuada. Con una selectividad educativa bastante más débil y perfil de hogares diferenciado, donde los hogares sin núcleo, completos y unipersonales actúan como impulsores. En conjunto, los inmigrantes fronterizos ilustran un proceso de asimilación parcial respecto a la población total y, al mismo tiempo, tienden a representar las tendencias observadas en el universo extranjero, confirmando su condición de grupo con trayectorias más asentadas en el sistema migratorio chileno.

8.4. Propensión migratoria de migrantes regionales

El Modelo 12 analiza la propensión a migrar internamente entre los migrantes regionales, es decir, aquellos provenientes de países latinoamericanos y caribeños distintos de Argentina, Bolivia y Perú. La Tabla 8.7 muestra que el ajuste del modelo es moderado en 2002, con valores de Pseudo R^2 de McFadden (0,063) y Nagelkerke (0,106), lo que indica una capacidad explicativa relativamente mayor en comparación con censos posteriores.

Figura 8.7

Indicadores de ajuste del Modelo 12 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R² McFadden	R² Nagelkerke
2002	5.851	0.063	0.106
2012	16.743	0.033	0.056
2017	41.859	0.028	0.048

Notas. AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

En 2012, ambos índices descienden a 0,033 y 0,056, y en 2017 a 0,028 y 0,048, lo que evidencia una disminución progresiva en la capacidad predictiva del modelo. El AIC acompaña esta trayectoria, pasando de 5.851 en 2002 a 16.743 en 2012 y 41.859 en 2017, reflejando el aumento en tamaño y heterogeneidad de la muestra. En conjunto, los resultados sugieren que, si bien en los primeros años se observaba un perfil relativamente definido de selectividad, el crecimiento y diversificación de la migración regional hacia Chile ha diluido las diferencias, reduciendo la capacidad del modelo para capturar regularidades en la propensión migratoria de este grupo. Los resultados del Modelo 12 se presentan en la Tabla 8.4 y en la Figura 8.8 abordando la propensión a migrar de los extranjeros de países regionales no fronterizos

En cuanto a la propensión migratoria de las mujeres regionales, se observa una reducción sostenida de la desventaja entre 2002 y 2017. Desde un efecto restrictivo fuerte en 2002 (−4,76 p.p.), la brecha de género se acorta en 2012 (−1,93 p.p.) y se modera aún más en 2017 (−1,31 p.p.). Esto indica una tendencia hacia la convergencia, aunque todavía persiste una menor probabilidad de migrar entre mujeres inmigrantes provenientes de países regionales. Esta distribución es mayor que en el total extranjero (Modelo 5), donde el efecto es prácticamente nulo, dando cuenta de una convergencia algo más retrasada.

En 2017, la edad marca diferencias muy pronunciadas respecto del grupo de referencia (30–44 años). El tramo etario de 45–59 años registra un efecto negativo de −9,9 p.p., los de 60–74 años alcanzan −13,2 p.p. y los de 75 años o más llegan a −15,2 p.p. Esta distribución muestra un perfil fuertemente restrictivo, donde la propensión a migrar disminuye de

manera categórica a medida que avanza el ciclo vital. Incluso en los censos anteriores, este patrón era aún más acentuado. En 2002 los valores eran de -12,1 p.p., -18,1 p.p. y -25,5 p.p. respectivamente, confirmando que este patrón etario ha sido consistente en el tiempo. Esta tendencia se diferencia considerablemente del total extranjero y del total general, que muestran un gradiente negativo mucho más moderado. De esta forma, la edad opera como un freno estructural mucho más severo, configurando un perfil de movilidad fuertemente concentrado en las edades jóvenes y adultas tempranas. De esta forma es plausible sostener que la movilidad de los inmigrantes regionales se encuentra más ligada a ciclos laborales tempranos y menos hacia motivos residenciales.

En relación al nivel educativo se observa un perfil diferenciado en los migrantes regionales. En 2017, la educación media muestra un valor positivo leve de +1,3 p.p., mientras que la educación superior alcanza +9,5 p.p., constituyéndose en uno de los principales predictores de la movilidad. Así también, se observan algunas fluctuaciones. En 2012, en comparación al 2002, se observa un descenso marcado en ambos niveles, advirtiendo un debilitamiento de la selectividad educativa. Sin embargo, entre 2012 y 2017, ambos niveles revierten esta tendencia. En el caso de la educación media, el efecto vuelve a ser positivo, aunque se mantiene en niveles moderados, mientras que la educación superior no solo recupera terreno, sino que alcanza su mayor valor en el período analizado. En comparación con el conjunto extranjero (Modelo 5), la gran diferencia se concentra en la educación superior. Mientras que en el nivel educativo medio las magnitudes son similares, en el nivel superior se observan brechas claras de movilidad, con un efecto mucho más elevado entre los migrantes regionales. En suma, el patrón educativo de los migrantes regionales muestra oscilaciones. Entre 2002 y 2012 se debilitó la selectividad, reflejando la diversificación de perfiles, pero en 2017 se revalorizó la educación superior, combinando masificación inicial y posterior diferenciación por capital humano.

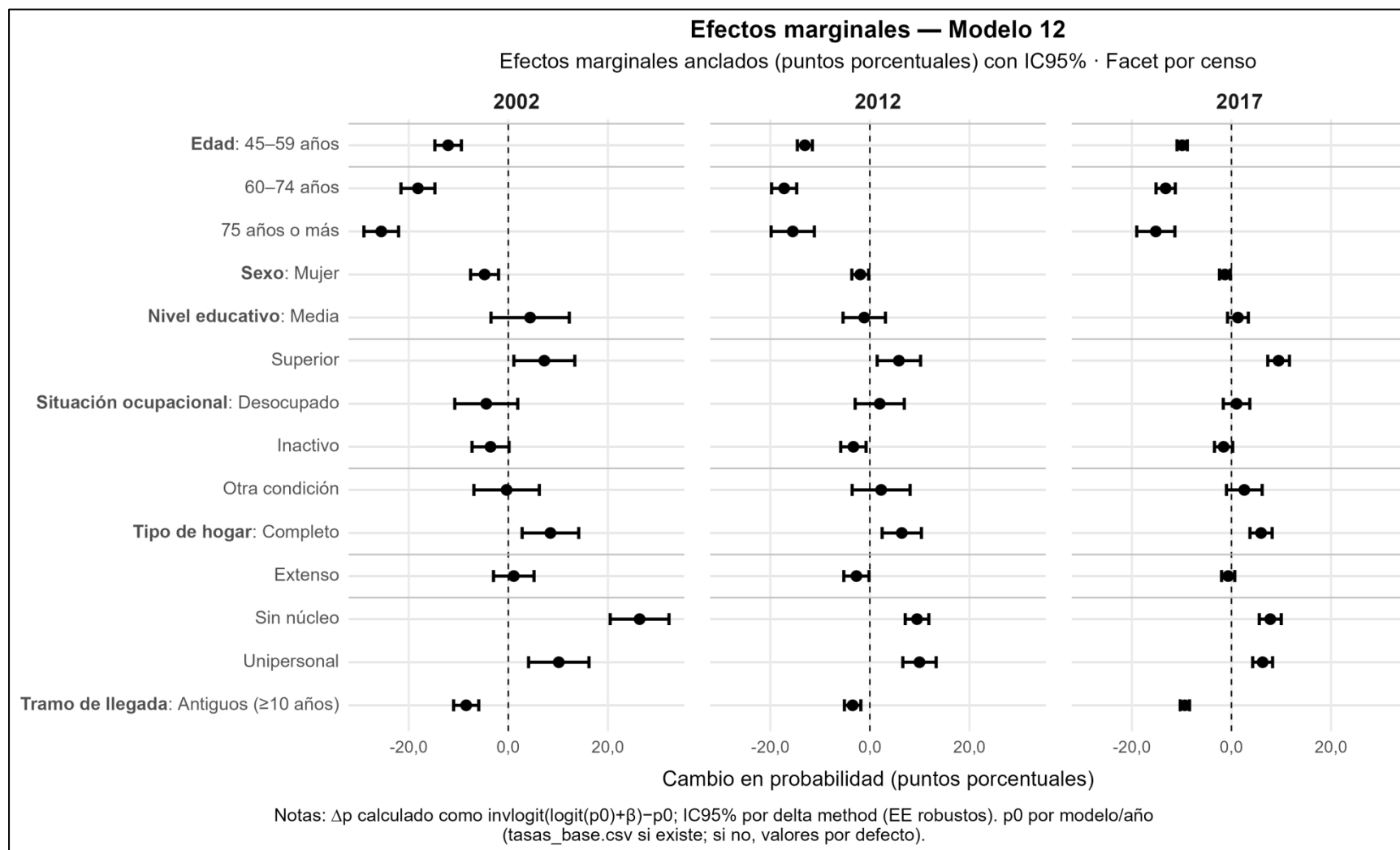
Tabla 8.5

Efectos marginales promedio (AME) de la propensión migratoria de la población migrante regional (2002-2017)

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-4.8 [-7.6—1.9]	-1.9 [-3.6—0.2]	-1.3 [-2.4—0.2]	3.4
	45–59 años	-12.1 [-14.8—9.4]	-13.1 [-14.6—11.6]	-9.9 [-10.9—8.9]	2.2
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-18.1 [-21.6—14.7]	-17.2 [-19.7—14.7]	-13.2 [-15.2—11.3]	4.9
	75 años o más	-25.5 [-29.0—22.0]	-15.5 [-19.8—11.2]	-15.2 [-19.0—11.4]	10.3
Educación (ref: Básica)	Media	4.4 [-3.5—12.2]	-1.1 [-5.4—3.1]	1.3 [-0.8—3.4]	-3.1
	Superior	7.2 [1.1—13.4]	5.8 [1.5—10.2]	9.5 [7.3—11.6]	2.2
	Desocupado	-4.4 [-10.8—1.9]	2.0 [-3.0—6.9]	1.0 [-1.6—3.7]	5.4
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	-3.6 [-7.3—0.1]	-3.3 [-5.9—0.8]	-1.6 [-3.4—0.3]	2.0
	Otra condición	-0.3 [-6.9—6.2]	2.3 [-3.6—8.1]	2.6 [-1.0—6.2]	2.9
	Completo	8.5 [2.8—14.1]	6.4 [2.5—10.4]	6.0 [3.7—8.2]	-2.5
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	1.1 [-3.0—5.2]	-2.7 [-5.2—0.2]	-0.7 [-2.0—0.7]	-1.8
	Sin núcleo	26.4 [20.5—32.3]	9.5 [7.1—11.8]	7.8 [5.6—10.0]	-18.6
	Unipersonal	10.1 [4.1—16.2]	10.0 [6.6—13.3]	6.3 [4.3—8.3]	-3.9
Tramo de llegada	Antiguos (≥10 años)	-8.5 [-11.0—5.9]	-3.5 [-5.1—1.8]	-9.3 [-10.3—8.4]	-0.9

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 8.8 Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la población migrante regional (2002-2017)



La evolución de la situación ocupacional en los migrantes regionales muestra cambios significativos. En 2002, tanto los desocupados (-4,4 p.p.) como los inactivos (-3,6 p.p.) registraban efectos negativos, mientras que “otra condición” se mantenía prácticamente neutra (-0,3 p.p.). Para 2017, el perfil se vuelve más heterogéneo. Los desocupados pasan a un efecto positivo, aunque leve (+1,0 p.p.), los inactivos reducen su restricción (-1,6 p.p.) y “otra condición” se consolida como el principal impulsor de la movilidad (+2,6 p.p.). Este patrón, aunque presenta valores un poco más marcados en migrantes fronterizos, es similar al que presenta la población total extranjera, donde la inactividad restringe levemente la inmigración y la desocupación la favorece levemente.

El tipo de hogar marca diferencias muy claras respecto del patrón de referencia (hogar nuclear). Los hogares sin núcleo registran un efecto positivo de +7,8 p.p., los unipersonales alcanzan +6,3 p.p. y los completos +6,0 p.p., configurándose como los principales impulsores de la movilidad. En contraste, los hogares extensos muestran un efecto negativo y no significativo (-0,7 p.p.), estando menos asociados a la propensión migratoria. En comparación con 2002, se observa una reducción marcada de las magnitudes observadas, sobre todo en los hogares sin núcleo representaba +26,4 p.p., los unipersonales +10,1 p.p... y completo +8,5. Pese a esto, se mantienen las jerarquías en términos de distribución. Estas tres configuraciones también conservan peso explicativo en la movilidad de la población extranjera total, aunque en menores magnitudes. Sin embargo, en el caso de los migrantes regionales, tras los hogares sin núcleo, son los unipersonales los que adquieren mayor peso, superando a los completos. Esta configuración se ha mantenido durante todo el periodo y subraya la importancia de la autonomía individual en la movilidad.

Por último, en los tres censos, quienes acumulan más de una década de residencia en Chile registran sistemáticamente una probabilidad más baja de migrar internamente: -4,5 p.p. en 2002, -6,8 p.p. en 2012 y -5,7 p.p. en 2017. Este efecto alcanza una magnitud moderada-alta en 2002 y 2017, y se atenúa levemente en 2012, aunque mantiene su significancia. En conjunto, los resultados indican que los migrantes regionales de llegada más reciente presentan una movilidad interna más elevada que otros grupos extranjeros

(Modelos 5 y 11), reflejando una mayor intensidad en los desplazamientos durante las etapas iniciales del asentamiento.

En síntesis, el Modelo 12, presenta un patrón de selectividad migratoria en los migrantes regionales que articula dimensiones sociodemográficas, educativas y residenciales, caracterizado por: i) persistencia de la brecha de género pese a atenuaciones; ii) freno etario fuerte en los tramos medios y mayores; iii) centralidad de la educación superior como principal motor de movilidad; iv) selectividad familiar y de hogares; v) estabilidad residencial por antigüedad; y vi) concentración de la movilidad en las fases iniciales del ciclo migratorio.

El perfil migratorio de los migrantes regionales refleja una selectividad positiva pero estratificada, donde la educación superior presenta una ventaja clara en comparación a otros tramos educativos. Esto, combinado con determinados arreglos familiares con mayor autonomía, impulsa la movilidad. Mientras que la edad avanzada, la inactividad económica, la residencia prolongada y, en menor medida, el sexo femenino, actúan como frenos. En conjunto, se configura un patrón que combina ventajas educativas y residenciales con restricciones ligadas al ciclo vital y a la inserción ocupacional, revelando trayectorias más móviles en las etapas iniciales del asentamiento y una posterior estabilización territorial. No obstante, esta lógica selectiva se enmarca en un proceso de masificación reciente de la migración interna. La expansión y diversificación de los flujos ha dado lugar a una movilidad más heterogénea, aunque aún marcada por diferencias de capital humano y por fases diferenciadas del ciclo migratorio.

En síntesis, los resultados del Modelo 12 permiten delinear un perfil migratorio en los migrantes regionales caracterizado por una selectividad positiva asociada al capital educativo y a ciertas configuraciones familiares. La educación superior destaca como el principal factor que incrementa sostenidamente la propensión a migrar internamente entre los migrantes regionales, en contraste con la educación media, que no presenta efectos significativos. Asimismo, los hogares unipersonales, sin núcleo y completos muestran asociaciones positivas con la movilidad, aunque con magnitudes diferenciadas. En sentido contrario, variables como el sexo femenino (sobre todo en 2002), la edad avanzada, la inactividad económica y la residencia prolongada en el país se relacionan de forma negativa

con la probabilidad de migrar, indicando trayectorias más estables y menor disposición al desplazamiento interno. En conjunto, estos hallazgos reflejan un patrón de movilidad que privilegia a quienes poseen mayores niveles de escolaridad y trayectorias residenciales recientes.

8.5. Propensión migratoria de países OCDE

El Modelo 13 estima la propensión a migrar internamente de los migrantes provenientes de países miembros de la OCDE. De acuerdo con la Tabla 8.9 los valores de ajuste son relativamente consistentes en el tiempo y se sitúan entre los más altos dentro de los subgrupos extranjeros analizados.

Figura 8.9

Indicadores de ajuste del Modelo 13 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	14.725	0.075	0.118
2012	11.991	0.068	0.106
2017	22.297	0.066	0.105

Notas. AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

En 2002, los índices de Pseudo R² alcanzan 0,075 (McFadden) y 0,118 (Nagelkerke), cifras que se mantienen en niveles comparables en 2012 (0,068 y 0,106) y 2017 (0,066 y 0,105). El AIC muestra una trayectoria menos lineal, con 14.725 en 2002, un descenso a 11.991 en 2012 y un aumento a 22.297 en 2017, reflejando variaciones asociadas al tamaño y composición de la muestra censal. Estos resultados indican que la propensión migratoria de la población OCDE se sostiene en patrones de selectividad relativamente estables, con un poder explicativo mayor que el observado en los migrantes regionales y fronterizos, lo que sugiere perfiles más definidos de movilidad interna en este grupo. La Tabla 8.5 y la Figura sintetizan el Modelo 13, relativo a los migrantes de países OCDE. En los migrantes OCDE, la variable sexo muestra un recorrido fluctuante.

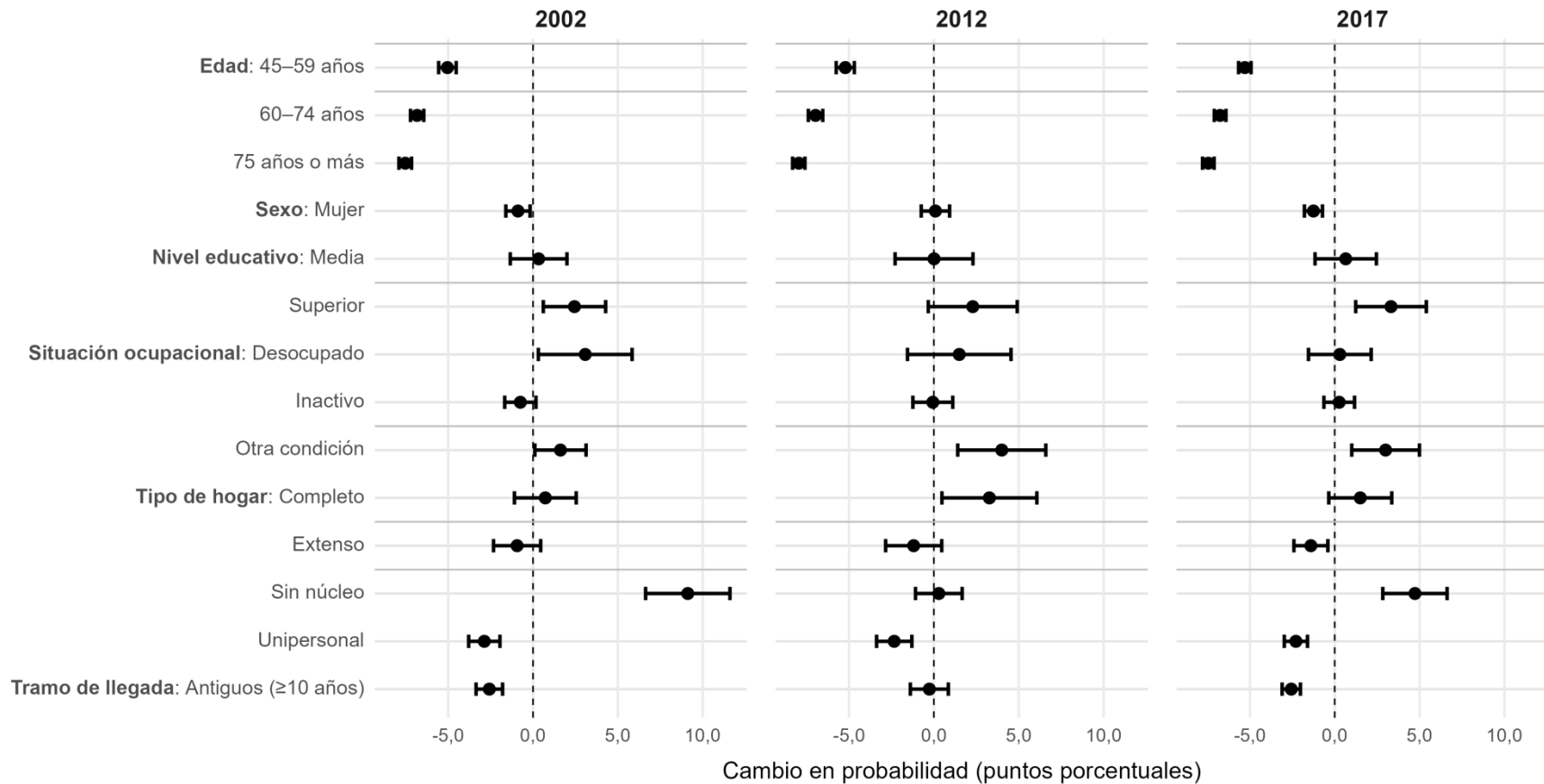
Tabla 8.6 Efectos marginales promedio (AME) sobre la propensión migratoria de la países OCDE (2002-2017)

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-0.9 [-1.6—0.2]	0.1 [-0.8—0.9]	-1.3 [-1.8—-0.7]	-0.4
	45–59 años	-5.0 [-5.6—-4.5]	-5.2 [-5.8—-4.7]	-5.3 [-5.7—-4.9]	-0.2
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-6.8 [-7.2—-6.4]	-7.0 [-7.4—-6.5]	-6.8 [-7.1—-6.4]	0.1
	75 años o más	-7.5 [-7.9—-7.2]	-8.0 [-8.3—-7.6]	-7.4 [-7.8—-7.1]	0.1
Educación (ref: Básica)	Media	0.3 [-1.3—2.0]	0.0 [-2.3—2.3]	0.6 [-1.2—2.5]	0.3
	Superior	2.4 [0.6—4.3]	2.3 [-0.3—4.9]	3.3 [1.2—5.4]	0.9
	Desocupado	3.1 [0.3—5.8]	1.5 [-1.6—4.5]	0.3 [-1.6—2.1]	-2.8
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	-0.8 [-1.7—0.2]	-0.1 [-1.2—1.1]	0.3 [-0.6—1.2]	1.0
	Otra condición	1.6 [0.1—3.1]	4.0 [1.4—6.6]	3.0 [1.0—5.0]	1.4
	Completo	0.7 [-1.1—2.5]	3.3 [0.5—6.1]	1.5 [-0.3—3.4]	0.8
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	-0.9 [-2.3—0.4]	-1.2 [-2.8—0.5]	-1.4 [-2.4—-0.4]	-0.5
	Sin núcleo	9.1 [6.6—11.6]	0.3 [-1.1—1.7]	4.7 [2.8—6.6]	-4.4
	Unipersonal	-2.9 [-3.8—-1.9]	-2.3 [-3.4—-1.3]	-2.3 [-3.0—-1.6]	0.6
Tramo de llegada	Antiguos (≥ 10 años)	-2.6 [-3.4—-1.8]	-0.3 [-1.4—0.8]	-2.6 [-3.1—-2.0]	0.0

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Efectos marginales — Modelo 13

Efectos marginales anclados (puntos porcentuales) con IC95% · Facet por censo



Notas: Δp calculado como $\text{invlogit}(\text{logit}(p_0) + \beta) - p_0$; IC95% por delta method (EE robustos). p_0 por modelo/año (tasas_base.csv si existe; si no, valores por defecto).

En 2002 las mujeres registraban una leve desventaja ($-0,89$ p.p.), en 2012 la brecha prácticamente desaparece ($+0,09$ p.p.) y en 2017 reaparece con mayor intensidad ($-1,26$ p.p.). A diferencia del conjunto extranjero (Modelo 5), donde la convergencia es más estable y en 2017 el efecto es prácticamente nulo ($-0,23$ p.p.), entre los OCDE persiste un rezago que refleja desigualdades de género más resistentes.

La edad muestra una dirección persistente y con un efecto negativo estructural. En 2017 los tramos de 45–59 años ($-5,3$ p.p.), 60–74 años ($-6,8$ p.p.) y 75 o más ($-7,5$ p.p.) muestran un perfil claramente restrictivo que se va incrementando en cada tramo. Este grupo presenta variaciones mínimas en cada periodo. Entre 2002 y 2012 los cambios fueron leves con variaciones que oscilaron de $-0,2$ a $-0,4$ p.p., y entre 2012 y 2017 las variaciones fueron cercanas a cero, confirmando la estabilidad y persistencia en el tiempo del efecto restrictivo de la edad. Comparativamente con el total extranjero y con los demás grupos extranjeros, el grupo OCDE muestra efectos negativos más acentuados en todos los tramos etarios confirmando un patrón restrictivo consolidado.

Los migrantes OCDE muestran un perfil educativo marcado por diferencias entre niveles. En 2017, la educación media apenas alcanza un efecto positivo leve ($+0,6$ p.p.), mientras que la superior se consolida como el principal impulsor ($+3,3$ p.p.). La evolución evidencia gran estabilidad y reafirma estas diferencias. Los efectos de la educación media se mantienen prácticamente nulos en 2002 y 2012, mientras que el nivel superior conserva efectos positivos en todo el período con un repunte en 2017. De esta forma, presenta un perfil selectivo diferenciado y estable, con valores moderados aunque menos pronunciados que en el conjunto extranjero en educación superior, sugiriendo una selectividad más contenida.

Con relación a la situación ocupacional, los resultados evidencian una influencia débil y heterogénea sobre la propensión a migrar internamente en la población proveniente de países OCDE. En 2017 los desocupados e inactivos presentan efectos prácticamente nulos, con $+0,3$ p.p. en ambos casos, mientras que la categoría “otra condición” alcanza un valor más marcado ($+3,0$ p.p.). En el caso de desocupados, ha mostrado una trayectoria descendente constante, con una reducción de $-2,8$ p.p. entre 2002 y 2017, mientras que los inactivos se han mantenido en niveles cercanos a cero a lo largo del período. Por su parte,

“otra condición” conserva efectos positivos sostenidos, confirmándose como el único componente con cierto impulso migratorio. En conjunto, la situación ocupacional en los migrantes OCDE configura un efecto débil y secundario. La casi nula incidencia de la desocupación e inactividad refleja que estos colectivos no dependen de la inserción en mercados laborales secundarios ni de ajustes residenciales forzados, donde las condiciones atípicas generan cierta propensión adicional a migrar.

Los tipos de hogares muestran un comportamiento relativamente contrastante. En 2017, los hogares sin núcleo actúan como principal impulsor (+4,7 p.p.), los completos presentan un efecto positivo leve (+1,5 p.p.), mientras que los extensos (-1,4 p.p.) y unipersonales (-2,3 p.p.) restringen la movilidad. A lo largo del período, la evolución muestra un patrón mixto. Los hogares extensos se mantienen de forma constante como restrictivos, los completos oscilan entre impulsos leves y neutralidad, los unipersonales conservan un freno persistente y los sin núcleo, tras una caída abrupta en 2012, recuperan su efecto positivo en 2017. En los migrantes OCDE, los hogares extensos y unipersonales muestran restricciones constantes, a diferencia del conjunto extranjero (Modelo 5), donde los unipersonales impulsan la movilidad y los extensos presentan efectos positivos bajos en 2002 y 2017. De este modo, el patrón OCDE se asemeja más al de la población total en la distribución de facilitadores y restrictores. Así, las decisiones migratorias responden menos a estructuras domésticas flexibles y más a ciclos vitales y estrategias residenciales específicas.

Por último, en relación con el tramo de llegada al país, la población proveniente de países OCDE presenta una asociación negativa con la migración interna reciente. Quienes acumulan diez años o más de residencia registran sistemáticamente menor probabilidad de desplazarse en comparación con los llegados en el mediano plazo (5–9 años), con efectos de -2,6 p.p. en 2002 y -2,6 p.p. en 2017, y un valor cercano a cero en 2012 (0,3 p.p.). Comparativamente, el patrón observado se asemeja al de la población extranjera total, aunque con coeficientes levemente más bajos en el grupo OCDE.

En síntesis, los migrantes provenientes de países OCDE exhiben un perfil migratorio estable y diferenciado: i) la convergencia de género permanece incompleta, con brechas que persisten; ii) la edad actúa como un freno estructural constante, concentrando

la movilidad en etapas tempranas del ciclo vital; iii) la educación superior incide en la movilidad, mientras que la educación media se mantiene neutra; iv) la situación ocupacional presenta una incidencia débil, limitada a condiciones atípicas; v) los hogares unipersonales y extensos operan como restrictores mientras que los hogares sin núcleo la favorecen; y vi) la residencia prolongada se asocia a menores niveles de movilidad.

En suma, el perfil migratorio de los migrantes OCDE se define por una selectividad contenida y estable, y muestra un patrón diferenciado dentro del conjunto extranjero. La brecha de género se mantiene con mayor resistencia que en el conjunto extranjero y la edad actúa como un freno estructural, concentrando la movilidad en etapas adultas tempranas. En el ámbito educativo, la propensión a migrar se sostiene casi exclusivamente en la educación superior, mientras que la media permanece neutra, configurando un patrón selectivo menos intenso pero consistente en el tiempo. En cambio, la ocupación y los arreglos domésticos muestran una influencia débil. La movilidad, en este grupo, depende menos de ajustes laborales o domésticos inmediatos. Finalmente, la residencia prolongada se asocia a una menor propensión a migrar, confirmando procesos de estabilización temprana y trayectorias menos ligadas a ajustes residenciales forzados.

En síntesis, el análisis del Modelo 13 revela que la población extranjera proveniente de países OCDE presenta un perfil migratorio interno caracterizado por niveles relativamente bajos de movilidad y patrones diferenciados respecto de otros grupos migrantes. Entre los factores que restringen la migración interna reciente destacan el aumento de la edad, la prolongada residencia en el país y la pertenencia a hogares unipersonales, todos con efectos estadísticamente significativos y sostenidos. Estos elementos sugieren trayectorias de asentamiento más consolidadas y menos permeables al desplazamiento territorial. En cambio, ciertos factores como la posesión de educación superior y la residencia en hogares sin núcleo muestran una asociación positiva con la propensión a migrar, aunque con efectos más acotados y no siempre sostenidos en el tiempo.

8.6. . Migración interregional de migrantes fronterizos

El Modelo 14 examina los determinantes de la migración interregional en el grupo de migrantes fronterizos (Argentina, Bolivia y Perú). Según la Tabla 8.10, los indicadores de ajuste muestran niveles moderados y estables en el tiempo, aunque con variaciones asociadas a la calidad censal y al tamaño del subgrupo.

Figura 8.10

Indicadores de ajuste del Modelo 14 según censo (AIC y pseudo-R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	3.924	0.038	0.063
2012	7.637	0.028	0.042
2017	20.148	0.033	0.050

Notas. AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

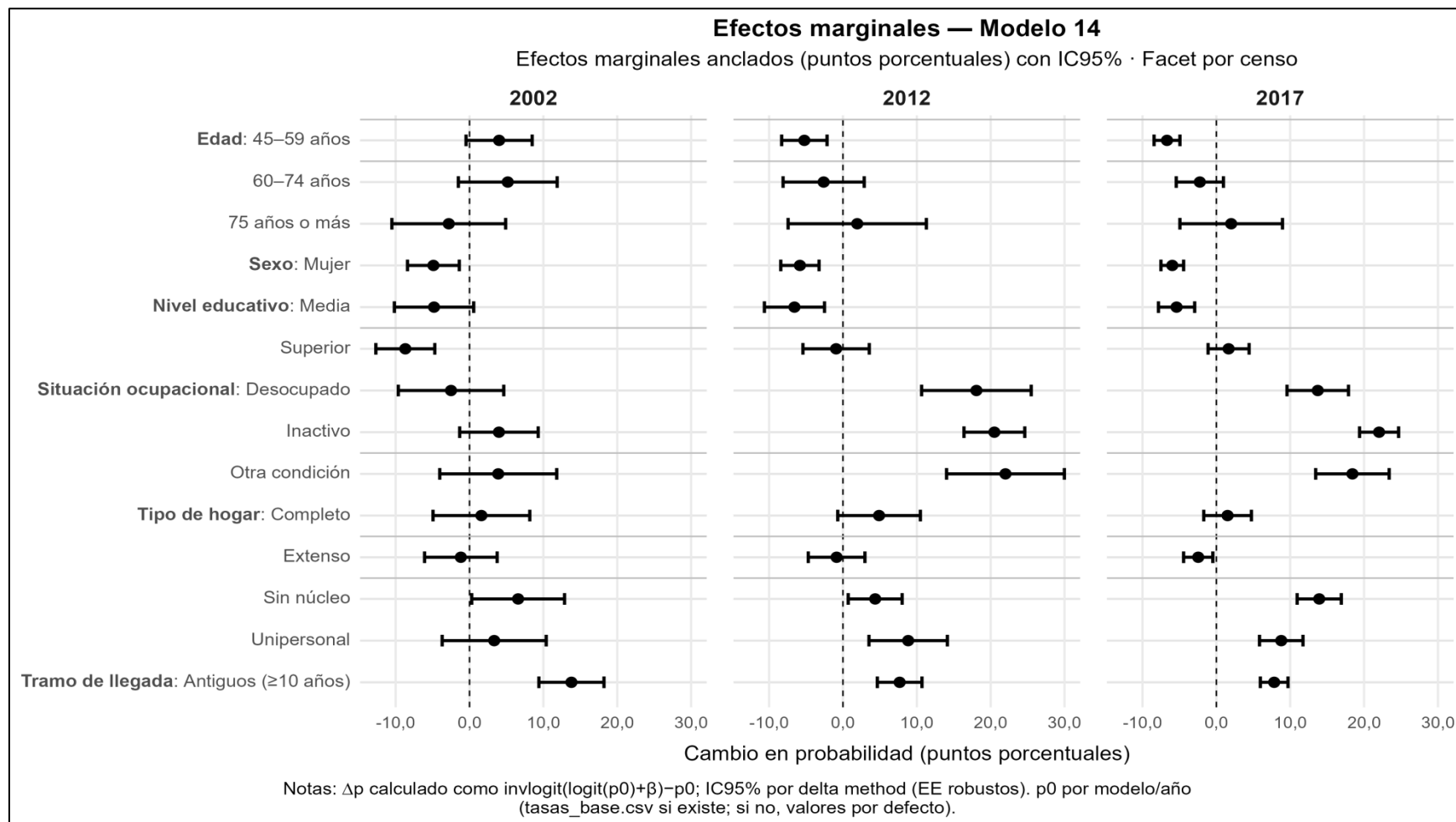
En 2002, el Pseudo R² de McFadden alcanza 0,038 y el de Nagelkerke 0,063, valores que disminuyen en 2012 (0,028 y 0,042, respectivamente) y se recuperan parcialmente en 2017 (0,033 y 0,050). El AIC, por su parte, evidencia un incremento progresivo desde 3.924 en 2002 hasta 20.148 en 2017, reflejando el aumento en la complejidad del modelo con el paso del tiempo. En conjunto, estos resultados sugieren que la capacidad explicativa de los determinantes sociodemográficos en la movilidad interregional de los migrantes fronterizos es más acotada que en la propensión general a migrar, aunque mantiene cierta consistencia en la dirección de los efectos. El Modelo 14 aparece en la Tabla 8.6 y la Figura 8.11, mostrando los efectos de las variables sobre la migración interregional de población fronteriza

Tabla 8.7*Efectos marginales promedio (AME) de la migración interregional de la población (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-4.9 [-8.4—1.4]	-5.8 [-8.4—3.2]	-6.0 [-7.5—-4.4]	-1.1
	45–59 años	4.0 [-0.5—8.5]	-5.2 [-8.3—-2.1]	-6.7 [-8.4—-4.9]	-10.7
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	5.2 [-1.5—11.9]	-2.6 [-8.1—2.9]	-2.2 [-5.4—1.0]	-7.4
	75 años o más	-2.8 [-10.5—4.9]	1.9 [-7.4—11.3]	2.0 [-4.9—8.9]	4.8
Educación (ref: Básica)	Media	-4.8 [-10.2—0.6]	-6.6 [-10.6—-2.5]	-5.4 [-7.8—-2.9]	-0.6
	Superior	-8.7 [-12.7—-4.7]	-0.9 [-5.4—3.6]	1.7 [-1.1—4.4]	10.3
	Desocupado	-2.5 [-9.6—4.6]	18.1 [10.6—25.5]	13.7 [9.6—17.9]	16.2
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	4.0 [-1.3—9.3]	20.5 [16.4—24.6]	22.0 [19.4—24.7]	18.1
	Otra condición	3.9 [-4.0—11.8]	22.0 [14.0—30.0]	18.4 [13.4—23.4]	14.5
	Completo	1.6 [-4.9—8.2]	4.9 [-0.7—10.5]	1.5 [-1.7—4.7]	-0.1
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	-1.2 [-6.1—3.7]	-0.9 [-4.7—3.0]	-2.5 [-4.4—-0.5]	-1.3
	Sin núcleo	6.6 [0.3—12.9]	4.4 [0.7—8.0]	13.9 [10.9—16.9]	7.3
	Unipersonal	3.3 [-3.7—10.4]	8.8 [3.5—14.1]	8.8 [5.8—11.7]	5.4
Tramo de llegada	Antiguos (≥ 10 años)	13.8 [9.4—18.2]	7.7 [4.7—10.7]	7.8 [6.0—9.7]	-6.0

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 8.11 Efectos marginales promedio (AME) en la migración interregional de la población migrante fronterizas (2002-2017)



Entre los migrantes fronterizos, la diferencia entre hombres y mujeres en la movilidad interregional se mantiene constante. En este sentido, la variable sexo muestra en 2017 una desventaja femenina de $-5,97$ p.p., confirmando un patrón restrictivo. Entre 2002 y 2017 la brecha se amplía en $-1,08$ p.p. (de $-4,89$ a $-5,97$ p.p.), consolidando una trayectoria ascendente. En comparación con el Modelo 5, los valores son de magnitudes similares, aunque con trayectorias distintas. En 2002, el efecto negativo era mayor en el conjunto extranjero, mientras que en 2012 y 2017 los inmigrantes fronterizos presentan desventajas más intensas, evidenciando un patrón más estable y creciente frente a la fluctuación del total extranjero.

La edad muestra un patrón fluctuante en la movilidad interregional. En 2017, los 45–59 años registran un efecto negativo de $-3,4$ p.p., los 60–74 años se sitúan casi neutros ($+0,2$ p.p.) y los mayores de 75 alcanzan un valor positivo de $+3,4$ p.p., aunque este último debe interpretarse con cautela. La evolución confirma que todos los tramos cambian de signo en 2012 y mantienen esa dirección en 2017, configurando un perfil inestable pero consistente en sus giros. En comparación con el conjunto extranjero interregional (Modelo 6), ambos grupos presentan distribuciones atípicas y poco lineales, aunque en los extranjeros totales las oscilaciones son más amplias. En definitiva, la edad no establece un gradiente claro entre los migrantes fronterizos, sino un patrón de fluctuaciones e inversiones de signo que se repite en el tiempo. Más que un efecto del ciclo vital, la movilidad interregional en este grupo parece responder a otras dinámicas.

La educación marca diferencias claras desde el inicio del periodo de observación, dando cuenta de un patrón restrictivo en ambos niveles educativos, pero especialmente en educación superior. Así, en 2002, la educación media registraba un efecto negativo de $-4,8$ p.p., mientras que la educación superior alcanzaba un valor aún más restrictivo de $-8,7$ p.p. Para 2017, el nivel medio mantiene un efecto negativo de $-5,4$ p.p. variando en $-0,6$ p.p., en tanto que la superior revierte su dirección y llega a $+1,7$ p.p., teniendo una variación neta $+10,4$ p.p. En comparación con el total extranjero, se observan direcciones similares pero los efectos son más marcados en la población fronteriza. En suma, se da cuenta de un patrón diferenciado, donde la educación media mantiene un efecto negativo estructural que restringe la movilidad, mientras que la educación superior asume progresivamente un papel facilitador leve para los desplazamientos interregionales. La reaparición de la

educación como recurso en etapas posteriores a los movimientos iniciales de ajuste residencial, implica que el nivel educativo revaloriza toda vez que permite acceder a oportunidades laborales o de mejoramiento en la calidad de vida.

En el caso de la situación ocupacional, esta variable señala un giro decisivo en la propensión migratoria. En 2017, los desocupados alcanzan un efecto positivo de +13,7 p.p., los inactivos llegan a +22,0 p.p. y quienes se ubican en “otra condición” registran +18,4 p.p., todos en comparación con los ocupados, que funcionan como categoría de referencia. Entre 2002 y 2017, se observa una variación por sobre los +14 p.p., consolidando la no inserción laboral como un determinante clave. En perspectiva comparada, si bien otros colectivos también reflejan efectos positivos de la no ocupación, en el caso del Modelo 14 las magnitudes destacan por ser más altas y homogéneas, confirmando que la desvinculación del mercado laboral opera como motor estructural y transversal de los desplazamientos interregionales.

Es importante detenerse en este punto. La movilidad interregional de los migrantes fronterizos refleja un patrón dual que combina mecanismos de oportunidad y de vulnerabilidad, que están documentados en la literatura. Por un lado, la revalorización progresiva del capital educativo en etapas posteriores a los movimientos iniciales indica que la educación superior funciona como recurso selectivo. Por otro, la ausencia de inserción laboral opera como un motor decisivo de la movilidad, remitiendo a estrategias individuales o familiares compensatorias frente a la precariedad. Esta dinámica se ve atravesada por la heterogeneidad de los propios colectivos fronterizos según origen nacional, donde conviven trayectorias más asociadas a proyectos de ascenso social, como puede ser el caso de migrantes argentinos, con flujos marcados por mayores vulnerabilidades laborales y residenciales en el caso de migrantes fronterizos provenientes de países andinos.

En el caso de los migrantes fronterizos, el tipo de hogar configura diferencias claras en la propensión a migrar. En 2017, los hogares sin núcleo alcanzan un efecto positivo de +13,9 p.p. y los unipersonales +8,8 p.p., aparecen como los principales facilitadores, mientras que los hogares completos registran apenas un efecto positivo leve y los extensos se mantienen como restrictores con valores bajos. Entre 2002 y 2017, los hogares sin

núcleo aumentan en +7,3 p.p. y los unipersonales en +5,4 p.p, mostrando un crecimiento considerable en su capacidad de impulso. De contraparte, los completos prácticamente no varían y los extensos profundizan levemente su carácter restrictivo. Este comportamiento es similar al observado en el conjunto extranjero (Modelo 6), aunque en el caso fronterizo (Modelo 14) los hogares sin núcleo y unipersonales adquieren mayor peso, los completos pierden relevancia y los extensos refuerzan su carácter restrictivo. El patrón de hogares es muy similar al que se observa para los migrantes fronterizos en la propensión migratoria, pero a nivel interregional aquí se marcan con mayor fuerza.

El tramo de llegada tiene un papel importante en la movilidad de los migrantes fronterizos. Quienes llevan 10 o más años de residencia en Chile presentan una asociación positiva y con efectos altos en la probabilidad de migrar interregionalmente en comparación con la categoría de referencia (5 – 9 años). En 2002, este grupo, registraban un efecto de +13,8 p.p., que se reduce a +7,7 p.p. en 2012 y se mantiene en un nivel similar en 2017 (+7,8 p.p.). Esta evolución que combina un alza y posterior estabilización del efecto, cuestiona la hipótesis generalizada en la literatura y confirmada en las estimaciones realizadas en otros grupos anteriormente vistos, según la cual a mayor tiempo de llegada al país es de menor distancia la movilidad interna. Más bien, apunta a la existencia de segmentos de migrantes fronterizos que, aun tras largos períodos de residencia, mantienen un comportamiento relativamente móvil. Ello puede responder a dinámicas laborales, cambios residenciales orientados a calidad de vida, o bien el efecto del ciclo vital, en tanto reactivación de movilidad en fases posteriores al asentamiento.

En síntesis, la movilidad interregional de los migrantes fronterizos se articula principalmente a partir de i) la reactivación de la educación como recurso selectivo; ii) la no participación en el mercado laboral, iii) configuraciones de hogar que facilitan la movilidad como hogares sin núcleo y unipersonales; iv) y persistencia de la propensión migratoria de migrantes antiguos. Lo anterior, sumado a la masculinización de los flujos y a la pérdida de influencia del gradiente etario como restrictor. Esto configura un patrón migratorio complejo en que coexisten segmentos migratorios diferenciados que se conjugan a partir de oportunidades y vulnerabilidades, configurando un perfil migratorio heterogéneo.

Con todo, la movilidad interregional de los migrantes fronterizos refleja un patrón dual que combina mecanismos de oportunidad y de vulnerabilidad, que están documentados en la literatura. Por un lado, la revalorización progresiva del capital educativo en etapas posteriores a los movimientos iniciales indica que la educación superior funciona como recurso selectivo. Por otro, la ausencia de inserción laboral opera como un motor decisivo de la movilidad, remitiendo a estrategias individuales o familiares compensatorias frente a la precariedad. Esta dinámica se ve atravesada por la heterogeneidad de los propios colectivos fronterizos según origen nacional, donde conviven trayectorias más asociadas a proyectos de ascenso social, como puede ser el caso de migrantes argentinos, con flujos marcados por mayores vulnerabilidades laborales y residenciales en el caso de migrantes fronterizos provenientes de países andinos. De ese modo, la movilidad interregional de los migrantes fronterizos no responde a un único determinante, sino a la interacción entre recursos acumulados, restricciones estructurales y composición diversa que influyen en desplazamientos de mayor distancia.

8.7. Migración interregional de migrantes regionales

La Tabla 8.12 presenta los indicadores de ajuste del Modelo 15. El AIC muestra un incremento sostenido, desde 1.712 en 2002 hasta 11.323 en 2017, lo que refleja la mayor complejidad del modelo conforme aumenta y se diversifica la población de migrantes regionales. Los valores de Pseudo R^2 de McFadden descienden de 0,036 en 2002 a 0,013 en 2017, mientras que los de Nagelkerke pasan de 0,057 a 0,022 en el mismo período. Estas cifras dan cuenta de un ajuste bajo, esperable en submuestras reducidas y heterogéneas, pero suficiente para captar los mecanismos principales de diferenciación.

En términos sustantivos, la Figura 8.13 complementa la lectura al mostrar cómo la capacidad explicativa del modelo se reduce a lo largo del tiempo, en paralelo con la diversificación de perfiles y estrategias migratorias al interior de los flujos regionales latinoamericanos. Mientras que la Tabla 8.7 permite caracterizar al Modelo 15 como un instrumento con un poder explicativo limitado, aunque adecuado para captar tendencias estructurales.

Figura 8.12*Indicadores de ajuste del Modelo 1 según censo (AIC y pseudo-R)*

Censo	AIC	R² McFadden	R² Nagelkerke
2002	1.712	0.036	0.057
2012	4.262	0.016	0.025
2017	11.323	0.013	0.022

Notas. AIC menor es mejor. Pseudo-R² (McFadden, Nagelkerke).

La variable sexo en los migrantes regionales muestra efectos muy bajos y cercanos a cero en todo el período, sin superar 1 p.p. En 2017, las mujeres registran un leve impulso de +0,39 p.p., prácticamente neutro, tras una trayectoria con fluctuaciones menores en los censos anteriores. Esta volatilidad contrasta con el Modelo 6, donde la desventaja femenina es más marcada y persistente. Esta ausencia de asociación contrasta con lo observado en la población extranjera total (Modelo 6), donde el sexo femenino se relaciona negativamente con la migración interregional en 2012 y 2017. De este modo, entre los migrantes regionales la movilidad interregional exhibe una convergencia de género constante.

En todos los años la edad mantiene una asociación negativa con la probabilidad de migrar interregionalmente, intensificándose a medida que avanzan los tramos etarios. La trayectoria de estos tramos muestra un comportamiento irregular y fluctuante, aunque en comparación con 2002 se atenúa el efecto negativo. En 2017, el grupo de 30–44 años registra –0,3 p.p., el de 45–59 años –0,9 p.p. y los mayores de 75 alcanzan –1,8 p.p., siendo este último el único valor que supera el umbral de efecto bajo. De este modo, la edad no configura un patrón lineal, pero sí muestra una atenuación de sus efectos negativos a lo largo del periodo de observación, sugiriendo una tendencia hacia la convergencia en torno a valores bajos.

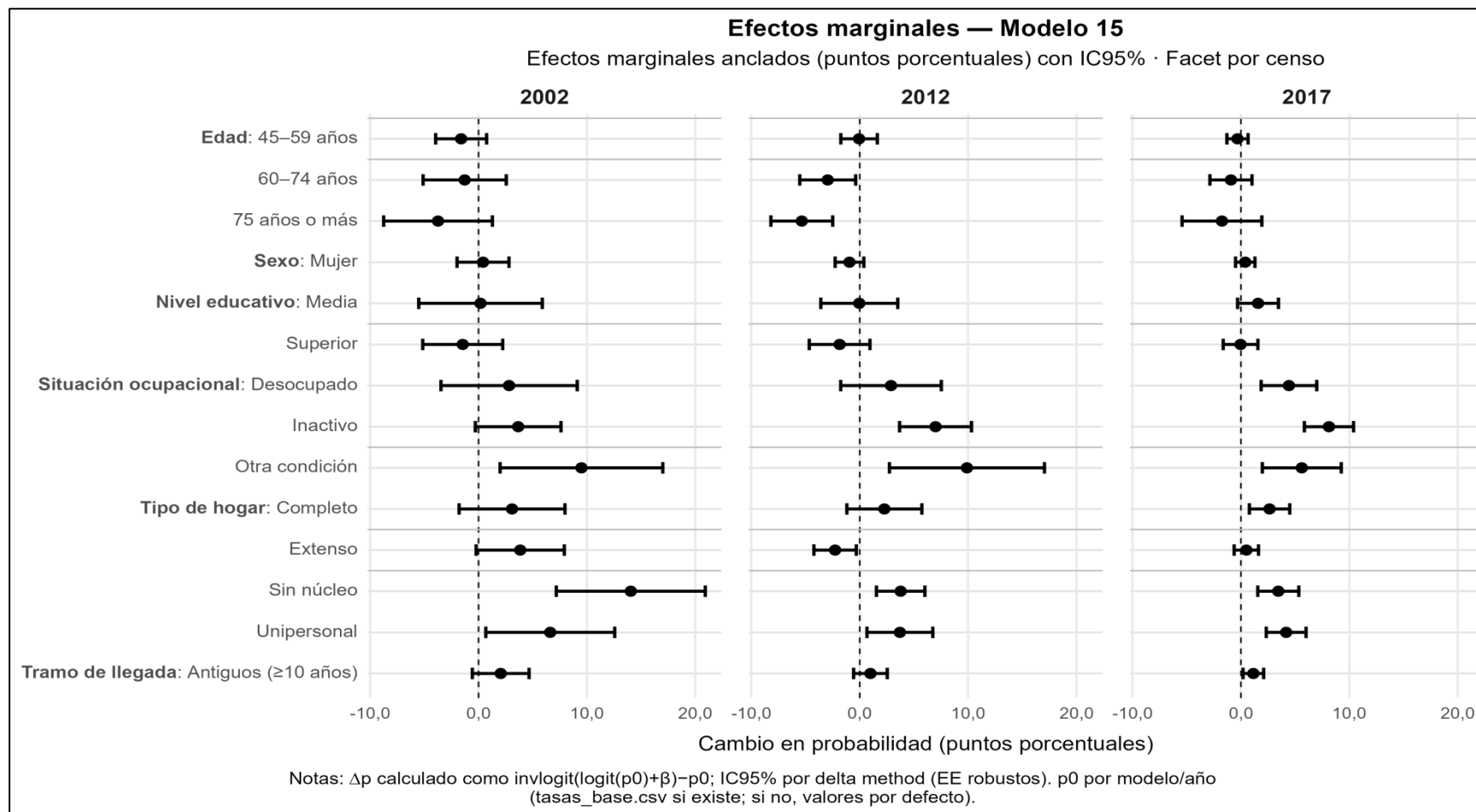
La variable nivel educativo muestra una trayectoria marcada por variaciones en sus efectos. Entre 2002 y 2012, la educación media se mantenía en torno a valores neutros, pero en 2017 adquiere un efecto positivo más claro (+1,58) mostrando mayor selectividad.

Tabla 8.8 Efectos marginales promedio (AME) de la migración interregional de la población (2002-2017)

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	0.4 [-2.0–2.8]	-0.9 [-2.3–0.4]	0.4 [-0.5–1.3]	-0.0
	45–59 años	-1.6 [-4.0–0.7]	-0.1 [-1.8–1.6]	-0.3 [-1.3–0.7]	1.3
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	-1.3 [-5.1–2.6]	-3.0 [-5.5–-0.4]	-0.9 [-2.9–1.0]	0.4
	75 años o más	-3.7 [-8.8–1.3]	-5.3 [-8.2–-2.5]	-1.8 [-5.4–1.9]	2.0
Educación (ref: Básica)	Media	0.2 [-5.5–5.9]	-0.0 [-3.6–3.5]	1.6 [-0.3–3.5]	1.4
	Superior	-1.5 [-5.2–2.2]	-1.9 [-4.7–0.9]	-0.0 [-1.6–1.6]	1.4
Ocupación (ref: Ocupado)	Desocupado	2.8 [-3.5–9.1]	2.9 [-1.8–7.5]	4.4 [1.9–7.0]	1.6
	Inactivo	3.7 [-0.3–7.6]	7.0 [3.7–10.3]	8.1 [5.8–10.4]	4.5
	Otra condición	9.5 [2.0–17.0]	9.9 [2.7–17.0]	5.6 [2.0–9.3]	-3.9
	Completo	3.1 [-1.8–8.0]	2.3 [-1.2–5.7]	2.6 [0.8–4.5]	-0.4
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	3.8 [-0.2–7.9]	-2.3 [-4.2–-0.3]	0.5 [-0.6–1.6]	-3.3
	Sin núcleo	14.0 [7.2–20.9]	3.8 [1.5–6.0]	3.4 [1.6–5.3]	-10.6
	Unipersonal	6.6 [0.7–12.6]	3.7 [0.7–6.7]	4.2 [2.3–6.0]	-2.4
Tramo de llegada	Antiguos (≥ 10 años)	2.0 [-0.6–4.7]	1.0 [-0.6–2.5]	1.1 [0.2–2.1]	-0.9

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 8.13 Efectos marginales promedio (AME) en la migración interregional de la población migrante regional (2002-2017)



La educación superior, en cambio, sigue un recorrido inverso. Si bien evidencia un efecto restrictivo en los primeros años, en 2017 se aproxima a cero. En comparación con el conjunto extranjero, ambos modelos muestran valores próximos a cero en educación superior. En cambio, en educación media, los migrantes regionales registran efectos levemente positivos, mientras que el total extranjero exhibe valores negativos. En suma, entre los migrantes regionales se configura una selectividad educativa inestable y diferenciada, donde la movilidad parece vincularse más con perfiles intermedios que con los altamente calificados.

La situación ocupacional constituye un determinante positivo y sostenido de la movilidad interregional, mostrando que las categorías que están por fuera de la categoría de referencia (ocupados), se asocian de manera consistente con una mayor probabilidad de migrar. Entre 2002 y 2017 se aprecia un aumento en la magnitud de los efectos tanto en desocupados como en inactivos, mientras que la categoría “otra condición” registra una leve reducción. La distribución de 2017 confirma esto. Los inactivos presentan el mayor efecto (+7,8 p.p.), seguidos por los desocupados (+5,5 p.p.) y, en menor medida, por quienes se ubican en “otra condición” (+2,8 p.p.). Las magnitudes son inferiores a las que presenta el conjunto extranjero, que también muestra valores positivos pero mayores. Pese a este perfil más contenido, estos resultados indican que la desvinculación del mercado laboral mantiene un vínculo estable con los desplazamientos interregionales y se trata de un determinante estructural persistente en el tiempo, que demuestra la importancia del mercado de trabajo en las trayectorias migratorias interregionales.

El tipo de hogar configura un patrón selectivo en el que predominan los arreglos de mayor autonomía decisional. A lo largo del período, aunque con variaciones en su magnitud, los hogares unipersonales, sin núcleo y completos mantienen efectos positivos, mientras que los extensos se vuelven restrictivos desde 2012, evidenciando su menor asociación con los desplazamientos interregionales. En 2017, los hogares sin núcleo registran el mayor efecto (+7,8 p.p.), seguidos por los unipersonales (+6,3 p.p.) y los completos (+6,0 p.p.), mientras que los extensos se mantienen restrictivos (-0,7 p.p.). La disminución de intensidad de los hogares sin núcleo (- 10,6 p.p.) respecto de 2002 no implica pérdida de relevancia explicativa, y el peso creciente de los unipersonales refuerza la importancia de la autonomía individual en este colectivo. En perspectiva comparada, el

patrón regional difiere del conjunto extranjero (Modelo 6), donde todas las configuraciones presentan efectos positivos, lo que muestra que en los regionales la estructura doméstica opera de manera más selectiva y estratificada.

Respecto al tramo de llegada, se evidencia un efecto positivo pero atenuado entre los migrantes regionales con diez años o más de residencia en Chile. En 2002 alcanzan +2,0 p.p., en 2012 descienden a +1,0 p.p. y en 2017 se mantienen en un nivel bajo pero significativo (+1,1 p.p.), mostrando una trayectoria estable y de magnitud reducida. En comparación, el conjunto extranjero interregional (Modelo 6) presenta asociaciones positivas de mayor intensidad, lo que refleja que en los regionales la antigüedad tiene un peso más acotado.

En síntesis, la movilidad interregional de los migrantes regionales se explica principalmente por dos determinantes: i) la situación ocupacional, donde la no inserción laboral actúa como motor sostenido de los desplazamientos, y ii) el tipo de hogar, en el que destacan los arreglos sin núcleo y unipersonales como facilitadores de la movilidad. A ello se suman efectos más acotados: el tramo de llegada muestra un impulso positivo aunque débil en los residentes de mayor antigüedad, mientras que la edad opera como un freno leve y atenuado en el tiempo. Este perfil revela que la movilidad de mayor alcance territorial en este grupo depende menos de atributos individuales clásicos y más de condiciones de inserción laboral y estructuras domésticas flexibles.

En términos generales, el Modelo 15 revela un patrón de migración interregional en migrantes regionales caracterizado por una selectividad sociodemográfica menos estructurada que en otros grupos. A lo largo de los tres censos, variables tradicionalmente explicativas como el sexo, la edad y el nivel educativo no muestran efectos gravitantes, sugiriendo una menor incidencia de atributos individuales clásicos en la configuración territorial de este grupo. De esta forma, se configura un patrón de selectividad emergente y flexible, donde los determinantes clásicos pierden protagonismo. En su lugar destacan condiciones de inserción socioeconómica y arreglos domésticos. Así, la movilidad interregional de los migrantes regionales responde, más que a capital humano acumulado, a estrategias de ajuste laboral y doméstico, revelando un tipo de migración menos estructurada y más contextual, reactiva y pragmática.

8.8. Migración interregional de países OCDE

El Modelo 16 examina la probabilidad de realizar una migración interregional entre los migrantes provenientes de países de la OCDE residentes en Chile, restringido a la población de 30 años y más. Este subgrupo, de menor tamaño relativo dentro del universo extranjero, permite observar cómo se comportan los determinantes de la movilidad territorial en colectivos caracterizados por mayores niveles de capital humano y trayectorias de inserción diferenciadas respecto de los flujos latinoamericanos.

La Tabla 8.9, presenta los indicadores de ajuste global del modelo. Los valores de pseudo- R^2 (McFadden entre 0.024 y 0.041; Nagelkerke entre 0.039 y 0.070) son bajos pero estables en el tiempo, lo que indica una capacidad explicativa acotada pero consistente. El AIC fluctúa entre 2.986 y 6.219, sin mostrar tendencias claras, lo que sugiere parsimonia relativa en un contexto de muestras pequeñas. En conjunto, estas métricas sitúan al Modelo 16 como un instrumento adecuado para captar regularidades de la movilidad interregional en un grupo de baja magnitud, aunque con perfiles socioeconómicos que lo distinguen nítidamente de los migrantes fronterizos y regionales.

Figura 8.14

Indicadores de ajuste del Modelo 1 según censo (AIC y pseudo- R)

Censo	AIC	R ² McFadden	R ² Nagelkerke
2002	4.115	0.041	0.070
2012	2.986	0.024	0.039
2017	6.219	0.025	0.043

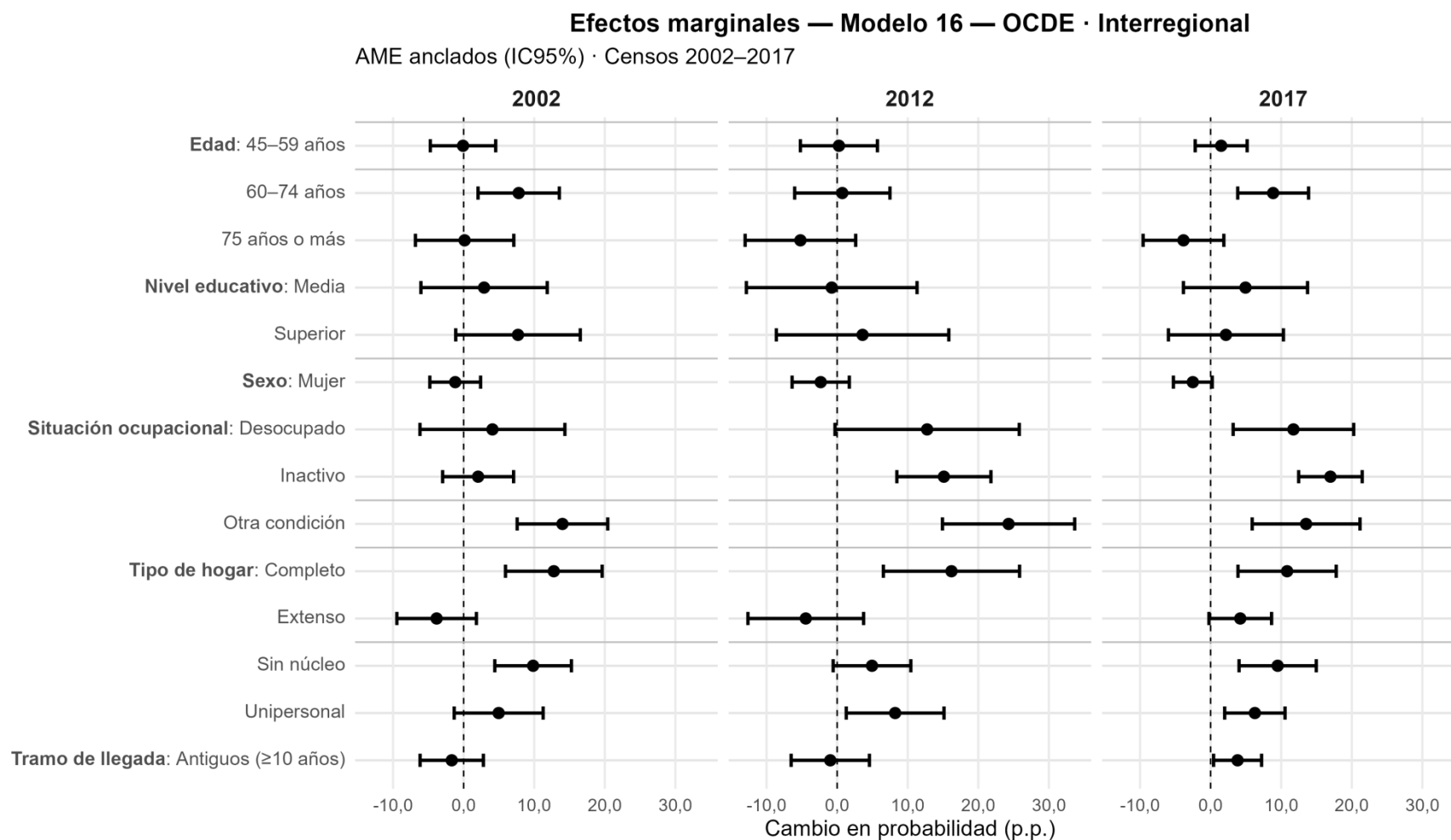
Notas. AIC menor es mejor. Pseudo- R^2 (McFadden, Nagelkerke).

Tabla 8.9*Efectos marginales promedio (AME) de la migración interregional de la población (2002-2017)*

Variable (ref.)	Categoría	2002	2012	2017	Δ 2002→2017
Sexo (ref: Hombre)	Mujer	-1.2 [-4.8–2.4]	-2.3 [-6.4–1.7]	-2.5 [-5.3–0.2]	-1.3
	45–59 años	-0.1 [-4.7–4.5]	0.2 [-5.2–5.7]	1.5 [-2.2–5.2]	1.6
Edad (ref: 30–44)	60–74 años	7.8 [2.0–13.6]	0.7 [-6.0–7.5]	8.9 [3.8–13.9]	1.1
	75 años o más	0.1 [-6.8–7.1]	-5.2 [-13.0–2.6]	-3.8 [-9.6–1.9]	-4.0
Educación (ref: Básica)	Media	2.9 [-6.0–11.8]	-0.8 [-12.9–11.3]	4.9 [-3.8–13.7]	2.0
	Superior	7.7 [-1.1–16.5]	3.6 [-8.6–15.8]	2.2 [-6.0–10.3]	-5.5
	Desocupado	4.1 [-6.2–14.3]	12.8 [-0.3–25.8]	11.7 [3.2–20.3]	7.6
Ocupación (ref: Ocupado)	Inactivo	2.0 [-3.0–7.1]	15.1 [8.5–21.8]	17.0 [12.5–21.5]	14.9
	Otra condición	14.0 [7.6–20.4]	24.3 [14.9–33.7]	13.5 [5.9–21.2]	-0.5
	Completo	12.8 [5.9–19.6]	16.2 [6.5–25.9]	10.8 [3.9–17.8]	-1.9
Hogar (ref: Nuclear)	Extenso	-3.8 [-9.5–1.8]	-4.4 [-12.6–3.8]	4.2 [-0.2–8.6]	8.0
	Sin núcleo	9.8 [4.4–15.3]	4.9 [-0.6–10.4]	9.5 [4.0–15.0]	-0.3
	Unipersonal	5.0 [-1.3–11.3]	8.2 [1.3–15.1]	6.3 [2.0–10.5]	1.3
Tramo de Llegada	Antiguos (≥10 años)	-1.7 [-6.2–2.8]	-1.0 [-6.5–4.6]	3.8 [0.4–7.2]	5.5

Notas. AME en puntos porcentuales (p.p.) con IC95%. Categorías de referencia: Sexo (Hombre), Edad (30–44), Nivel educativo (Básica), Situación ocupacional (Ocupado), Hogar (Nuclear), Origen migratorio (Fronterizo), Tramo de Llegada (<10 años). Universo: residentes de 30+ años. Ventana quinquenal (cambio de comuna en 5 años). Modelos logit por censo (2002/2012/2017), sin ponderadores. Interpretación: AME vs. referencia manteniendo constantes las demás covariables. Log-odds, N y prob. base en anexo.

Figura 8.15 Efectos marginales promedio (AME) de la migración interregional de la población (2002-2017)



Notas: $\Delta p = \text{invlogit}(\text{logit}(p_0) + \beta) - p_0$; IC95% por delta method. p_0 por modelo/año.

La variable sexo confirma un patrón persistente de desventaja femenina en la migración interregional. En 2002, las mujeres registraban un efecto negativo de $-1,20$ p.p., en 2012 la brecha se amplió a $-2,33$ p.p. y en 2017 alcanzó $-2,53$ p.p. Esta trayectoria evidencia una tendencia sostenida al reforzamiento de la desigualdad de género, con magnitudes moderadas pero consistentes. A diferencia de otros colectivos donde se observan procesos de convergencia o fluctuaciones en la brecha, en este grupo la desigualdad de género se consolida como un rasgo estructural y persistente en el tiempo.

En cuanto a la edad, los resultados evidencian un patrón poco lineal en la movilidad interregional de los migrantes OCDE. En 2017, la edad muestra un patrón irregular en la movilidad interregional de los migrantes OCDE. El grupo de 60–74 años destaca con un efecto positivo de $+8,9$ p.p., mientras que los de 45–59 años registran un valor bajo de $+1,5$ p.p. y los de 75 años o más presentan un efecto negativo de $-3,9$ p.p. En conjunto, la edad no establece una relación uniforme con la distancia migratoria, sino que refleja alternancias de signo a lo largo del tiempo, con los adultos mayores intermedios como único tramo con impulso sostenido.

El nivel educativo muestra variaciones opuestas a lo largo del período. Entre 2002 y 2017, la educación media aumenta en $+2,0$ p.p. y alcanza en 2017 un efecto positivo de $+4,9$ p.p., mientras que la educación superior disminuye en $-5,5$ p.p. y se sitúa en $+2,2$ p.p. Este resultado indica que la movilidad interregional de los migrantes OCDE tiende a apoyarse más en perfiles educativos intermedios que en los altamente calificados, reflejando una redistribución interna de la selectividad. Esto se diferencia del patrón identificado en el Modelo 13, donde la propensión a la movilidad de los migrantes OCDE se apoya casi exclusivamente en la educación superior. Al comparar con el conjunto extranjero (Modelo 6), la educación media mantiene un efecto negativo y la superior conserva mayor peso explicativo. En suma, este modelo evidencia un cambio de perfil, pasando de la primacía de la educación superior en 2002 a un mayor protagonismo de la educación media en 2017, reflejando una reconfiguración de la selectividad y contrasta con el conjunto extranjero donde la educación media sigue siendo restrictiva.

La situación ocupacional aparece como un determinante central de la movilidad interregional. En 2017, los desocupados alcanzan un efecto positivo de $+11,7$ p.p., los inactivos llegan a $+17,0$ p.p. y quienes se ubican en “otra condición” registran $+13,5$

p.p., todos en comparación con los ocupados. La evolución confirma un aumento marcado en la magnitud de los inactivos, que crecieron en +15,0 p.p. entre 2002 y 2017, consolidándose como el principal impulsor del grupo. En términos comparativos generales, este patrón se asemeja en la escala interregional tanto al conjunto extranjero como al grupo fronterizo, coincidiendo en el orden de las categorías y en el hecho de que todas presentan valores altos. Los inactivos se consolidan como el principal grupo facilitador de la migración interna interregional a nivel de hogares.

El tipo de hogar se configura como un factor relevante en la propensión a migrar interregionalmente. En 2017, los hogares sin núcleo registran el mayor efecto positivo (+11,6 p.p.), seguidos por los unipersonales (+10,7 p.p.) y los completos (+4,3 p.p.), mientras que los hogares extensos alcanzan un efecto restrictivo (-2,7 p.p.). La evolución entre 2002 y 2017 confirma un aumento sostenido de los tres primeros tipos, al tiempo que los extensos revierten su signo, pasando de positivos a negativos, reforzando su papel restrictivo. En comparación con el conjunto extranjero (Modelo 6), los OCDE muestran un mayor peso de hogares sin núcleo y unipersonales, confirmando su papel central. En suma, los resultados evidencian que la autonomía individual y la flexibilidad de las configuraciones domésticas son los elementos que mejor explican la movilidad interregional en este grupo.

En el Modelo 16, el tramo de llegada muestra un cambio relevante. En 2002 y 2012 los migrantes OCDE con más de diez años de residencia registraban efectos negativos (-1,7 y -1,0 p.p.), mientras que en 2017 el signo se invierte y alcanza un valor positivo de +3,8 p.p. Esto sugiere que la antigüedad en el país, lejos de consolidar la inmovilidad, puede transformarse en un recurso que habilita la migración interregional. En comparación, este resultado se asemeja al observado en otros colectivos donde la residencia prolongada también se asocia positivamente con la movilidad interregional, aunque en los OCDE destaca la transición desde valores negativos hacia una propensión claramente positiva.

En síntesis, el Modelo 16 revela un perfil de movilidad interregional entre migrantes OCDE caracterizado por los siguientes rasgos: i) el sexo femenino mantiene una desventaja persistente y creciente; ii) la edad muestra un patrón irregular y sin trayectoria uniforme; iii) la educación experimenta una redistribución interna, con una transición desde la primacía de la superior hacia un mayor protagonismo del nivel medio en 2017; iv) la situación ocupacional se constituye como el principal motor de la

movilidad, con los inactivos como grupo más determinante y una jerarquía compartida; v) el tipo de hogar evidencia la importancia de las configuraciones unipersonales y sin núcleo en la movilidad interregional; y vi) el tramo de llegada muestra un cambio de signo, pasando de efectos negativos en 2002 y 2012 a positivos en 2017, lo que indica que la residencia prolongada puede convertirse en un recurso habilitante de la movilidad interregional.

CAPITULO 9. SINTESIS DE RESULTADOS Y CONCLUSIONES

El presente capítulo sintetiza los principales hallazgos de esta investigación, desde una mirada metodológica y comparativa más amplia. La tesis abordó la migración interna en Chile como un proceso complejo y heterogéneo, distinguiendo entre la población total, los pueblos indígenas y la población extranjera.

Los resultados de esta investigación están presentados a partir de cada grupo de población: población total, pueblos indígenas y población extranjera. En cada caso se distinguió entre dos dimensiones complementarias: la propensión a migrar y la dimensión regional de los desplazamientos. Esta doble perspectiva permitió descomponer la migración interna en su fase decisional y en su escala geográfica. En los pueblos indígenas, la comparación entre Mapuche y Aymara evidenció diferencias ligadas a historia territorial, redes comunitarias y estrategias de inserción laboral. En la población extranjera, la desagregación por origen (fronterizo, regional y OCDE) y por tramo de llegada mostró cómo la heterogeneidad de los flujos internacionales se traduce en patrones internos diversos.

9.1. Síntesis de resultados

Los resultados obtenidos a lo largo de los modelos permiten identificar regularidades y transformaciones en los determinantes de la migración interna en Chile entre 2002 y 2017. Más allá de las especificidades de cada universo poblacional, se identifican cinco ejes transversales de selectividad: sexo, edad, educación, situación ocupacional y tipo de hogar. Cada uno de ellos expresan mecanismos diferenciales de acceso y restricción a la movilidad, que persisten aunque con matices según contexto poblacional y escala territorial. La síntesis de estos ejes ofrece un marco comparativo importante para comprender cómo se organiza la migración interna en Chile desde múltiples escalas. En relación a los resultados obtenidos, es posible identificar el siguiente comportamiento migratorio según atributos sociodemográficos en la propensión a migrar:

En primer lugar, respecto al sexo, la evidencia confirma la persistencia de una desventaja femenina en la migración interna como rasgo estructural. Las mujeres muestran una probabilidad menor de desplazarse tanto en la población total como en los grupos indígenas y extranjeros, aunque con matices en su magnitud. En el total

nacional, la brecha es estable y de baja intensidad. Entre los pueblos indígenas, la distancia tiende a atenuarse, acercándose a valores de convergencia en los últimos censos. En la población extranjera, por el contrario, la brecha femenina se intensifica en la dimensión interregional. Este patrón refuerza lo señalado en la literatura de que el género actúa como eje diferenciador en el acceso a la movilidad. La existencia de nichos laborales étnicos y feminizados (como el servicio doméstico en ciudades principales) genera un arraigo territorial forzado más que una movilidad libre. Así, los resultados no solo confirman la persistencia de la desigualdad de género en la movilidad, sino que muestran cómo se diferencian según origen y estructura social.

En segundo lugar, la edad confirma su papel clásico como eje central de la selectividad migratoria. La probabilidad de migrar disminuye progresivamente a medida que avanza el ciclo vital, con restricción marcada en edades avanzadas. Sin embargo, se advierten distinciones relevantes. En algunos colectivos indígenas y extranjeros se observan repuntes en edades medias, indicador de que existen trayectorias más flexibles, posiblemente vinculadas a efectos de contexto. En los pueblos indígenas, esta dinámica puede interpretarse a la luz de la circularidad intergeneracional, donde los jóvenes se desplazan hacia las ciudades mientras que adultos mayores retornan a las comunidades de origen. En la población extranjera, en cambio, los repuntes en edades medias parecen estar asociados a la inestabilidad laboral y residencial propia de flujos recientes.

En tercer lugar, la educación se confirma como predictor de movilidad, aunque con intensidades diferenciadas. En la población total, la educación superior incrementa sostenidamente la probabilidad de migrar, reproduciendo así la documentada asociación entre capital humano y desplazamiento territorial. En los pueblos indígenas, el efecto se mantiene pero con menor magnitud y sin alcanzar la fuerza observada en la población general, sugiriendo una selectividad positiva más atenuada. En la población extranjera, la ventaja educativa se debilita y, en el caso de la migración interregional, incluso se diluye. Este patrón refleja un proceso de masificación de los flujos internacionales donde la educación pierde parte de su rol selectivo, donde los retornos del capital humano dependen del mercado laboral y de los contextos de inserción residencial.

En cuarto lugar, la situación ocupacional emerge como un determinante central, sobre todo en la migración interregional. Ahora bien, a partir de la ventana censal, esto debe leerse con cautela puesto que capta condiciones coyunturales más que trayectorias

completas. Dicho esto, los resultados muestran que los no ocupados presentan una propensión significativamente mayor a haber migrado en los últimos cinco años, mientras que quienes logran inserción laboral tienden a haberse estabilizado en el lugar de residencia. Entre extranjeros, este patrón es especialmente marcado y confirma que la desvinculación laboral gatilla la movilidad al reducir los costos de oportunidad de relocalizarse. En los pueblos indígenas, en cambio, el efecto es más tenue y heterogéneo, lo que sugiere estrategias comunitarias de adaptación frente a escenarios de precariedad particulares. Por último, el tipo de hogar es uno de los determinantes más consistentes de la movilidad. Los arreglos no nucleares, es decir, los hogares sin núcleo, completos y unipersonales, destacan como impulsores de los desplazamientos, mientras que los extensos tienden a frenar la movilidad.

En el plano de la migración interregional, también se observa una selectividad más diversa pero en ámbitos distintos. En la población total, el perfil de mayor movilidad se concentra en jóvenes con educación superior, mientras que la brecha de género se mantiene negativa y los hogares no nucleares actúan como principales facilitadores. En la población indígena, los patrones son similares pero con ciertas particularidades (Figuras 8.1.3, y 8.1.4). La educación impulsa menos la movilidad de larga distancia, el efecto del género se atenúa e incluso se invierte en algunos colectivos, y los hogares sin núcleo continúan siendo los que más favorecen los desplazamientos. Entre los extranjeros, en cambio, pierden peso algunos determinantes. La educación muestra efectos débiles o inconsistentes, las disimilitudes de género tienden a la convergencia y la no ocupación se ratifica como el principal motor de movilidad interregional, sugiriendo que los desplazamientos de mayor alcance responden menos a atributos individuales y más a la inestabilidad laboral y residencial que caracteriza a los flujos recientes.

La comparación entre los modelos de propensión y de migración interregional permite identificar continuidades y divergencias en la selectividad migratoria en Chile. En ambos planos, la edad confirma su rol restrictivo y el tipo de hogar se consolida como un eje decisivo, con los arreglos no nucleares como impulsores transversales. No obstante, el peso de la educación y de la ocupación muestra trayectorias contrastantes. Mientras que en la propensión la educación mantiene un efecto positivo en la población total e indígena y pierde fuerza en la extranjera, en la migración interregional su incidencia tiende a debilitarse en todos los grupos, reflejando que los desplazamientos

de mayor alcance responden menos a la acumulación de capital humano y más a otros condicionantes. Algo similar ocurre con la ocupación: la no inserción laboral impulsa la movilidad en ambos planos, pero en la migración interregional su papel se intensifica, sobre todo en la población extranjera, confirmando que la desvinculación laboral opera como un motor decisivo de relocalización.

En síntesis, la selectividad migratoria no es uniforme y los determinantes clásicos se expresan de manera diferenciada según el alcance de la movilidad y el grupo poblacional. La población total sigue patrones más previsibles y consistentes, la indígena introduce características propias ligadas al arraigo comunitario, mientras que la extranjera refleja trayectorias más inestables, menos estructuradas por capital humano y más condicionadas por precariedad laboral y residencial.

Tabla 8.1.1. Síntesis comparativa de la selectividad en la propensión migratoria según modelos logísticos (2002–2017).

Variable	Población total (M1)	Población indígena (M3)	Población extranjera (M5)
Sexo	Brecha femenina negativa y persistente	Ventaja inicial que converge y se transforma en desventaja leve	Diferencias débiles con tendencia a la convergencia
Edad	Gradiente negativo sostenido en edades medias y altas	Restricción clara, más intensa en mayores	Restricción constante en todos los tramos etarios
Educación	Educación superior impulsa fuertemente la movilidad	Educación superior gana peso pero con menor magnitud	Educación impulsa, aunque con efecto decreciente
Ocupación	No-ocupación con efectos leves y cambiantes	No-ocupación pasa de restrictiva a facilitadora	No-ocupación con efectos débiles e inestables

Nota. Elaboración propia a partir de los Modelos 1 (población total), 3 (población indígena) y 5 (población extranjera). La clasificación es cualitativa y resume la dirección y consistencia de los efectos en los censos de 2002, 2012 y 2017.

La segunda dimensión del análisis se centra en la migración interregional, que representa movimientos de mayor alcance territorial y, por lo mismo, de mayor costo social, económico y simbólico. A diferencia de la propensión general a migrar, aquí los resultados muestran efectos más débiles y menos estables en el tiempo, que responden en parte a las características propias de la medición censal y a la menor frecuencia de este tipo de desplazamientos. Sin embargo, las regularidades observadas permiten delinear perfiles diferenciales entre población total, indígena y extranjera, mostrando cómo el cruce de atributos sociodemográficos y contextos específicos configura trayectorias de movilidad de largo alcance.

En el eje de género, la brecha femenina se mantiene negativa en los tres colectivos, aunque con matices. En la población total y en la indígena la desventaja tiende a atenuarse en el tiempo, mientras que en la extranjera se mantiene más intensa, lo que confirma que los costos de movilidad de largo alcance siguen siendo mayores para las mujeres.

Tabla 8.1.2. Síntesis comparativa de la selectividad en migración interregional según modelos logísticos (2002–2017)

Variable	Población total (M2)	Población indígena (M4)	Población extranjera (M6)
Sexo	Brecha femenina negativa, persistente y de magnitud moderada	Brecha femenina negativa, con leve atenuación en el tiempo	Brecha femenina negativa más intensa que en otros grupos
Edad	Restricción marcada en la vejez extrema; neutralidad en tramos medios	Restricción general, aunque se atenúa en tramos de 45–74 años	Restricción heterogénea: adultos medios y mayores con menor movilidad; 60–74 tiende a neutralizarse
Educación	Educación superior restrictiva, educación media sin efecto claro	Educación superior pasa de positiva a negativa; educación media leve y negativa	Educación media restrictiva y educación superior con efecto cada vez menos negativo
Ocupación	No-ocupación asociada positivamente a la movilidad interregional	Desocupados restrictivos; otras categorías débiles o inestables	No-ocupación (inactivos, desocupados, otra condición) como principal impulsor de la movilidad

Variable	Población total (M2)	Población indígena (M4)	Población extranjera (M6)
----------	-------------------------	----------------------------	------------------------------

Notas. Elaboración propia a partir de los Modelos 2 (población total), 4 (población indígena) y 6 (población extranjera). La clasificación es cualitativa y resume la dirección y consistencia de los efectos en los censos de 2002, 2012 y 2017.

La edad conserva un efecto restrictivo claro. A medida que avanza el ciclo de vida, la probabilidad de migrar interregionalmente disminuye, con especial fuerza en la vejez. No obstante, en los indígenas se observan señales de mayor flexibilidad en tramos medios (45–74 años), lo que podría vincularse con retornos comunitarios o arreglos familiares. En los extranjeros, en cambio, la edad muestra un patrón más heterogéneo, con algunos repuntes en adultos medios que parecen ligados a la inestabilidad laboral o residencial.

Respecto a la educación, el panorama es más ambiguo que en la propensión general. En la población total, la educación superior pierde fuerza e incluso llega a aparecer como factor restrictivo. En los indígenas, el efecto positivo de la educación se debilita hasta volverse negativo en algunos momentos. Entre los extranjeros, los niveles educativos presentan un papel cada vez menos claro, con una tendencia general a la desselectivización. Esto sugiere que la educación pesa menos en las decisiones de movimientos de mayor alcance.

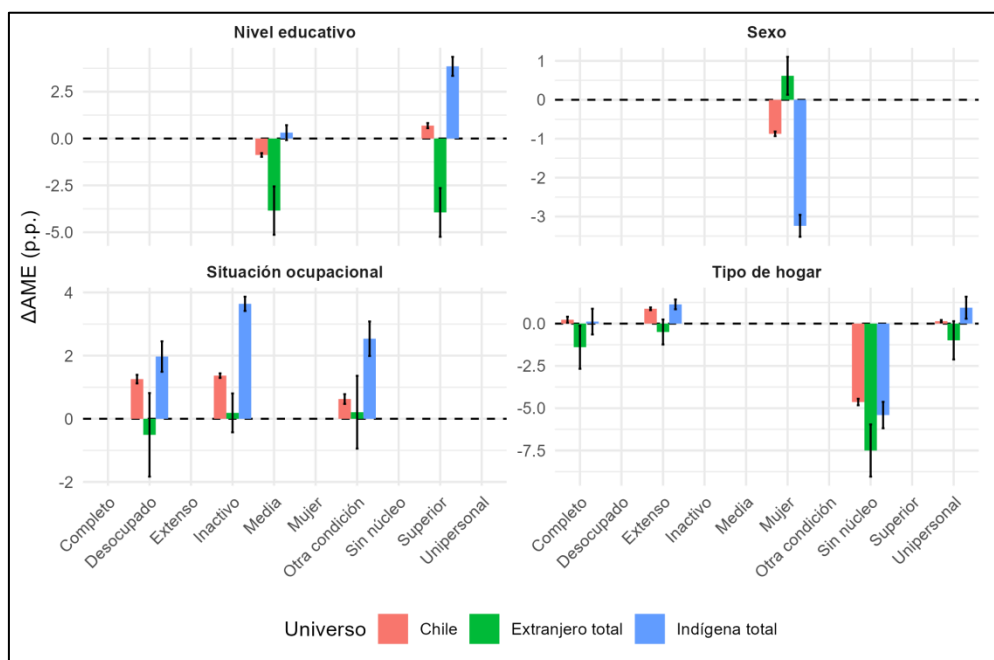
En la ocupación, los no ocupados siguen siendo quienes más migran interregionalmente, especialmente en la población extranjera, donde la desvinculación del mercado laboral se traduce directamente en movilidad. En la población total y en los indígenas el patrón es más débil, pero mantiene la misma lógica: la falta de anclajes laborales facilita la relocalización, aunque con menor magnitud que en la propensión general.

Finalmente, el tipo de hogar vuelve a tener un peso central. Los arreglos no nucleares se confirman como impulsores de la movilidad interregional, sobre todo entre los indígenas, donde los hogares sin núcleo muestran un efecto fuerte y sostenido. En los extranjeros, la diversidad de configuraciones refleja trayectorias adaptativas, mientras que los hogares extensos tienden a actuar como freno, reforzando la idea de

que la movilidad de largo alcance es más viable en estructuras domésticas pequeñas o flexibles.

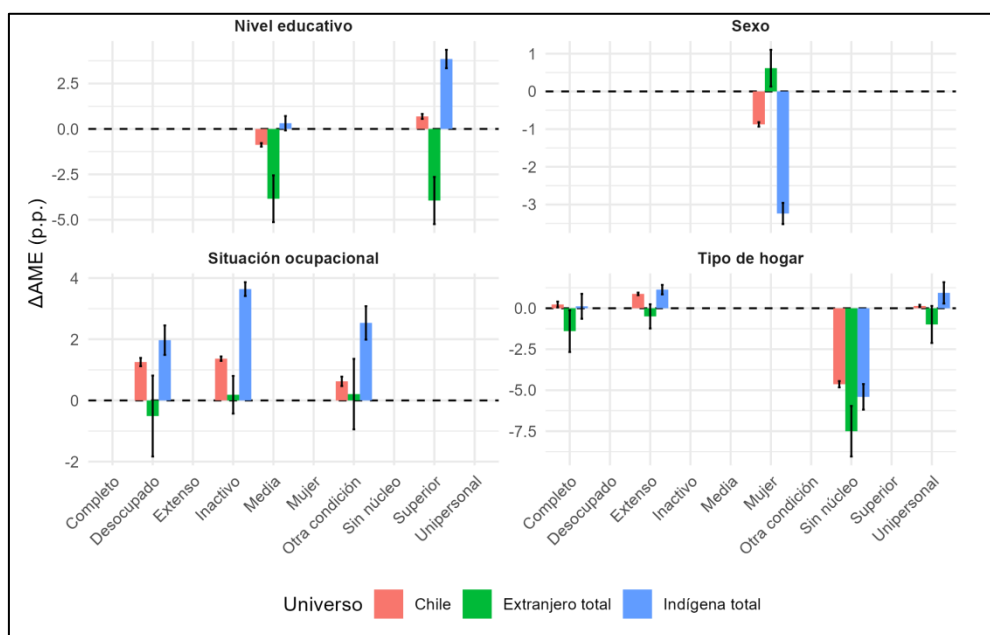
Las Figuras X e Y, corresponden a gráficos de barras donde en el eje X aparecen las categorías sociodemográficas (ej. sexo, nivel educativo, tipo de hogar) y en el eje Y el valor del cambio en el efecto marginal promedio (en puntos porcentuales) a nivel de propensión migratoria y migración interregional entre 2002 y 2017. Los resultados confirman que la migración interregional en Chile reproduce ejes de selectividad semejantes a los observados en la propensión migratoria, pero con matices importantes. El género mantiene un efecto negativo sostenido para las mujeres, siendo más marcado en la población extranjera y más atenuada en indígenas y población total. La edad actúa como un freno claro en edades avanzadas, aunque en algunos colectivos se observan repuntes en etapas medias que sugieren trayectorias menos lineales. La educación, en cambio, pierde consistencia como motor y tiende incluso a volverse restrictiva, lo que indica que la selectividad educativa opera con menor fuerza en los desplazamientos de mayor alcance. La situación ocupacional emerge como un factor decisivo: la no ocupación impulsa los traslados interregionales, especialmente entre extranjeros, mientras que la inserción laboral funciona como anclaje.

Figura 8.1.5. Cambios AME en la propensión migratoria, periodo 2002 -2017



Fuente: Elaboración propia en base a Censos 2002, 2012 y 2017.

Figura 8.1.6. Cambios AME en la migración interregional, periodo 2002 - 2017



Fuente: Elaboración propia en base a Censos 2002, 2012 y 2017.

En la migración interregional, la heterogeneidad se intensifica. En los pueblos indígenas, las diferencias responden a la forma en que cada colectivo articula el arraigo territorial con las estrategias laborales y familiares: los mapuches privilegian arreglos de hogar colectivos, mientras que los Aymara sostienen selectividades más estrechas ligadas a la educación y la participación laboral. En los extranjeros, las brechas entre subgrupos son más claras: los fronterizos mantienen trayectorias diversas y segmentadas; los regionales aparecen como el grupo con mayor dependencia de la inestabilidad laboral y residencial; y los OCDE como el colectivo más estable, con selectividad marcada por edad y hogares.

A modo de cierre, las conclusiones de este estudio reúnen los principales hallazgos sobre la migración interna en Chile entre 2002 y 2017, con foco en población indígena y extranjera. El análisis mostró que la movilidad no es aleatoria, sino selectiva y estructurada por atributos sociodemográficos como género, edad, educación, ocupación y hogar, aunque con intensidades distintas según grupo y contexto.

9.2. Enfoque teórico–interpretativo

Cotejar la evidencia entre teoría y evidencia empírica permite vincular los resultados de los modelos con los supuestos conceptuales que guiaron la investigación. En esta investigación, las hipótesis actuaron como marcos interpretativos, permitiendo evaluar la coherencia entre las expectativas teóricas y los patrones observados, revelando los mecanismos que explican la selectividad migratoria en Chile. Los supuestos teóricos abarcaron cinco dimensiones centrales: la selectividad diferenciada por atributos individuales, la incidencia de las desigualdades estructurales, la heterogeneidad interna de los grupos, el ciclo migratorio de la población extranjera y el gradiente selectivo según la escala territorial. Estas dimensiones permitieron integrar los niveles individual, doméstico y estructural, analizados tanto en la propensión general a migrar como en la movilidad interregional. A continuación, se presentan los resultados, articulando ambas dimensiones bajo una perspectiva relacionada.

En primer lugar, los resultados respaldan parcialmente la hipótesis de selectividad diferenciada. La selectividad migratoria se manifestó con mayor intensidad en la población total y tendió a atenuarse entre los grupos indígenas y extranjeros, especialmente en la propensión general a migrar. Sin embargo, en la movilidad interregional el patrón se debilitó, lo que sugiere que la distancia del desplazamiento limita las posibilidades de movilidad y reduce la capacidad explicativa de los atributos individuales. Estos hallazgos son coherentes con los postulados que interpretan la migración como un proceso estructurado por el ciclo vital y por las diferencias sistemáticas entre quienes migran y quienes permanecen (Lee, 1966; Rogers & Castro, 1982). Desde esta perspectiva, la movilidad responde tanto a los atributos individuales como a los determinantes estructurales del entorno, en consonancia con los enfoques integradores de Massey (1993). En conjunto, la evidencia sugiere que la migración interna en Chile constituye un proceso relacional donde la selectividad opera de manera condicionada por el ciclo de vida, las estrategias domésticas, las redes familiares y el contexto social y territorial.

En segundo lugar, la evidencia apunta a que la migración interna opera bajo marcos de oportunidad desiguales, en particular entre la población indígena y

extranjera, donde la movilidad parece funcionar con mayor frecuencia como una respuesta adaptativa a condiciones de inserción más frágiles en el mercado laboral y en el territorio. Si bien los resultados no permiten establecer causalidad directa, la literatura sugiere que, en el caso indígena, estas diferencias se inscriben en estructuras históricas de desigualdad territorial, donde la relación con la tierra constituye un eje de diferenciación social y simbólica (Bengoa, 2013; Gundermann & González, 2008; Antileo, 2015). Este patrón coincide con los planteamientos sobre colonialismo interno y translocalidad, que interpretan la movilidad indígena como parte de las estrategias familiares y comunitarias orientadas a sostener la reproducción social y cultural frente al despojo territorial (Gundermann, 2003). Esta evidencia debe ponerse en diálogo con otras explicaciones teóricas plausibles, como la densidad variable de las redes sociales y familiares, factores que pueden modular los costos, la información disponible y los anclajes residenciales. En conjunto, los resultados sugieren la necesidad de profundizar en el análisis de las dimensiones contextuales, mediante enfoques que permitan captar la interacción entre las características individuales y las condiciones territoriales.

En tercer lugar, los resultados respaldan la hipótesis de heterogeneidad interna, al mostrar que tanto la población indígena como la extranjera presentan una diversidad económica y social significativa que condiciona sus patrones de movilidad. En la población indígena, el pueblo mapuche registra una mayor movilidad interregional, mientras que los aymara concentran desplazamientos más locales y arraigados, en coherencia con su vinculación territorial y la persistencia de redes comunitarias.

En la población extranjera, los migrantes fronterizos y regionales exhiben una mayor propensión a migrar y un menor efecto de la educación y la ocupación sobre la movilidad, lo que sugiere trayectorias más inestables y adaptativas, posiblemente asociadas a condiciones laborales y residenciales más frágiles. En contraste, los provenientes de países de la OCDE presentan una movilidad más selectiva y estable, coherente con niveles más altos de capital humano y recursos económicos (Pellegrino, 2003). En conjunto, estos resultados refuerzan la idea de que la migración interna constituye un proceso estratificado y relacional, donde los patrones de movilidad reflejan tanto las desigualdades estructurales como las estrategias adaptativas de cada grupo.

En cuarto lugar, los resultados sugieren la existencia de un ciclo migratorio en la población extranjera, donde la movilidad interna varía según el tiempo de llegada al país

y el grado de inserción territorial. Los migrantes recientes muestran una mayor propensión a desplazarse, especialmente a escala interregional, con destinos que reflejan la expansión reciente hacia regiones del centro y sur, tal como se observó en los patrones territoriales de 2012–2017, donde la Region Metropolitana y del norte, son puertas de entrada. Los modelos confirman este patrón, al mostrar que el tiempo de residencia reduce la propensión a migrar, evidenciando una movilidad decreciente conforme avanza el tiempo.

Este comportamiento es coherente con los enfoques del curso de vida y del ciclo migratorio, que interpretan la movilidad interna como una fase de ajuste y exploración dentro del proceso de inserción social y económica (Massey et al., 1993; Recaño, 2010). De manera complementaria, los enfoques sobre inserción laboral y residencial segmentada plantean que la consolidación de vínculos en el trabajo y en la comunidad tiende a estabilizar la localización con el paso del tiempo, sobre todo en contextos donde las oportunidades son más acotadas (Portes & Rumbaut, 2001; Gil-Alonso et al., 2019). Al cotejar los resultados descriptivos y los modelos comparativos, se advierte una secuencia de movilidad decreciente vinculada al tiempo de residencia, que refleja tanto las estrategias de ajuste inicial como los procesos graduales de integración y arraigo territorial.

Por último, la hipótesis de la selectividad atenuada en la escala interregional. Los factores clásicos de selectividad, como la edad, el género, la educación, la ocupación y el tipo de hogar, operaron en la misma dirección tanto en la propensión migratoria como en la movilidad interregional, aunque con efectos más débiles en esta última. Los resultados mostraron que la educación y la ocupación pierden capacidad explicativa en la medida que aumenta la escala territorial del desplazamiento. En particular, la educación superior tendió a volverse neutral o incluso restrictiva, mientras que la no ocupación emergió como principal impulsor de la movilidad interregional, sobre todo entre la población extranjera. Desde una perspectiva teórica, la atenuación de la selectividad interregional se explica por la interacción entre el capital humano y oportunidades. A medida que aumenta la distancia y los costos de desplazamiento, la capacidad de la educación para promover la movilidad se ve limitada por las brechas del entorno que reducen la valorización del capital humano fuera de los centros metropolitanos.

La evidencia empírica aporta a esta tesis que la migración interna en Chile constituye un proceso selectivo y condicionado, donde los factores sociodemográficos clásicos mantienen su influencia. La selectividad se expresa con mayor fuerza en el conjunto de la población y tiende a atenuarse en los pueblos indígenas y en la población extranjera, evidenciando que los recursos individuales operan bajo marcos de oportunidad desiguales. En la escala interregional, los efectos se debilitan aún más, dando cuenta que la distancia amplifica las restricciones de las oportunidades y reduce la incidencia del capital humano. Las brechas educativas y ocupacionales parecen condicionar las posibilidades de movilidad ascendente, sugiriendo que los desplazamientos responden a factores que escapan del alcance del estudio. A su vez, la heterogeneidad interna de los grupos indígenas y extranjeros refleja trayectorias diferenciadas. Los primeros podrían estar articulando su movilidad con vínculos de arraigo y translocalidad, mientras los segundos se inscriben en un proceso de relocalización. Los resultados sugieren que la migración interna opera dentro de un sistema de movilidad estratificado, donde las posibilidades de desplazamiento dependen tanto de los recursos individuales y familiares como de las restricciones propias del país.

9.3. Contribuciones teóricas al análisis de la migración interna

Esta investigación amplió el campo teórico de la migración interna en Chile al demostrar que la migración indígena y extranjera forman parte del sistema migratorio nacional. Al integrar ambos grupos en un mismo marco analítico, la tesis superó las visiones centradas exclusivamente en la población chilena y situó la movilidad interna dentro de los procesos de redistribución y desigualdad territorial. En este sentido, la migración se interpretó no como fenómeno marginal, sino como expresión de las dinámicas históricas de concentración y segmentación del espacio social.

El enfoque teórico adoptó una perspectiva interdisciplinaria que combinó aportes de la demografía, la sociología, la antropología y los estudios culturales. Desde la demografía, se aportó evidencia cuantitativa sobre los determinantes de la movilidad; desde la sociología, una lectura de la desigualdad; y desde la antropología y los estudios culturales, una comprensión simbólica del arraigo. En el análisis de la movilidad indígena, esta integración permitió vincular los desplazamientos contemporáneos con procesos históricos de despojo y reterritorialización, ofreciendo una contextualización y lectura interpretativa inédita en el contexto chileno. En el caso

de la población extranjera, la tesis adaptó la literatura internacional sobre itinerarios migratorios y segmentación laboral, reformulándola en clave nacional. Esta adaptación permitió interpretar la movilidad interna como una fase de ajuste y estabilización dentro de un territorio socialmente desigual, aportando una base conceptual poco explorada en los estudios demográficos chilenos.

Los resultados mostraron que la selectividad migratoria conserva su vigencia, pero su intensidad y sentido dependen del contexto social y territorial. Factores como la edad, la educación o el tipo de hogar mantienen influencia. De este modo, la selectividad no opera como un rasgo uniforme, sino como un proceso relacional condicionado por la posición social y los anclajes sociales y territoriales. En otras palabras, la capacidad de moverse depende tanto de los recursos individuales como del contexto donde estos adquieren sentido.

La comparación entre grupos permitió observar la heterogeneidad de los patrones migratorios. En los pueblos indígenas, la movilidad respondió a estrategias de continuidad territorial y reproducción social. En la población extranjera, a trayectorias de ajuste y estabilización que prolongan el itinerario iniciado con la migración internacional. Estas diferencias confirmaron que la movilidad no es homogénea, sino una construcción social diversa que expresa distintas formas de adaptación.

De manera complementaria, la relación entre educación, ocupación y escala territorial mostró que los mecanismos clásicos de selectividad se debilitan cuando aumenta la distancia. En contextos regionales desiguales, la educación superior y la inserción laboral calificada pierden capacidad de impulso, porque las ventajas individuales no se traducen en oportunidades reales. Este hallazgo permitió reinterpretar la relación entre capital humano y las oportunidades, destacando que las barreras limitan el potencial de la movilidad interregional como vía de ascenso.

La tesis demostró la capacidad explicativa de los marcos teóricos integrados para analizar la movilidad en contextos de heterogeneidad cultural y desventaja social. Al articular la teoría de la selectividad con los enfoques estructurales del desarrollo y las perspectivas del ciclo migratorio, construyó una visión coherente que explicó tanto la propensión a migrar como las diferencias en escala y resultado. En síntesis, la migración interna se comprendió como un proceso relacional y multiescalar, donde las decisiones de movilidad reflejan los límites del desarrollo y la persistencia de las jerarquías sociales y territoriales.

9.4. Aportes metodológicos para el análisis

La tesis desarrolló una estrategia metodológica rigurosa para analizar la migración interna en Chile. El estudio se sustentó en microdatos censales de 2002, 2012 y 2017, logrando abarcar un período de quince años y otorgar amplitud sociodemográfica y temporal al análisis. La homogeneización de variables clave garantizó la comparabilidad entre censos y la coherencia de las mediciones a lo largo del tiempo.

El enfoque combinó descripción e inferencia de manera complementaria. Se integraron perfiles demográficos, indicadores sintéticos y modelos estadísticos para captar tanto las tendencias generales como los atributos diferenciales entre grupos. Los modelos logísticos binarios se estimaron mediante efectos marginales promedio (AME), decisión que permitió censos y categorías poblacionales en una misma escala interpretativa. Este procedimiento favoreció una lectura sustantiva de los resultados, expresando las diferencias en probabilidades de migrar más que en coeficientes abstractos.

Un aporte metodológico central fue la articulación de dos escalas de análisis: la propensión general a migrar y la movilidad interregional. Esta distinción amplió la capacidad explicativa del diseño, al captar simultáneamente la disposición potencial hacia la movilidad y su concreción efectiva en distintas escalas espaciales. Además, la estrategia permitió poner en relación las tendencias de los colectivos principales con las de sus subgrupos internos, identificando particularidades dentro de los pueblos indígenas y entre los grupos extranjeros según su origen. De este modo, la aproximación multigrupo y multiescalar reveló cómo los mecanismos de selectividad se modifican según el contexto territorial y la pertenencia sociocultural, aportando una lectura más matizada del fenómeno.

Finalmente, el estudio reforzó su consistencia mediante criterios de ajuste (Pseudo R^2 , AIC), así como validaciones cruzadas de categorías y reagrupamientos. Estas decisiones metodológicas incrementaron la transparencia y solidez de los resultados. De este modo, la investigación consolidó un diseño capaz de articular

contraste, precisión estadística y lectura contextual, ofreciendo una base empírica coherente para interpretar las desigualdades y patrones migratorios analizados.

Los resultados de esta investigación ofrecieron una lectura empírica y comparativa del sistema migratorio chileno entre 2002 y 2017, aportando evidencia inédita sobre las dinámicas diferenciales de movilidad en la población total, indígena y extranjera. A diferencia de los estudios previos, centrados en casos o aproximaciones descriptivas, la tesis integró en un mismo marco analítico modelos estadísticos equivalentes para los tres grupos, permitiendo identificar regularidades y contrastes bajo condiciones metodológicas medibles.

En primer lugar, el estudio incorporó un enfoque multiescalar que distinguió entre la propensión general a migrar y la movilidad interregional, demostrando que la escala territorial modula la intensidad de la selectividad en el tiempo. Los factores individuales, como la edad, la educación o la ocupación, mantuvieron su influencia en la movilidad potencial, pero se debilitaron en los desplazamientos de mayor alcance, donde las desigualdades espaciales impusieron límites adicionales. Esta evidencia cuantitativa permitió caracterizar por primera vez el gradiente selectivo de la migración interna chilena.

En segundo lugar, la investigación incorporó la dimensión doméstica como factor explicativo de la movilidad. Los hogares no nucleares, unipersonales y sin núcleo presentaron mayores probabilidades de desplazamiento, aspecto que sugiere que los arreglos domésticos condicionan las oportunidades y estrategias vinculadas al ciclo de vida. De este modo, se aportó evidencia empírica sobre la escala intermedia entre el individuo y la social, un aspecto escasamente considerado en la literatura nacional.

Asimismo, el análisis reveló una marcada heterogeneidad interna dentro de los colectivos estudiados. En los pueblos indígenas, los patrones de movilidad variaron entre grupos, mostrando mayor dinamismo el colectivo Mapuche y arraigo el Aymara, mientras que en la población extranjera se observaron diferencias entre migrantes fronterizos, regionales y de países de la OCDE. Estas divergencias empíricas evidencian la coexistencia de múltiples regímenes migratorios dentro del territorio chileno.

En síntesis, la tesis proporcionó una base empírica sólida para comprender la migración interna como un proceso relacional, multiescalar y domésticamente mediado,

ampliando la capacidad analítica para explicar las dinámicas de migración interna reciente.

9.5. Limitaciones, alcances y desafíos para el estudio de la migración interna

El análisis de la migración interna en Chile se basó en una fuente censal de amplia cobertura y comparabilidad temporal, permitiendo observar los patrones de movilidad entre 2002 y 2017. No obstante, como todo enfoque sustentado en datos censales, el estudio enfrentó limitaciones metodológicas y analíticas que condicionaron la interpretación de los resultados. Reconocer estos márgenes no implica debilitar los hallazgos, sino precisar su alcance empírico y orientar futuras líneas de investigación.

La medición censal de la migración se apoyó exclusivamente en la pregunta sobre el lugar de residencia cinco años antes. Este margen temporal restringe la observación de desplazamientos múltiples, circulares o de corta duración. En consecuencia, los censos capturaron una movilidad consolidada, más que un proceso continuo. Además, un aspecto muy relevante a considerar es que las variables de educación, ocupación y tipo de hogar reflejan la situación vigente al momento del recuento censal, no necesariamente la existente en el instante del desplazamiento, generando un posible desfase interpretativo.

A estas limitaciones inherentes al diseño censal se suma el caso particular del Censo de 2012, que presentó problemas de cobertura y consistencia derivados de su carácter de censo de derecho, distinto a los levantamientos de 2002 y 2017. Esta diferencia metodológica afectó la identificación del lugar de residencia habitual y redujo la precisión en la medición de la movilidad interna. Además, el nivel de omisión censal fue considerable, comprometiendo el contraste temporal y la fiabilidad de algunas estimaciones. Por estas razones, el Censo de 2012 se incorporó únicamente como medición intermedia, con el propósito de mantener la continuidad analítica y evitar un vacío temporal prolongado.

Desde el punto de vista metodológico, los modelos estimados a partir de efectos marginales promedio (AME) facilitaron la asociación de resultados entre censos y grupos, aunque su carácter promedio implicó una simplificación analítica. Al expresar efectos medios sobre la probabilidad de migrar, estos modelos no captaron la

heterogeneidad no observada ni las posibles interacciones entre variables individuales y contextuales. Del mismo modo, las categorías censales de hogar reflejaron configuraciones formales de convivencia, pero no necesariamente las dinámicas familiares y redes de apoyo que inciden en la movilidad. Estas limitaciones metodológicas acotan el alcance interpretativo del análisis, aunque no comprometen la consistencia general ni la comparabilidad de los resultados obtenidos.

Finalmente, la ausencia de registros administrativos continuos y de fuentes integradas de seguimiento poblacional impidió capturar las trayectorias residenciales y las movilidades intermedias a lo largo de la vida. Esta limitación restringe la posibilidad de observar la migración interna como un proceso acumulativo y secuencial, compuesto por etapas de salida, asentamiento y eventual retorno. Superar este vacío requerirá avanzar hacia sistemas de información articulados que permitan vincular diferentes momentos del ciclo migratorio y comprender la movilidad como una dimensión dinámica de la reproducción social y territorial.

9.6. Proyecciones y líneas futuras de investigación

Los resultados de esta tesis abren un campo de proyección amplio para el estudio de la migración interna en Chile. En primer lugar, futuras investigaciones deberían avanzar hacia una mayor desagregación espacial, incorporando la escala comunal y la tipología de ciudades. Este nivel de detalle permitiría comprender cómo la jerarquía urbana, la conectividad y las dinámicas de concentración productiva modelan las oportunidades y restricciones de la movilidad y del arraigo.

En segundo término, se vuelve indispensable ampliar el enfoque hacia los hogares y redes familiares como unidades de decisión migratoria. Integrar dimensiones como la jefatura, el tamaño del hogar o la presencia de hijos ofrecería una visión más precisa de las estrategias domésticas que sostienen la movilidad. En el caso de la población extranjera, el análisis de las estrategias familiares transnacionales y las redes locales permitiría comprender con mayor profundidad los procesos de asentamiento y su articulación con el territorio.

En tercer lugar, se requiere profundizar en los procesos de integración social y territorial de los migrantes indígenas y extranjeros, analizando los factores que favorecen el arraigo en contextos urbanos. Desde una perspectiva metodológica, sería

pertinente combinar los enfoques censales con métodos mixtos que integren información cuantitativa y evidencia narrativa, ampliando así la comprensión de las motivaciones y significados asociados a la movilidad.

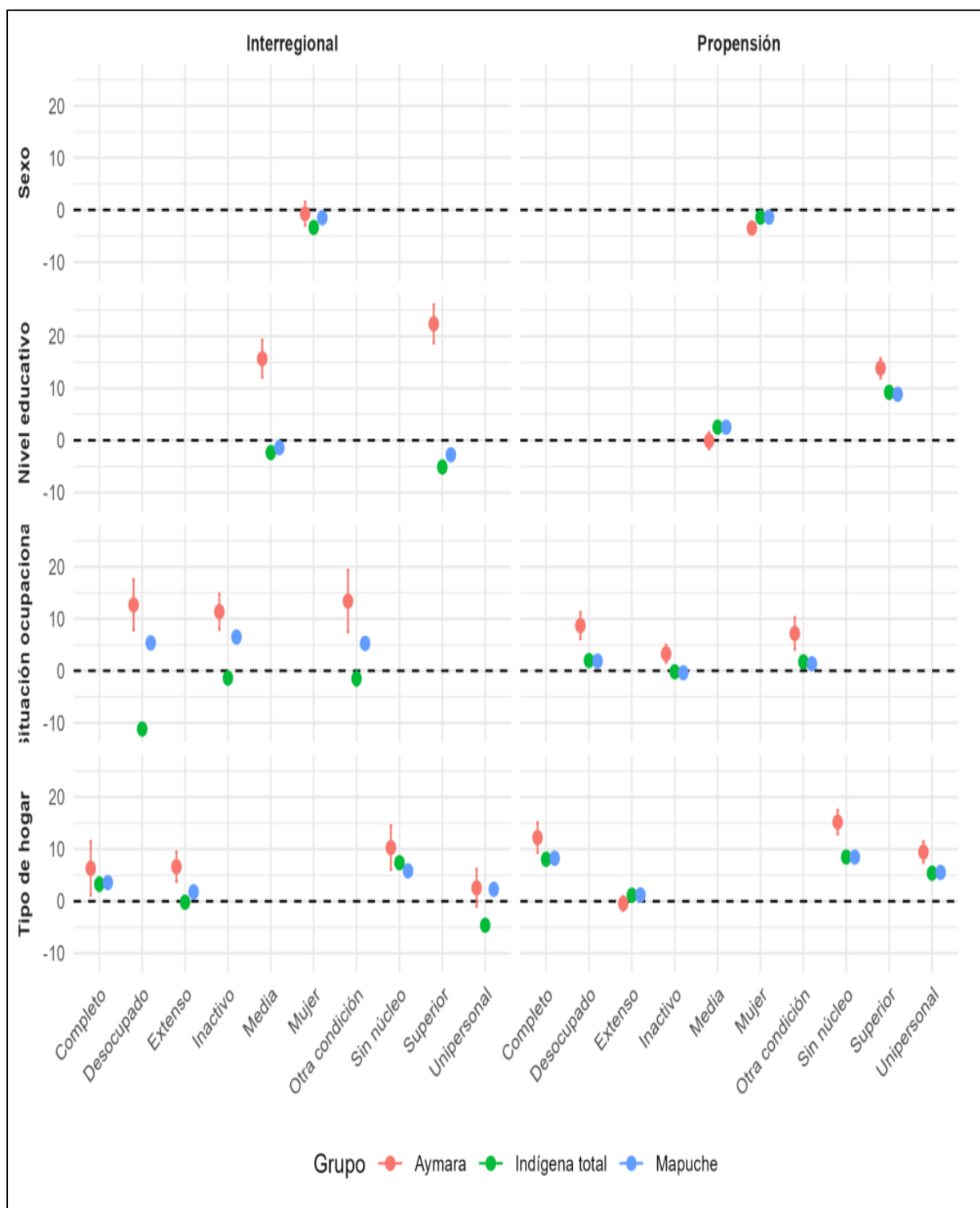
Por último, la incorporación de los resultados del Censo 2024 permitirá extender la comparación temporal y actualizar las tendencias observadas entre 2002 y 2017. Ello ofrecerá una oportunidad para evaluar la persistencia o transformación de los regímenes de movilidad interna, consolidando una lectura más completa del sistema migratorio chileno. La falta de disponibilidad de dichos datos en el periodo de desarrollo de esta tesis impidió su inclusión.

9.7. Implicaciones para políticas públicas

La migración interna chilena se reveló como un reflejo de la territorial del país: un sistema históricamente concentrado donde la movilidad reproduce, más que corrige, las desigualdades del desarrollo. Este patrón muestra que las dinámicas migratorias no operan como mecanismos de redistribución territorial de Chile, aspecto que exige repensar la movilidad como un indicador sensible de vulnerabilidad territorial y como una dimensión central de la planificación pública.

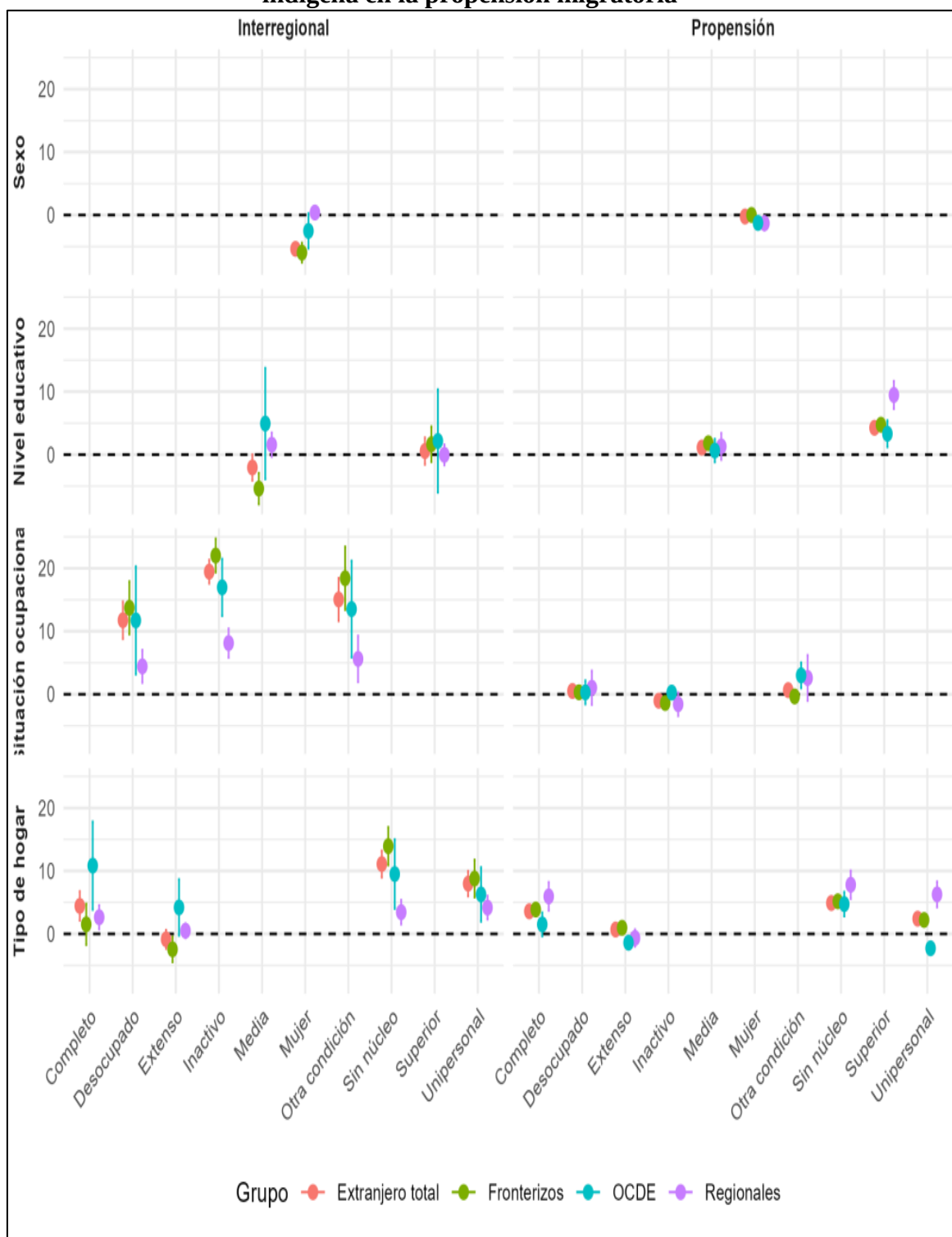
Avanzar hacia un modelo de desarrollo más equilibrado requiere fortalecer la descentralización efectiva. En este sentido, la evidencia apunta a que en pueblos indígenas y población la movilidad, las características de origen modulan las opciones de movilidad. Superar estas brechas demanda avanzar hacia un modelo de ciudadanía territorial e intercultural que integre la diversidad como principio de equidad y no como excepción.

Figura 8.1.7. Gráfico de heterogeneidad de pueblos indígenas en relación con el total indígena en la propensión migratoria



Fuente: Elaboración propia en base a Censos 2002, 2012 y 2017.

Figura 8.1.8. Gráfico de heterogeneidad de extranjeros en relación con el total indígena en la propensión migratoria



Fuente: Elaboración propia en base a Censos 2002, 2012 y 2017.

}

CAPITULO 10. BIBLIOGRAFÍA

- Anthias, F. (2012). Transnational Mobilities, Migration Research and Intersectionality: *Towards a translocational frame*. *Nordic Journal of Migration Research*, 2(2), 102-110.
<https://doi.org/10.2478/v10202-011-0032-y>
- Antileo Baeza, E. (2013). Políticas indígenas, multiculturalismo y el enfoque estatal indígena urbano. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 17(1), 133-159.
- Arango, J. (1985). Las «leyes de las migraciones» de E. G. Ravenstein, cien años después. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 32, 7-26.
- Aravena, A., Gissi, N., & Toledo, G. (2005). Los mapuches más allá y más acá de la frontera: Identidad étnica en las ciudades de Concepción y Temuco. *Sociedad Hoy*, 8-9, 117-132.
- Arbaci, S. (2019). *Paradoxes of Segregation: Housing Systems, Welfare Regimes and Ethnic Residential Change in Southern European Cities* (1.^a ed.). Wiley.
<https://doi.org/10.1002/9781118867365>
- Aroca, P., & Atienza, M. (2016). Spatial concentration in Latin America and the role of institutions. *Investigaciones Regionales*, 36, 233-253.
- Atienza, M., & Aroca, P. (2012). Concentración y crecimiento en Chile: Una relación negativa ignorada. *EURE (Santiago)*, 38(114), 257-277. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612012000200010>
- Bayona I Carrasco, J., & López Gay, A. (2011). Concentración, segregación y movilidad residencial de los extranjeros en Barcelona. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 57(3), 381-412. <https://doi.org/10.5565/rev/dag.234>
- Bell, M., Charles-Edwards, E., Ueffing, P., Stillwell, J., Kupiszewski, M., & Kupiszewska, D. (2015). Internal Migration and Development: Comparing Migration Intensities Around the World. *Population and Development Review*, 41(1), 33-58.
<https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2015.00025.x>
- Bengoa, J. (2011). Los Mapuches: Historia, cultura y conflicto. *Cahiers des Amériques latines*, 2011/3(68), 89-107. <https://doi.org/10.4000/cal.118>

- Bengoa, J. (2013). Rural Chile transformed: Lights and shadows. *Journal of Agrarian Change*, 13(4), 466-487. <https://doi.org/10.1111/joac.12015>
- Bernard, A., Bell, M., & Charles-Edwards, E. (2014). Life-Course Transitions and the Age Profile of Internal Migration. *Population and Development Review*, 40(2), 213-239. <https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2014.00671.x>
- Bernard, A., & Pelikh, A. (2019). Distinguishing tempo and ageing effects in migration. *Demographic Research*, 40, 1291-1322. <https://doi.org/10.4054/DemRes.2019.40.44>
- Boman, A. (2011). The Mobility of Immigrants and Natives: Evidence from Internal Migration Following Job Displacement. *Regional Studies*, 45(3), 283-297. <https://doi.org/10.1080/00343400903431003>
- Borjas, G. J. (s. f.). *Self-Selection and the Earnings of Immigrants*.
- Boyd, M. (s. f.). *Family and Personal Networks in International Migration: Recent Developments and New Agendas*.
- Bravo, C., Vergara Del Solar, J. I., & Ordoñez Charpentier, A. (2021). El Pawkar Raymi como afirmación de la identidad étnica en la migración: El caso de los migrantes kichwa-otavalo en Santiago de Chile. *Estudios Atacameños*, 67, e3548. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2021-0013>
- Canales, A. I., & Canales Cerón, M. (2013). De la metropolización a las agrópolis: El nuevo poblamiento urbano en el Chile actual. *Polis (Santiago)*, 12(34), 31-56. <https://doi.org/10.4067/S0718-65682013000100003>
- Canales Tapia, P., & Urrutia Leiva, M. (2022). La gente de la tierra sin tierra: Migración, leyes chilenas y tensiones reduccionales en el siglo XX. *REVISTA CUHSO*, 32(1), 514-534. <https://doi.org/10.7770/cuhso-v32n1-art2406>
- Cárdenas Gómez, E. P. (2014). "Migración interna e indígena en México: Enfoques y perspectivas". *Intersticios Sociales*, 7, 28. <https://doi.org/10.55555/IS.7.52>

- Carrasco Gutiérrez, A. M., & González Cortes, H. (2014). Movilidad poblacional y procesos de articulación rural-urbano entre los aymara del norte de Chile. *Si Somos Americanos*, 14(2), 217-232. <https://doi.org/10.4067/S0719-09482014000200009>
- Carrasco, J. B. I., Alonso, F. G., & Rúbies, I. P. (2013). *MIGRACIONES INTRAMETROPOLITANAS DE LOS EXTRANJEROS: DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS EN LAS METRÓPOLIS DE BARCELONA Y MADRID*.
- Castles, S. (2009). Development and migration—Migration and development: What comes first? Global perspective and African experiences. *Theoria*, 56(121), 1-31.
- Cerrutti, M., & Gaudio, M. (2010). Gender Differences between Mexican Migration to the United States and Paraguayan Migration to Argentina. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 630(1), 93-113. <https://doi.org/10.1177/0002716210368105>
- Champion, A. G., Cooke, T. J., & Shuttleworth, I. G. (2018). *Internal migration in the developed world: Are we becoming less mobile?* Routledge.
- Chiswick, B. R. (1999). Are Immigrants Favorably Self-Selected? *American Economic Review*, 89(2), 181-185. <https://doi.org/10.1257/aer.89.2.181>
- Chiswick, B. R., Lee, Y. L., & Miller, P. W. (2005). Family matters: The role of the family in immigrants' destination language acquisition. *Journal of Population Economics*, 18(4), 631-647. <https://doi.org/10.1007/s00148-005-0008-0>
- Clark, W. A. V., & Ledwith, V. (2006). Mobility, Housing Stress, and Neighborhood Contexts: Evidence from Los Angeles. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 38(6), 1077-1093. <https://doi.org/10.1068/a37254>
- De Mattos, C., Fuentes, L., & Link, F. (2014). Tendencias recientes del crecimiento metropolitano en Santiago de Chile: ¿Hacia una nueva geografía urbana? *Revista INVI*, 29(81), 193-219. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582014000200006>

- de Oliveira, O., & García, B. (2025). *Familia y trabajo: Un recorrido por las diversas perspectivas de análisis*.
- De Valk, H., Windzio, M., Wingers, M., & Aybek, C. (2011). Immigrant Settlement and the Life Course: An Exchange of Research Perspectives and Outlook for the Future. En M. Wingers, M. Windzio, H. De Valk, & C. Aybek (Eds.), *A Life-Course Perspective on Migration and Integration* (pp. 283-297). Springer Netherlands.
https://doi.org/10.1007/978-94-007-1545-5_13
- Del Carpio Ovando, P. S., & Contreras Soto, R. (2015). Migración interna: Motivos de migración de los grupos indígenas establecidos en Guanajuato. En *Grupos indígenas y procesos sociales en la región del Bajío en Guanajuato* (pp. 129-148). Universidad de Guanajuato.
- Domingo, A., & Esteve, A. (2010). Género, ocupación y estructuras del hogar de la migración dominicana y ecuatoriana en España y Estados Unidos. *América Latina Hoy*, 55, 41-60.
<https://doi.org/10.14201/alh.7262>
- Domínguez-Mujica, J., López De Lera, D., Ortega-Rivera, E., & Pérez-Caramés, A. (2020). El sistema migratorio de Latinoamérica-España: ¿Ha sido la crisis económica un paréntesis? *Cuadernos Geográficos*, 59(3), 37-57.
<https://doi.org/10.30827/cuadgeo.v59i3.9223>
- Elizaga, J. C., & Macisco, Jr., J. J. (1975). *Migraciones internas: Teoría, método y factores sociológicos*. CELADE.
- Ellis, M., Wright, R., & Parks, V. (2004). Work Together, Live Apart? Geographies of Racial and Ethnic Segregation at Home and at Work. *Annals of the Association of American Geographers*, 94(3), 620-637. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.2004.00417.x>
- Feldman-Bianco, B., Domenech, E., & Sanjurjo, L. (2020). Desplazamientos, desposesión y violencias. *Historia y sociedad*, 39, 7-23. <https://doi.org/10.15446/hys.n39.88602>
- Foerster, R. (2002). *Sociedad mapuche y sociedad chilena: La deuda histórica*.

- Garcés H., A. (2011). De enclave a centralidad. Espacio urbano, comercio y migración peruana en Santiago de Chile. *Gazeta de Antropología*. <https://doi.org/10.30827/Digibug.18981>
- Garcés H., A. (2012). LOCALIZACIONES PARA UNA ESPACIALIDAD: TERRITORIOS DE LA MIGRACIÓN PERUANA EN SANTIAGO DE CHILE. *Chungará (Arica)*, 44(1), 163-175. <https://doi.org/10.4067/S0717-73562012000100012>
- Gil-Alonso, F., Bayona Carrasco, J., & Pujadas Rúbies, I. (2015a). Las migraciones internas de los extranjeros en España: Dinámicas espaciales recientes bajo el impacto de la crisis. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*. <https://doi.org/10.21138/bage.1896>
- Gil-Alonso, F., Bayona Carrasco, J., & Pujadas Rúbies, I. (2015b). Las migraciones internas de los extranjeros en España: Dinámicas espaciales recientes bajo el impacto de la crisis. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*. <https://doi.org/10.21138/bage.1896>
- Gissi Barbieri, E. N., Ghio Suárez, G., & Silva Dittborn, C. A. (2019). Diáspora, integración social y arraigo de migrantes en Santiago de Chile: Imaginarios de futuro en la comunidad venezolana. *Migraciones. Publicación del Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones*, 47, 61-88. <https://doi.org/10.14422/mig.i47y2019.003>
- Goodwin-White, J. (2007). Dispersion or concentration for the 1.5 generation? Destination choices of the children of immigrants in the US. *Population, Space and Place*, 13(5), 313-331. <https://doi.org/10.1002/psp.466>
- Gundermann, H. (2003). Pueblos indígenas, ciudadanía y políticas públicas en Chile. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 7, 71-84.
- Gundermann, H., González, H., & De Ruyt, L. (2009). MIGRACIÓN Y MOVILIDAD MAPUCHE A LA PATAGONIA ARGENTINA. *Magallania (Punta Arenas)*, 37(1). <https://doi.org/10.4067/S0718-22442009000100003>
- Harris, J. R., & Todaro, M. P. (1970). Migration, unemployment and development: A two-sector analysis. *The American Economic Review*, 60(1), 126-142.

- Herrera, G. (2013). Gender and International Migration: Contributions and Cross-Fertilizations. *Annual Review of Sociology*, 39(1), 471-489. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-071811-145446>
- Hierro, M., & Maza, A. (2010a). Per capita income convergence and internal migration in Spain: Are foreign-born migrants playing an important role? *Papers in Regional Science*, 89(1), 89-108. <https://doi.org/10.1111/j.1435-5957.2009.00240.x>
- Hierro, M., & Maza, A. (2010b). Per capita income convergence and internal migration in Spain: Are foreign-born migrants playing an important role? *Papers in Regional Science*, 89(1), 89-108. <https://doi.org/10.1111/j.1435-5957.2009.00240.x>
- Hondagneu-Sotelo, P. (2018). Estudios de género y migración: Una revisión desde la perspectiva del siglo XXI. *Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia*, 2(1), 26-36. <https://doi.org/10.23854/autoc.v2i1.77>
- Hosmer, D. W., Lemeshow, S., & Sturdivant, R. X. (2013). *Applied Logistic Regression* (3. Aufl). Wiley.
- Hugo, G. J. (1982). Circular Migration in Indonesia. *Population and Development Review*, 8(1), 59. <https://doi.org/10.2307/1972690>
- Kofman, E. (2023). Integration Discourses, the Purification of Gender and Interventions in Family Migrations. *Ethnic and Racial Studies*, 46(14), 3037-3057. <https://doi.org/10.1080/01419870.2023.2166791>
- Kulu, H., & Milewski, N. (s. f.). Family change and migration in the life course: An introduction. *An Introduction*, 17.
- Lacroix, J., & Zufferey, J. (2019). A Life Course Approach to Immigrants' Relocation: Linking Long- and Short-distance Mobility Sequences. *Migration Letters*, 16(2), 283-300. <https://doi.org/10.33182/ml.v16i2.683>
- Lee, E. S. (1970). Migration in Relation to Education, Intellect, and Social Structure. *Population Index*, 36(4), 437. <https://doi.org/10.2307/2734064>

- Lee, R., & Miller, T. (2000). Immigration, Social Security, and Broader Fiscal Impacts. *American Economic Review*, 90(2), 350-354. <https://doi.org/10.1257/aer.90.2.350>
- Lorca, M. (2007). *Un enfoque pragmático a la etnicidad: El caso de los diaguitas chilenos*. <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/41>
- Maggi, M. F. (2021). 'Idas y venidas' entre Bolivia y Argentina. Retornos cí-clicos en las movilidades bolivianas contemporáneas. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21(2), e149. <https://doi.org/10.24215/2314257Xe149>
- Malheiros, J. (2002). Ethni-cities: Residential patterns in the Northern European and Mediterranean metropolises – implications for policy design. *International Journal of Population Geography*, 8(2), 107-134. <https://doi.org/10.1002/ijpg.247>
- Martínez Pizarro, J. & NU. CEPAL. CELADE. (2003). *El encanto de los datos. Sociodemografía de la inmigración en Chile según el censo de 2002*. CEPAL.
- Massey, D. S., Arango, J., Hugo, G., Kouaouci, A., Pellegrino, A., & Taylor, J. E. (1993). Theories of International Migration: A Review and Appraisal. *Population and Development Review*, 19(3), 431. <https://doi.org/10.2307/2938462>
- Mendez, P., Atienza, M., & Modrego, F. (2023). Urbanization and productivity at a global level: New empirical evidence for the services sector. *Regional Science Policy & Practice*, 15(9), 1981-1998. <https://doi.org/10.1111/rsp3.12620>
- Mincer, J., & Polachek, S. (1974). Family Investments in Human Capital: Earnings of Women. *Journal of Political Economy*, 82(2, Part 2), S76-S108. <https://doi.org/10.1086/260293>
- Molina Otárola, R., & Campos Muñoz, L. (2017). Confín geográfico, refugio indígena, pueblo de indios y etnogénesis en el Huasco Alto, (Chile). *Revista de geografía Norte Grande*, 68, 123-140. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022017000300123>
- Oyarzún Serrano, L., Aranda, G., & Gissi, N. (2021). Migración internacional y política migratoria en Chile: Tensiones entre la soberanía estatal y las ciudadanías emergentes. *Colombia Internacional*, 106, 89-114. <https://doi.org/10.7440/colombiaint106.2021.04>

- Parreñas, R. S. (2017). The Indenture of Migrant Domestic Workers. *WSQ: Women's Studies Quarterly*, 45(1-2), 113-127. <https://doi.org/10.1353/wsq.2017.0031>
- Pellegrino, A. & NU. CEPAL. CELADE. (2003). *La migración internacional en América Latina y el Caribe: Tendencias y perfiles de los migrantes*. CELADE.
- Pereira Covarrubias, A. (2018). Condiciones críticas de la emergencia mapuche urbana. Chile de postdictadura y su "síntoma" indígena. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 18(3). <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1987>
- Piore, M. J. (1978). Dualism in the Labor Market: A Response to Uncertainty and Flux. The Case of France. *Revue Économique*, 29(1), 26-48. <https://doi.org/10.3406/reco.1978.408371>
- Piore, M. J. (1986). The Shifting Grounds for Immigration. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 485(1), 23-33. <https://doi.org/10.1177/0002716286485001003>
- Portes, A. (1997). Neoliberalism and the Sociology of Development: Emerging Trends and Unanticipated Facts. *Population and Development Review*, 23(2), 229. <https://doi.org/10.2307/2137545>
- Portes, A. (2001). Inmigración y metrópolis: Reflexiones acerca de la historia urbana. *Migraciones internacionales*, 1(1), 111-134. <https://doi.org/10.17428/rmi.v1i1.1298>
- Portes, A., & Rumbaut, R. G. (2005). Introduction: The Second Generation and the Children of Immigrants Longitudinal Study. *Ethnic and Racial Studies*, 28(6), 983-999. <https://doi.org/10.1080/01419870500224109>
- Recaño, J. (2016). *La consolidación de las migraciones internas de inmigrantes como factor estructural de la movilidad geográfica en España*.
- Reyes, A. A. (2014). Identidad indígena en Chile en contexto de migración, urbanización y globalización. *Amérique latine histoire et mémoire*, 27. <https://doi.org/10.4000/alhim.4942>
- Riley, N. E. (2025). *Research on Gender in Demography: Limitations and Constraints*.

- Rodríguez, J., González, D., Ojeda, M., Jiménez, M., & Stang, F. (2009). El sistema de ciudades chileno en la segunda mitad del siglo XX: Entre la suburbanización y la desconcentración. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 24(1), 7-48.
- Rodríguez Vignoli, J. (Ed.). (2004). *Migración interna en América Latina y el Caribe: Estudio regional del período 1980 - 2000*. Naciones Unidas, CEPAL, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE, Div. de Población de la CEPAL).
- Rodríguez Vignoli, J., & Espinoza, D. (2012). Recuperación del atractivo migratorio metropolitano en el período 2004-2009: ¿factores exógenos o endógenos? *Revista de geografía Norte Grande*, 51, 95-113. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022012000100006>
- Rodríguez Vignoli, J., & Rowe, F. (2019). *Efectos cambiantes de la migración sobre el crecimiento, la estructura demográfica y la segregación residencial en ciudades grandes: El caso de Santiago, Chile, 1977–2017* (No. Serie Población y Desarrollo, N° 125). CEPAL. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/44517>
- Rodríguez-Vignoli, J. (2021a). Concentración en el Gran Santiago y migración: Población, vivienda y recursos humanos 1977-2017. *EURE*, 2021. <https://doi.org/10.7764/EURE.48.143.03>
- Rodríguez-Vignoli, J. (2021b). Concentración en el Gran Santiago y migración: Población, vivienda y recursos humanos 1977-2017. *EURE*, 2021. <https://doi.org/10.7764/EURE.48.143.03>
- Rogers, A. (1992a). Heterogeneity and selection in multistate population analysis. *Demography*, 29(1), 31-38. <https://doi.org/10.2307/2061361>
- Rogers, A. (1992b). Heterogeneity and selection in multistate population analysis. *Demography*, 29(1), 31-38. <https://doi.org/10.2307/2061361>
- Rogers, A., & Castro, L. J. (1982). Patrones modelo de migración. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 16(03), 267. <https://doi.org/10.24201/edu.v16i03.529>

- Sassen, S. (2025). *America's Immigration «Problem»*.
- Schiappacasse, P., Contreras, M., & Fuensalida, C. (2001). Migraciones internas hacia la Región Metropolitana de Santiago de Chile: Una comparación con planteamientos teóricos. *Investigaciones Geográficas*, 35, 1-25.
- Schlottmann, A. M., & Jr., H. W. H. (1984). Career and Geographic Mobility Interactions: Implications for the Age Selectivity of Migration. *The Journal of Human Resources*, 19(1), 72. <https://doi.org/10.2307/145417>
- Skeldon, R. (2012). Migration Transitions Revisited: Their Continued Relevance for The Development of Migration Theory. *Population, Space and Place*, 18(2), 154-166. <https://doi.org/10.1002/psp.667>
- Soto-Alvarado, S., & Gil-Alonso, F. (2018). Migración y desarrollo en Chile: Respuestas migratorias a las fases de crecimiento y crisis, 1992–2012. *Papeles de Población*, 24(97), 85-126. <https://doi.org/10.22185/24487147.2018.97.26>
- Stang, M. F., & Stefoni, C. (2016). la microfísica de las fronteras. criminalización, racialización y expulsabilidad de los migrantes colombianos en antofagasta, chile. *astrolabio*, 17, 42-80. <https://doi.org/10.55441/1668.7515.n17.15781>
- Stark, O. (1988). Migration, Remittances, and the Family. *Economic Development and Cultural Change*, 36(3), 465-481. <https://doi.org/10.1086/451670>
- Stefoni, C., & Bonhomme, M. (2014). Una vida en Chile y seguir siendo extranjeros. *Si Somos Americanos*, 14(2), 81-101. <https://doi.org/10.4067/S0719-09482014000200004>
- Stefoni, C., Nazal, E., & Guizardi, M. (2022). La frontera chileno-peruana: Estados, localidades y políticas migratorias (1883-2019). *Universum (Talca)*, 37(1), 135-158. <https://doi.org/10.4067/s0718-23762022000100135>
- Stillwell, J., & Hussain, S. (2010). Exploring the Ethnic Dimension of Internal Migration in Great Britain using Migration Effectiveness and Spatial Connectivity. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 36(9), 1381-1403. <https://doi.org/10.1080/1369183X.2010.497987>

- Thomas, M. J., & Dommermuth, L. (2020). Internal Migration and the Role of Intergenerational Family Ties and Life Events. *Journal of Marriage and Family*, 82(5), 1461-1478.
<https://doi.org/10.1111/jomf.12678>
- Tijoux, M. E. (2016). *Racismo en Chile: La piel como marca de la inmigración* (1a ed). Editorial Universitaria.
- Todaro, M. P. (1969). A model of labor migration and urban unemployment in less developed countries. *The American Economic Review*, 59(1), 138-148.
- Torpan, K., Wessel, T., Chihaya, G. K., Sinitsyna, A., & Tammaru, T. (2025). Migrant residential mobility and tenure transitions within different housing regimes: Evidence from three Nordic capital cities. *Housing Studies*, 40(9), 2015-2037.
<https://doi.org/10.1080/02673037.2024.2392690>
- Valls, A. D., Maruri, R. T., & García, X. B. (2011). *Género y estrategias migratorias familiares en la migración interna e internacional en Cataluña*.
- Velasco Ortiz, L. (2024). Migraciones indígenas en América Latina. *REMHU: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 32, e321870. <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880003201>
- Wallerstein, I. (1974). The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis. *Comparative Studies in Society and History*, 16(4), 387-415.
- Wittig, F. (2009). Desplazamiento y vigencia del mapudungún en Chile: Un análisis desde el discurso reflexivo de los hablantes urbanos. *RLA. Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, 47(2), 135-155. <https://doi.org/10.4067/S0033-698X2009000200007>
- Wittig G, F. (2009). DESPLAZAMIENTO Y VIGENCIA DEL MAPUDUNGÚN EN CHILE: UN ANÁLISIS DESDE EL DISCURSO REFLEXIVO DE LOS HABLANTES URBANOS. *RLA. Revista de lingüística teórica y aplicada*, 47(2). <https://doi.org/10.4067/S0718-48832009000200008>

Zelinsky, W. (1971). The Hypothesis of the Mobility Transition. *Geographical Review*, 61(2), 219. <https://doi.org/10.2307/213996>

Zhou, M. (s. f.). *Segmented Assimilation: Issues, Controversies, and Recent Research on the New Second Generation*.

Zlotnik, H. (1998). International Migration 1965-96: An Overview. *Population and Development Review*, 24(3), 429. <https://doi.org/10.2307/2808151>

